

Gaston Leroux

La extraña boda de Rouletabille

Rouletabille - 5

PRIMERA PARTE
LA NOVIA INCOMPRESIBLE

CAPITULO PRIMERO

LA GRAN PERFIDIA DE IVANA

ERA el 21 de octubre de 1923, en pleno Balkan, en los sombríos desfiladeros del Istrandja-Dagh... El negro manto de la noche comenzaba a cubrirlo todo de sombras...

¿Qué grupo de jinetes es ese, que corriendo como el viento y sin conocer obstáculos, precede a los primeros destacamentos búlgaros que al comienzo de la primera guerra Balkánica, invadían el norte de la Tracia, con misión de ocupar Almadjik? Están tan curiosamente situados entre las primeras avanzadas de los invasores y los últimos fugitivos turcos, que no se sabría decir con exactitud si huyen o persiguen.

La verdad es que hacen ambas cosas a la vez. ¡Quieren alcanzar antes de ser alcanzados!...

—¡Adelante! ¡Adelante! —grita Rouletabille.

¿Qué hace, «entre dos fuegos», el joven reporter de *La Época* y cuál es esa especie de rabia que le agita? Las palabras con que anima a sus compañeros a seguirle son incoherentes, interrumpidas por maldiciones.

¡Jamás se vio a José Rouletabille presa de un tal fuñar! Y, sin embargo, está justificado en un hombre reputado en el mundo entero por haber penetrado los más oscuros misterios, por haber desembrollado las intrigas criminales más complicadas y que se halla de pronto, y por primera vez en su vida, *ante el misterio del corazón femenino* del que no comprende absolutamente nada...

«El lado bueno de su razón», que hasta entonces le había sostenido en los peores trances, conduciéndole irresistiblemente por el camino de la verdad le ha fallado ahora. ¡Lo ha llamado inútilmente en su ayuda!... ¡Que derrota! El «lado bueno de su razón» le ha abandonado, ni más ni menos, que si hubiera sido el malo... ¿Y cuál es la causa de tal catástrofe? Una mujer, una simple

muchacha, a la que Rouletabille amaba poco ha con todo su corazón y a la que pretende detestar ahora con toda su alma: ¡Ivana Vilitchkov!...

Es ella a quien persigue en aquel crepúsculo trágico... Tras ella corre... ¡Qué aventura!

Para *intentar* comprenderla, hagamos, como Rouletabille, quien, en su cerebro ardiente, busca en los acontecimientos acaecidos en Sofía y en el siniestro «Castillo Negro»^[1], el hilo de aquel insondable misterio... Resumamos los hechos: Enviado por su periódico a la capital de Bulgaria para estudiar de cerca los acontecimientos que se preparaban, Rouletabille había vuelto a encontrarse con la sobrina del general Vilitchkov, a la que había conocido en París cuando ésta fue para comenzar sus estudios de medicina y, por la que inmediatamente, experimentó una tierna inclinación.

En Sofía, es recibido Rouletabille en casa del tío de Ivana y no oculta al la joven que la ama y que su más ardiente deseo es casarse con ella.

Ivana, que parece igualmente alimentar sentimientos muy vivos por el joven, intenta, sin embargo, desviarle de sus propósitos. Preténdese destinada a un fin trágico, al igual que su padre, su madre y su hermanita Irene, asesinados los tres por un enemigo de su familia.

Llámase este enemigo Gaulow, un búlgaro expulsado de su país y que se hizo turco, mahometano y *pomak*, que es todo lo que puede decirse. Habita en una especie de fortaleza extraordinaria, enclavada en el corazón de las montañas de Tracia, en el Istradja-Dagh, y de allí va a Bulgaria de tiempo en tiempo, para cumplir crueles y misteriosas tareas. ¡Nadie pudo llegar hasta él! ¡Gaulow desafía al género humano desde su temible *Castillo Negro!* (Karakoulé).

Todas estas cosas, como puede comprenderse, no son las más apropiadas para entibiar el amor de Rouletabille. Él conseguirá librar a la familia Vilitchkov, del horrible Gaulow que en Turquía se llama también Kara-Selim.

Solo pide a la joven que le conceda su mano. Esta no dice que no, pero tampoco que sí.

—¿Está usted prometida? —pregunta ansiosamente el reporter. E Ivana le contesta:

—Nadie en la tierra tiene el derecho a llamarse mi prometido.

He aquí a Rouletabille esperanzado de nuevo, cuando durante la noche, noche atroz que recuerda los horrores de Konak de Belgrado, Gaulow y su cuadrilla, irrumpen en el hotel del general Vilitchkov, asesinan a éste y a sus servidores, llevándose a Ivana cautiva al *Castillo Negro*.

Rouletabille jura vengar tantas desgracias y salvar a Ivana; al mismo tiempo, intentará rescatar cierto cofrecillo bizantino en cuyo cajoncito secreto se hallan los planes preciosos de la movilización búlgara. Esto lo promete formalmente al general Stanislawoff, una de las glorias más puras de su país, amigo de Francia, y célebre, después, por haber puesto su espada al servicio de Rusia en ocasión del horrible conflicto que debía, al siguiente año, incendiar a Europa y deshonar a Bulgaria. Y helo en marcha.

Lleva con él a su fiel reporter La Candeur y un joven eslavo, llamado Vladimir, muy listo, pero de moralidad un tanto relajada. Les acompaña también un primo de Ivana, Atanasio Khetew quien, a su vez, también quisiera salvar a su prima a la que ama, por lo menos tanto como la ama Rouletabille y que por amor a ella, también quisiera matar al terrible Gaulow.

En lo que respecta a Rouletabille y Atanasio, no simpatizan nada; pero son lo bastante prudentes para contener su recíproca animosidad.

Llegan todos al *Castillo Negro*, en el que les esperan inauditas aventuras, en el instante mismo en que Kara-Selim celebra sus desposorios con su cautiva Ivana. Se presentan como periodistas perdidos en el camino y ponen inmediatamente manos a la obra. No pueden perder ni un minuto. Ivana accede a ser la mujer de Gaulow, el asesino de su familia, para entrar en posesión del cofrecillo de la familia en el que se hallan los planos de movilización. Es necesario pues, que salven a Ivana y rescaten el cofrecillo.

En medio de las suntuosas fiestas que se dan en la Karakoulé, Rouletabille realiza hazañas sobrehumanas. Consigue llevar a Ivana hasta el fondo del torreón en donde se parapetan los reporters. Entretanto, aunque no ha podido apropiarse del cofrecillo bizantino, ha adivinado Rouletabille su secreto y ha podido constatar que los preciosos pliegos se hallan aún en su interior, que nadie los ha tocado y que ningún *pomak* ha llegado a sospechar su existencia. Atanasio recibe de Rouletabille la misión de llevar aquella noticia formidable a los ejércitos del general Stanislawoff, los que podrán descender ya, con toda seguridad, a través de las montañas del Istrandj-Dagh, sobre Kirk-kilissé.

Atanasio jura triunfar en su difícil empresa y volver con sus compañeros de armas a libertar a Ivana y a los periodistas franceses. Antes de evadirse del torreón, en donde se han atrincherado, ha conseguido capturar a Gaulow, entregándole a la vigilancia de Ivana, la cual ha jurado, por los manes de sus padres, matarle con sus propias manos.

Los jóvenes sufren un asedio violentísimo en el que abundan las peripecias tragicómicas y que se termina de la manera más singular del mundo.

Ivana, no solamente no ha matado a Gaulow, al que pretende guardar como rehén, *si no que Rouletabille la sorprende en el instante en que facilita la evasión del monstruo...* ¡Y ello en el mismo momento en que Gaulow iba a recibir el castigo de sus crímenes, y en que aparecían en el horizonte los ejércitos conducidos por Atanasio Khetev!...

¿Qué terrible misterio os este?... Rouletabille lio puede concebir que Ivana ame aquel hombre que ha asesinado a los suyos y que había jurado la ruma do su patria... ¿Entonces?... ¿Entonces?... Había que obrar... Ya se reflexionaría obrando. Los bandidos de la Karakoulé han huido ante la proximidad de los ejércitos; Gaulow también ha huido... Ivana, con el pretexto de capturarlo, ha montado a caballo y corre tras Gaulow... ¡Ivana no sospechaba que Rouletabille ha sido testigo de su infamia, que ha visto desarrollar la cuerda a cuyo extremo se balanceaba Gaulow libertado por ella!...

Rouletabille, a su vez, monta a caballo y corre tras Ivana. Los reporters y su criado Tondor corren tras Rouletabille... Tal es la situación, muy clara, y sin embarco muy incomprensible, *para quien ha conocido a Ivana* en el momento en que caemos de lleno en la cabalgata do los reporters.

Rouletabille murmura entre dientes:

—¡Ivana corre a reunirse con Gaulow!... ¡Ah, traidora! ¡Por muy de prisa que vayas no te soltaré!... También yo acudiré a la cita... ¡Y entonces veré con mis propios ojos lo que vas hacer con tu Gaulow! ¿Lo qué haría con él? Ya se lo había dicho. Antes de montar a caballo tuvo la desvergüenza de gritarle, a él, a Rouletabille, que había visto la cosa enorme, tuvo, repetimos, el cinismo de jurarle que ella quería, con sus propias manos, ofrecer a su patria, como primera víctima expiatoria, la cabeza de Gaulow... ¿Cómo no había estallado en una carcajada al oír esto? ¿Cómo no había escupido el rostro de aquella muchachuela bárbara, sanguinaria y embustera? ¿Cómo había tenido el valor de contener el generoso furor que ardía en su pecho de amante burlado y amigo traicionado hasta la muerte, ya que esta traición hubiera podido costar a todos la vida?... ¿Cómo...?

¿Por qué no le había dicho: «Lo he visto... Calla... Lo he visto... Te he visto salvarle con tus manos, y corres tras él para caer en sus brazos?»

¡Oh! ¡Ha sido, sencillamente, porque en primer lugar, ella no le dio tiempo; después, porque sentía curiosidad de ver hasta donde llegaba Ivana en la mentira y el crimen!... Y luego también, porque con el corazón, rebotante de rabia, meditaba una venganza o por lo menos un justo castigo...

Era, quizá, que en el fondo de si mismo *empezaba a plantearse los términos del más curioso problema psicológico que jamás hubiera resuelto y también el más misterioso, al mismo tiempo que extraño.*

En fin, si la había seguido en aquella insensata carrera hacía el Sur, era porque recordaba su calidad de corresponsal de guerra y tenía prisa, ahora que se hallaba en libertad, por encontrar una estafeta de correos, antes de caer bajo la feroz censura de los búlgaros... *Entre ambos ejércitos siempre, ni con el uno ni con el otro...* ¿No era la consigna de siempre la misma que había predicado a Vladimir y a La Candeur? ¿No era este su plan desde Sofía? Plan peligroso sin duda alguna; pero que por ello mismo fe seducía más... Así, cuando durante aquella huida insensata del Karakoulé le preguntó La Candeur, que había milagrosamente encontrado un macklemburgués, y cabalgaba tras Rouletabille, sacudido en su silla:

—¿Adónde vamos? —había contestado:

—«¡A hacer reportaje!...»

Así pues, ni había esperado la llegada de las tropas... La felonía de Ivana les arrastraba como un torbellino tras ella...

Sí, ¡felonía, felonía...! En esto pensaba constantemente Rouletabille, *aunque su espíritu buscaba por otro lado*; pero estaba demasiado, irritado para no concluir siempre lo mismo: ¡felonía! Ya no quería dudar de que el amor, cuya fuerza no había podido medir hasta entonces, hubiera realizado el abominable milagro de transformar una heroína en una pobre muchacha, capaz de iodo, para satisfacer su loca pasión.

Aquella innoble conversión debió producirse durante aquellos momentos de ausencia que el reporter había considerado muchas veces inexplicables: ¡Ivana los pasaba indudablemente al lado del prisionero, en el calabozo del subterráneo! ¡Cuántas veces hubo de extrañarse de no verla a su lado en lo más duro de la lucha!... ¡Y con que expresión tan singular aparecía de pronto, diciendo que había estado de centinela, para dejar descansar al *katerdjbasch*! En fin, que no salía del subterráneo, valiéndose de cualquier pretexto, y Rouletabille, que había temido que fuera para entregarse a algún abominable tormento, se reprochaba el haberse dejado engañar como un niño.

Recordaba la última frase turca pronunciada por Kara-Selim libertadla, y dirigida (¡con que asquerosa sonrisa de gracias!) a Ivana, sorprendida por Rouletabille en la forre, sin que ella se diera cuenta. El reporter se volvió hacía Vladimir y le pregunto:

—¿Qué significan estas palabras: *Benem ilé quel*?

—Eso quiere decir —contestó Vladimir—. ¡Ven conmigo! ¡Ven a reunirme conmigo!

—¡Caramba! —gruñó Rouletabille—. ¡También yo voy con ella! ¡También voy con ellos! ¡Y si Dios es justo, Él me permitirá hacerles expiar su crimen!...

Serían las cinco de la tarde, cuando vieron puntear las techumbres de una gran aldea en la ruta de Almadjik...

El camino que habitan seguido comenzaba a mostrar ciertas particularidades que le sorprendieron al pronto; pero a las cuales debían habituarse fácilmente. En efecto; al penetrar en una villa, aldea o lugar, en todo por lo que por cualquier título había sido una «aglomeración» lo veían devastado. Las cabañas de los campesinos parecían haber sido pulverizadas por algún cataclismo que se hubiera encarnizado en destrozarse puertas y ventanas, y en incendiarlo todo.

En el umbral de estas siniestras cabañas, no era raro hallar cadáveres de mujeres y niños que yacían en el más lastimoso estado.

Otros cuerpos sin vida jalonaban la ruta haciendo tropezar a los caballos constantemente; todo estaba de tal suerte que como «aglomeración» lo que allí había era, sobre todo, aglomeración de cadáveres.

Todos aquellos despojos, todavía palpitantes, pertenecían a campesinos búlgaros, a los que se conocía fácilmente por sus típicos vestidos... Algunos debieron refugiarse en sus cabañas para esperar la llegada de las tropas del Norte, otros, abandonaron la aldea para salir a su encuentro; pero unos y otros, habían sido alcanzados por los turcos de la misma aldea y de los lugares vecinos, los que, antes de retirarse ante el invasor, habíanlo arrasado todo y pasado a cuchillo y empalado a todos los que pertenecían a la raza enemiga...

Un arroyuelo arrastraba, cantando alegremente, cuerpos decapitados...

Pero fue al entrar en la misma aldea, cuando nuestros jóvenes —que a cada instante dejaban escapar gritos de horror— pudieron juzgar de la importancia de la matanza y de la amplitud adquirida por el sacrificio que los señores turcos habían ofrecido, a guisa de adiós, al Dios de la guerra: cabezas cortadas, troncos empalados, niños atravesados de parte a parte, nada había faltado en aquella fiesta de sangre...

—¡Esto es horrible! ¡Esto es abominable! —rugía La Candeur detrás de Rouletabille, quien nada decía por estar preparado a todos aquellos horrores, por haberlos presenciado en Marruecos, en el Cáucaso y particularmente en Baku y en Balkani, con motivo de las matanzas entre tártaros y armenios...

Para nada tenía ojos, mas que para la silueta de un jinete que acababa de surgir en el extremo de una callejuela... ¡Ivana!... ¡Era ella!... No podía dudar... ¡Era ella!... ¿Les habrá visto? Había arrancado de pronto a un galope frenético, haciendo saltar su caballo por encima de un montón de escombros y cadáveres humeantes...

Al mismo tiempo había lanzado un grito salvaje, y desenvainando el sable y blandiéndolo con un molinete desconcertante por encima de su cabeza, había desaparecido en el recodo de otro callejuela que conducía a la plaza de la Mezquita, cuyo alto minarete se divisaba envuelto en llamas.

Rouletabille pidió un supremo esfuerzo a su caballo que, desde hacía unos instantes, mostraba signos de fatiga... Quiso hacerle saltar; pero el animal tropezó con los escombros y el reporter rodó al suelo con su montura, contra la que fueron a estrellarse La Candeur, Vladimir y Tondor. Fue aquella una caída general de la que se levantaron los reporters y su criado bastante maltrechos.

Rouletabille echó, sin embargo, a correr en la dirección seguida por Ivana. Sus camaradas le siguieron cojeando. En aquel instante se oyeron detonaciones y cierto tumulto en dirección a la plaza de la aldea. Iban, a desembocar en ella, cuando se vieron detenidos por la misma Ivana, que al igual que ellos, se hallaba desmontada. El caballo, caída a su lado, agonizaba golpeando con sus cuatro patas el pecho traspasado por una bala.

Un estruendo de batalla y el repiqueteo de la fusilería oíase a dos pasos, y algunas balas pasaron silbando cerca de sus oídos. Ivana se bailaba en un estado de agitación extraordinario. Extendiendo los brazos les ordenó que se detuvieran.

—¡Los turcos están destruyéndolo todo, aún no han abandonado la aldea... desconfiemos, pues a nadie perdonarían la vida!...

—¿Y Gaulow? —preguntó Rouletabille:

—Se ha unido a los turcos —repuso con voz apagada—; por pocos minutos no he vuelto a cogerle...

—Entonces ¿es que se ha escapado Gaulow? —gruñó junto a ellos una voz bien conocida.

Todos se volvieron. Atanasio Khetev acaba de llegar justamente para oír las últimas palabras de Ivana. Hizo un gesto de maldición y desde su caballo humeante miró despreciativamente a los reporters.

—Se lo había confiado a ustedes —dijo secamente.

Ivana tomó de nuevo la palabra:

—En el último momento hemos sido traicionados por el katerjdbaschi (jefe de arrieros)... Él es quien le facilitó la cuerda para escaparse del torreón. En cuanto nos hemos dado cuenta, ni siquiera hemos esperado a usted a pesar de nuestro deseo de verle y felicitarle (aquí una inflexión de voz extrañamente dulce y acariciadora) y nos hemos puesto en persecución del monstruo...

—¡Hay pues que tomar un desquite! —dijo Atanasio, que había enrojecido singularmente, mirando a Ivana Vilitchkov...

—¡Y empezar la partida de nuevo! —dijo ésta con desenvoltura.

—¡Debe usted lamentar el no haberle cortado la cabeza cuando se le entregué! —Continuó Atanasio Khetew con voz sorda.

—*¡Efectivamente, querido primo!* —Y le volvió la espalda para ocuparse de otra cosa. Atanasio parecía mantener consigo mismo una lucha para dominar una irritación inusitada. Rouletabille escuchaba y miraba. El increíble cinismo de Ivana le enfurecía también. Las miradas del reporter y del búlgaro se cruzaron. ¿Se comprendieron los dos hombres?... Atanasio dijo:

—¡Volveremos a apoderarnos de Gaulow!...

—Sí —dijo Rouletabille—, y esta vez nos arreglaremos para no dejarle escapar.

Ivana se estremeció. Sin embargo, preguntó, con tono que quiso hacer indiferente:

—¿Y ahora, qué vamos hacer?

—Van ustedes a seguirme. Orden del general que manda la división. No quiere que nadie le preceda y teme, que una imprudencia, denuncie sus movimientos... Me salido responsable de ustedes. Irán pues, donde yo les conduzca, o mejor dicho, adonde el general me ha ordenado conducirles...

—¡Mi querido Atanasio, yo seguiré a usted hasta el fin del mundo! —dijo vivamente Ivana. Rouletabille palideció; pero Ivana no prestaba la menor atención al reporter.

—¿Y dónde iremos, caballero? —preguntó Rouletabille fríamente.

—Haremos una excursión más allá de esos montes —dijo Atanasio, señalando el horizonte en dirección Este—, después, descenderemos pausadamente hacia el Sud, sin ser molestados por las tropas...

—¡Y tanto; como que acabaremos por no verlas!

—¿Qué puede importarle eso? Yo doy a usted mi palabra de honor de hacerle desembocar en el campo de batalla en el momento más interesante —depuso Atanasio.

—¡Conformes! —exclamó Vladimir.

—No nos haga desembocar en un lugar muy peligroso —recomendó La Candeur con cierta melancolía.

Rouletabille dijo a su vez.

—Está bien, caballero, le obedecemos. Somos ahora sus prisioneros o poco menos.

Detrás de Atanasio acababa de divisar un grupo de jinetes mandados por un suboficial.

—Ustedes son mis amigos —contestó con sencillez Atanasio—. He podido arreglarme de forma que entren ustedes en posesión de sus tiendas de campaña, de las muías y toda la impedimenta que he hallado a mi paso por el Karakoulé. Por otra parte, dispondrán ustedes de caballos frescos...

—Piensa usted en todo, caballero...

—¡Es un tipo extraordinario! —proclamó Vladimir.

Pusiéronse en marcha, desandando lo andado, alcanzando, antes del anochecer, las crestas de los montes del Oeste. Antes de descender al valle, los reporters pudieron divisar al ejército búlgaro e incluso oírle, ya que cantaba...

Cuán bella era aquella jornada del 21 de octubre de 1913, en la que los soldados del general Radko Dimitrief penetraban por fin en Turquía, por un frente de más de veinte kilómetros, por unas rutas solo conocidas de pastores y arrieros, en la que las columnas de la quinta división, sin sentir la fatiga de un tal esfuerzo, sin concederse in minuto de reposo, continuaban su ruta cantando hacia los campos de batalla de Estri-Polos. Pitra y Kara-kof; etapas gloriosas que precedieron al rayo de ¡Kirk-Kilissé! Y hecho memorable en este siglo del ferrocarril, del teléfono y de la telegrafía sin hilos: ¡la presencia de aquel ejército no había sido ni remotamente sospechada! ¡Y avanzaba, sintiéndose lleno de fuerza y de misterio... Creíasele dirección del Maritza, hacia el Este! Y sin embargo, de cima en cima, repetíase la canción del «Maritza» río en donde se mezclaron durante siglos la sangre de búlgaros y osmanlíes, canción que se cruzaban los batallones. Hasta entonces, aquella canción no había sido cantada por traidores a su raza y su destino:

Fluye Maritza
Ensangrentado
Llora la viuda,
Cruelmente herida.

¡Marcha, marcha, nuestro general!
Uno, dos, tres, marchad soldados.
La trompeta resuena en el bosque.
¡Adelante, marchemos, marchemos, hurra!
¡Hurra! ¡Marchemos adelante!

¡Cuán bella era aquella primera aurora, en la que bajo el sol no había más que jóvenes pictóricos de vida y seguros de la victoria; en la que la rabia de la destrucción, y la matanza no había abierto aún sus salvajes fauces, en la que la esperanza sagrada de libertar a los hermanos oprimidos dilataba los pechos, en la que todos se tendían las manos, desde el Balkan al Radope y más lejos aún, allá lejos, hasta el fondo del Epiro y de la dulce Tesalia! ¡En aquel hermoso día, habíanse reconciliado razas enemigas y partido juntas, entre el clamor de las trompetas y con impulso tal, que el mundo pudo creer por un instante que ya nada podría separarlas!... Pero, ¡ay!, el mundo había olvidado que había en Sofía un Coburgo que velaba por unos intereses que no eran precisamente los de su patria de un día...

Aquella visión desapareció bien pronto de los ojos de los reporters los que, tras Atanasio, sumiéronse en una región erizada de picachos y rocas, corladas por abruptos barrancos, y que se parecía mucho a una zona alpestre; pero infinitamente más desolada. El búlgaro y los reporters pusiéronse al corriente en breves palabras de sus mutuas aventuras. Todos pensaban en Gaulow.

Hicieron alto, levantaron las tiendas y cenaron, pues Atanasio trajo provisiones en abundancia. Terminada la cena, se retiró Ivana a su tienda despidiéndose secamente; Rouletabille dictó un artículo a La Candeur. Este, una vez terminados los artículos que Rouletabille le dictaba, los deslizaba en grandes sobres en los que escribía el título y fecha del artículo; después, los colocaba en una cartera de cuero que no abandonaba nunca. Así procedía desde que los jóvenes abandonaron Sofía y habían penetrado en el Istrandja-Dagh.

Cuando el artículo estuvo terminado, Vladimir exclamó:

—¡Veo desde aquí la cara que pondrá Marco el Valaco, cuando «nuestro periódico» publique la serie de correspondencias de Rouletabille! ¡A ese pobre Marco le va a costar una enfermedad!...

Ya hemos tenido ocasión de decir^[2] que Marco el Valaco, era un periodista de ocasión, como tantos que surgen en los momentos de revuelta. Era muy despreciado —con harta razón— de los profesionales. Había

desempeñado todos los oficios, mostrando en todos ellos una gran ausencia de escrúpulos.

Su misión antojábasele trascendentalísima en aquellos instantes y, en electo, no carecía de cierta importancia. Mientras llegaba el enviado especial de la «Nueva Prensa» de París —gran diario cuya tirada rivaliza con *La Época*— era dueño de expedir los telegramas más absurdos a un periódico leído en el mundo entero. Conociendo la reputación de Rouletabille y habiendo recibido de París instrucciones para no dejarse aventajar por el reporter de *La Época*, había vigilado al este desde Sofía no cesando de inventar sensacionales rumores y noticias de última hora que transtornaban la Bolsa. ¡Era la pesadilla de Vladimir Petrovitch, quien le acusaba de carecer de moralidad!

—¡Déjanos en paz con tu Marco; se diría que es tu obsesión! —gruñó La Candeur.

—¿Sigue usted creyendo que nos ha seguido en el Istrandja? —preguntó Rouletabille con ironía.

—Hace usted mal en burlarse —repuso Vladimir.

—¡Cuando pienso que en los primeros días de nuestro viaje... Vladimir miraba constantemente tras él para ver si divisaba la nariz de Marco! —dijo La Candeur soltando una carcajada.

—¡No bromees! —protestó Vladimir—. Te lo suplico, no bromees. Tú no sabes de lo que es capaz un valaco metido a periodista.

—¿Pero en fin, qué es lo que puede hacer?

—¡Vaya usted a saberlo!... Pero sí les aseguro que la noche que precedió a nuestra llegada al país de Gaulow, cuando tuvimos aquella visión de una sombra que huía de la tienda de La Candeur y que este gritaba que le había robado la cartera de cuero, les aseguro, repito, que hubiera puesto la mano en el fuego a que nos las habíamos con Marco.

—Esa sombra —replicó La Candeur despreciativamente— no ha existido jamás, más que en la imaginación de Vladimir... y en lo que a mi cartera respecta, que yo creía haber puesto en la mochila; la hallé a los pies de mi cama, en donde, sin duda alguna, la había dejado yo antes de acostarme.

—¿Y seguían mis artículos en ella? —preguntó Rouletabille bromeando.

—Sí, Rouletabille, sí; tus artículos siguen en la cartera.

—Tranquilícese pues, Vladimir Petrovitch y no siga denigrando al valaco...

—¡Oh! Si conociera usted a Marco... Digo y repito, que es capaz de todo. Nada me sorprendería en él. Es capaz de vender a sus padres por un pedazo

de pan y se que ha tenido historias muy feas con las mujeres. Afirmino que es un mozo que carece de toda moralidad...

—¡A la cama todo el mundo! A mí me toca la primera guardia —ordenó Rouletabille.

Tomó la guardia. Ningún ruido venía de las tiendas. La campiña parecía solitaria. Sobre cimas lejanas, surgían llamaradas que casi inmediatamente desaparecían. Apoyando el mentón sobre su carabina, Rouletabille contemplaba el muro de lienzo tras el cual descansaba Ivana. ¿Descansaba?... ¿Soñaba?... ¿Con quién?... ¡Enigma!...

CAPÍTULO II

VLADIMIR CUENTA A ROULETABILLE UNA EXTRAÑA HISTORIA

RELEVADO de su guardia por Tondor (el criado transilvano que quedaba a los reporters, después de la muerte heroica de Modesto y del Katerdjbaschi) Rouletabille penetré en su tienda, que compartía con Atanasio Khetew.

El búlgaro dormía profundamente envuelto en su capote que le servía de abrigo. A la luz t de una bujía colocada en el gollete de una botella, Rouletabille, contempló largamente aquel rostro tan rudo, que el sueño serenaba, sin reflejar remordimiento alguno y que revelaba a un hombre honrado reposándose de todos los sufrimientos de los días malos, que habían surcado de arrugas, desde hacía diez años, aquella carne todavía joven... ¡Es digno de ser amado! Se dijo Rouletabille; pero pensó que Ivana no le amaba y que era una traidora que había engañado a todo el mundo. Hecha esta reflexión se desnudó, hizo sus acostumbradas abluciones y se deslizó entre las sábanas de su cama de campaña.

Por lo que pudiera ocurrir, había colocado al alcance de su mano una carabina cargada. Se durmió pensando en Santa Sofía y soñó que se ahogaba en una catarata^[3].

Hacía una hora que dormitaba, cuando de pronto se incorporó con el oído atento.

Tras el lienzo de su tienda, a pocos pasos, oyó voces, un murmullo rápido seguido de sordas exclamaciones, y reconoció aquellas voces. Tan pronto era la de Vladimir Petrovitch como la de La Candeur; la del primero, revelaba el más huraño malhumor y la de La Candeur, una enorme satisfacción.

—A ti te toca —decía el uno.

—No; es a ti —respondía el otro, siguiendo a esto un silencio y luego nuevas exclamaciones.

Rouletabille se levantó. Quería saber lo que pasaba al lado y por qué aquellos hombres no dormían, después de haber afectado una gran fatiga.

Sin hacer ruido ni despertar a Atanasio, que roncaba quedamente, salió de su tienda y se aproximó a la de La Candeur y Vladimir, que dejaba filtrar por los intersticios mal unidos del lienzo, rayos de luz.

Rouletabille desanudó hábilmente la cuerda que sujetaba la puerta flotante, y apareció de pronto ante las miradas estupefactas del buen La Candeur y el triste Vladimir. Rouletabille observó que La Candeur estaba escarlata, sudoroso y en gran estado de exaltación, mientras que Vladimir, estaba palidísimo.

—¿Pero que es esto? ¿Es que os estáis burlando de mí? ¡Otra vez jugando!...

Efectivamente; entre los dos jóvenes había una mesita plegable, y sobre ella, una baraja y una cuartilla con algunas notas escritas con lápiz.

Rouletabille se apoderó de la baraja. Había ya confiscado dos desde el principio del viaje y creía que ya no les quedaban más. Aquella pasión del juego impedía a los reporters tomarse el reposo necesario.

—¡De manera, que a pesar de mi prohibición, están ustedes entregados al juego en vez de estarlo al descanso! ¿No les da vergüenza? ¡Sin embargo, habíamos convenido que jamás volvería a ver en sus manos tona sola caria! ¿Es cierto o no que me habían ustedes jurado no jugar más?

—Rouletabille, no te enfades —dijo conciliador La Candeur—, te voy a decir lo que ha pasado. Hemos intentado dormir; pero el sueño no venía...

—¡Atajo de embusteros! No habéis llegado ni a desnudaros y vuestra cama está intacta; pero ahora que caigo: ¡Vosotros no teníais barajas! ¿De dónde habéis sacado esas cartas tan mugrientas? ¡Son realmente innobles!...

—Ha sido el furriel que acompañaba al señor Atanasio... Se le cayeron del bolsillo —murmuró La Candeur inclinando la cabeza.

—¡No es verdad! ¡Has debido de comprárselas tú, so bandido, o se las habrá robado Vladimir!

—¡Caballero! ¡Caballero! ¿Por quién me toma usted?

—¿A qué jugabais?

—Pues a ese jugo ruso de que le he hablado otras veces y que tan divertido es...

—¿Y qué os jugabais? —preguntó el reporter cogiendo el papel que se hallaba sobre la mesa, en el que leyó: «Vale por quinientos francos» firmado, Vladimir Petrovitch...

Rouletabille arrugó rabiosamente el papel y dijo:

—Eres más idiota de lo que yo creía, La Candeur... Que juegues dinero contra dinero, pase; pero contra la firma de Vladimir Petrovitch...

—No he querido hacer «charlemagne»^[4] explicó La Candeur.

—Juego bajo mi firma porque me ha ganado todo mi dinero —dijo Vladimir con expresión de contrariedad.

—¿Tenías mucho?

—Pregúnteselo a La Candeur.

—He aquí —dijo La Candeur ruborizándose He aquí cómo han pasado las cosas... Al principio quien no tenía dinero era yo, y sabía que Vladimir lo tenía. Es muy triste viajar sin dinero... He propuesto a Vladimir jugar mi alfiler de corbata, último recuerdo de los que me legó mi hermana que murió maldiciéndome.

—¿Y por qué te maldijo tu hermana, La Candeur?

—¡Porque me hice periodista! Comprenderás que para mí no tenía un interés enorme ese recuerdo. Ya me deshice de los demás y juzgué propicia la ocasión para desprenderme del alfiler de corbata. Pero será otra vez; ya, como ves, no lo he perdido.

—¿Y con él has ganado todo el dinero a Vladimir? Me vas a decir cuanto...

—Te diré... Te diré... Empezamos jugando apuestas pequeñísimas... Insignificantes... Mi alfiler vale setenta y cinco francos... Vladimir ha jugado contra él veinticinco... No era mucho, desgraciadamente, para Vladimir; de veinticinco ha subido a cincuenta, luego a ciento (pues Vladimir, y ya se lo he dicho en varias ocasiones; tiene la manía del desquite) y le ha ganado todo lo que tenía en el bolsillo. Pero como yo no soy un grosero, he seguido jugando contra pagarés firmados por él. ¡Afortunadamente, todavía le queda mucho que cobrar por el invento de su coraza!

—La Candeur, vas a decirme cuanto le has ganado a Vladimir.

—¿En qué puede interesarte?

—Me interesa porque ignoro de dónde procede ese dinero.

—Puesto que previene del invento de la coraza...

—¡Bueno, basta ya! ¿Cuánto?

La Candeur, de más en más encarnado, dijo:

—Exactamente no lo sé... y se rebuscó en uno de sus bolsillos, del que extrajo tres o cuatro billetes de cien *levas*.

—¡Esto no es todo! —dijo Rouletabille.

—No —gruñó La Candeur—, he aquí más.

Y sacó esta vez cinco billetes de quinientas *levas*.

—¡Caray, no eres tú nadie! ¿Es esto todo?

—Sí; creo que es todo —musitó el buen gigante volviendo la cabeza a otro lado.

Pero Rouletabille lo cogió y le registró, hallándole; una increíble cantidad de billetes de banco que La Candeur había ocultado de cualquier manera en la fiebre del juego, y de los que se dejaba despojar con suspiros parecidos al resuello de un fuelle.

Rouletabille contó. Había cuarenta mil *levas*.

Rouletabille miraba a La Candeur; pero éste no se atrevía a mirarle.

—¡Es la primera vez que tengo suerte! —balbuceó.

—Un momento —dijo Rouletabille con voz alterada, pues no se esperaba el descubrimiento de aquella pequeña fortuna—. Un momento. Ahora hablaremos de tu suerte —y añadió—: ¡Era, pues, con esto con lo que ofrecías constantemente un rescate de cuarenta mil francos a esos señores del Castillo Negro!...

—¡Claro, como tengo tan buen corazón!... —gimió La Candeur.

—Con el dinero ajeno es muy cómodo ser generoso —dijo Vladimir—. En aquel entonces la casi totalidad del dinero estaba en mis bolsillos; pero La Candeur no vacilaba en disponer de él, como si ya estuviera en los suyos.

—Era por el bien de la comunidad —replicó La Candeur.

—Tienes buen corazón, pero me pregunto si en el fondo no eres tan crápula como Vladimir —gruñó Rouletabille.

—¡Caballero! —exclamó Vladimir poniéndose de pie—. Aseguro a usted que me está usted causando una gran pesadumbre... —Y quiso esquivarse; pero Rouletabille le retuvo con un tono seco que hizo palidecer al joven eslavo:

—¿De dónde viene el dinero?

—Caballero le juro a usted que su origen no puede ser más honorable, pues proviene de la venta de mi invención de la coraza... Poseo esa coraza de uno de mis amigos de Kiew, que ha pasado más de diez años de su vida en inventarla, perfeccionarla, hasta hacer de ella, en resumen, un verdadero objeto de arte militar, en el que ha gastado una verdadera fortuna. En la última guerra entre Rusia y Japón, desesperado por no haber podido vender su coraza al gobierno ruso, se colocó en la oficina de censura de Odesa, regalándome el fruto de sus desvelos y causa de sus infortunios. Más afortunado que él, yo...

Rouletabille le interrumpió:

—¡Basta, Vladimir Petrovitch!... ¡Te juro que si no me dices de donde viene ese dinero, te entrego a las autoridades búlgaras atado de pies y manos! Ya les contarás a ellas el cuento de tu coraza.

Vladimir comprendió que se habían acabado las bromas, y suspirando como un niño, empezó:

—¡Pues bien, le diré toda la verdad!... Esta es mucho menos grave de lo que usted cree, habiendo ocurrido este asunto sin que yo mismo me llegara a dar cuenta...

—Sigue...

Rouletabille pensaba: «Es capaz de todo. ¡Con tal de que no haya asesinado a nadie!»

La Candeur, con desoladora melancolía y creciente inquietud, miraba con el rabillo del ojo los herniosos billetes cuya posesión había causado tanta alegría, y que eran ahora la causa de una explicación difícil de la que ciertamente, hubiera gustosamente prescindido.

Vladimir siguió su relato:

—Recuerde usted aquel día en Sofía, en que nos halló usted, al salir del Hotel, a La Candeur y a mí, envueltos hasta las orejas en ropas de ocasión, a causa del frío intensísimo. Cubría a La Candeur una manta y yo, señor, tenía un abrigo de pieles, un abrigo de pieles, un abrigo que usted admiró, señor...

—Sí, el abrigo de una amiga suya, según me dijo usted, abrigo que pertenecía a una princesa... Lo recuerdo muy bien —dijo Rouletabille que fruncía terriblemente el entrecejo—. ¿Qué más?...

Vladimir se acobardó completamente.

—¡Oh! ¡No será usted capaz de suponer que lo he vendido!

—¡Ah! ¿No lo has vendido?

—Pero, ¿por quién me toma usted?

—¿Qué hiciste, pues, de él?

—Observe usted —reanudó Vladimir, pestañeando con sus pesados párpados y dando a su voz la mayor dulzura, pues iba recobrándose poco a poco y habiendo hecho un rápido examen de conciencia, preguntábase por qué había intentado ocultar un acto que no le parecía en modo alguno reprochable—. Observe usted que hubiera podido venderlo. ¡No proteste! ¿Conoce usted a la princesa?

—Sí, la he entrevisto...

—¡Oh!, usted ha hablado con ella.

—Fue ella quién me habló... Recuerdo haberme tropezado en el rellano de su cuarto de usted, con una vieja dama desfachatada, de cabellos de estopa,

que parecía un tanto chiflada y que salía del cuarto de usted sin abrigo, y con el sombrero ladeado sobre una peluca en desequilibrio.

—¡Oh! Señor Rouletabille. ¿Qué ha podido hacerle la princesa, para que la trate usted así?...

—Sencillamente, me dijo lo que sigue, mi querido señor Vladimir: «¿Es con el señor Rouletabille con quien tengo el placa de hablar?... Vladimir me ha hablado mucho de usted. ¡Le ruego me permita presentarme yo misma a usted! Soy una antigua amiga de la familia de Vladimir, y me intereso mucho por ese muchacho que tiene mucho talento, y que tan hermosas crónicas envía a *La Époque*, de París».

—¿Eso le dijo a usted la princesa? —preguntó Vladimir, que esta vez había enrojado hasta la raíz de los cabellos.

—Naturalmente... Recuerdo, incluso, que le contestó: «Efectivamente, señora; Vladimir es quien escribe mis artículos, y soy yo quien lleva al correo los que Vladimir escribe».

—¡Dios mío, que chusco! —comentó negligentemente Vladimir.

—Para juzgar si efectivamente es chusco, esperare el fin de la historia —declaró amenazadoramente Rouletabille.

Llamado al orden, Vladimir, luego de toser, continuó:

—Decía, pues, refiriéndome al abrigo de pieles, que tan solo hubiera dependido de mí el haberle vendido, puesto que la misma princesa de Kochkaref... de la célebre familia Kochkaref de Kiew... los Kochkaref son muy conocidos...

—¡Al grano! ¡Al grano!

—... Puesto que la princesa, que es una antigua amiga de mi familia y que me quiere mucho, me ha dicho más de una vez, al admirar yo aquel abrigo magnífico: «Vladimir, si le gusta, cójalo usted, ¡es suyo!»

—¡Miserable! —gritó Rouletabille.

—¡Ah! ¡Señor, cálmese usted, yo soy incapaz de eso! —interrumpió con admirable expresión de repugnancia—. Cada vez que la princesa me reiteraba su oferta, la he hecho comprender que hería mis naturales sentimientos de delicadeza, y le rogaba que no insistiera. Pero he aquí lo que acaeció. Aquel abrigo era el objeto de envidia de algunas amigas de la princesa, quienes discutían su precio de una manera muy desagradable, negándose a creer que la princesa hubiera pagado por su abrigo la cantidad de cincuenta mil rublos a un comerciante de Moscou... Por cuyo motivo me dijo la princesa: «Vladimir, para hacer callar a esas necias, debía usted ir un día con mi abrigo al Monte, hacer estimar su valor, rehusar, desde luego, el precio que le

ofrezcan, y volver con mi abrigo declarando la suma que están dispuestos a prestar sobre él...» Esto es lo que me dijo la princesa, y esto es lo que hice... ¡se lo juro!...

—Y yo, a mi vez, le juro a usted que no comprendo bien —dijo Rouletabille.

—Va usted a comprender y hubiera visto ya claro, si su impaciencia no le hiciera interrumpirme a cada instante... He aquí el asunto... Es sencillísimo: El mismo día que abandonamos Sofía, cuando usted nos advirtió que partíamos para una larga expedición, ¿cuál fue mi primer impulso?... Mi primer impulso fue correr a casa de la princesa para devolverle el precioso abrigo, de cuya custodia no quería seguir asumiendo por más tiempo la responsabilidad; el azar hizo que tomará, precisamente, por la calle en que se hallaba situado el Monte de Piedad y que al encontrarme frente a aquella institución, de la que frecuentemente habíamos hablado la princesa y yo, me dijese: «¡He aquí la ocasión de tasar el abrigo!» Entré y me ofrecieron un préstamo sobre él de 43.000 *levas*.

—¡Y aceptó usted!...

—No, señor, rehusé.

—¿Entonces?...

—Entonces, no se por qué fatalidad, el empleado, que, sin duda, estaba distraído, entendió que yo le contestaba: ¡Sí! Y he aquí como me alargaron 43.000 *levas*, sin que me diera tiempo para protestar.

—¡Pero tuvo usted tiempo de recoger los billetes!...

—No me juzgue usted mal, señor. Al salir del Monte de Piedad, mi primer cuidado, fue *¡enviarle a la princesa la papeleta de empeño!*

—¡Ah! ¡Ah!, usted le envió da papeleta de empento —repitió Rouletabille, estupefacto ante tal descaro.

—Sí, señor, sí; como acabo de decírselo a usted. Le he enviado la papeleta de empeño y de esta forma podrá retirar su abrigo cuando le plazca.

—¡Claro! Espero que la buena dama le estará agradecida por una atención tan delicada.

—Es muy agradecida, señor, yo la conozco bien.

—... Y que le dará las gracias por haber pensado en un detalle tan insignificante.

—Aquí, para nosotros, convendrá usted que yo le era deudor de esa atención.

—¡Pero es que, además, le debe usted 43.000 *levas*!

—¿Y quién lo niega? Al mismo tiempo que hacía llegar a sus manos la papeleta —que podrá mostrar a sus amigos, lo cual le servirá como motivo de triunfo, como deseaba— la prevenía, que teniendo que salir la misma noche, no disponía de tiempo para pasar por su casa; pero que a mi regreso a Sofía, me apresuraría a entregarle el dinero.

—¡Bandido! ¡Ha dispuesto usted de un dinero que no le pertenecía!

—¡Qué caramba! Lo primero que hice, y ello debido a mi buen corazón, fue prestar mil quinientas levas a La Candeur, distraje, después, Otras mil quinientas para mí, lo que nos ha permitido a ambos el presentarnos a usted convenientemente equipados.

—No contento en pagar el equipo con dinero que no le pertenecía, se ha jugado usted el resto y lo ha perdido.

—Por eso me ve usted tan fastidiado. Perder uno su dinero nada importa; pero perder el ajeno, puede causarle a uno muchas contrariedades.

Rouletabille se volvió hacia La Candeur y le preguntó:

—¿Supongo que no querrás quedarte con ese dinero robado?

—¿Y por qué no? —contestó éste con lágrimas en los ojos—. Yo no te he robado, si no que le he ganado honradamente, y por lo tanto, me pertenece.

Rouletabille no se tomó el trabajo de contestar a aquella frase egoísta y poco escrupulosa, más que con una mirada de desprecio que hizo bajar la cabeza a La Candeur. Por último el jefe de la expedición, hizo desaparecer el fajo de billetes en las profundidades de su bolsillo.

—¡Ay de mí! ¡Ya no los volveré a ver! —gimió el gigante.

—No, ya no nos volverás a ver, puedes llevarles luto. Yo mismo entregaré este dinero a la princesa Kochkaref, a mi regreso a Sofía.

Vladimir, a su vez, declaró con voz quejumbrosa no exenta de amargura:

—Ya que juzga usted que he precedido mal, creo que es la mejor solución. Después de todo, que el dinero de esa dama esto en su bolsillo o en el de La Candeur ¿no es para mi el mismo resultado?

—¿Pero crees tú, canalla, que para mí significa lo mismo? —gruñó La Candeur, abalanzándose sobre Vladimir. Rouletabille tuvo que separarlos.

—Perdóname, Rouletabille —dijo el pobre La Candeur, dejándose caer sobre su cama de campaña que se hundió enseguida—, ¡es la primera vez que ganaba!

Rouletabille salió sin contestar, inflexible, como la justicia. Al entrar en su tienda halló despierto a Atanasio Khetew que lo había oído todo.

—Ha hecho usted bien en guardar ese dinero —le dijo—, pues en los tiempos que jorren puede servirnos de mucho.

Y se acostó de nuevo para continuar su interrumpido sueño.

Rouletabille dejó caer los brazo con abatimiento, reaccionó luego y se acostó, mientras decía, durmiéndose:

—Decididamente nada he comprendido aún del alma esclava.

CAPÍTULO III

LOS COMITADJIS

A la mañana siguiente el grupo de jinetes continuó su marcha hacia el Sudeste.

—Me parece que nos estamos alejando del ejército —dijo Rouletabille.

—Le he dado mi palabra de honor que nos hallaremos ante él, en el momento oportuno —replicó Atanasio.

—¿Y Gaulow? —preguntó Ivana con voz gutural.

—También le encontraremos, Ivana... mis jinetes se han separado de mi para realizar una buena labor... Cuando tengan informes seguros de Kara-Selim ya me los transmitirán, tranquilícese usted.

Ivana pegó a su caballo y se adelantó al grupo sin contestar.

Atanasio tan pronto va a vanguardia como a retaguardia. Parecía más sombrío y preocupado que nunca.

De pronto la atención de Rouletabille fue atraída por una figura que no había visto hasta entonces. Aquel nuevo personaje debió reunirse a los muleteros en las primeras horas del día. Era un anciano que sorprendía por cierto aire de majestad aunque iba cubierto de andrajos y caminaba con la cabeza inclinada como sumido en un sueño.

Rouletabille se aproximó a Atanasio.

—¿Quién es? —le preguntó.

—El tío Cirilo, célebre por sus infortunios.

—Tiene, en efecto, el aspecto de un desgraciado —dijo Rouletabille.

—Ahora ya no. La alegría le invade... Ha podido escapar de las prisiones de Anatolia y ha regresado al país, que no había vuelto a ver desde la guerra de la Independencia.

—¿Y por qué viene con nosotros?

—Porque —replicó Atanasio misteriosamente—. Porque tiene sus razones para venir conmigo.

Sin detenerse en el efecto causado por sus últimas palabras, continuó:

—Ese es un verdadero hombre... Bien alto se puede proclamar. He aquí un hombre que ha visto mucho mundo en su juventud; ha vivido en Besarabia, en Odesa, en Galaz, en Bucarest, en una palabra: en el extranjero, y que regresa a su patria al comprender para lo que el hombre ha nacido, esto es: para la libertad. Trabajó antaño con Levisky en la organización de un comité revolucionario y para ser más dueño de sus actos, mató a su mujer que se oponía a su actuación patriótica. En fin, conoció a mi padre, que también era uno de aquellos hombres...

—Debía hacerle montar en una de nuestras mulas...

—No, las muías van muy cargadas, y, por otra parte, ya liemos llegado.

—¿Dónde?

Atanasio contestó con singular acento:

—A un lugar que le interesará y que le dará motivo para un hermoso artículo... ¿No ha venido usted para eso?...

Como desembocaban en un claro, junto a un sombrío bosque de pinos, Atanasio detuvo con un gesto a los muleteros.

Y he aquí lo que Rouletabille vio:

El tío Cirilo había caído de hinojos ante una aldea que se divisaba en el fondo, a través de la arboleda. ¡Con qué emoción parecía volver a ver, después de tantos años de prisiones turcas, aquella aglomeración de míseras casuchas de basamento en piedra amarillenta, de bardales embadurnados de cal, de techos formando terrazas! Un poco más lejos, había un mísero puente de madera lanzado a través de un torrente. De pronto, arrancándose de aquella contemplación, se levantó al divisar a un anciano, encorvado, como él, por los años, y que ascendía penosamente la pendiente con un fusil a la espalda.

—¡Iván! —exclamó.

Al oír aquella voz, el otro, se aproximó con cautela. No reconocía a quien le llamaba; pero Cirilo se nombró y ambos ancianos se abrazaron estrechamente.

—Ese —dijo Atanasio— es Iván el Carretero, que también conoció a mi padre. Y dio detalles sobre Iván con gran volubilidad y evidente júbilo.

La característica de Atanasio, que Rouletabille comenzaba a penetrar, residía en una continua oposición entre una hipocresía que le, venía de su prolongado oficio de espía, y una franqueza repentina, en la que se manifestaban, claramente, los sentimientos hasta entonces más ocultos.

A continuación conversó Atanasio en voz baja con los dos viejos, quienes después de saludar a los viajeros, desaparecieron tras los negros troncos de la selva quemada. Atanasio dejó transcurrir algunos minutos, pasados los días, dijo a los jóvenes:

—Sígueme ahora en silencio y yo les aseguro, que si palpitan en sus pechos corazones de hombre, no perderán su tiempo.

La singularidad de las expresiones de Atanasio, junto con la extraña luz que brillaba en sus ojos y en su frente, habían sorprendido al reporter.

—¿Qué querrá decir? Nunca le vimos así —decía La Candeur un poco inquieto.

—Diríase un apóstol —opinó Rouletabille.

—Pues a mí no me gustan los apóstoles —replicó el otro.

—Apuesto que vamos a ver algo divertido —dijo Vladimir.

Ivana permanecía silenciosa.

Siguieron a Atanasio hasta lo más espeso del bosque, alejándose a la izquierda de la aldea, que, por intervalos, se divisaba a los pies del ribazo.

Llegados que fueron a una especie de barranco, Atanasio hizo alto, ordenando a todos que permanecieran callados e inmóviles. No esperaron mucho tiempo. Aparecieron primero unos seis cazadores búlgaros que parecían equipados para caza mayor. En su centro hallábase un joven de arreboladas mejillas que parecía muy tímido y entre cuyas manos habían puesto una bandera bordada con palabras eslavas que significaban: «¡La Libertad o la muerte!»

Uno de los cazadores, luego de hablar con Atanasio, subió a una roca y silbó de cierta manera. Todos guardaron entonces un profundo silencio, hasta que apareció de entre las malezas un pope. Todos se inclinaron ante él, quien, después de considerar unos instantes a Rouletabille y a sus amigos, les sonrió mostrando una dentadura deslumbradoramente blanca. De la cintura de aquel pope pendían un crucifijo, dos enormes pistolas y una magnífica cimatarra que databan, por lo menos, del sultán Selim. Llamábase Goio. Vladimir traducía las palabras cambiadas, de las que se desprendían que se había extendido una gran alegría al saber la noticia de que los ejércitos habían atravesado la frontera. Entre los comitadjis, hablábase también de un cierto Dotchov, cuyo nombre parecía poner los cerebros en ebullición; como también de cierto «prado de los cerdos» cuyos términos: *svinartka lenke*, repetíanse en las conversaciones como un *leit-motiv*.

El grupo engrosaba incesantemente; llegaban búlgaros de todas partes; diñase que surgían de la tierra o que caían de los árboles.

El pope Goio se agitaba entre ellos, y para mejor hacerse entender, enarbolaba con una mano el crucifijo y una pistola con la otra.

El buen eclesiástico, tenía una manera especial de catequizar a sus fieles. Preguntábale al joven abanderado que era un neófito:

—¿A cuantos turcos tienes intención de matar? ¿Cuántos cartuchos has fabricado? Si bajan de trescientos, te quedas sin comunión. ¿Has engrasado bien tus armas, amasado y preparado muchas galletas?

Y como reían a su alrededor, declaró volviéndose hacia el grupo:

—«¡Así confieso desde hace dos meses!»

—Cuando franqueemos la Tracia, te nombraremos exarca —exclamó el carretero.

—Ya hay uno en Constantinopla —replicó—. Dos soles no pueden existir simultáneamente ¡pero que el diablo se lleve a quien me hizo pope!

Dijo, y sacando del bolsillo un pedazo de tela blanca, lo suspendió a su cuello a guisa de alzacuello; empuñó el sable del sultán Selim, con una mano, alzó el Cristo con la otra, púsose una pistola bajo el brazo y explicó al neófito con voz tonante, la santidad del juramento. Juró el neófito, juraron los demás y gritaron:

—¡Por fin será vengada la sangre vertida en Tracia!

Después de esto, Atanasio, pronunció unas palabras que obtuvieron un clamoroso éxito y terminó diciendo:

—¡Vamos al prado de los cerdos!

Todos repitieron:

—¡Vamos al prado denlos cerdos!

Toda la banda se puso en movimiento agitando las armas. Tan solo Atanasio, que iba el último, afectaba gran recogimiento.

—¿A qué comedia vamos a asistir? —preguntábase Rouletabille.

Ivana seguía los acontecimientos, simulando indiferencia, mientras Vladimir repetía:

—Vais a ver que divertido va a ser.

La Candeur sujetaba prudentemente a su caballo de las bridas, pues los caminos que conducían al «prado de los cerdos»: eran infernales. Por fin llegaron aquél famoso prado. Estaba éste bastante alejado de la aldea y situado en un lugar lúgubre y salvaje, dominado por abruptas colinas. Un torrente dejaba oír su malévola canción, entre ‘una doble hilera de árboles, situados encima del río, y que inclinados unos sobre otros, parecían contarse espantosas historias, haciéndolos estremecer. Había allí un puente, que todos atravesaron en silencio, deteniéndose en la otra orilla, bajó los árboles.

—Acamaremos aquí —dijo Atanasio a Rouletabille—, pues tengo que solventar un asunto en este lugar.

—¿Qué asunto, y por qué nos acompañan todas esas gentes?

Por que quieren ofrecernos la cena, y regocijarse, con nosotros por la buena tarca que se prepara.

Y volviéndose hacia los demás, gritó con exaltación y en lengua búlgara:

—¡Mirad! ¡Ahí vienen las mujeres qué acuden con los corderos, y los porqueros con los cerdos... He allí también, al dueño del prado de los cerdos, al llamado Dotchov en persona, que es, a fe mía, como podéis ver, un anciano respetable. Uno más de los que vieron la guerra de la independencia y que conocieron a mí excelente padre.

Dotchov va acompañado de su buen amigo Iván el Carretero. Juntos combatieron antaño, y se preparan ahora para combatir juntos en nuevas batallas, pueden, pues, regocijarse entre nosotros!... ¡Avanzad... Avanzad... Avanzad, venerables ancianos!...

Vladimir, al traducir el discurso búlgaro de Atanasio, no dejaba de repetir a Rouletabille:

—¿Qué es lo que prepara?

—Con seguridad, que no será una cosa corriente. El más loco parece Atanasio...

—Mire, mire mío amable está con ese viejo Dotchov, a quien coloca en el centro, en sitio de honor y a quien, sin embargo, parece como si quisiera aniquilar con la mirada de sus ojos.

Mientras tanto había encendido fuego, preparando los corderos a la *hiedouk*, esto es, enteros, con su piel, metiéndolos en hoyos calientes como hornos. Las mujeres venidas de la aldea, iniciaron el baile *choro*, al son de la *gaida*.

—Ya ves, viejo camarada, que alegres estamos —decía Iván el Carretero a Dotchov, cual, situado en el centro del grupo, sentado a la turca, parecía presidir la fiesta.

—¿Porqué no matan mis cerdos? —dijo Dotchov.

—Los hice traer por mis porqueros para que haya abundancia en la fiesta.

—No quiere Atanasio —contestó Iván el Carretero.

—Le he preguntado el motivo y me ha contestado que no los encontraba bastante cebados, para una fiesta como esta...

—¿Pero de qué fiesta se trata? —preguntó Dotchov.

—Pregunta, pregúntaselo a Atanasio...

Interrogado este, contestó:

—Ya se te dirá cuando lleguemos *alraki*.

—¿Pero antes no nos vas a contar una historia de los tiempos en que con mi padre, fabricabais cañones don madera de cerezo?

—Sí, sí —dijo Dotchov—. ¡Ah! Los hicimos de todas clases. Fabricábamos cañones con lo que podíamos, e íbamos a cantar por las aldeas: «¡*De pie, de pie, héroe del Balkán!*»... Tu padre cantaba muy bien...

—¡Ya mi madre le gustaba la sopa de coles; pero los cerdos preferíanlas orejas de mi padre!

—¡Claro! ¡Claro! —aprobo Dotchov turbado, a causa de la manera furiosa con que Atanasio había dicho aquello—. ¡Claro, es una gran desgracia que los cerdos se hayan comido las orejas de tu padre!... Pero tú no debías mirarme así. Ya sabes que nada podía hacer por impedirlo... Y, después de todo —añadió Dotchov, moviendo su venerable cabeza de anciano y elevando los brazos al cielo—, yo no se por qué se me vuelve a hablar de ese asunto. ¡Bastante me ha quitado el sueño!... ¡Ni por qué Iván el Carretero me ha atraído hasta aquí, ni por qué me sentís frente al puente del prado de los cerdos!... ¡Todo esto nada tiene de grato para quien ha sufrido to que yo! Bien podíais dejarme morir tranquilo, sin recordarme todo esto; bástanle sufrí con la muerte de tu padre... Pregúntaselo, si no, a Iván el Carretero... Le llore durante días y días, y mucho fue lo que les dije a los bachi-bouzouks...

—¡Basta! ¡Seamos razonables y comamos!...

—Vamos a comer —dijo Atan asío—; pero esperaremos aún a un convidado.

—¿A quién?

—Mira allá, ese que avanza hacía el puente...

—Es un viejo mendigo que no es do esta región...

—Sí... sí... Tú le conoces: pero viene de tan lejos... De tan lejos... Afortunadamente le hallé en el camino, sin lo cual, le hubiera sido imposible hallar el suyo... Y le he invitado a cenar, persuadido de que ningún encuentro te sería más agradable, viejo Dotchov...

—¡Por la Virgen Santa! Que no le reconozco... ¡Dile que se aproxime!

Atanasio va en busca del viejo mendigo y le conduce de la mano hasta el viejo puente del prado de los cerdos.

Seguramente, que desde el fondo de las cárceles de Anatolia, no podía el viejo mendigo soñar en volver a ver aquel puente memorable, construido con dos tablas y una traviesa carcomida.

Atanasio conduce, pues, de la mano al viejo andrajoso ante el amable y venerado Dotchov, quien guiñó los ojos.

—¡No; no le reconozco!...

—¿No conoces al buen Cirilo, célebre por sus desgracias?

Dotchov, al oír aquellas palabras, se levantó terriblemente pálido; sin embargo, tuvo bastante energía para estrechar contra su corazón al andrajoso con la alegría de un padre que recobra a su hijo.

—¡Loado sea Dios, Cirilo, ya que te vuelvo a hablar!... ¡Se te creía muerto! ¡Te he llorado mucho tiempo, fiel compañero de mi juventud!...

Dotchov se volvió a sentar; pues sus débiles piernas rio tienen bastante fuerza para sostenerle después de una tal emoción.

—Pero ¡habla, habla! —dijo a Cirilo—. Cuéntanos tu historia. ¿También conseguiste escapar a los bachi-bouzouks? Creí que te habían fusilado aquel maldito día...

—¿Ha llegado el momento de hablar? —preguntó Cirilo a Atanasio.

—Después del cordero —contestó Atanasio; ordenando a renglón seguido que lo sirvieran.

El pope Goio, corló con la cimatarra del sultán un gran pedazo, que devoró después de hacer un signo de cruz ortodoxa. Dotchov ha dejado sitio a su lado a Cirilo, y ambos despedazan con sus dedos la sabrosa vianda, cambiándose veinte anécdotas del tiempo en que se ocultaban en los grandes bosques del Balkán y del Istrand-ja, para escapar a los bachi-bouzouks.

Finalmente hubo una distribución de raki, las muchachas que bailaban el *choro* se detuvieron; callóse la gaida...

—¡Ha llegado el momento, ha llegado el momento! —dijo Vladimir, empujando a Rouletabille a la primera fila...

Rouletabille estaba sorprendido.

—Estos búlgaros parecen estar en su propia casa...

—¿En dónde están las autoridades turcas? ¿Es que no las temen?

—No —replicó rápidamente Vladimir—, las autoridades han muerto. Ayer mataron al kouet y a cinco rapties. Ahora están en su propia casa, entre ellos y dispuestos todos: hombres, mujeres y niños, a ganar la montaña. Esta noche, antes de abandonar la aldea, deben incendiarla para ahorrar ese trabajo a los turcos... Por lo menos, eso he comprendido, pues he querido averiguar por qué están tan alegres... Pero ¡escucha, escucha! Ahora es cuando empieza el asunto de Atanasio... ¡Oh! ¡Mírale!...

En efecto; Atanasio, que de pie tras el pope, miraba al viejo Dotchov, daba miedo... ¡Ah! Era una hermosa cabeza de fiera hambrienta y que vigila su presa...

Formóse un círculo en torno a Cirilo, que iba a referir un hecho de la guerra de la Independencia y que previamente se Limpiaba el bigote y engullía el último bocado.

—Recordarás, Dotchov —dijo Cirilo—, que una espantosa tormenta estalló durante la noche en la montaña, y que el viento penetró en la choza en donde nos habíamos refugiado Iván el Carretero, el padre de Atanasio y yo, huyendo de los bachi-bouzouks, después de la dispersión de los comidatjis.

Aquel viento penetró con violencia tal por el agujero que daba salida al humo, que el hogar que destrozado, desparramada la lumbre y la choza incendiada. Fue pues necesario abandonarla y pasar la noche bajo la lluvia y el granizo; pasada la noche, vinieron a nuestro encuentro tres pastores que nos hallaron cobijados bajo un álamo blanco. Luego de calentarnos y procurarnos alimentos, nos invitaron a refugiarnos en otra cabaña, en la que hallaríamos hospitalidad. Recordarás que seguimos el lecho del torrente, y que el agua fría nos hacía tiritar... ¡Recuerdas!... ¿Recuerdas?

—Como si fuera ayer —dijo el otro viejo meneando la cabeza y estremeciéndose como si aún estuviera en el agua—... Allí fue donde caí en un hoyo de truchas y estuve a punto de ahogarme...

—Justamente; pero no pudimos seguir siempre el lecho del torrente, por cuya causa las huellas de nuestros pasos nos denunciaron a los bachi-bouziuks... Y esto muy claramente.

—¡Con toda claridad! Es lo que siempre he dicho...

—Más lejos nos encontramos con un oso...

—Sí, sí... El oso... Recuerdo el oso.

—Buscaba huevos de hormigas; y se sorprendió al vernos.

—Lo recuerdo bien... Completamente sorprendido.

—¡Ah! ¡Ah! —gritó Iván el Carretero, acercándose—. ¡El oso! Le lancé un bastón entre las piernas y cayó en la trampa... ¡Como comprenderás, no podíamos disparar sobre él!

—Por fin llegamos a la choza... El pastor Neia nos había acompañado... Recuerda... Recuerda Dotchov...

—Sí, sí ¡Neia! ¡El pastor Neia! Con frecuencia hemos hablado de él Iván y yo. ¡Pobre Neia!

—Es digno de lástima... Cerca de la choza, Neia, se clavó una espina en el pie; no hay que olvidar esto...

—Incluso recuerdo que me dijo, que no tenía suerte... Que los turcos le habían apaleado más de veinticinco veces, que más de cinco le hicieron arrodillarse para decapitarle... Y que le habían despojado quince veces de

todo lo que poseía; pero su mayor tormento era el haber ido tan poco a la iglesia... Y el padre de Atanasio le dijo entonces: «Consuélate, después de una vida como la tuya, eres digno de que te canonicen por mártir y santo...» Y él contestó: «Sobre todo, con esta espina clavada en mi pie...» ¿Recuerdas, Dotchov, lo que pasó a causa de aquella espina?

—A fe mía, no, Cirilo...

—¡Pues bien! Es necesario que recuerdes... A causa de ella, Neia, no pudo ir en busca de provisiones a la aldea, y ¿quién se arriesgó a ello? ¿Fuiste tú, Dotchov?

—¡Naturalmente! Era necesario que alguien se sacrificara.

—¡Claro! ¡Y ese alguien no podía ser el padre de Atanasio cuya cabeza estaba pregonada en 10.000 piastras!...

—Recuerdo; traje leche, pan y tabaco.

—Y estabas muy alegre, y te pusiste a cantar mientras fumabas tu chibouk porque, según tú, el peligro había pasado y eras portador de buenas noticias; las bandas de bachi-bouzouks habían abandonado las montañas y la ruta estaba libre hacia el Noroeste; que Servia entraba en campaña y Rusia acudía. En una palabra, todo nos favorecía... Sólo que era necesario reunirme con los combatientes. A la mañana siguiente, partimos con alegría dejando al pastor en la cabaña, sin sospechar nada.

—Cierto, fue Neia quien nos traicionó; pero le maté con mis propias manos en cuanto se me presentó ocasión —dijo Dotchov.

—En efecto; Dotchov, se debe matar a los traidores... Nos pusimos, pues, en marcha. A la cabeza, como siempre, iba el padre de Atanasio que era todo un valiente, seguían en orden, Iván el Carretero, yo, Cirilo y tú, Dotchov. Ibas tú el último, pero eras tú quien nos indicabas el camino que debíamos seguir. Así filé como llegamos al prado de los cerdos, del que nos separaba un torrente... Entonces tú, le gritaste a Atanasio, padre de este Atanasio: «¡Es necesario que vayamos del otro lado si queremos evitar el encuentro con los bachi-bouzouks. Hay que atravesar la pasarela!» ¿Es cierto? ¿Esta pasarela del prado de los porqueros! ¿Es verdad, Dotchov?

—¡Naturalmente que es verdad!... Iván está ahí que puede decirlo a igual que tú... Yo he dado siempre buenos consejos...

—La pasarela parecía nueva, estaba construida con dos vigas y una traviesa; nos metimos por ella; pero inmediatamente cedió bajo nuestros pasos y tú, que ibas el último, pudiste fácilmente salvarte y huiste enseguida con desenfrenada carrera, refugiándote tras un grueso tronco que había a alguna distancia.

—Exacto; huí porque disparaban sobre nosotros... ¿Es cierto?

—Verdad es... Apenas pusimos los pies sobre esa pasarela, partieron de un bosque vecino más de veinte disparos de fusil... La orden de fuego fue dada en lengua turca. Afortunadamente, los bachi-bouzouks, no hicieron blanco. Iván consiguió escaparse, yo me deslicé en las frías aguas, las balas siguieron silbando. ¿Qué había sido de Atanasio? No podía darme cuenta de ello. Conseguí salir del agua y deslizarme en una espesura. Jamás tuve tanto miedo. Me creí salvado, y recé; pero veinticuatro horas más tarde, era capturado por los bachi-bouzouks. ¿Qué hacías tú, entretanto, Dotchov, qué hacías tú?

—Me soterré como un conejo —contestó sin turbación aparente el anciano— en el hoyo de una gruta en donde me hallaba tan bien como en una taberna valaca; pero desde donde, ¡ay!, asistí a la muerte del pobre Atanasio. Esto es el mayor dolor de mi vida...

—Murió como voy a contaros; juro por San Jorge y tos Santos, que fue tal y como os lo voy a relatar: Atanasio, que había caído al torrente, consiguió también salir de él, sin ser visto por los bachi-bouzouks y trepó a una gran encina que se hallaba ante mí...

Todos los presentes señalaron a la otra orilla, diciendo:

—¡Esa encina, esa encina!

—Como veis —reanudó el buen Dotcfnov— el árbol es muy alto. Atanasio, bien escondido, podía esperar el momento propicio para su fuga. Los bachi-bouzouks, furiosos, batían el parque de los cerdos, el campo, el bosque, el barranco... La desgracia quiso que en uno de ellos volviera con su perro y que ese perro se dirigiera al árbol. El perro se puso enseguida a ladrar. Los bachi-bouzouks, levantaron la cabeza y vieron a Atanasio. Dispararon sobre él como si fuera una corneja y bien pronto cayó Atanasio, yéndose a estrellar al pie del árbol. La desgracia quiso, aún que pasara en aquel momento uno de los porqueros con dos cerdos. Los bachi-bouzouks le cortaron las orejas a Atanasio y dieron una a devorar a cada cerdo... Y como la noche se echaba encima, los bachi-bouzouks se alejaron después de despojar al cadáver.

Yo me deslicé hasta los restos de mi amigo y lo enterré como pude, removiendo da tierra con mi bayoneta. ¡Así murió Atanasio, padre del Atanasio que está aquí!

—¡Dotchov, Dotchov —dijo la voz grave y profunda del mendigo Cirilo—, todo lo que acabas de contar es rigurosamente exacto, pues también yo vi como pasaron las cosas!

—¿Pues adónde estabas tú?

—¡Estaba en el árbol con Atanasio!

Dotchov, se levantó a medias sobre los cojines, como movido por una fuerza interior que le impulsara hacia Cirilo, del cual no podía separar sus miradas. Sus temblorosos labios intentaron emitir algunas palabras; pero los que le rodeaban sólo pudieron oír un soplo ronco, parecido al que precede al estertor agónico.

En el mismo instante, el pope, que se hallaba detrás de él, le; empujó, haciéndole sentar de nuevo; después, poniendo una de sus manos sobre la cabeza del lamentable viejo, dijo:

—¡Estamos en los brazos de la muerte! La muerte es como el pescador, que, habiendo aprisionado en su red a un pececillo, lo deja por algunos instantes en el agua. El pececillo sigue nadando; pero la red del pescador le aprisionará cuando le plazca...

—Continúa, Cirilo —dijo la fría voz de Atanasio.

—Sí. Yo estaba en el mismo árbol que se refugió Atanasio, dijo Cirilo. Como él, había yo conseguido esconderme en las ramas de la encina; pero nadie lo supo, y cuando Atanasio cayó, me dejaron tranquilo, pudiendo así ver y oír sin peligro alguno. Y he aquí lo que vi y oí; Dotchov, salió de su escondite y se reunió a los bachi bouzouks que le llamaban. Dotchov les reprochó el haber dado las orejas de Atanasio padre de este Atanasio, a comer a tos cerdos. Los otros riéronse y le preguntaron: «*Dinos, viejo bribón, cuando les dijiste que tomaron el camino de la pasarela, ¿nada sospecharon esos simples del comité?*»

»Y Dotchov contesto: «*Absolutamente nada. Estaban tan contentos que me hubieran seguido, hasta el fin del mundo...*»

Al oír estas palabras de Cirilo, la multitud, que rodeaba a Dotchov, lanzó palabras de muerte contra él, y al ver éste que todo estaba perdido, cayó de rodillas, escondiendo el rostro entre sus manos.

El pope exclamó:

—¡Toda la montaña tiene ojos y oídos para los traidores; pero los traidores ya no tendrán ni ojos, ni oídos!...

—De la encina a la pasarela maldita —continuó Cirilo— había unos cien pasos. Oí todo lo que se dijo. Felicitaban a Dotchov por haber construido aquella pasarela para atraer al *apóstol* al lazo en que debía sucumbir. Dotchov es un traidor que nos ha vendido sin pudor a nuestros más crueles enemigos, tos enemigos de los comités. He vuelto desde el fondo de las prisiones de

Anatolia, para decir ésto a todos y para decírselo a él. ¡Dotchov, ruega al alma de San Jorge, para que te perdone!

Dotchov apartó entonces las manos de su rostro y Rouletabille pudo ver que estaba inundado de lágrimas de arrepentimiento.

—¡Jorge, perdóname —imploró Dotchov—. Pide a Dios por mi alma negra! —Al decir esto, besaba la cruz que le tendía el pope y golpeaba el suelo con su frente. Ya no temblaba; su rostro se había serenado.

—Durante largos años he sido un hombre perdido; no podía dormir. Ahora me parece haber confesado y comulgado. Golpeadme si queréis, matadme, lo he merecido...

—Si quieres un sable, tómalo —dijo el pope a Atanasio—, yo sujetaré la cabeza de este hombre mientras tú le cortas las orejas.

—No tengo necesidad de tu sable, reverendo padre —contestó Atanasio—. Los cerdos se comerán las orejas de Dotchov «vivas».

—Muy bien hijo mío, comprendido —repuso el pope—. No está mal lo que has pensado.

Pero también Dotchov había comprendido y lanzaba gritos desesperados y se golpeaba el pecho diciendo que merecía la muerte, pero no un suplicio semejante.

—¡Jamás! —aseguraba, poniendo por testigos a San Jorge y Santa Sofía—. ¡Jamás hubiera librado a los fugitivos de los bachi-bouzouks, si no me hubieran atormentado, poniéndome los pies al fuego vivo, lo que me había obligado a prometer todo; pero con la muerte en el alma! ¡La confesión —añadió— ha librado mi alma del pecado, tengo derecho a morir en paz!

Fue inútil cuanto dijo, inútiles sus esfuerzos; Iván el Carretero por un lado, y Cirilo el mendigo por otro, se las arreglaron también, que uno de los cerdos a quien hicieron aproximar, pudo asirle una oreja y con un gruñido espantoso, arrancarla, después de cerrar sobre ella sus horribles mandíbulas. Dotchov aullaba, como se debe aullar en el infierno y Atanasio, impasible, miraba.

En cuanto Rouletabille y La Candeur, habían huido espantados ante aquella escena de salvajismo; pero fueron casi inmediatamente detenidos en su carrera por inesperados clamores.

Era va noche cerrada, y al resplandor de las hogueras, vieron unas sombras que corrían enloquecidas en torno al torrente. Comprendieron que Dotchov, aprovechando las tinieblas y gracias a un supremo esfuerzo, había escapado de sus verdugos, logrando refugiarse, como los *comités* de antaño, en el barranco.

Entonces se aproximaron para ver lo que iba a ser de aquel desgraciado viejo.

Dotchov parecía haber ganado alguna delantera, y en los confines del campo, en las entrañas de la noche, los búlgaros llamábanse a gritos; dábanse rápidas indicciones, jadeantes, mezcladas con disparos de fusil que hacían centellear las aguas del torrente.

Al resplandor de un disparo, Rouletabille reconoció a Vladimir que parecía uno de los más encarnizados perseguidores, al lado de Atanasio.

—¡Ah! ¡Es más búlgaro que ellos! —exclamó horrorizado.

—¡Ya te decía, Rouletabille, que jamás comprenderíamos a esas gentes y que mejor haríamos en regresar a París!...

De pronto, pareció que los búlgaros habían hallado la pista de Dotchov... El campo se quedó vacío; hombres, mujeres, niños, todos se precipitaron en dirección a la aldea, disparando siempre sus fusiles, como en una alegre fiesta.

Efectivamente; habían hallado la pista de Dotchov a la entrada de la aldea, donde aquel tenía su casa, en la que se atrincheró, llamando en su ayuda a sus servidores. Vano y último esfuerzo... Atanasio penetró en la casa, de la que habían huido los criados, y al resplandor de una gran hoguera encendida en la plaza, pudieron ver los reporters como arrastraban al ensangrentado viejo hasta una ventana. Dotchov, cuyo rostro ya no era más que una informe masa sangrienta, elevó sus brazos al cielo en demanda de perdón; pero Atanasio le levantó la tapa de los sesos con un gran revolver, lanzando luego por la ventana sus restos a la multitud, que acabó de despedazarle^[5].

CAPÍTULO IV

LOS POMAKS Y EL AGHA

Rouletabille y La Candeur, habían regresado precipitadamente al prado de los cerdos, en donde encontraron a Ivana tranquilamente sentada cerca del arroyo. Había asistido a la terrible escena y no mostraba emoción alguna. Refiriéndose a su primo dijo:

—¡Este Atanasio es un verdadero hombre!... ¡Un verdadero hombre! Llegará lejos...

Rouletabille no pensaba más que en abandonar aquel país de salvajes e hizo levantar las tiendas rápidamente.

—¡No hemos venido de tan lejos para perder el tiempo con los asuntos de familia del señor Atanasio Khetew! —decía.

Vladimir apareció mientras tanto. Era portador de noticias de Atanasio. Este, rogaba a los jóvenes que no le esperasen. Podían tomar de nuevo, solos, el camino de Almadjik; ya nada lo impedía. Se encontrarían con el ejército búlgaro, y no tenían más que presentarse al Estado Mayor de la primera brigada que encontrasen.

Ivana se había aproximado... Cosa entraña, parecía inquieta.

—¿Qué le ha pasado a Atanasio Khetew? —preguntó.

—Muy sencillo. Uno de sus jinetes vino a buscarle, le dijo algo al oído y ambos han partido precipitadamente, luego de darme las instrucciones que acabo de transmitirles —explicó Vladimir.

—¿Qué camino han seguido? —preguntó febrilmente Ivana.

—A través de la selva.... Atanasio señalaba hacia el Sud...

—¡Corramos tras él y procuremos alcanzarle!... —gritó Ivana montando su caballo de un salto.

—¿Se puede saber para qué? —preguntó secamente Rouletabille.

—¡Ah! ¡Caro amigo, porque seguramente le habrán traído noticias de Gaulow!... ¡Sus y a Gaulow, Rouletabille!...

La dirección Sud, les aproximaba al ejército búlgaro y Rouletabille no vio inconveniente en seguir el impulso de Ivana.

—Ya varemos hasta donde llega tu traición —murmuró. Apenas habían hecho una hora de marcha por caminos imposibles cuando tuvieron que detenerse cediendo al ruego de los muleteros.

La obscuridad era profunda. No se veía gota.

—¿Qué pasa? —preguntó Vladimir. Pero al mismo tiempo se encendieron algunas antorchas de resina y vio que el pequeño destacamento estaba rodeado por una banda de pomaks que con sus descomunales fusiles y sus fachas, parecían forajidos. Al verles, Rouletabille ordenó que todo el mundo se aprestase. Pero Vladimir le apaciguó con un gesto y parlamentó unos instantes con el que parecía jefe de aquellos facinerosos.

—¿Qué dicen? —preguntó Rouletabille impacientado.

—Dicen —contestó Vladimir— que noticiosos de nuestro paso se han apresurado a descender de su aldea, situada en la cumbre de una montaña, para advertirnos que la reglón es peligrosa...

—Ya, ya se ve —dijo Rouletabille.

—... Que por nada del mundo —continuó Vladimir— consentirían que nos ocurriera una desgracia, pues como estamos en la circunscripción de su aldea, el Agha les haría responsables de cualquier desastre imprevisto y llevaría la ruina a sus hogares.

—Bueno, ¿y qué quieren?

—Pues que han venido para protegernos contra los ladrones, siempre que estemos dispuestos a recompensarles con determinada suma.

—Eso depende de la suma —gruñó Rouletabille.

—Nos hemos ajustado en mil piastras —dijo Vladimir.

—¿Mil piastras? Que equivalen a diez libras turcas. ¿No es eso?

—Exacto; y reduciéndolas a francos, le significarían unos doscientos treinta. No es caro.

—¿Cree usted que no es caro? De todas formas es mucho más caro que en la posada...

—No estamos ahora en la posada. Esto hay que tomarlo o dejarlo.

—¿Y si lo dejamos?

—¡Nos costaría más caro!

—¡Demonio!

—Nos traen huevos, tres gallinas y un cordero, y esperan que les, compremos esas vituallas...

—Compro los huevos y las gallinas. ¿Pero qué quiere usted que hagamos con el cordero?

—El cordero es para su cena y lo han traído con esa intención; si tomamos a esos hombres para que nos custodien, estamos obligados a alimentarles. Tienen intención de guardarnos toda la noche.

—La verdad es que han pensado en todo... Pero entonces ¿será necesario acampar?

—¡Sin duda alguna! Por otra parte, los caminos son tan pésimos que no podremos avanzar mucho durante la noche... Y las bestias estarán descansadas y frescas mañana por la mañana. Esta es la opinión de los pomaks, opinión que me han rogado transmita a usted...

—Trate, trate pues con esas honradas gentes, ya que no podemos hacer otra cosa, mi querido Vladimir.

El tratado de paz fue rápidamente concertado, y sin preocuparse ya más de los viajeros, los pomaks pusiéronse a aderezar su cena alrededor de una gran hoguera que habían encendido alegremente. Sus negros rostros sonreían de una manera que impresionaban desagradablemente a Le Candeur, el que, por otra parte, no hallaba ningún motivo de regocijo desde que le habían aliviado del peso de las cuarenta mil levas, tan honradamente ganadas a Vladimir.

—¡Cáspita! —exclamó al considerar a aquellos demonios—. ¡Cuán de menos echo la calle de Sentier! ¡Vaya una idea la mía de venir a este país maldito!

—¡La gloria te espera! —replicó Rouletabille.

—¡La gloria y quizá la fortuna, mala lengua!... —añadió Vladimir.

Así evocaban los héroes de Homero los recuerdos de su, amada patria, entre los combates, bajo la tienda de Aquiles, en las márgenes del Escamandro.

—¡Ha llegado la hora de acostarnos! —ordenó Rouletabille.

Ivana estaba en su tienda. Su malhumor era grande; pero era debido a la detención forzosa que sufría en la persecución del bello Gaulow, *su marido, después de todo...*

Los jóvenes y Tondor, como la noche anterior —y más que la noche anterior— debían vigilar sucesivamente, pues a pesar de las tranquilizadoras palabras de Vladimir la vecindad de los bandidos-guardias, parecía inquietante a los que no estaban acostumbrados a ello...

La Candeur y Vladimir, decidieron acostarse en la misma tienda que Rouletabille. Los reporters se dejaron caer sobre las esteras sin desnudarse. Entre ambos había una mesita cargada de carabinas y revólvers.

Tondor, en el exterior, hacía la primera guardia.

Cerrábanse ya los párpados cuando de pronto se oyó una formidable descarga; más de veinte tiros detonaron a pocos pasos. Los reporters, rápidamente de pie, habían oído silbar las balas tan cerca que, por un momento, creyeron que la tienda había sido atravesada.

Ya se precipitaba Rouletabille fuera, cuando acudió Tondor diciendo:

—No se moleste; son nuestros guardianes que velan. Disparan así para alejar a los ladrones.

—Díles que finen un poco más lejos —recomendó Rouletabille.

No había terminado de decir esto, cuando una nueva descarga silbaba en sus oídos. La Candeur se tiró al suelo.

—¡Pero esa gente nos va a matar! —gemía.

—¡Esto es insoportable! —gritó Rouletabille.

—Es que quieren ganar su dinero —explicó Vladimir.

Sin embargo, fue a parlamentar con sus guardianes, los que accedieron a retroceder algunos pasos; pero no por eso cesaron de hacer disparos durante toda la noche.

Los reporters no pudieron cerrar los ojos. A la mañana siguiente, mientras levantaban el campamento, acudieron los pomaks con nuevas pretensiones, afirmando que habían tenido que rechazar a una formidable cuadrilla de ladrones, los que, de no haber estado los pomaks presentes, hubieran conseguido llegar a las tiendas, amparándose en las sombras de la noche. Por fin se desembarazaron de ellos, gracias a una nueva distribución de piastras.

La ruta que siguieron aquella mañana, fue particularmente fatigosa. Fue necesario escalar arduas pendientes, descender, en zigzag, al borde de verdaderos precipicios, por senderos de cabras. La naturaleza se presentaba, de más en más, hostil. Entre dos desfiladeros, colgado de una roca, divisaban algún caserío, cuyos habitantes salían a veces para enviar una bala, al azar, en dirección a la caravana, sin duda, para advertirla que había sido señalada y que se seguía velando por ella.

—¡Qué oficio! —gritaba La Candeur—. ¡Qué país!

Y no pronunciaron una palabra más en toda la mañana. En cuanto a La Candeur, tan pronto oía una detonación lejana, se abrazaba al cuello de su caballo, y no consentía en levantarse hasta que Vladimir le juraba que no se divisaba en el horizonte ninguna silueta peligrosa.

—Jamás le hubiera creído tan rencoroso —decía Rouletabille.

El paisaje gris, fangoso, sucio, no era en sí muy regocijante; pero el alma de La Candeur estaba tan desolada como él. Continuaba volviendo el rostro a las bromas de Vladimir, quien experimentaba un maligno placer en hacerle rabiar y apenas contestaba a Rouletabille contra quien guardaba rencor, por una virtud que tan caro le costaba.

Ivana iba siempre a la cabeza del grupo. Incluso llegaba a adelantarse, a pesar de las continuas observaciones de Rouletabille. Hacia el mediodía, cuando se detuvieron para desentumecer las piernas y «comer un bocado», había desaparecido.

—¡La señorita Vilitchov se ha marchado de nuevo, y habrá que correr otra vez para alcanzarla!

—Es una chicuela insoportable —exclamó La Candeur.

—¡Cómo! ¿Qué dice usted? —gritó Rouletabille, colorado como un gallo.

—¡Señores, no disputen y miren enfrente! —susurró Vladimir.

Miraron enfrente, detrás, a todos lados... Y vieron que estaban rodeados por una nueva cuadrilla. No eran, esta vez, pomaks de razonamientos irónicos, sino soldados irregulares turcos, ostentando los más disparatados uniformes que imaginarse pueda, y que les apuntaban con sus fusiles.

La Candeur se apresuró a sacar del bolsillo su inmenso pañuelo, lo agitó en señal de paz y comenzaron a parlamentar.

No se podía resistir. Nuestros reporters, fueron conducidos, no lejos de allí, al centro de un reducido campamento que estaban preparando y en el que había ya levantada una hermosa tienda dibujada de negro sobre fondo blanco; tienda que parecía destinada al jefe de aquel destacamento.

En efecto; a penas penetraron en ella, vieron sentado sobre unos cojines, a un hombre por el que todos mostraban una gran deferencia. Un turbante blanco, alto y ancho, como una tiara, rodeaba su cabeza. La almilla azul resplandecía de encajes de plata, y sobre su faldellín, parecido al de los montañeses de Escocia, pendía un complicado arsenal de pequeños objetos en plata cincelada, de los que se servían los antiguos para cargar sus armas de fuego.

Dos largas pistolas perdíanse entre la faja de cachemira que rodeaba su talle; y de su costado, pendía un sable sujeto por un cordoncillo de seda roja con borlas de oro. Aquel hombre tenía un noble continente y fumaba pausadamente hierbas aromáticas en un narghilé de gran precio. Los prisioneros le saludaron profundamente; pero no se dignó contestar a su saludo. No lejos de él, tendíase un escriba que tenía en sus manos unas

tablillas, y que ordenó en francés a los prisioneros que se acercaran. Era el intérprete.

—Señores —dijo el intérprete—, nuestro señor, el Agha, ha sido encargado por las autoridades de S. M. el Suban, de buscar y detener a unos periodistas franceses que han atravesado nuestra frontera sin permiso, y que ejercen el espionaje en el Istrandja-Dagh.

Ante estas inesperadas palabras, Rouletabille se sobresaltó.

El reporter, tomó inmediatamente la palabra para protestar, indignado, de la acusación que se hacía contra sus camaradas y con Va él mismo. Enviados por su periódico para hacer informaciones, y habiendo terminado su misión en Bulgaria habían descendido al Instrandja-Dagh sin ningún propósito de regresar a Sofía; sino que, por el contrario, habían decidido seguir las operaciones de guerra con los *ejércitos turcos*. ¿Dónde, pues, veían el espionaje?

Pero, ante su gran sorpresa, el intérprete, replicó que el Agha sabía perfectamente que el señor Rouletabille (le llamó por su nombre) había recibido una misión de confianza del general Stanislawoff, después de concederle éste una audiencia especial antes de su marcha.

—¡Demonio! —pensó Rouletabille—. ¡Esta gente está bien informada!

Estaban tan bien informados y tan seguros del asunto, que el intérprete no se molestaba en traducirle al Agha nada de lo que hablaban. Este seguía fumando su narghilé, pareciendo estar a mil leguas del asunto que allí se solventaba.

Rouletabille, se volvió hacia Vladimir y le dijo:

—Tú que hablas turco debías hablarle al Agha, quizá te escuche.

—Conozco un medio para que me comprenda sin necesidad de dirigirle la palabra.

—¿Qué medio?

—Deme mil levas.

—¡Cómo! —dijo Rouletabille—. ¿Crees tú que...?

—Deme mil levas.

Rouletabille sacó del bolsillo interior del chaleco las mil levas pedidas. Las cogió Vladimir y fue a depositarlos al alcance del Agha, sobre el taburete que sostenía el narghilé.

—Si yo fuera el Agha —pensó Rouletabille—, encendería mi pipa con el billete.

Vladimir volvió al lado de Rouletabille. El Agha no se había movido.

—¿Y bien? —preguntó Rouletabille.

—Yo lo ve usted, no me ha comprendido. Déme otras mil levas.

—Aquí tiene quinientas, es todo lo que me queda de la provisión que hice en el banco en Sofía.... No me pida ya más.

Vladimir depositó los quinientas levas al lado de las mil que se hallaban sobre el taburete.

El Agha siguió en su inmovilidad.

El intérprete, que había seguido aquel *tejemanaje*, don una apariencia de gran severidad, acabó por decir a los jóvenes:

—¿Habéis tomado a mi amo por un mendigo?

—¿Tú ves, Vladimir? Has hecho que cometamos una tontería. El Agha se ha ofendido.

—¡El Agha so ha ofendido porque no le ofrecemos una cantidad más crecida y porque está persuadido de que nos queda más dinero!...

—¡Palabra de honor!... No me queda un céntimo más —dijo Rouletabille.

—Si... Todavía le quedan las cuarenta mil levas...

—¡Oh! ¡No y no! ¡Las cuarenta mil levas no son tuyas ni mías! —replicó Rouletabille con gran convicción.

—En efecto; no son de ninguno de los dos; pero pertenecen a La Candeur —contestó Vladimir.

¡Toma, pues si es verdad! —aprobó Rouletabille, como si hiciera un gran descubrimiento que le descargaba la conciencia—. ¡Ofrécele esas cuarenta mil levas que pertenecen a La Candeur y que nos dejen en paz! De todas maneras, si no se las damos las cogerá él... Pues debe estar tan bien informado de lo que contienen nuestros bolsillos, como de lo que hemos hecho en Sofía...

Y entregó el fajo de billetes a Vladimir, quien los depositó al lado del narghllé.

Está vez, el Agha, dejó la pipa de ámbar en el taburete; cogió los billetes, los contó, sonrió a aquellos señores y por medio del intérprete, les hizo saber que podían marcharse, que eran libres de continuar su viaje como quisieran, y que él, el Agha, rogaba a Alá que les preservará de todo mal encuentro.

Vladimir salió de la tienda gritando:

—¡Viva La Candeur!

Rouletabille gritó:

—¡Viva Turquía!

Tan sólo La Candeur no gritó nada. Y todos evitaron hablar de la princesa Kochkaref, que tan espléndidos abrigos de piles poseía...

V

DUELO A MUERTE ENTRE ATANASIO KHETEW Y GAULOW Y LO QUE LUEGO ACAECIÓ

LA primera preocupación de Rouletabille, fue la de activar la marcha de la pequeña expedición, con el fin de alcanzar a Ivana, a quien habían perdido completamente de vista. Felicitábase de la suerte que había hecho escapar a la joven de los irregulares del Aghá; pues pensaba, que para la hija del general Vilitchkov, no hubiera pasado las cosas de la misma forma... Deseaba alcanzar a Ivana a toda constantes del crepúsculo y se desesperaba al no distinguir su silueta en el horizonte. Metía prisa a La Candeur y a Vladimir. ¡Ah! ¡Aún detestando a Ivana, seguía amándola!...

—¡Adelante, Vladimir! ¡Adelante!... ¿En qué piensas, hijo mío?

—Estoy pensando —contestó el joven eslavo— estoy pensando que esas gentes no han podido ser tan bien informadas sobre lo que hemos hecho en Sofía, sobre nuestra llegada al Istrandja y sobre mis cuarenta mil levas más que por Marco el Valaco...

—¡Otra vez! —gritó La Candeur.

—¡No es capaz de cometer tal infamia! —dijo Rouletabille.

—¡Bah! ¡Cómo que le importaría mucho!

—Él no sabía que tenías en tus bolsillos una —fortuna— arguyó La Candeur.

—Sí que lo sabía. Coincidimos en el Monte de Piedad. Sólo que mientras a mi me dieron ciaren a mil levas, a Marco solo le dieron veinte.

—¡Diablo! —exclamó Rouletabille—, esto comienza a ser interesante... Porque, es indudable, *hemos tenido en el Istrandja alguien en contra nuestra y a nuestro alrededor...*

—¡Ha sido Marco el Valaco! Os lo repito. Ha querido que los turcos nos detuvieran para dificultar nuestras informaciones y nos ha denunciado. Sin

duda alguna, ha enviado una denuncia anónima a las autoridades turcas de Andrinópolis o de Kirk-Kilissé, quienes han advertido al Agha... ¡Esto es más claro que el sol que nos alumbra!...

—La noche se nos echa encima y aún no hemos visto a la señorita Vilitchkov —dijo Rouletabille apretando los flancos de su cabalgadura.

—¡Que el diablo se lleve a la tal señorita! —gruñó La Candeur.

—¡Kara Selim se bastará! —murmuró Vladimir.

—¡Cállate!... Si te oye Rouletabille te mata.

De pronto oyéronse detonaciones, estruendo de batalla, y al desembocar los reporters con Rouletabille a la cabeza, en un estrecho desfiladero, divisaron llamaradas que salían de una aldea. Rouletabille corría; seguíanle los otros y los tres se encontraron a la entrada de la aldea con Ivana, *que parecía esperarlos...*

Les ordenó que desmontaran, haciéndoles penetrar en una casa, cuya fachada debía dar a la plaza central, o que, por lo menos, no debía estar lejos de ella. Siguiendo a Ivana, atravesaron precipitadamente varias habitaciones y se encontraron ante una escalera que subieron, la que les condujo a una terraza y contra cuya barandilla se resguardaron de las balas que llovían sobre la plaza, disparadas desde lo alto de la Mezquita. Parapetados allí no podían ser vistos; pero estaban situados en primera fila para ver.

Al principio no vieron más que esto: ¡Atanasio combatiendo con Gaulow; en torno a éstos, búlgaros y bachi-bouzouks, libraban encarnizada lucha!

Apresurémonos a decir que la actitud de Ivana, en aquellas circunstancias, como en muchas otras, pareció, de más en más, sospechosa a Rouletabille. Ivana sabía que Atanasio estaba batiéndose con Gaulow y que la bravía guerrera, la ardiente patriota, consentía, de pronto, no ser más que una mera espectadora del duelo. *¡No corría a prestar ayuda a Atanasio Khetev*, si no que, por el contrario, esperaba a los jóvenes a la entrada de la aldea para hacerles seguir un camino desde el que podían contempláis el combate; *pero que les alejaba de él*, como si tuviera miedo Ivana de que fueran un refuerzo para Atanasio!...

¡Era aquel un acontecimiento extraordinario! En uno de los primeros combates que los suyos, sus hermanos búlgaros, tenían con el opresor Ivana Vilitchkov se contentaba con mirar; pero ¡cómo miraba!... Lo que veían, por otra parte, tenía una verdadera grandeza heroica.

Bajo las primeras sombras de la noche, alumbrados por las llamas del minarete, como por una gigantesca antorcha, dos hombres, en medio de la plaza, libraban furioso combate. Eran el centro y el eje de una lucha

encarnizada. A su alrededor, los soldados búlgaros y los bachi-bouzouks, se fusilaban, se desgarraban, se despedazaban. ¡Había cincuenta encuentros parciales; pero sólo se veía aquel! Los dos héroes, Gaulow y Atanasio, montaban caballos que parecían armados del mismo odio que sus amos, lanzándose uno sobre otro con sin igual furia.

Las dos bestias y los dos jinetes chocaban con rabia tal, que parecían iban a destruirse en un instante. Esperábase, después de uno de aquellos choques que hacían retemblar el suelo de la plaza, que rodasen por tierra para no levantarse más, y el espíritu quedaba confundido al verles desasirse, para correr en torno de aquellas arenas de matanza y acometerse con renovada furia...

Los sables, molineteaban alrededor de las cabezas y caían para segarlas; pero los prodigiosos saltos de las monturas libraban a sus jinetes de un golpe funesto, o se encabritaban formando escudo, y de nuevo volvían a acometerse... hubiérase dicho que ambos adversarios eran invulnerables.

Ivana, palpitante, contemplaba aquella justa con una pasión rayana en el delirio.

En su trastorno, no advirtió que había cogido la mano de Rouletabille y que la apretaba con mayor o menor fuerza, según las fases del combate.

¡Pero cuál no fue el horror de Rouletabille al constatar de pronto, que cada presión de aquella mano calenturienta, que cada suspiro de aquel pecho palpitante eran para Gaulow!

En efecto; mientras que Rouletabille y sus compañeros seguían las peripecias de aquel duelo, con una angustia que iba en aumento cada vez que Atanasio corría mayor peligro, y con una esperanza que se manifestaba por alentadoras exclamaciones, cuando parecía llevar ventaja, Ivana experimentaba emociones diametralmente opuestas.

Cuando Gaulow parecía amenazado de algún golpe imprevisto, Ivana parecía desfallecer, conteniendo, en cambio, un grifo de alegría, cuando creía vencido a Atanasio.

Al caer el caballo de Gaulow, arrastrando en su caída al jinete, Ivana emitió un sordo gemido. Atanasio desmontó de un salto, lanzándose con el sable en alto sobre el pacha negro.

Gaulow hacía titánicos esfuerzos para desembarazarse del caballo; pero no lo pudo conseguir si no en el momento en que Atanasio le derribaba de un terrible sablazo.

El pachá negro cayó en medio de los gritos de victoria de los búlgaros, que arrastraron su cuerpo hasta el centro de la plaza; mientras, los bachi-

bouzouks, que, decididamente, llevaban la peor parte, huían en todas direcciones.

La Candeur, Vladimir y Tondor, se habían puesto de pie y aplaudían el triunfo de su campeón; pero Rouletabille estaba ocupado en sostener a Ivana, que sin fuerzas, extenuada, habíase dejado caer en los brazos del reporter, volviendo hacia él su rostro desesperado.

—¡Ivana —le dijo Rouletabille—, vuelva en sí, recobre sus sentidos!...
¡Sin duda alguna es la alegría la, que mata a usled!

Al oír estas fatales palabras, la joven sonrió dolorosamente y no contestó nada...

En la plaza no se combatía más que en torno de la mezquina, en la que se habían refugiado algunos bachi-bouzouks, exponiéndose a ser quemados vivos. Sabiéndolo ellos, hacían desesperados esfuerzos para salir, mientras que los búlgaros, con gritos de alegría y victoria, y tan crueles como los turcos, les rechazaban hacia el quemadero.

—¡Vamos a felicitar a Atanasio! —gritó La Candeur.

—Sí, sí, id; *la señorita* no se encuentra bien, yo me quedare con ella.

—¡Váyanse todos, no se ocupen de mi! —rogó Ivana suspirando.

Pero en aquel instante hubo un curioso movimiento en la plaza. Vióse de pronto a los búlgaros correr y agruparse; los que estaban desmontados saltaban sobre sus caballos con febril precipitación... Un son de clarín llamó a los rezagados, disparándose aquí y allá algunos tiros, y el destacamento, con Atanasio Khetew a la cabeza, vació la plaza y desapareció, abandonando la aldea en dirección Norte...

—¿Qué significa esto? —preguntó La Candeur.

—Eso significa, mi quejido amigo, que los turcos no deben estar lejos y que vienen en gran número —replicó Rouletabille—. ¡Listo, en marcha, huyamos si aún es tiempo! ¡Un poco de ánimo, señorita! —añadió dirigiéndose a Ivana—. ¡Es necesario que se reponga de una tan dolorosa emoción!...

Tuvo Ivana una sonrisa desgarradora; pero, haciendo un gran esfuerzo se puso de pie. La vio pálida como un espectro, titubeante...

Rouletabille estaba tan pálido como ella y pensaba: «¡Cómo amaba a ese verdugo de su familia!»

¡La despreciaba, la odiaba, hubiera querido torturarla; pues Rouletabille sufría atrocemente, y ella parecía no darse cuenta!... ¡No pensaba más que en el muerto, más que en aquel negro cuerpo ensangrentado que había sido

derribado por Atanasio, y que los soldados se habían llevado como un trofeo, luego de arrastrarle horriblemente por la plaza!...

—¡De prisa! —gritó Vladimir—. Los bachi-bouzouks salen de la mezquita... Dentro de unos minutos ya no habrá aquí más que turcos.

Pero ya era demasiado tarde para huir... Los turcos habían llegado ya. Los bachi-bouzouks veíanse reforzados por un importante núcleo de regulares, que tomaban posesión de la aldea, con gritos e injurias dirigidas al enemigo en fuga...

El comandante del destacamento turco, que tenía su cuartel general en Almadjik, sabiendo por las familias osmanes que habían abandonado su aldea, después de exterminar a los indígenas búlgaros, que los escuadrones de Stanislawof habían sido avistados en aquella parte del Istrandja-Dagh y que acudían a marchas forzadas, tranquilizó a toda la población, afirmando que todo el ejército búlgaro había descendido hacia el Oeste, por el Marniza, contra Mustafá Pachá, yendo a concentrar sus esfuerzos sobre Andrinópolis. Así, pues, los jinetes avistados por las poblaciones del Este no eran, no podían ser, más que patrullas pertenecientes al ala izquierda de aquel ejército de bloqueo, y que las fuerzas de que disponían, no podían ser muy considerables.

Envió, pues, a la aldea dos compañías, juzgando que serían más que suficientes para hacer volver grupas al enemigo. Aquel error del comandante del destacamento de Almadjik, se repitió veinticuatro horas más tarde por el pachá comandante de las tropas de Kirk-Kilissé, el que, igualmente, debía hacerlas salir del campo atrincherado de la plaza, para dispersar a un adversario juzgado insignificante, pues nadie, como ya hemos dicho, esperaba en Turquía al tercer ejército búlgaro por el Istrandja-Dagh.

La aldea fue, pues, conquistada con tanta rapidez, que no dio tiempo a los reporters para salir de ella.

Resolvieron ocultarse y esperar la noche para ganar el campo, y así fue como descendieron de la terraza, en donde al principio se refugiaron, para bajar a los sótanos de la finca, con la esperanza de estar en ellos más seguros.

Ivana siguió a Rouletabille como una sombra... sus gestos eran los de un autómatas. Parecía, en verdad, que la muerte de Gaulow había trastornado su razón. Cuando Rouletabille la hablaba, aparecía, fugazmente en aquel rostro de muerta, una extraña y desoladora sonrisa que acentuaba el aspecto de demencia que en Ivana sorprendía.

Hallábanse ocultos en aquel sótano, esperaban poder pasar algunas horas tranquilos hasta la llegada del grueso del ejército búlgaro, cuando observaron de pronto una agitación en la plaza que les intrigó y que bien pronto fue

motivo de espanto para ellos... Eran las familias osmanlies que regresaban a la aldea, y que se instalaban en sus hogares, persuadidas de que nada tenían que temer...

No hallando donde cobijarse en Almajik, se habían dejado convencer por las optimistas palabras del jefe del destacamento, y habían regresado detrás de los soldados turcos, para reintegrarse a sus hogares.

La casa en donde los reporters se habían refugiado, iba, pues a ser ocupada de nuevo por sus dueños; luego estaban expuestos a ser descubiertos. La primera entrevista que con el Agha tuvieron no les había inspirado una ilimitada confianza en la hospitalidad turca, y máxime, cuando se sabían denunciados a las autoridades turcas como agentes de Sofía, Si se les descubría, no hallarían en ellos más que salvoconductos búlgaros. Estaban expuestos a ser fusilados inmediatamente por espías.

El propietario del edificio, uno de los más importantes de la aldea, no tardó en penetrar en el patio con sus familiares, mujeres y criados, siguiéndole varios carros cargados con su mobiliario... Pasaron parte de la noche en su descarga, mientras que en la plaza, los regulares y los bachi-bouzouks, charlaban y reían alrededor de grandes hogueras.

Los intentos que hicieron nuestros jóvenes para salir, fueron vanos. Apenas habían arriesgado algunos pasos, veíanse obligados a ganar su escondite, si no querían ser descubiertos. A medida que el tiempo transcurría su situación hacía más trágica; ya no esperaban al ejército búlgaro hasta el siguiente día y temían, que por cualquier motivo, descendieran al sótano los ocupantes de la casa.

—¡Si por lo menos hubiera vino! —suspiró La Candeur, que ignoraba las leyes del profeta y que, a par ir del torreón en donde creyó morir, esforzándose, de vez en cuando, en aparentar aires de bravucón, bromeando en las situaciones difíciles—. No es muy penoso, que digamos, el pasarse la vida en una buena bodega cuando está bien provista... Recuerda, sino, Rouletabille, aquel pasaje de los «Tres Mosqueteros» en que sitiaron a Athos en una bodega; y ¡la carnicería de botellas que hizo!...

—¡Mi pobre La Candeur —compadeció Rouletabille—, verdaderamente que no eres afortunado! Te he conducido a un país, en el que las únicas matanzas prohibidas, son las de botellas.

Y como si los acontecimientos quisieran darle la razón, oyéronse de pronto terribles gritos, confundidos Con un gran fragor de lucha.

De los cuatro puntos de la aldea partían detonaciones; y toda la soldadesca que llenaba la plaza desapareció en un instante huyendo con desorden

indescriptible, abandonando armas y bagajes.

—¡Eso debe ser los búlgaros que vuelven! —gritó Vladimir—. ¡Estamos salvados!

Ya se disponía a salir, cuando se vio detenido por Rouletabille, que le rogaba que se estuviera quieto.

En efecto; aunque fuera, como era de prever, una de las columnas del tercer ejército la que atravesaba la aldea, era muy peligroso el mostrarse en el instante en que la rabia de los comitadjis, que se habían unido a aquella columna, y el furor de los soldados, que sus oficiales eran impotentes para refrenar, amenazaba con destruirlo todo y matar a los que por delante se encontraron.

Los clamores de muerte, los gritos de mujeres y niños a quienes se degüella, llegaban hasta los reporters aterrorizándoles... Los búlgaros saqueaban las casas y hacían tantas víctimas inocentes como los turcos. La sangre se pagaba con sangre.

En la plaza de aquella aldea contemplaban los reporters, desde la primera hora de la lucha, todo lo que fue la guerra Balkánica y sus horribles represalias: rabia, heroísmo y atrocidades.

Habían visto a los pobres campesinos búlgaros asesinados por los turcos; veían ahora, con horror, exterminadas las familias turcas por los búlgaros.

No perdían detalle, a través de los tragaluces, de lo que en la plaza ocurría. En el interior de la mezquita, cuyas puertas estaban medio consumidas por el fuego, se habían refugiado multitud de niños y mujeres. Las desgraciadas víctimas lanzaban desgarradores gritos y tendían en vano sus manos suplicantes. Los comitadjis, que tenían todos algún miembro de su familia que vengar, no perdonaban a nadie. Por mucho tiempo debía perseguir a Rouletabille y a sus compañeros la horrible pesadilla de aquella noche pavorosa.

¡Tierra miserable en la que, desde hacía siglos, se acumulaban tantos motivos de discordia y la que se disputaban unos y otros en nombre de la justicia y de la fraternidad, pretendiendo ambos contendientes, el tener hermanos esclavizados que libertar!

—¡Pues bien, no tendrán queja; todos libertados! —exclamó el buen La Candeur con amarga melancolía—. ¡Sí —prosiguió—; todos libres, libres de la vida!... ¡Cuando hayan pasado los turcos, y se hayan marchado los búlgaros, la población puede quedarse tranquila, porque ya no quedará ni uno!...

Y concluyó con intuición profética:

—En el fondo, estas gentes, tienen los mismos gustos. Deben pertenecer a la misma raza; ¡no han nacido para combatirse, sino para entenderse!...

Ivana habíase vuelto de espaldas para no ver, y Rouletabille pudo constatar que se tapaba los oídos para no oír.

De pronto vieron a una chiquilla, que había podido escapar hasta entonces a los comidatjis, dar corriendo la vuelta a la plaza, llorando y lanzando gritos.

La pobre pequeñuela había sido descubierta cuando se escondía en un montón de cadáveres entre los que, sin duda alguna, se hallaban los de sus padres y familia, y corría, ahora, ante un gran diablo búlgaro, que la perseguía con el sable desnudo.

Rouletabille no pudo contener una sorda exclamación de piedad, a la que contestó La Candeur con una injuria dirigida al bárbaro soldado.

La niña iba a ser alcanzada. Un espanto inenarrable se reflejaba en su rostro y en sus grandes ojos, que buscaban por todos lados un refugio sin hallarlo.

—Hay un medio de salvar a la niña, y es matar al búlgaro —dijo Rouletabille sacando su revólver del bolsillo.

Ivana, que había oído la frase y visto el movimiento de Rouletabille, sujetó la mano del reporter.

—¡No cometerá usted tal crimen! —exclamó.

—¿Qué crimen? —replicó Rouletabille desprendiéndose—. ¿Es, acaso, un crimen matar a un verdugo de niños?

—¡Es un búlgaro, y no toleraré que dispare usted en mi presencia contra un compatriota mío!

—¡Obedezco, Ivana! —dijo Rouletabille con acento glacial—; pero sea usted búlgara hasta el fin, y tenga, al menos, el valor de ver como muere esa criatura...

La pequeña había tropezado cerca del tragaluz en donde estaba Ivana y el reporter; y cuando el soldado, animado por las burlas de sus camaradas, se disponía a cometer una barbaridad, la niña desapareció ante su vista como por encanto.

Era Ivana que había alargado los brazos fuera del tragaluz y atrajo a la niña hacia sí, con un movimiento tan rápido y espontáneo, que los reporters se quedaron tan sorprendidos como el soldado.

La niña temblaba como una hoja, entre los brazos de Ivana, que intentaba tranquilizarla, mientras que en la plaza, los búlgaros, se concertaban furiosos; y habiéndose dado cuenta de que su presa había desaparecido por el tragaluz, se precipitaron al interior de la casa.

—¡Una vez más nos hemos lucido! —gruñó La Candeur.

—Van a venir a fusilarnos aquí creyendo que se las han con los turcos; me parece lo más prudente que salgamos.

—Si salimos con esta pequeña van a matarla —dijo Ivana.

—¡Pues bien! Déjela aquí; quizá consiga escapar —propuso Vladimir.

—¡De ninguna manera!... Salgan ustedes y cuéntenles lo que quieran; yo me quedo aquí con la pequeña.

Ésta estrechó desesperadamente entre sus brazos a su bienhechora.

—Se van a hacer despedazar las dos si se quedan aquí —dijo Rouletabille.

—¡Mejor! —dijo Ivana con voz sombría—. ¿No ha querido usted salvar a esta niña? Pues yo no me separo de ella...

—¡Sin embargo, no vamos a dejarnos matar por esa chiquilla turca! —gruñó La Candeur, a quien el generoso gesto de Ivana, había entusiasmado al principio, pero que comenzaba a hallarlo ahora un poco... comprometido.

Y como los gritos resonaban ya en el patio, salió del sótano gritando:

—¡Francis! ¡Francis! —mientras agitaba un pañuelo en señal de paz.

Fue inmediatamente rodeado de comidatjis, que le ensordecieron con una algarabía que La Candeur comprendía muy bien, por ir acompañada de gestos amenazadores. Reclamaban a la chiquilla, sin duda alguna, y acusaban a La Candeur de habérsela arrebatado. Trataron a este con violencia, y aquello hubiera podido acabar de mala manera, porque La Candeur comenzaba a apretar los puños, cuando aparecieron Rouletabille, Vladimir y Tondor.

Vladimir se adelantó y habló con los comidatjis con gran audacia, gritando más fuerte que ellos, diciéndose el amigo del general Stanislawoff, presentando a Rouletabille como el más gran reporter de Europa, quien se había visto obligado a esconderse con sus compañeros en el fondo de aquel sótano, para escapar a la destructora rabia de los turcos. Dijoles también, que estaba con ellos la sobrina del general Vilitchkov, pupila del general en Jefe; pero que no saldría de su escondite, hasta que los búlgaros juraran dejaría pasar con la chicuela, a la que, efectivamente, había arrancado ella a la barbarie de sus compatriotas. Aprovechando lo cual, Vladimir, les avergonzó de que se mostraran tan sanguinarios como los turcos; y terminó diciendo que sus compañeros, y él, exigían que les condujeran inmediatamente ante un oficial de Estado Mayor.

Afectados por aquella inesperada amenaza, se consultaron los comidatjis y acabaron por proponer que no tocarían a la chicuela.

Rouletabille marchó a prevenir a Ivana, la que accedió a presentarse, llevando a la niña en brazos.

Al aparecer Ivana, le dijeron los comidatjis:

—¡Tú no eres la verdadera sobrina del general Vilitchkov, asesinado por los pomaks, porque intentas salvar a una chicuela musulmana, cuyos padres asesinaron a los tuyos! Danos a la chiquilla, y nosotros te vengaremos, ya que tú no tienes el valor de hacerlo por ti misma.

Ivana les contestó:

—Soy la sobrina del general Vilitchkov, y os ordeno que me llevéis ante vuestro jefe.

—¡Nosotros no tenemos jefes, pues somos comidatjis libres! —y quisieron arrebatarle la niña.

—¡Sois unos asesinos! —exclamó Ivana.

Aquello fue entonces una confusión indescriptible. Los reporters querían defender a la pequeñuela, los comidatjis apoderarse de día. La Candeur continuaba gritando:

—¡Francis! ¡Francis!

Vladimir seguía amenazándoles con la cólera del general.

Rouletabille llegó a creer que, antes de cinco minutos, serían fusilados.

Ivana, con una torpeza que parecía intencionada, no cesaba de invectivar a los comidatjis, cubriéndoles de injurias. Uno de estos, se abalanzó de pronto sobre ella, y, apartando a Rouletabille, levantó un enorme cuchillo dirigido al pecho de Ivana, que fue a herir a la pequeña que en sus brazos tenía.

La niña lanzó un gemido, cerró los ojos y se deslizó entre las manos de Ivana que se había quedado de pie, inmóvil, lívida de terror y toda salpicada de aquella roja y juvenil sangre.

Como si aquella sangre hubiera tenido la virtud de apaciguar todas las cóleras, los comidatjis, cesaron en sus ataques y gritos y se pusieron a disposición de los jóvenes, para conducirles ante el estado mayor de la cuarta columna, del tercer ejército, que acababa de instalarse en Almadjik. Rouletabille se apresuró a aceptar y marcharon como unos prisioneros, rodeados de comidatjis.

Salieron en silencio. Rouletabille vio que Ivana lloraba y su corazón dio un vuelco, pues atribuyó aquellas lágrimas a la desgracia de aquella pobre niña, a la que había sido impotente para salvar. Creyó su deber dirigirle algunas palabras de consuelo; pero ella le contestó textualmente:

—No lloro la muerte de esa infeliz pequeñuela. Otros niños turcos morirán aún, como murieron otros niños búlgaros, como murió mi hermanita Irene. No; lloro solamente, por aquella puñalada de la que ha muerto esa niña, por aquella puñalada a mi destinada y que me hubiera sacado de penas...

Oyendo aquello, que tan bien revelaba su estado de desesperación, motivado por una muerte que, por el contrario, hubiera debido regocijarla, Rouletabille calló, decidido a no dirigirla la palabra en lo sucesivo y dejarla ir, ante él, como una extraña. Parecióle que todo lazo se había roto entre ambos y que nada volvería a unirles nunca más...

VI

LE TOCA EL TURNO A LA CANDEUR DE CONTAR A ROULETABILLE UNA HISTORIA EXTRAÑA

F UERON conducidos hasta las avanzadas, delante de Almadjik, en donde hallaron el Estado Mayor del general Dimitri Savof y al mismo general, quien los recibió con sincera alegría.

Al general Savof fue a quien se dirigió Atanasio después de cumplida su misión, para obtener el mando de un pequeño destacamento de caballería, el que se había adelantado en dirección al Castillo Negro, con el fin de libertar a la sobrina del general Vilitchkov y a los reporters franceses.

Aunque no le hubo informado con exactitud sobre la naturaleza de los servicios prestados por Ivana y sus compañeros, Atanasio había dicho lo bastante al general, antes de su partida, para que éste no ignorara que el general Stanislawoff agradecería vivamente a sus compañeros de armas, todo cuanto hicieran en favor de los jóvenes.

Rouletabille contó al general, en pocas palabras, las peripecias de su fusa de la Karakoulé, el viaje que hicieron con Atanasio Khetev, sus incidentes con el Agha, y, finalmente, el duelo a que habían asistido desde una terraza, entre Atanasio Khetev y Gaulow. Después de su victoria, no había vuelto a ver a Atanasio.

Como es natural, Dimitri Savof, se puso a la entera disposición de los jóvenes para cuanto pudieran necesitar; y La Candeur, al oír aquellas excelentes palabras creyó que habían terminado todos sus infortunios y que tocaban al fin de su mala suerte.

En lo que a él respectaba, entendía que era ya hora de que tomara algún reposo y de gustar algunas dulzuras.

Rouletabille aceptó, reconocido, los ofrecimientos del general; pero le hizo presente, que le quedaría particularmente agradecido si facilitaba sus

tareas de reporter. Estimanáse ampliamente recompensado de sus males sufridos en el fondo de la Karakoulé, si podía hacer llegar a su periódico las numerosas crónicas que había escrito, desde su entrada en el Istrandja-Dagh.

Le contestó el general que tenía entera confianza en Rouletabille, y que le ahorraría los retrasos y las dificultades de la censura militar, a condición de que se comprometiera a no escribir ni telegrafiar nada que fuera susceptible de estorbar los movimientos del tercer ejército. Mediante lo cual, le hizo entrega de unacarta blanca, que permitiría, a él y a sus compañeros, el ir por todas partes y donde fuera necesario para el mejor desempeño de su misión.

Sin embargo, el general, no quiso ocultarles que les sería casi imposible el corresponder con París hasta que el ejército hubiera llegado a la línea de Kirk-Kilissé-Silio-Lou, esto, es, hasta no salir del Istrandja-Dagh; pues todas las líneas de la región habían sido destruidas por los turcos, y los búlgaros pasaban con tal rapidez, que no tenían ni tiempo de restablecerías.

—Ni en Aliñadjik en el que hoy estamos —dijo el general—; ni en Kadikeui, adonde llegaremos mañana a medio día; ni en Demir-Kapou, en donde estaremos por la noche, podrán ustedes telegrafiar; pero les espero en Akmatcha. Allí debemos restablecer las comunicaciones con todo el ejército, desde Mustafá Pachá, hasta el Cuartel General, antes de intentar el asalto de las líneas defensivas de Kirk-Kilissé. Si están ustedes allí en los primeros días, yo les prometo hacer expedir sus telegramas, siempre y cuando no sean comprometedores; pero no se retrasen ustedes, pues no respondo de nada desde el momento que empiecen las operaciones.

—Pues bien, general —dijo Rouletabille—, nos iremos enseguida. Así tendremos la casi seguridad de llegar a tiempo y de verlo todo.

—¡Como ustedes gusten! —contestó el general—, pero no les ocultaré los peligros de un viaje como el que van a emprender.

—Que son ciertos y seguros —dijo La Candeur—. El general tiene razón; nos vamos a hacer matar y yo estoy harto de exponer mi vida en un país tan triste, en el que constantemente llueve... Piensa, Rouletabille, que apenas ha comenzado la guerra y que ya han caído dos de los nuestros: ese pobre Modesto y el bravo katerdjibaschi...

—¡Pues bien, te quedas en tu tienda, La Candeur! Te quedas con la señorita Vilitchkov, que tiene necesidad de reposo.

Pero Ivana declaró a Rouletabille y al general, quien les ofrecía el *confort*, un tanto rústico de su cuartel general, que tenía empeño en estar en las avanzadas y quería ser tratada por los jefes de su país, no como una mujer, sino como un soldado más.

Pudo conseguir que le dieran las insignias de la Cruz Roja y solicitó determinados poderes del general, que le permitieran intentar oponerse a los excesos y atroces venganzas de las tropas, al llegar éstas a determinadas comarcas y hallar en ellas a toda la población búlgara exterminada.

El general no disimuló una amarga sonrisa al oír esto, limitándose, a decir que le deseaba buena suerte a su humanitario celo...

—Esta guerra será atroz, general —dijo Rouletabille.

—Será una guerra victoriosa —le contestó el general.

A la mañana siguiente, hacia mediodía, llegaban los jóvenes con la vanguardia de la quinta división a Kadikeu, ¡pero La Candeur no estaba con ellos!

Rouletabille no le había concedido más que tres horas de reposo; pero cuando fue Tondor a despertarle, se puso La Candeur en estado de indescriptible furor, amenazando con estrangular al criado de Vladimir, si se permitía turbar su sueño de nuevo.

Rouletabille, dio orden, entonces, a la pequeña caravana de ponerse en marcha, sin volverse a ocupar de La Candeur. Antes tuvo buen cuidado de coger de debajo de la cabeza del reporter, la famosa cartera, llena de artículos, la que a través de todas las aventuras, no abandonaba La Candeur a quien le servía de almohada.

Comieron en pocos minutos en Kadikeu, dirigiéndose luego a Demir-Kapou.

La pequeña caravana seguía lúgubrementemente, en fila india, un estrecho sendero. Iba Tondor a la cabeza, seguía Vladimir, luego Ivana y por último Rouletabille. Todos estaban melancólicos por razones/diferentes. Vladimir estaba triste porque le faltaba La Candeur.

A su alrededor, arriba en las cimas, yendo por estrechos valles, las patrullas de la próxima columna les formaban una guardia un tanto diseminada. De tiempo en tiempo, oían el estampido de un disparo; después todo caía en profundo silencio.

Atravesaban un desierto del que todos los habitantes turcos o búlgaros, habían huido escarmentados por las primeras experiencias.

Algunas columnas de humo elevábanse aquí y allá, de cabañas en ruinas.

De pronto oyeron el ruido de un galope a su espalda y Vladimir lanzó un grito de alegría reconociendo en el que llegaba a La Candeur, cargado con su mochila, que había hallado entre el bagaje traído días antes, por Atanasio, de la Kara-koulé. La Candeur reventaba una mula bajo su pesadumbre, para poder alcanzar a Rouletabille. La bestia dio algunos pasos cuando hubo

alcanzado el caballo de Rouletabille, cayendo luego extenuada; pero ya La Candeur había desmontado y se precipitaba hacia su jefe...

—¡Ah! ¡Menos mal, tienes la cartera! —dijo mientras daba un suspiro de alivio. Cuando hubo recobrado el aliento añadió:

—¡Figúrate que soñaba que Marco el Valaco venía durante mi sueño y me robaba la cartera; me despierto, palpo bajo mi cabeza y... nada! Doy un salto... La cartera había desaparecido y vosotros os habíais marchado... Pensé entonces que tú podías muy bien abandonarme en este país de salvajes...

—¡En medio de treinta mil hombres que velaban tu sueño! —dijo Rouletabille fríamente.

—Tú podías abandonarme a mí; pero pensé que eras incapaz de abandonar la cartera con tus crónicas. Ya ves que no he perdido un minuto para alcanzarte... Ahora devuélveme la cartera...

—Lamento que te hayas molestado por ello, pues ya no la volverás a tener —dijo Rouletabille.

—¿Que ya no tendré la cartera?...

—¡No! ¡Jamás la volverás a llevar!

—Entonces ¿quién va a llevarla?

—Alguien que sea digno de ello... y ese alguien no eres tú. Has cesado de ser mi secretario. Ya no eres mi segundo, La Candeur. Podrás dormir hasta hartarte, marcharte, quedarte, irte a París... Hacer, en una palabra, lo que quieras, pues me será completamente indiferente... ¡Tome usted, Vladimir, mi cartera, le nombro mi caimakan, mi califa!...

Y le entregó la cartera, distintivo de sus nuevas funciones. La Candeur dejó oír una especie de rugido; pero Vladimir se irguió sobre sus estribos y aquel tuvo que bajar su cabeza, terriblemente humillado. Ya no se le volvió a oír más.

Rouletabille se sumió de nuevo en sus amargas reflexiones, lanzando de vez en cuando una mirada a Ivana, que se había abandonado al paso de su caballo y que no se ocupaba del reporter, como si éste no existiera.

¡Era aquello demasiado desprecio y demasiada injusticia a la vez! Por mucho que Rouletabille hubiera hecho por ser, en adelante, indiferente a todo lo que hiciera aquella muchacha extraña e incomprensible, no por eso dejaba de humillarle terriblemente la absoluta indiferencia con que ella le trataba.

Sentía surgir en él una sorda cólera contra la ingrata, y, como ocurre con frecuencia, no era sobre el objeto de la misma que ésta fulminó.

Sus hostiles miradas se encontraron casualmente con las de La Candeur, quien había tomado con tranquilidad la perspectiva de hacer el viaje a pie, y que, incluso, desde hacía unos instantes, caminaba alegremente silbando; manifestación bien anodina contra la mercurial de hacía unos instantes.

El buen humor de La Candeur enfureció a Rouletabille. Lo hallaba insultante, y buscaba la coyuntura para decirle algo desagradable, cuando se dio cuenta de que aquel llevaba su cartera...

—¡La Candeur!

—¡Qué! ¿Qué pasa?

—¡Ven, aquí!

—¿Qué me quieres?

—¡Te digo que vengas!

La Candeur se acercó a Rouletabille con la boca abierta, con los ingenuos ojos desmesuradamente abiertos:

—¿Qué habré hecho de malo? —se preguntó.

—¿Puedes decirme lo que llevas debajo del brazo?

—¿Debajo del brazo? Ya lo ves, la cartera.

—¡Se las has quitado a Vladimir!

—¿Yo? ¡Nada de eso! ¿Me tomas acaso por un ladrón?

—¿Cómo se explica entonces que Vladimir, a quien confié la cartera, te la haya devuelto?

—No fue él quien me la devolvió, fui yo quien se la cogió compadecido, pues le veía muy cargado.

—¿Muy cargado, con una cartera que no pesa nada?

—Te diré; el que primero sintió lástima fue Vladimir al verme a pie y cargado con mi mochila; entonces, como él iba montado, tuvo la bondad de cargar con ella. Cuando le vi cargado con mi mochila y la cartera, le hallé muy embarazado con ambos objetos y le cogí la cartera.

—Está bien; envíame a Vladimir.

Llegó éste con las orejas gachas y más embarazado que si conservara la cartera. Adoptando el mismo aire inocente que La Candeur:

—¿Señor?

—Vladimir, hábale nombrado mi secretario —dijo Rouletabille—. ¡Era un honor!

—Sí, señor...

—Le entregué mi cartera...

—Sí, señor...

—¿Sabe usted que lo hice con intención de castigar a La Candeur, que tenía empeño por esa cartera? ¿Por qué causa, pues la lleva él ahora si yo se la había confiado a usted?

—Señor, me la ha comprado.

—¡Ah!... ¡Ah!... ¡De manera que se la ha comprado!... ¡Usted encuentra natural vender una cartera que no le pertenece!... ¡Cederla por unos cuartos al primero que llega!...

—¡Señor, no la hubiera vendido a un cualquiera!

—¡Vamos hombre, todo hubiera sido cuestión de precio! ¡Le conozco bien, so hipócrita!

—Señor, me disgusta que tenga usted tan mala opinión de mí... Le repito que no se la hubiera vendido a un cualquiera, porque un cualquiera no me la hubiera pagado tan cara como La Candeur, y no le ocultaré que la importancia da la suma es lo que, precisamente, me ha decidido ha ceder su cartera...

—¿Qué cuento tártaro me está contando usted, Vladimir? ¡La Candeur no tiene un cuarto!...

—¡La Candeur, señor, es muy rico, o por lo menos lo era!

—¡No se atreverá usted a afirmar que se la ha comprado en cuarenta mil francos, pues ya no los tenía!

—Señor, La Candeur, me la ha comprado en cien mil francos...

—¡Cien mil francos!...

Al llegar aquí, La Candeur, que había escuchado todo este diálogo, se irguió cuan alto era y exclamó:

—¡Quien no daría cien mil francos por tener el honor de llevar la cartera de José Rouletabille, el primer reporter de *La Époque*!

—¡Te estás burlando de mí! —dijo Rouletabille.

—¡Yo no me burlo de nadie!... Sin contar que he realizado una excelente operación al dar esos cien mil francos a Vladimir —se glorió La Candeur.

—A ver, explícame un poco eso...

—Verás que sencilla es la cosa. Después que nos confiscaste las cartas y mi dinero, hemos seguido jugando a otro juego...

—¡Ah! ¡Ah!...

—... Cuando el servicio nos lo permitía...

—Sí, sí...

—Y sin que le dieras cuenta de nada, pues no queríamos disgustarte...

—Sigue...

—Esta vez, comencé perdiendo.

—¡Muy bien; me alegro!

—¡Espérate!... Como yo no tenía un céntimo, le he firmado pagarés a Vladimir por una suma bastante importante; pero esos pagarés estaban extendidos a un vencimiento próximo y me quitaban el sueño. Yo soy como ere pobre Modesto, me interesa tener un sueño tranquilo, hasta tal punto, que he hecho, lo imposible por recobrar esos pagarés.

—¡Tú has hecho trampas! —dijo Vladimir.

—Lo confieso... Y las hice tan bien que tuve una suerte loca; llegando a recobrar mis pagarés y ganando otros, que hice firmar a Vladimir... Firmó hasta cien mil francos... Cien mil francos en pagarés representa algo cuando van firmados por Vladimir Petrovitch, de Kiew.

—Dudo mucho que la opinión de Vladimir, respecto a esos pagarés, coincida con la tuya —dijo Rouletabille.

—¡Caramba! Yo, señor, soy de una familia muy honorable, y si esos, pagarés no venían precisamente a turbar mi sueño durante la noche, ponían, en cambio, mi rostro muy ceñudo durante el día.

—Jamás me di cuenta de ello —observó Rouletabille.

—Porque Vladimir es un muchacho muy bien educado y sabe disimular ante ti, pero cuando estaba a solas conmigo no puedes imaginarte la cara que ponía, era increíble. Hace un momento, le vi tan triste, que le he dicho: «Devuélveme la cartera y te devolveré tus cien mil francos». Me alargó la cartera, y yo le hice entrega de sus pagarés... Y ahora, fíjate que alegre está... ¡A mí me gusta ver a la gente alegre! ¡Y me gusta más, cuanto más rara es en este miserable país de todos los demonios la alegría! Así por ejemplo, tú, Rouletabille, que tan alegre eras antes...

Rouletabille cortó la palabra al indiscreto La Candeur.

—No te envanezcas tanto —dijo— por haber comprado una cartera en den mil francos y en pagarés firmados por Vladimir, que éste jamás te hubiera pagado...

—Por eso mismo te decía que he realizado una excelente operación — contestó rápidamente La Candeur, dando un amistoso golpecito a la cartera.

—A pesar de todo —repuso Rouletabille— la cartera sigue perteneciendo a Vladimir, y, si eres justo, vas a devolvérsela ahora mismo...

—¡Nunca!... ¿Por que he de devolvérsela?

—Porque se la has ganado haciendo trampas en el juego, según confesión tuya...

—¡Oh! Por esa parte tengo la conciencia tranquila —dijo La Candeur mirando de reojo a Vladimir.

—Debo confesar, señor —dijo Vladimir—, que también hice trampas...

—¿Y cómo hacéis trampas, si no tenéis naipes ni dados?

—¡Ah!, señor, eso es cosa nuestra —dijo Vladimir poniendo al galope su cabalgadura—. Comprenderá usted que lo que yo necesito ahora es recuperar la cartera...

Rouletabille y La Candeur, se quedaron solos.

—¿No te da vergüenza, La Candeur ser un jugador tan empedernido? —reprendió Rouletabille que quería de veras a La Candeur.

—Rouletabille, no me desprecies tanto... ¡es el único vicio que me queda de los tres que tenía antes de conocernos!...

—Y ¿qué otros vicios tenías antes, La Candeur?

—¡El vino y las mujeres!...

—¡No es posible!... Jamás te vi hablar a una mujer... Tú no bebes...

—¡Me di aja bebida por desesperación!... ¡Ya comprenderás!...

—Perfectamente... ¿Amabas y no eras correspondido...?

—Nada de eso... Cuando he querido ser amado por una mujer no me ha costado gran trabajo conseguirlo —dijo La Candeur—, como soy bastante guapo, con sólo ponerme delante de ella era cosa hecha...

—¿Entonces?...

—Precisamente mi partido entre las mujeres es lo que ha causado mi desgracia... No solamente tenía las mujeres que deseaba, sino que hubo una que quería hacerme suyo y a quien yo no deseaba.

—¿Cómo así? ¿No era bonita?

—No es que fuese fea, sino que era excesivamente pequeña... ¡Oh! En mi vida he visto una mujer tan diminuta; hubiera alcanzado un gran éxito exhibiéndose en los circos; pero no se exhibía, porque era condesa...

—¡Pillastre!... Bien sabes elegir.

—Escúchame, Rouletabille, voy a contarte mi vida, porque nada quiero tener oculto para ti; pero prométeme guardar secreto, pues me sucedió una aventura espantosa con esa condesa.

—¿Qué le ocurrió?

—¡Me-casé con ella!...

—¿De veras?... Desde hoy sólo le llamaré señor conde...

—¡Guárdate bien de ello, desgraciado, si en algo estimas mi cabeza!

—¡Diablo! Me intrigas; cuenta, cuéntame como te casaste, tú, tan alto, con una mujer tan pequeña a quien no amabas ni deseabas... ¿Aspirabas tal vez al condado?...

—De ningún modo; verás como ocurrieron las cosas. Me meto en un vagón de ferrocarril, la mujercila en cuestión, era tan pequeña, que ni su

presencia advierto... Me duermo; pero al poco rato me despiernan unos gritos agudos... Veo ante mi una especie de muñeca que gesticula y cuyas vestiduras aparentan gran desorden... En tren se detiene, y casi al mismo tiempo, aparece el revistar... La muñeca declara llorando que yo he querido abusar de su inocencia... Protesto con todas mis fuerzas; pero nadie me cree...

—¡Pobre La Candeur!

—Me olvidaba decirte que esto ocurrió en Inglaterra...

—¡Ah!

—El asunto se resolvió enseguida. Se me incoó un proceso, y para no ir a la cárcel tuve que «casarme»...

—En efecto; he oído decir, en varias ocasiones, que es muy peligroso viajar en ferrocarril al otro lado del estrecho...

¡Peligrosísimo! ¿Pero quién había de sospechar?...

—¿Y a qué ibas a Inglaterra?

—Estos, acontecimientos ocurrieron antes de mi ingreso en *La Época*. Acababa de presentar mi dimisión del cargo de instructor adjunto, para dedicarme a la literatura... Encontrándome en Boulogne, un día de verano, que hacía mucho calor, tome el vapor que va a Folkestone con el fin de gozar de la brisa marítima por algunas horas. Tomé un billete de ida y vuelta, no pensando pasar en Inglaterra más que algunos minutos. Pero encontré allí a un inspector de la Biarritz-School que me convenció de que fuera inmediatamente a Londres, en donde necesitaban, un profesor de francés, a quien dejarían bastante tiempo libre para dedicarse a la literatura... Me metió en el tren y así fue como ocurrió i a desgracia que acabo de contarte.

—¿Una desgracia? —repitió Rouletabille—. No creo que sea una desgracia el casarse con una condesa... Por el contrario, debías de estar satisfechísimo, sobre todo, en la situación en que te hallabas... Y máxime cuando era riquísima...

—Pero, la verdad, era excesivamente pequeña... No puedes imaginarte su pequeñez... En la iglesia (pues era muy católica y se empeñó en casarse con gran pompa) en la iglesia, repito, no podía darme el brazo y la tenía cogida de la mano; la gente reía... No te diré lo que sufrí... ¡Aquel gigante y aquella enana! La gente se atropellaba para vemos pasar, pues la condesa me llevaba a todas partes: a las tiendas, al teatro, en una palabra, a todos los lugares en donde no hubiera querido poner mis pies en su compañía... No me dejaba un instante, pues era en extremo celosa. Así, pues, cuando me veía coger el sombrero y el bastón, me decía: «Saldré contigo; *my love*» y, en efecto, salía

conmigo... Tuve que adoptar la resolución de no salir más que cuando ella me obligaba.

—¿Pero cómo podía aquella enana, obligar a un gigante como tú, a hacer algo que te desagradara?

—Pues pegándome...

—¡Tiene, gracia!

—Te ríes... Te ríes... ¡Rouletabille! ¡Hace tanto tiempo que no te he visto reír!... Tu alegría me complace. Mira, sólo por eso no lamentaré el haberte confiado el secreto de mi vida —dijo el buen La Candeur, con lágrimas en los ojos.

—De manera ¿que te pegaba?

—¡Digo; me molía las costillas!

—¿Y tú no le devolvías los golpes?

—¡No podía!... Si le hubiera dado una bofetada o un puñetazo, la mato y a mí me hubieran ahorcado.

—¡Y yo no te hubiera conocido!... Has hecho bien en no vapulearla, La Candeur... Pero no debía hacerte mucho daño, siendo tan pequeña como era.

—En eso te equivocas, me pellizcaba hasta hacerme gritar de dolor y me tiraba de los pelos hasta arrancármelos.

—¿Te ponías de rodillas?

—No; pero ella se subía a los muebles. Por ejemplo: penetraba yo en una habitación, luego de cerrar cuidadosamente la puerta y convencido de que mi mujer no se hallaba dentro, ¡plaf!, recibía una bofetada, o bien, tenía colgado de mis cabellos a un demonio en miniatura. Era que me había esperado subida en una silla, o escondida en una consola. Ya comprenderás que, en aquellas condiciones, la vida hacía imposible...

—Lo confieso...

—¡Además, me engañaba!

—Pues sí...

—Me engañaba con otro gigante: un tambor mayor de highlanders, con el que derrochaba nuestra fortuna... ¡Qué quieres, a aquella enana no le gustaban más que los buenos mozos!... Es una ley de la naturaleza... ¡Cuántas veces he encontrado hombres pequeñitos con mujeres muy altas!

—Si como dices, fuera una ley de la naturaleza, debías de amar a tu esposa, puesto que era pequeñita y tú alto —observo Rouletabille.

—Pues bien, yo debo ser una excepción a la regla, ya que detestaba a aquella mujercilla, por cuya causa, me he hastiado de todas las mujeres, altas o bajas —confesó La Candeur suspirando—. Mira, Rouletabille, la mejor no

vale nada... Y alguien conozco yo, que debiera inspirarse en mi triste experiencia...

Rouletabille, comprendiendo la alusión, frunció el entrecejo. Si La Candeur gustaba de hacer sus confidencias, a él no le placía contar su historia a nadie.

—Volvamos a tu historia —dijo con bastante brusquedad—. Ya que te engañaba y querías deshacerte de ella, no tenías más que sorprenderla con su highlander.

—Hice lo imposible para ello —dijo La Candeur—, pero te equivocas si crees que era una cosa muy fácil...

—¡Sin embargo, si ese highlander era tan alto como tú, no era tan difícil de vigilar!

—Cierto, no escapaba a las miradas, y a él siempre se le encontraba... ¡Pero a ella jamás se la lograba sorprender!... ¡Oh! ¡Había para enloquecer de rabia!

—¡Pobre amigo mío!

—Si, por una casualidad, lograba yo sorprender algún retazo de conversación y tenía la seguridad de que había entrevista en puerta, avisaba inmediatamente a un hombre de la curia... Llegábamos con la seguridad de sorprender el nido... Hacía guardar todas las salidas, todas las aberturas, incluso el tejado. En una palabra: toda la casa, desde el sótano hasta la chimenea... Entrábamos... Hallábamos siempre a nuestro highlander lo más frecuente en paños menores, y que, quejándose del mucho calor, decía que de gustaba estar cómodo; pero ella... ella... Jamás se supo ni donde se metía, ni por donde se había escapado... Se registraba todo; se revolvía todo... Pues bien, de la condesa ni rastro... Se había escapado por entre nuestras piernas como un ratón o por encima de la cabeza, como un pájaro... Y cuando yo regresaba a casa, la encontraba tranquilamente instalada ante su *tea and toasts* y me decía: *¿How do you do, my love?* (¿cómo estás, amor mío?) ¡Oh! ¡Oh!...

—Sí —aprobó Rouletabille—. ¡Oh! ¡Oh!... ¿Y cuánto tiempo duró la aventurilla?

—¡Dos años, Rouletabille, dos años! ¡Cuando lo pienso se me ponen los pelos de punta!

—¿Y cómo terminó?

—De la siguiente manera: renuncié a sorprender a mi mujer con el highlander, renuncié a todo, y pasaba el tiempo en mi despacho relejendo *Los Tres Mosqueteros*, mi supremo consuelo, aunque estaba en inglés. En ellos vi

que Athos, que al igual que yo tuvo una terrible aventura de amor, se había consolado entregándose a la bebida... Teníamos nosotros una bodega bien abastecida y bebí desenfrenadamente... ¡Hice como Athos! Estaba borracho las tres cuartas partes del tiempo, y, precisamente, fue aquello lo que me salvó...

—¿Cómo así?

—Sencillamente; una noche, estaba yo tan borracho, que sin darme cuenta, me senté sobre la condesa.

—¡Pobre criatura!...

—¡Verdaderamente! —exclamó La Candeur con acento contrito—. Haces bien en compadecerla, Rouletabille, pues cuando me desperté no quedaba de ella gran cosa. Hice lo imposible por volverla a la vida; pero mis esfuerzos fueron vanos y me apresuré a repasar el canal de la Mancha para escapar a las justas, pero inexorables leyes. ¡Al pisar el muelle de Boulogne, juré que jamás atravesaría el estrecho, aunque cien años viviera, e hiciera más calor que en los trópicos! Por otra parte, no me detuve en aquellas costas, que se hallaban demasiado próximas al hogar conyugal. Atravesé Francia, yendo a encerrarme en un perdido rincón de los Alpes, regresando, por fin, a París, por no tener un céntimo y empuñado por el hambre y la afición, que no me abandonaba, de dedicarme a la literatura.

—¿Y no has tenido ninguna molestia, como consecuencia de ese desagradable asunto, mi buen La Candeur?

—A fe mía, no. Mi mujer no me ha vuelto a molestar después de su muerte. Allá han debido buscarme durante algún tiempo. He debido ser condenado a algo, no sé a qué, ni quiero saberlo. He cambiado de nombre. ¡El marido de la condesa ha muerto!...

—En realidad ¿cuál es tu nombre? —preguntó con curiosidad Rouletabille.

—Escucha, Rouletabille ¿tienes mucho interés en saber el nombre de un pobre diablo que quizá haya sido condenado a muerte?

—No —contestó pensativo Rouletabille—, y te pido perdón por haberte hecho revivir una historia tan terrible...

—Ten la seguridad que eres el único a quien se la he contado...

Y La Candeur, después de lanzar un enorme suspiro, añadió:

—Ahora ya sabes lo que son las mujeres... ¡Desconfía!...

Pero Rouletabille se hizo el desentendido, y dirigiéndose a La Candeur le dijo:

—Debes estar muy cansado, monta un rato en mi cabalgadura y mientras, estiraré un poco las piernas.

—El ofrecimiento no es de rehusar —repuso La Candeur.

Y pasando sencillamente una de sus largas piernas sobre la montura, ocupó sin esfuerzo el sitio de Rouletabille. El animal, al sentir aquel enorme peso sobre sus lomos, dobló sus remos.

—¡Y eso que es un caballo! —dijo con una sonrisa que jamás le había visto Rouletabille, ¡tan extraña era!—. Juzga, pues, amigo mío; si se trabase de una condesa... ¡Mira, Rouletabille, yo a las mujeres las *apabullo!*...

Rouletabille aligeró el paso; pero La Candeur le alcanzó espoleando al animal, para el que Rouletabille pidió gracia.

—No vayas tan ligero y déjame que te diga algunas cosas en bien tuyo... Ya sé que te desagradan los consejos y que, aún cuando te los dé de todo corazón, es seguro que incurriré en tu cólera. Pero, a pesar de todo, es mi amistad por ti quien habla; Rouletabille, esa mujer será tu desgracia...

Y diciendo señalaba a Ivana, que cabalgaba algunos pasos delante de ellos. Rouletabille se estremeció y quiso acelerar su marcha.

—¡Escúchame! —continuó La Candeur—, permite que le diga que no te ama... Que no te ha amado nunca y que jamás te amaré... Cuando se hace por una mujer lo que tú has hecho por esa, no se recompensa con semejante gesto... ¡Ah, hijo mío!... Yo no soy un lince; pero tengo ojos en la cara... Ahí tienes a una joven que ha sido tapiada por un turco. Te lanzas en su persecución y logras libertarla el día de su boda... Matan al turco... Debiera ella estar contenta, abrazarte, ya que nos salvas y que, gracias a ti, ha podido escapar de las manos del turco y prestar un gran servicio a su país... Esa mujer, agradecida, debiera cubrirte de besos... Y no te mira y aparece más desfallecida que una muerta... ¡A mi entender, lo que ha llorado esa mujer, es la muerte de su turco, y no te perdona el haber estorbado su noche de bodas!...

Rouletabille guardaba un silencio obstinado; pero las palabras de La Candeur caían como plomo derretido sobre su corazón.

—¿Callas? Es que no encuentras argumentos con que contestarme. ¿Le has preguntado siquiera, la causa de su tristeza?

—¡No! —exclamó Rouletabille sin atreverse a mirar a La Candeur.

—Si no se lo has preguntado, es porque eres de mi parecer y sabes a qué atenerte... ¿Viste como corría tras su turco? Decía que quería matarle con sus propias manos... ¡Y cuando le han dado muerte en su presencia a poco se desmaya!

—¡Ah! —dijo Rouletabille—. ¿Te has dado cuenta?

—¡Ya lo creo! Y el mismo Vladimir se ha percatado de ello y piensa como yo. Tú te consumes por una mujercita que se burla de ti y que está sin vida desde la muerte de su turco...

—Pero cuidado que dices tonterías —contestó sordamente Rouletabille, que sufría mil suplicios—. Si fuera como tú piensas, nada la forzaba a seguirme cuando fui a buscarla a su harem. No tenía más cine quedarse con su turco, como tú dices.

—¡Santo Dios! —replicó el terco La Candeur—. Yo no estaba presente cuando la arrebataste a las caricias conyugales; pero la víspera te despedió con cajas destempladas, y es muy probable que al día siguiente, cuando volviste, se hubiera enfadado con su turco... En todos los matrimonios existen sus ratos de enfado y luego hacen las paces. En todo caso, lo seguro es que tuvo tiempo de reconciliarse con su turco en el calabozo del subterráneo.

—¡Mientes! —gritó Rouletabille furioso.

—¡Que miento!... Pregúntaselo a Vladimir, pregúntaselo a Tondor y también te podrían informar Modesto y el katerdjisbaschi si no hubieran muerto... ¡Pero si llegó a ser el tema de toda conversación en el hotel de los Extranjeros!...

—¡Mientes... mientes... mientes! —repitió rabioso Rouletabille, con el pecho sacudido por los sollozos—. ¡Cállate! No quiero oír ni a ti, ni a Vladimir... Ni a nadie. ¡Os odio a todos!... ¡Mira, devuélveme ese pobre animal porque la vas a aplastar!

Y no esperó a que La Candeur terminara de apearse, sino que dándole un empujón, ocupó su puesto de un salto, hundió los talones en los hijares del animal y se alejó de sus compañeros, de Ivana, de todos, para estar solo, solo con sus penas.

Las palabras de La Candeur habían desgarrado su alma, tanto más, cuanto que eran el eco fiel de su mente atormentada hablando a su corazón dolorido... ¡Si La Candeur supiera que Rouletabille había sorprendido a Ivana ayudando a Gaulow en su evasión!... Le despreciaría, seguramente, pues para conservar en el corazón un sentimiento por una mujer capaz de semejante cosa, era preciso que, además de estar enamorado, fuese un cobarde...

¡Y era, ciertamente, un cobarde!... Se lo repetía a sí mismo en su soledad, esperando que Ivana volvería a él en uno de sus espontáneos movimientos de ternura, como hacía en otros tiempos, sin que jamás pudiera desentrañar la causa de sus largas horas de hostilidad...

VII

ANTE KIRK-KILISSÉ

A QUELLA sombría actitud de desesperación no hizo más que aumentar en Ivana, y podemos decir que llegó a su paroxismo, hacia el final de aquel memorable día, en el que las cuatro columnas del tercer ejército, habiendo estrechado su frente en tomo a Kirk Kilissé, desde Demir-Kapou hasta Seliolou, atacaron furiosamente a la tropas otomanas a partir del anochecer.

Nuestros jóvenes se hallaban a la extrema izquierda búlgara y pudieron presenciar, en el curso de la tarde, multitud de pequeñas batallas que les condujeron a las seis de la tarde hasta las rocas de Demir-Kapou.

A pesar de todo, el terreno rocoso y escarpado había sido un precioso auxiliar para los turcos, y ningún éxito decisivo habían alcanzado los búlgaros en el momento que hallamos a nuestros reporters en el fondo de un barranco, situado entre Demir-Kapou y Atmatcha.

El cañoneo cesó momentos después de sobrevenir la obscuridad; pero las infanterías de ambos adversarios, al abrigo de las rocas, no cesaban de cambiar un vivo luego de fusilería envueltas en la densa obscuridad nocturna.

Rouletabille y sus campaneros, que se habían a lo largo de una arista rocosa que les ocultaba a su derecha, se hallaban cerca de la aldea de Akmatcha, en la que el general les había citado para el día siguiente, con el fin de expedir la correspondencia de los reporters.

Sólo que Akmatcha, estaba en manos de los turcos y era necesario desalojarles de ella. Entonces fue cuando el Estado Mayor búlgaro decidió intentar un ataque nocturno, inspirados tanto en el temor de los turcos, como por estar vagamente esperanzados de que ello obligaría a los turcos a retirarse al amparo de los fuertes y obras de defensa de Kirk-Kilissé. Dos batallones de

la quinta división fueron los que operaron aquel ataque, en el rocoso dédalo de Kara-Kaja, a la derecha de Akmatcha.

Consiguieron ganar la cima en medio de una lluvia torrencial, cuya violencia redobló cuando le llegó el turno de ponerse en movimiento a la cuarta columna.

Al abrigo de un cobertizo de ramaje terminaban los reporters de vaciar algunas latas de sardinas que debían a la generosidad de Dimitre Sarof, cuando vieron pasar cerca de ellos, corriendo al asalto nocturno, a los batallones de la primera brigada de la quinta división.

Ivana se puso inmediatamente de pie para seguir a la tropa. En el curso de la tarde había arrancado un fusil de las crispadas manos de un muerto, y colocado en bandolera una cartuchera, declarando, que, en cuanto se le presentara ocasión, rompería el fuego. Ante una observación de Rouletabille no vaciló en desprenderse de fas insignias de la Cruz Roja.

Si en el transcurso de la tarde se expuso Ivana voluntariamente a las balas turcas, no había, sin embargo, tomado parte en ninguna acción. Pero Rouletabille comprendió que ahora estaba dispuesta a intervenir.

Sin decir palabra a los reporters salió Ivana fuera del cobertizo. Rouletabille se puso de pié, dispuesto a seguirla; pero La Candeur le detuvo por un brazo.

—¡Un momento! ¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

—Impedir a esa toca que se haga matar...

—Te prevengo —dijo La Candeur— que para impedir eso te expones tú a lo mismo.

—¡Es posible! —replicó el otro.

—¡Es un asunto que a ti solo importa —dijo La Candeur con voz ronca—, pero te prevengo que como estoy decidido a no abandonarle; vas a hacer que también me maten a mí!

—Y a mí también —dijo Vladimir—, pues yo no me separo de La Candeur.

—¡La Candeur, y usted, Vladimir, les ordeno que no se muevan has a que finalice la acción!... ¡Cuando se haya tomado Akmatcha, irán ustedes a la estafeta de correos donde me encontrarán! —dijo Rouletabille.

—¡O no te encontraremos!...

—En ese caso la cartera de las crónicas está en tu poder. Se la confías al general de parte mía, diciéndole, que mi último ruego ha sido que la haga llegar sin contratiempos al periódico... ¡De acuerdo!... ¿no?... ¡Ah! Le pedirás, igualmente, permiso para enviar un telegrama sobre el combate, si

ello no le crea dificultades... Le dices que los generales búlgaros bien pueden hacer eso por mí...

—Rouletabille, veo tus intenciones... ¡Tú no sales para impedir que esa loca se haga matar, sino que vas a intentar morir con ella!...

—¡Estás loco! —gritó el reporter—. No siento el menor deseo de morir... ¡Quedaos aquí y por lo que a mí respecta, os prometo que seré prudente!... ¡Hasta la vista, La Candeur!... ¡Hasta la vista, Vladimir!...

Se despidió con un signo de la mano, pues no quería tocar la de ellos, defendiéndose contra una emoción que iba ganándole al separarse de sus compañeros, quizá para no volverles a ver más... Y se lanzó tras Ivana.

—¡Maldita hembra! —gruñó La Candeur con la boca llena—. ¡Ni comer con tranquilidad le deja a uno! ¿Pero tú ves de que manera le tiene cogido? ¡Ojalá le desembarace de ella una bala! ¡Este es todo el bien que le deseo a esa funesta Ivana!

—¡Ya verás como a ella no le pasa nada y cómo el desgraciado va a ser él! —gimió Vladimir.

—¡Cállale, idiota! —gruñó La Candeur—. ¿Acabarás de una vez? No se trata de esperarles tranquilamente hasta mañana por la mañana... ¡Escucha, otra vez empieza el fuego! ¡Demonio, y con que intensidad!... ¡No podemos dejar solo a Rouletabille!

Al salir fuera vieron inmediatamente detrás de la rocosa cúspide que les abrigaba y a la intermitente luz de un violentísimo cañoneo, a Rouletabille y a Ivana, que detenidos por un movimiento de tropas, se hallaban a unos cien pasos de ellos.

La cabellera de la joven estaba envuelta por un velo que flotaba tras ella como un jirón.

De pronto oyeron una llamada de Rouletabille y acudieron.

—¿Qué pasa? ¿Estás herido?...

—¡No! ¡No!... ¡Es que ha desaparecido! ¡Ivana! ¡Ivana!...

Pero un súbito estruendo de metralla les envolvió de tal suerte, que los gritos se perdieron en él.

Ivana se había sumergido en aquel torrenle de hombres que se lanzaban a la muerte, dejándose llevar por ellos hacia la cima, allá en lo alto, en donde se libraba un encarnizado combate, en el que retumbaban los atroces aullidos de la lucha a la bayoneta: *¡Na no je, na no je!* (¡A cuchillo!).

Los turcos se defendían con violencia. Protegidos por la naturaleza, habían, además, fortificado su posición con redes de alambre espinoso, y practicado hoyos profundos y minas, que al estallar por intervalos, iluminaban

la noche con resplandores de infierno. Finalmente, habían traído una artillería que contestaba cumplidamente a los disparos de los búlgaros.

Entre aquellas rocas, en las profundidades de aquellos pétreos embudos en donde hervía la muerte, reinaba un tumulto indescriptible.

El aire era desgarrado por innumerables truenos, pedazos de roca eran proyectados de todas partes, las granadas estallaban por encima de las trincheras matando a los que se creían en el más seguro abrigo; pero nada resistía a la «metralla humana». ¡Ella era más fuerte, porque iba a desalojar de su refugio subterráneo en donde el plomo no les pudo alcanzar, a los soldados de Mouktar pacha!

¿Cómo se halló de pronto Rouletabille en medio de la batalla, cerca de Ivana, en el preciso momento en que ésta colocaba una bayoneta en el extremo de su humeante fusil? No lo hubiera podido explicar... Le hubiera sido, sobre todo, imposible decir como se hallaban aún indemnes bajo aquella espantosa lluvia de hierro.

El tiro concéntrico de los turcos, era certeramente dirigido y los obuses caían innumerables sobre las tropas do asalto, al mismo tiempo que sobre sus piezas de campana. Cerca de los dos jóvenes fueron despedazados un cabo de cañón y sus ayudantes; de sus cráneos salía la masa encefálica mientras que sus entrañas extendíanse por el suelo cubierto de un fango sangriento... Y ahora tocábale el turno a la metralla humana de cargar contra el enemigo.

—¡Adelante, camaradas, al asalto!

Es Ivana quien grita en aquella tempestad y que repine las órdenes de sus jefes en la bravía lengua balcánica: *¡Na noje! ¡Na noje!* ¡Los penetrantes clamores de los hombres mézclanse con el estruendo del cañón y semejantes a furias se lanzan todos sin preocuparse ni de los oficiales, ni de los camaradas que caen!

Saltando sobre los muertos y agonizantes, los supervivientes, consiguen llegar a unos diez metros del enemigo; pero el pétreo muro es en aquel lugar casi perpendicular y les detiene un instante... ¡Una llamarada terrible les tiende por centenares!... ¡Adelante!... ¡He aquí la grada que necesitan los que quedan! ¡Apilan los cadáveres y trepan sobre ellos como demonios!

¡Aquello es el fin! Huyen los turcos abandonándolo todo al vencedor; sus heridos, sus provisiones. Por otra parte, ya no intentan, resistir en ningún lugar a tal marea humana que se desborda de todos los desfiladeros del Istrandja...

Durante aquella terrible lucha no ha tenido Rouletabille más que ojos para Ivana. Renuncia a protegerla y a protegerse a sí mismo, obedeciendo al

torbellino, que le envuelve, y que le arrastra tras ella.

Hubo un momento en que la vio caer y se precipitó a levantarla, tomándola luego en sus brazos. Estaba cubierta de sangre y no hubiera podido decir de quien era, si salía de alguna herida de ella, o si provenía de aquellos a quienes había destripado con su terrible bayoneta. La habló sin que ella le contestase. Debatíase Ivana para que la soltara.

—¿Pero es que quieres morir?...

Y ella contestó desesperadamente:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Y se desprendió de sus brazos para correr de nuevo a su furiosa tarea. Rouletabille volvió la cabeza para no volver a mirar su terrible silueta de reina de las batallas.

Cuando fueron tomadas aquella noche Akmatcha y Karakoi y las tropas victoriosas se hubieron acostado en sus posiciones, a la espera del nuevo día, Rouletabille tuvo que hacer esfuerzos inauditos para impedir que Ivana pasara a las líneas de los puestos avanzados.

Quería ella seguir combatiendo, perseguir la muerte que decididamente la huía... Tenía una herida en la espalda que, sangraba abundantemente; no quería ser curada y se la vendó casi a su pesar. Por fin, se tendió en una trinchera y se durmió abatida, abrumada de fatiga.

Rouletabille la veló hasta los primeros resplandores del nuevo día.

Y fue en aquel día, 24 de octubre, cuando acaeció ese extraño hecho que fue la toma de Kirk-Kilissé.

VIII

LA TOMA DE KIRK-KILISSÉ

DURANTE la noche se detuvieron los búlgaros en su marcha victoriosa en toda la línea, desde Demir-Kapou hasta Petra y Gerdeli, estimando su éxito en las tinieblas suficiente, y esperando, de otra parte, como confesaron más tarde, un retorno ofensivo de los turcos.

No sospechaban, ni remotamente, el pánico inmenso que se había apoderado del ejército turco.

Al despuntar la aurora, viendo Rouletabille que Ivana seguía entregada a un profundo sueño, se dirigió a Akmatcha, que se hallaba a corta distancia, pensando en que encontraría allí a La Candeur y a Vladimir, a los que había citado en la estafeta de correos de dicha aldea. En efecto; allí los encontró; ¡pero en que estado! ¡Tan lamentables, tan arruinados como la misma estafeta de correos! ¡Una vez más tenían que renunciar a enviar sus telegramas y crónicas!...

En cuanto a La Candeur, no parecía más que el espectro de sí mismo, se golpeaba el pecho con fuertes puñetazos, como hacen los pecadores penitentes, que recitan con ardor el *mea culpa*.

La Candeur se acusaba de la muerte de Rouletabille, costándole a Vladimir inauditos esfuerzos el consolarle. Se había separado del reporter bruscamente, sin volverle a ver, le buscaron toda la noche entre los cadáveres...

—¡Ah! Si yo le hubiera seguido más de prisa, si yo hubiera sido menos cobarde, con seguridad que seguiría viviendo —gemía La Candeur—. ¡Yo le hubiera defendido sirviéndole de escudo y en su lugar, hubiera muerto yo!... ¡Vladimir, tú no sabes todo lo que debo a Rouletabille!... Sin él me hubieran despedido del periódico más de veinte veces y me hubiera muerto de

hambre... ¡Siempre me defendió, siempre me ayudó...! ¡Era un verdadero amigo y yo le he abandonado!...

—¡No llores, pues estoy aquí! —dijo Rouletabille.

Los dos amigos se abrazaron estrechamente. La alegría ahogaba a La Candeur... De pronto se irguió y dando un suspiro espantoso gritó:

—¡Desgraciado, ahí tienes a tu ángel malo que vuelve! Así pues ¿esa no ha muerto?

Rouletabille volvió la cabeza y vio a Ivana. Rechazó a La Candeur, diciéndole:

—¡Déjame!... ¡Tú no me quieres!

La Candeur vaciló, murmurando con voz sorda:

—¡Esta bien, está bien; si para quererte es necesario también querer a esa, pues también la querré!

—Entonces velarás por ella como si velaras por mí...

—¡Entendido! —gruñó el guante.

—¿Puedo contar contigo?

—No tengo necesidad de repetírtelo...

En efecto; Ivana se acercaba. Estaba desencajada, con la ropa hecha jirones. En el fondo de sus magníficas pupilas titilaba una sombría llamarada; sus cabellos, trenzados con desaliño sobre su cabeza, estaban sujetas por una manteleta flotante. Lucía un pantalón de soldado, a cuya cintura, había sujetado la cartuchera. El fusil descansaba sobre el brazo. Su espalda estaba ensangrentada, y estaba así espantosa y bella.

Rouletabille le preguntó por su herida; pero Ivana no le contestó.

—La vanguardia acaba de recibir la orden de avanzar; ¿viene usted conmigo? —y echó a andar.

—¡Ah! ¿Pero volvemos a las andadas? —gruñó La Candeur.

Rouletabille le miró tristemente.

—¡Está bien! ¡Está bien! Ya voy —dijo La Candeur.

El buen gigante ajustó su pasó al de Ivana. Segura llevando la cartera bajo del brazo y producía un efecto extraño en aquel campo de batalla, con aquella cartera y la larga levita negra —único traje decente que le quedaba— y su blanca corbata, pues La Candeur jamás se ponía la levita sin ponerse la corbata blanca. Podía pasar por un notario, encargado de recoger las últimas voluntades.

Dirigiéronse hacia Raklitza, el primer gran fuerte que defendía a Kirk-Kilissé por el Noroeste. Se hallaban en la línea de las primeras patrullas de descubierta, que avanzaban prudentemente; pues se esperaba a que los fuertes

abrieran el fuego de un momento a otro sobre Karakoi y Karakata... ¡Pero los fuertes no dispararon y con razón!

Ivana, La Candeur, Rouletabille y Vladimir, fueron los primeros en penetrar en el fuerte Raklitz. Hallaron tan sólo cuatro piezas de grueso calibre que no habían disparado ni un solo tiro, pues los sirvientes habían huido con las últimas fuerzas de infantería que dejaron los turcos...

Los reporters dieron a conocer el hecho a los cuidados, diciéndoles que podían avanzar sin temor. Los oficiales se resistían a creerlo; pero bien pronto tuvieron que rendirse ante la evidencia.

A medida que iban aproximándose a Kirk-Kilissé, hallaban ante ellos las pruebas reveladoras de un pánico indescriptible.

Por todos lados habían dejado las huellas de la derrota. Más de cincuenta piezas de artillería estaban atascadas hasta los ejes en los surcos, abandonadas por sus tiros de caballos, cuyas riendas cortadas, pendían hacia el suelo... Seguían cajones dispersos, y un fabuloso amontonamiento de cartuchos y obuses sin disparar, rojos los unos, (los shrapnells ordinarios) amarillos los otros (obuses explosivos), que se asemejaban a extrañas y suntuosas flores, nacidas en una noche sobre aquel campo terrible...

Más de 10.000 mausers y millones de cartuchos, habían sido igualmente tirados a los caminos para aligerar los vehículos, provisiones considerables, torio ello abandonado, sin tomarse el trabajo de destruirlo, ¡de tal suerte les acuciaba la necesidad de huir rápidamente!...

Ante tal espectáculo, los soldados del general Radko Dimitrief, lanzaban entusiastas ¡hurras!...

En cuanto a los reporters, así como fueron los primeros en entrar en el fuerte, lo fueron igualmente en penetrar en la plaza. Fue Ivana la que tomó posesión de ella, sin que, por otra parte, se opusiera nadie, pues a nadie encontraron... Pasaron ante las defensas militares, ante los reductos abandonados... ¡Ni un soldado, ni un rostro humano!

Los pocos habitantes que no habían huido, se habían ido temprano, por otros caminos, al encuentro del enemigo, para anunciarle el abandono de la plaza y llevarle flores...

Los jóvenes llegaron así hasta el palacio del gobernador, envueltos en profundo silencio. Fueron de patio en palio, de sala en sala, empujando puertas, hallaban en todas partes las huellas de una huida desatinada. Y sin saber cómo, sin haberlo buscado, quizá por azar, penetraron en el mismo gabinete de Mahinoud Mouktar pacha, general en jefe del ejército turco en derrota.

Decimos «quizá» porque después de todo, era muy posible que Rouletabille hubiera perseguido aquel azar más de lo que quisiera confesar.

Parecía, en efecto, que le interesaban mucho los objetos que se hallaban en aquel gabinete... Sobre una mesa había papeles, sellos, lacre... Lanzó una mirada escrutadora sobre todos aquellos objetos, alargó una mano, pareció de pronto reflexionar y no cogió nada; pero levantó la cabeza al oír un ruido de vajilla que procedía de la sala contigua. Acudió precipitadamente; era Vladimir que vaciaba un cajón. Le riñó con acritud, mientras que el otro reivindicaba su derecho a llevarse «un pequeño recuerdo».

—¡Bueno! —accedió Rouletabille—, si no es más que un pequeño recuerdo consiento... Pero no creo que pretenda montarte un alfiler de corbata con esos cucharones y esos cazos de plata sobredorada... ¡Venga por aquí, no quiero dejarle solo con esa vajilla de plata!... Mire usted en ese gabinete, quizá encuentre algún objeto de poco valor...

Vladimir se fue derechamente hacía la mesa de despacho... Vio los papeles, los documentos firmados en blanco, los sellos, y sin ningún escrúpulo, se abalanzó arramplando con todo, a pesar de las prótesis de Rouletabille.

—¡Desgraciado! ¿Qué hace usted?

—¿Qué hago? —replicó tranquilamente Vladimir—, pues sencillamente, ¡mi deber! Si algún día necesitamos de un salvoconducto y de carta blanca para pasearnos entre el ejército turco, admitiendo que quede algo de él, nos vendrán muy bien la firma y el sello del general en jete...

—No digo lo contrario, Vladimir —contestó Rouletabille—, pero queda entendido que esto ha pasado sin que yo sepa una palabra... ¡Yo tengo responsabilidades, represento aquí a la prensa francesa que no debe usar más que procedimientos honrados... Usted es Vladimir de Kiev y puede coger de las mesas y aún de los cajones, lo que le plazca, en la seguridad de que a nadie sorprenderá!... ¡Ahora —añadió— vámonos, ya nada tenemos que hacer aquí!...

Los soldados del general Dimitrief, supieron, pues, que Kirk-Kilissé había caído en sus manos cuando se aprestaban a seguir combatiendo... Y así fue como los dos grandes fuertes de Raklitza y de Skopes, que cubrían la villa por el norte, y que estaban unidos por una serie, de obras de tierra para baterías de campaña y tiradores de infantería, obras que en su época, fueron muy apreciadas por el general alemán von der Goltz, fueron ocupados por los búlgaros sin disparar un tiro. El ejército turco se había desvanecido ante ellos, y con tanta rapidez, que se hallaban muy comprometidos para perseguirlo.

«Habían perdido el contacto» ha dicho M. de Pannenrun. En vista del estado de fatiga de las tropas, los generales Kenlentchef y Dimitrief y nuestro amigo el general Dimitri Savof, decidieron, de común acuerdo, suspender su movimiento de avance y esperar los informes que, sin duda alguna, les procuraría la división de caballería Nazlimof, que acababan de lanzar hacia el Sud, en dirección a Baba-Eski.

Kirk-Kilissé fue, pues, invadido por las tropas, pero no saqueado. Entraron principalmente para dormir, pues los soldados extenuados por cinco días de marcha, por un país tan accidentado como la región alpestre, y por dos días de combates, tenían, sobre todo, necesidad de un poco de reposo.

En cuanto a nuestros reporters, lo que principalmente buscaban, era una buena comida, con preferencia a una buena cama.

IX

LA CANDEUR BEBE CON EXCESO

PASARON, precisamente, ante una vieja posada, la cual, desierta hacía unos instantes, se hallaba ahora invadida por una clientela ruidosa, mantenida, no obstante, en los límites; del derecho de apoderarse de lo ajeno, por un destacamento de rancheros, encargados de levantar inventario de las bodegas y despensas y distribuir las vituallas.

Cuando se disponían a penetrar en el patio, Rouletabille desapareció para seguir a Ivana, que se negaba a penetrar en aquella confusión. Rouletabille gritó a sus compañeros que volvería enseguida a reunirse con ellos.

Vladimir supo arreglárselas pronto entre aquel tumulto; y casi inmediatamente, apareció cargado de un enorme salchichón, un jamón y una gran hogaza de pan moreno bajo el brazo, corriendo en busca de La Candeur, para compartir el botín, al fondo del patio en donde habían quedado citados.

Ya empezaba Vladimir a desconsolarse, porque no le veía, cuando de pronto divisó la cabeza del buen gigante que aparecía por la ventanilla de una, por lo menos, centenaria diligencia, que bajo un hangar terminaba de reducirse a polvo.

—¿Pero qué haces? —dijo La Candeur—. ¡Sube, te estamos esperando!

—¿Has puesto la mesa en la diligencia?

—¡Claro! Cuando hayas subido pondré el «completo». Aquí estaremos la mar de tranquilos para comer. ¡A propósito, debes saber que tenemos un invitado!

—¿Un invitado?

—¡Sube y le verás!

Vladimir intrigado, se subió al estribo y miró al interior de la diligencia.

En efecto; La Candeur no estaba solo dentro de ella; un segundo personaje acababa de poner el cubierto sobre una banquera guarnecida de servilletas

blanquísimas, planos, especias, vasos y aun botellas. El hombre volvió la cabeza.

—¡Señor Priski!...

Al ver Vladimir a sil carcelero del *Castillo Negro*, al hombre que le recordaba las peores desventuras, dejó caer el pan que llevaba debajo del brazo y mientras La Candeur, se ocupaba en recogerlo preguntó:

—¡Señor Priski! ¿Pero no ha muerto usted? ¡Yo creí que La Candeur le había matado!

—Y yo también lo creía —dijo La Candeur.

—¡También yo! —repitió el señor Priski—, pero como ustedes ven, tan solo perdí una oreja, aunque a decir verdad, en aquel momento, vi las estrellas, como vulgarmente se dice.

El mayordomo de Kara Selim tenía, efectivamente, una venda que le cubría todo un lado de la cabeza. Salvo esto, no parecía haber perdido nada de su buen humor.

—Si es cierto que tuve suerte no lo es menos que también la tuvieron ustedes, al poder escapar —dijo cortésmente el señor Priski.

—No fue por la ayuda que usted nos prestara, señor Priski.

—¡Toma! —repuso este—. ¡Cada cuál se defiende como puede! Ustedes fueron los que empezaron, queriéndome *dar pasaporte*^[6].

—¡Chitón! —ordenó La Candeur—. El señor Priski es ahora nuestro amigo. ¿No es verdad señor Priski?

—¡Oh! —contestó este—. ¡Amigo hasta la muerte! ¡Ya nada nos separa!...

—Y la prueba de que el señor Priski es nuestro amigo está en que nos ofrece este succulento pollo asado...

—¡Es posible, señor Priski! —exclamó Vladimir al divisar un magnífico pollo muy doradito, que él mismo dejó al descubierto levantando un piafo.

—¡Como también con que mojarlo! —añadió La Candeur—. ¡Contempla esto, hermanito!... ¡Tres botellas de borgoña añejo; pero del legítimo!...

—¡Señor Priski, absolutamente necesario que le abrace a usted! —gritó Vladimir abrazándole mientras repetía:

—¡Borgoña, señor Priski, borgoña legítimo!... ¡Yo que no he bebido más que borgoña de Crimea!... ¡Imagínese!...

—¡Pommard 1888!

—¡1888! ¡Veinticinco años embotellado!... ¡Ah! ¡Señor Priski! ¿En dónde ha encontrado usted esos tesoros?

Primero sentémonos y comamos —aconsejó La Candeur, cuyos ojos salían de sus órbitas al contemplar todos aquellos manjares—. ¿Empezaremos por el jamón?...

—¡No; por, el salchichón!

—¡Y terminaremos por el pollo!

—¡Ante todo, degustemos el Pommard! ¡Bien podemos destapar una botella!...

—Mi opinión es que descorchemos las tres en seguida. De esta forma tendremos cada uno la nuestra...

—¡Va por las tres botellas! Pero te advierto que sales perdiendo —dijo Vladimir.

—¿Por qué? —preguntó con inquietud La Candeur.

—Porque, seguramente, tu solo hubieras bebido más que entre el señor Priski y yo...

—¡Bah!, en todo caso, ya me pasaréis las sobras...

—¡No! ¡La que quede se la llevaré a Rouletabille!

—Pero tártaro de Vladimir ¿crees tú que se puede llevar de aquí para allá un Pommard de veinticinco años, como si fuera un cesto de cebollas? Por otra parte, Rouletabille no tiene sed... ¡Está enamorado! ¡Ah! ¡Señores, no se enamoren nunca! ¡Es un buen consejo que doy a ustedes; hecho 16 cual bebo a la salud de todos!...

—¿Eh? ¿Qué tal? —preguntó el señor Priski.

Los otros chascaron la lengua.

—¡Yo declaro —dijo La Candeur con gravedad— que comienzo a tomarle gusto a la guerra!

—¡Qué felicidad —exclamó Vladimir con una extática sonrisa de gratitud dirigida a su botella—, qué felicidad, La Candeur, que no hayas matado a este excelente señor Priski!...

—¡Jamás me hubiera consolado de ello! —afirmó La Candeur, vaciando su copa.

—Pero ¿cómo os encontrasteis?

—Figúrate. Vladimir, que rondaba yo en torno a la bodega, sin saber por donde penetrar, cuando oí una voz que salía del tragaluz y que decía: «¡No se moleste, señor de Rothschild, he aquí lo que usted busca!»

—¡La voz del señor Priski!... Al oírlo retrocedí, creyendo era un alma en penal Pero no, era el señor Priski en carne y hueso que, por el tragaluz, me alargaba esas botellas y que me aconsejaba: «¡No las mueva usted mucho!... ¡Sobre todo, no las mueva usted mucho!» ¡Ah! ¡Este excelente señor

Priski!... Por el mismo camino que las botellas salió él y con él un pollo. ¡Figúrale si nos hicimos amigos!... Entonces le expliqué como se disparó sólo mi fusil contra la aspillera del torreón y cuánto lo lamente...

—¡Oh!, señor Priski, su muerte fue llorada por nosotros en el torreón, como si hubiéramos sido sus hijos —dijo Vladimir con lágrimas en los ojos y la boca llena.

—¡Nuestro desconsuelo deba pena! —afirmó La Candeur con un suspiro ahogado, causando por haberse servido demasiado salchichón y querer llegar a tiempo para el jamón—. ¡Afortunadamente, la Divina Providencia velaba sobre el señor Priski, y mientras nosotros le llorábamos, le enviaba a esta posada, en donde sirvió él hace tiempo!

—¿En que lugar nos encontramos? —preguntó Vladimir.

—Este es el Hotel del «Gran Turco», casa muy conocida y en la que serví antaño en calidad de intérprete —explicó el señor Priski.

—Entonces, todo se explica, ¡usted conocía la casa! —dijo Vladimir.

—¡Naturalmente! Las bodegas y la despensa no tenían secretos para mí.

—¡Lo comprendo todo! ¡Todo lo comprendo!

—¡No! ¡No lo comprendes todo!... Pues si tenemos la felicidad de haber encontrado al señor Priski, es necesario decirte que el señor Priski nos buscaba —dijo La Candeur.

—¡Ah! ¿Sí?... Nos buscaba... ¿Y para qué nos buscaba?

—En primer lugar, para informarse acerca de nuestra salud; luego para prestarnos un gran servicio —explicó La Candeur, vaciando un gran vaso de Pommard.

—¿Un servicio?

—¡Mi querido amigo —La Candeur se aproximó al oído de Vladimir—, se trata, sencillamente, de desembarazar a Rouletabille de Ivana!...

—¡Oh! ¡Oh! Eso es muy grave —dijo Vladimir poniéndose en guardia.

—Evidentemente —aprobo La Candeur vaciando su botella, la que pareció darle mucha fuerza para razonar—. Siempre es grave devolver la vida a alguien que está a punto de suicidarse.

—La verdad es que, desde que Rouletabille ha encontrado a esa muchacha, está desconocido —dijo Vladimir.

—¡Ya no ríe!...

—¡Y ha perdido el apetito!

—¡Y la sed! —dijo La Candeur, tomando un furtivo préstamo a la botella de Vladimir.

—¡Languidece a ojos vistas! —apoyó Vladimir—. ¡Pero de todas maneras hay que ser cauto, pues este es un asunto que exige reflexionar!...

—¡Ya está reflexionado! —afirmó La Candeur—. ¡Yo quiero salvar a Rouletabille!

—Y yo también; pero todo depende... —insinuó Vladimir.

—¿De qué?

—¡Caramba! —confesó vacilando un poco, no mucho, el joven eslavo—. Todo depende de lo que esté dispuesto a pagar el señor Priski...

—¡Cómo! ¿Qué es lo que dices? —preguntó La Candeur sobresaltándose.

—El señor, sin duda alguna, me ha comprendido —dijo Vladimir volviéndose hacia el señor Priski—. El señor no debe ignorar que estamos totalmente desprovistos de dinero.

—¡Vladimir Petrovitch, de Kiew; eres un miserable! —gritó La Candeur, que estuvo a punto de ahogarse con un muslo de pollo—. ¡Te quieres hacer pagar un servicio que prestas a Rouletabille!...

—¡La Candeur de mi corazón! —replicó Vladimir—. ¿Me tomas por un granuja?... ¡Estoy dispuesto a hacerle un servicio a Rouletabille gratis; pero el servicio que hago al señor Priski, quisiera que lo pagara con algo!... ¡Es muy cierto, que tengo razones para servir gratuitamente a Rouletabille; pero no tengo ninguna para ser generoso con el señor Priski, que ha estado a punto de hacernos fusilar a todos! ¡No lo olvidéis!...

—¡Eso es verdad! —dijo La Candeur algo desconcertado—. ¡No hay ninguna razón para que hagamos gratis un servicio al señor Priski!...

—¡Me satisface que coincidas conmigo!... ¿Qué opina usted, señor Priski?

—¡Señores, ya les he dado un pollo asado y tres botellas de vino!

—¿Y cree usted que es suficiente para un servicio tal? —protestó Vladimir.

—¡Caramba! Ese servicio consiste en bien poca cosa; pues se trata, sencillamente, como expliqué hace un momento al señor sobrino de Rothschild...

—Llámeme La Candeur —interrumpió éste con modestia—, como todo el mundo. Ahora viajo de incógnito.

—Explicaba, pues al señor La Candeur, que tan soto se trataba de hacer llegar una carta a manos de la señorita Vilitchkov, sin que lo descubra el señor Rouletabille. No tienen ustedes nada más que hacer... El resto importa a la señorita Vilitchkov... ¡Ya ven ustedes que sencillo es!...

—Esta sencillez es la que me ha seducido inmediatamente —confesó La Candeur, mientras buscaba con la punta del cuchillo la delicada carne que se esconde entre la osamenta del pollo, su bocado favorito.

—¿Y cree usted que bastará la lectura de la carta para separar para siempre a la señorita Ivana del señor Rouletabille? —preguntó Vladimir.

—¡Estoy seguro! —afirmó el señor Priski.

—El señor Priski, me ha explicado —dijo La Candeur— que se trata de una carta de amor que envía a Ivana, un gran señor turco, por mediación de ese eunuco que vimos en la Karakoulé y que se llama, según creo, Kasbeck...

—Eso es —dijo el señor Priski—, Kasbeck, fue a la Karakoulé, para llevar en persona la carta e impedir, si era tiempo aún, el casamiento de la señorita Vilitchkov con Kara-Seiim, a quien ustedes llaman Gaulow; pero aquel casamiento no ha sido aún consumado.

—¿No? —dijo La Candeur, llenando su vaso de la botella del señor Priski—. ¿No?... ¡Nada se ha perdido aún!...

—¿Pero que podrá contarle ese gran señor turco a Ivana, para decidir a esta a abandonarlo todo y reunirse con él? —preguntó Vladimir.

—De eso no se ni una palabra, pues nada me ha dicho —contestó el señor Priski—. Debe de ofrecerte cosas sorprendentes. Kasbeck me ha dicho textualmente: «Priski, haces llegar a sus manos la carta y no te ocupes de más, pues ella vendrá». Hagan ustedes como yo, no se ocupen del resto... ¿Qué es lo que exponen? Yo me he dirigido a ustedes por que la ven todos los días, y también, ¿por qué no decirlo?, porque les he oído a ustedes, en varias ocasiones, lamentar la triste pasión de su amigo y maldecir de esa Ivana, que bastantes trastornos les ha ocasionado ya... Y me dije: «He aquí unos buenos aliados».

—Señor Priski —interrumpió Vladimir—. ¡Son dos mil levas!

—Aquí tiene usted mil —contestó Priski, abriendo una cartera y sacando unos billetes que tendió La Candeur—. Daré las otras mil, cuando hayan ustedes hecho entrega de la carta.

—¡Toma ese dinero! —dijo La Candeur a Vladimir—. Yo no quiero tocarlo; me parece que me quemaría las manos...

—¡Tienes razón! —apoyó Vladimir—. ¡Hay cosas que no debe permitirse un reporter francés! —Y se guardó los billetes.

—He aquí la carta —dijo el señor Priski, alargando el pliego sellado a Vladimir.

—¡Désela al señor! —indicó Vladimir, señalando a La Candeur—, usted se ha entendido con él y yo no soy más que su servidor. —Pero La Candeur

rechazó también la carta con gran cortesía.

—Comprenderá usted, señor Priski —dijo— que yo no puedo tocar esa carta habiendo jurado a Rouletabille que velaría por esa muchacha... ¡Si algún día supiera Rouletabille que, después de haber jurado eso, entregaba en secreto una carta de esa naturaleza a la señorita Vilitchkov, jamás me lo perdonaría!

—¡Y si supiera que había legado esa carta a su destino, por mi mediación, me mataría inmediatamente! —aseguró Vladimir.

—¡Que sea el uno que sea el otro, me es indiferente —dijo el señor Priski—, pero ya que han admitido las mil levas, es necesario que se hagan cargo de la carta también!

—Opino la mismo —dijo La Candeur.

—¡Pues bien, coge tú la carta! —propuso Vladimir.

—¡No habiendo tomado el dinero, no veo porque me he de encargar de la carta! —arguyó La Candeur.

—¡Bueno! ¿Se deciden ustedes, si o no?

—Por mi parte, ya está decidido; yo no tomo esa carta —declaró Vladimir.

—Ni yo tampoco —aseguró La Candeur.

—En ese caso, devuélvame mis mil levas —clamó el señor Priski.

—¿Está usted loco, señor Priski? —dijo Vladimir—. ¡Devolverle sus mil levas! ¡Ni pensarlos!... ¡Si es toda nuestra fortuna!... ¡No! ¡De ninguna manera! ¡No le devuelvo a usted las mil levas!...

—¡Pero yo les he dado esa cantidad a cambio de que tomaran ustedes la carta! —gritó el señor Priski, que comenzaba a enfadarse.

—¡Perdón! ¡Perdón!... Jamás hemos trabado de eso —dijo La Candeur—. ¡Usted nos ha encargado de *hacer llegar la carta!*...

—Hacer llegar una carta no es comprometerse a tomarla —dijo Vladimir—. Si estuviera en su lugar, señor Priski, ¿sabe usted lo que yo haría? ¡Pues bien! Yo no me desprendería de una carta tan importante, sino que la entregaría en persona a la señorita Vilitchkov, de esta forma tendría la seguridad de que llegaba a sus manos...

—¡Caramba! ¡Si no deseo otra cosa! Pero el señor Rouletabille no deja un instante a la señorita Vilitchkov. ¿Cómo voy aproximarme a ella, sin que él me vea?

—Es muy sencillo; aquí es donde ganaremos, honradamente, nuestro dinero. Procuraremos desviar la atención de Rouletabille, mientras usted entra en la casa, con el fin de entregar personalmente la carta...

—¡Si dijera a ustedes que prefiero esta solución! —confesó el señor Priski.

—Entonces, no queda más que ultimar los detalles —dijo Vladimir.

—¡Y Rouletabille está salvado! —gritó La Candeur, que estaba completamente achispado y que blandía desesperadamente un vaso y una botella vacíos.

X

EN DONDE SE HABLA NUEVAMENTE DEL COFRECILLO BIZANTINO

EN un suburbio de Kirk-Kilissé, al borde del camino que conduce al Oeste y en el centro de un bosquecillo, había encontrado Rouletabille, para Ivana y sus camaradas, un reducido pabellón desde el que sería fácil observar los alrededores, y donde podrían descansar, sin ser molestados por los movimientos de las tropas.

Cosa curiosa, fue a petición de la misma joven, por lo que Rouletabille había buscado aquel retirado refugio. Ivana parecía desinteresarse del ejército e incluso huir de él, precisamente en unos momentos en los que su presencia, hubiera sido útil en las ambulancias. Por otra parte, había recomendado a Rouletabille que no diera su dirección al general Savof, si éste no se la pedía. Si se la pedía, Rouletabille no se negaría a dársela; pero advertiría inmediatamente a Ivana.

—¿Para cambiar de domicilio?...

—Sí —había contestado nerviosamente—, para cambiar de domicilio.

Dicho lo cual, se puso a pasear con agitación tal por la reducida sala, que le había sido reservada, que Rouletabille, compadecido y creyéndola a punto de volverse loca, no quiso dejarla sola.

Se quedó pues, para vigilarla y redactar sus telegramas, enviando a Tondor en busca de Vladimir y La Candeur, los que se presentaron con la cara muy arrebolada, recibiendo la orden de ir en busca del general Savof.

Al anochecer, paseábase Rouletabille muy pensativo ante la puerta del pabellón, del que no había salido Ivana. Rouletabille no cambió con ésta más que frases insignificantes y se entregó de lleno a la redacción de una crónica la que, por otra parte, le fue imposible enviar, por haber contestado el general Dimitri Savof a Vladimir, que había recibido órdenes superiores,

recomendándole guardar el mayor secreto respecto a las batallas de Petra, Seikoou y Demir-Kapou, victorias que, en detalle, no debían ser conocidas hasta más tarde.

Por esta y por otras causas, hallábase Rouletabille muy taciturno cuando fue abordado por la gigantesca sombra de La Candeur que le tomó amistosamente por el brazo diciéndole:

—¡Ven!, voy a mostrarte una cosa...

—¿El qué?

—Vas a ver... Es muy curiosa.

—Si me alejo, no quedará nadie para velar por Ivana, y su estado, cada vez más extraño me causa sepias inquietudes.

—Si es aquí cerca...

—¿Pero qué es lo que quieres enseñarme?

—Ven y lo verás...

—Bueno; pero llama a Vladimir para que se quede aquí, mientras me enseñas lo que quieres.

—¡Si precisamente es a Vladimir a quien quiero enseñarte!...

—¡No vale la pena, ya le conozco!

—Sí, pero no sabes lo que hace...

—¡A fe mía que no! Pero ¿qué es lo que hace?...

—Está ahí, a la entrada de un bosquecillo, hablando con alguien que está muerto...

—La Candeur, ¿estás borracho?

—¡No estoy borracho! Verdad que he comido muy bien; pero no estoy borracho.

—Entonces, ¿qué significa esa historia?

—Es una historia de aparecidos... ¡Anda, ven! —y tiraba de Rouletabille quien, poco a poco, iba cediendo y le seguía bajo los árboles.

—¡Figúrate que Vladimir esto hablando con el señor Priski, o con su sombra!...

—¡El mayordomo de la Karoukoulé!

—¡Él mismo! Mi bala, probablemente, no debe haberle matado del todo. Esto no me molestaría, pues aquí, entre nosotros, debo confesarte que no nos hemos portado muy bien con ese bueno de Priski... pero no te detengas ¿qué haces?

—¿Por qué está aquí el señor Priski?

—¡Si no sé nada! Vamos a preguntárselo, ven —diciendo esto, hacía volver a Rouletabille del lado opuesto del pabellón—. Es necesario que

sepamos lo que quiere de Vladimir...

—Pues bien. Cuando haya terminado con Vladimir, vas en su busca y él nos pondrá al corriente de lo que le haya dicho el señor Priski; pero yo no doy un paso más, pues no quiero dejar completamente sola a la señorita Vilitchkov, sola y sin defensa en medio de toda esa soldadesca que va por los caminos.

Y se sentó en un cerrillo, desde el que divisaba aún la parte posterior del pabellón y desde donde podría oír un grito o una llamada.

—Siempre tan tonto, quiero decir, tan enamorado —dijo La Candeur con voz aguardentosa sentándose al lado del reporter, de modo que pudiera ocultarle el pabellón.

—La Candeur, hueles a vino —observó Rouletabille, asqueado y separándose un poco.

—Es muy posible —contestó aquél—, pues he bebido un poco. He hecho una excelente comida en la mesa redonda de la posada del Gran Turco. Vladimir y yo te hemos echado mucho de menos. ¡Ah! Precisamente ahí le tienes... ¡Toma, ahora está solo!... ¡Buenas noches, Vladimir! Le estaba diciendo a Rouletabille que estabas en gran palique con la sombra del señor Priski...

—¡Ah! ¡Ah! ¿Me han visto ustedes? —dijo Vladimir—. Pues bien, no se trata de ninguna sombra; pues ese excelente señor Priski no ha muerto —y se sentó al lado de Rouletabille—. Debo confesar, que me ha sorprendido el verle reaparecer.

—¿Qué viene a hacer aquí? ¿Qué quiere? —preguntó Rouletabille.

—Sí —repitió La Candeur—. ¿Qué es lo que quiere?

—Verdaderamente que no estoy seguro —contestó Vladimir—. Sin embargo, he de decirles que sus preguntas me han parecido muy raras.

—¡Ah! ¿Le ha hecho preguntas?

—Sí; me ha pedido una cantidad de detalles sobre la señorita Vilitchkov, sobre la forma en que conseguimos evadirnos del torreón, etc. etc., yo he contestado lo menos posible, y en vista de que nada podía sacar de mí se ha marchado...

—¿Por dónde? Quiero hablarle inmediatamente.

—No debe estar lejos —repuso Vladimir—. Es probable que no se halle ni a cincuenta pasos de aquí... Se marchó por este sendero, bajo aquellos árboles. —Y Vladimir le indicaba una dirección opuesta al pabellón.

Cuando se hallaron solos; La Candeur dijo a Vladimir, con un ligero temblor en la voz:

—¿De esta forma, nada tendrá que reprocharnos Rouletabille! ¡Bastante le hemos advertido que el señor Priski, rondaba en torno de Ivana!

—¡Naturalmente! —contestó Vladimir—. Y solo él podrá reprochárselo si el señor Priski se la quita.

—¿Crees que habrá llegado ya el señor Priski al pabellón? —preguntó suspirando La Candeur.

—Yo creo que sí...

—¡Pues que se de prisa! —dijo La Candeur con voz sorda.

—Sí; hará bien en apresurarse —repitió Vladimir—, pues al no encontrarle Rouletabille en el sendero, va a regresar.

—¡Siento que el remordimiento se apodera de mí! —añadió La Candeur.

—¡El remordimiento!...

—¡ Oh! Ya se desborda —gimió La Candeur—, a duras penas puedo dominarle... ¡Me parece que lo que estamos haciendo es abominable!...

—¡Pero si es por el bien de Rouletabille!...

—¡Es la primera vez que le engaño y me lo reprocho como un crimen!

—¡Bah! ¡Jamás lo sabrá!

—¡Porque al lado de su maravilloso ingenio tiene un corazón confiado! ¿Pero debo abusar de eso?

—Mejor es que le engañes tú, en lugar de esa Ivana, a la que quiere hacer su mujer...

—¡Dios mió, aquí está! ¡No me atrevo ni a mirarle!

Rouletabille regresaba.

—Es curioso —dijo—, no he visto a nadie... ¡Ni a Priski ni a nadie! ¡Regresemos pronto al pabellón!...

—¿Está mejor la señorita Ivana? ¿Ha descansado ya? —preguntó hipócritamente Vladimir.

—Sí; se encuentra mejor, le doy las gracias —contestó Rouletabille pensativo.

Bruscamente cogió por las solapas de su levita a La Candeur y exclamó:

—La Candeur. ¡Ya sabes que me prometiste velar por ella, como si fuera por mí! ¿No querrás hacerme sufrir, verdad?... Ya sé que no la quieres; pero tú no querrás apenarme... ¡Contesta, hombre, contesta!

—¡No, no quiero apenarte! —contestó La Candeur con voz ahogada.

—Es que os encuentro unas caras tan raras a los dos... Una actitud tan extraña. ¿Qué es eso de Priski, de ese Priski, que viene a hablaros de Ivana? ¿Estará amenazada por ese lado?... ¡Será necesario decírmelo!...

—¡Dios mío —murmuró La Candeur—, me causa miedo verte en tal estado!... ¡Verdad es que el señor Priski, no tiene el aspecto muy tranco!...

—¡Lo ves! ¡Ah! ¡Quisiera saber dónde ha ido, para desaparecer tan pronto... Si le ocurre alguna desgracia a Ivana, os acusaré a los dos por no haberme traído, a ese señor Priski!...

—¡Rouletabille! —tiritó la voz de La Candeur—. ¡Es probable que ese Priski nos haya engañado, haciéndonos creer que se alejaba por ése sendero; pero es probable que!...

—¡Probable que!...

—... ¡Que esté en el pabellón!...

—Si es verdad, ¡ay de vosotros! —rugió Rouletabille precipitándose en dirección al pabellón.

Las ventanas estaban, lo suficientemente iluminadas, para permitir a La Candeur y a Vladimir, que se había rezagado prudentemente, ver en el alféizar una sombra, que era la de Rouletabille, abalanzarse sobre otra, la del señor Priski.

—Ahí tienes tu obra —musitó Vladimir a La Candeur.

—Priski es un crápula —dijo La Candeur con un gran suspiro de alivio— y no lamento el haberle denunciado a Rouletabille, siempre que haya tenido tiempo de entregarle la carta a Ivana.

—Lo dudo —dijo Vladimir.

—Ahora lo veremos.

A su vez penetraron en el pabellón y pudieron cerciorarse en seguida de que Priski no había tenido tiempo de entregar su mensaje a la señorita Vilitchkov, pues aparecía ésta en el umbral de su cuarto, alarmada por aquel ruido, en el momento en que Priski se incorporaba bajo la amenaza de un revólver empuñado por Rouletabille.

—¿Qué ocurre de nuevo, amigo? —preguntó Ivana con fatigada voz que revelaba un gran abatimiento, una inmensa laxitud de todo...

—Lo ignoro —contestó Rouletabille pero es probable que este caballero, que quizá no conozca usted, pero que se llama Priski y que hace poco era mayordomo en la Karakoulé, quiera decirnos las razones de su insólita presencia cerca de usted...

El señor Priski, sacudió su traje con gran sangre fría, rogó a Rouletabille que apartara su revólver, saludó a la señorita Vilitchkov y dijo:

—Deseaba ver a Ivana Hanoum. Habiendo sabido por estos señores —y señaló a Vladimir y La Candeur, que no sabía que actitud adoptar— que vivía

aquí, me he dirigido hacia este pabellón y penetré en esta sala, sin ninguna intención aviesa. ¡Lo juro!

—¿Qué desea usted? —preguntó Ivana abrumada, mientras que Rouletabille fruncía el entrecejo al oír el título matrimonial, enunciado por el exmayordomo del Castillo Negro.

—Señora, soy un enviado cerca de usted, por un amigo de Kara-Selim, el señor Kasbeck, honorablemente conocido en Constantinopla y otros lugares y que os tiene en alta estima...

De pronto recordó Rouletabille le extraña conversación que había sorprendido en el Castillo Negro, entre aquel Kasbeck y Gaulow, y enrojando y zarandeando bruscamente al pobre Priski, le gritó:

—¡He aquí una singular recomendación! ¡Tiene usted la desvergüenza de venir a hablarnos de ese miserable Kasbeck, y ello en presencia de la señorita Vilitchkov!...

—Señora: Señores: no deben ver en mi más que un humilde emisario —dijo modestamente el señor Priski—, y si he sido torpe al decirles toda la verdad, no atribuyan esta torpeza más que a mis deseos de decir verdad.

Ivana había palidecido intensamente, nada decía, sin embargo, y esperaba con cierta inquietud que el otro se explicara completamente. Priski, continuó:

—Como ustedes comprenderán, yo no estoy al corriente de nada. El señor Kasbeck me ha encargado de una misión, diciéndome que sería el bienvenido cerca de usted; pero comienzo a dudarlo —aquí se frotó las costillas y se arregló el traje.

—¿Qué misión? —preguntó brutalmente Rouletabille.

—Según parece —continuó Priski—, la señora tiene en gran estima cierto cofrecillo bizantino, que se hallaba en la cámara nupcial, en ocasión del saqueo de la Karakoulé por las tropas de Kara-Selim.

—Es cierto —dijo Ivana, recobrando sus colores—, es cierto... Lo tengo en gran estima, pues es un recuerdo de familia...

—Exactamente... Pues bien; ese cofrecillo ha caído en manos del señor Kasbeck el que, según me ha dicho, está al corriente de las desgracias de usted y que la compadece mucho... Ha pensado que sería para usted un gran consuelo el recuperar dicho objeto...

—Justo —dijo Ivana.

—... Y me ha encargado de entregárselo tal y como lo halló...

—¿Y cómo fue el encontrarlo? —preguntó Rouletabille.

—Pues lo encontró en la habitación saqueada; desgraciadamente, el cofrecillo, estaba vacío de las alhajas y recuerdos que, según parece, contenía.

—Pues si está vacío el cofrecillo ya no nos interesa —dijo Rouletabille.

—¡Perdón! —interrumpió Ivana—. A usted no le interesa; pero a mí sí...

Rouletabille llevó a Ivana hasta el extremo de la sala.

—¿Por qué?... Desconfío de este hombre... Desconfío de Kasbeck... ¿Por qué le interesa? Usted sabe perfectamente que todos los documentos del cajoncillo secreto, sobre la movilización, han perdido su valor, ahora que los búlgaros, victoriosos, ocupan Kirk-Kilissé...

—¡Ese cofrecillo es, en sí mismo, un recuerdo de familia —contestó ella—, y eso basta para que tenga empeño en recobrarlo! —Y volviéndose hacia Priski, preguntó—: ¿En dónde está ese cofrecillo?

Rouletabille no se dio por vencido, e insistió:

—Esta historia no me dice nada de bueno. ¡Ivana! ¡Ivana!... ¡Recuerde usted la intervención que ha debido tener ese Kasbeck en la desaparición de su hermanita Irene!...

—Precisamente por eso, quiero saber hasta donde quiere llegar conmigo —contestó con lastimosa sonrisa—. ¿Qué peligros ve usted en que ese hombre traiga aquí el cofrecillo bizantino?... ¿Puede usted traerlo enseguida, señor Priski?...

—Sí, señora, antes de media hora estará en su poder...

—Pues bien —repuso Rouletabille—, he aquí lo que vamos hacer: yo no la abandono a usted, Ivana, pues todo esto no me parece claro; pero La Candeur y Vladimir acompañarán al señor Priski hasta el lugar en donde está el cofrecillo y regresarán aquí con él.

—No veo en ello ningún inconveniente —declaró el señor Priski—; pero ha de ser con la condición de que sea yo mismo quien traiga el cofrecillo.

—¿Lo cree usted absolutamente necesario?

—¡Indispensable! ¿Cuál es mi deseo?... Entregar el objeto en propias manos a su destinatario, como me ha sido ordenado, y luego desaparecer. ¡Yo habré cumplido con lo que se me ha encargado, ya ve usted que no hay motivo para zarandearme!...

—¿Qué opina usted? —preguntó Rouletabille muy perplejo, mirando a Ivana.

—¡Que es un misterio a aclarar! —contestó fríamente—. Puesto que el señor Priski se somete al plan trazado por usted, ¡que vayan esos señores en busca del cofrecillo!...

Mientras duraba esta discusión, el que hubiera examinado a La Candeur, hubiera sentido piedad por el pobre muchacho, tan visible era la desgarradora

lucha que libraba entre su conciencia de un lado, y el odio, que por Ivana sentía, de otro.

Al ordenarlo Rouletabille, se marchó con Vladimir y el señor Priski. A la media hora estaban de regreso, llevando con precaución el famoso cofrecillo bizantino. La Candeur apenas podía sostenerse.

El señor Priski, dirigiéndose a Ivana, dijo:

—Señora, he aquí el cofrecillo. Cumplida mi misión, me retiro y beso a usted los pies.

Inmediatamente se lanzó La Candeur sobre el cofrecillo exclamando:

—¡No lo abra!

Era tal su emoción que Rouletabille se conmovió:

—¿Qué es lo que contiene? ¿Tú sabes algo!...

—Nada se; pero no lo habláis. Es muy posible que contenga una bomba, ese Priski es capaz de todo...

—¡Pues bien, corred tras él y lo traéis aquí! Abriremos el cofrecillo en su presencia.

Vladimir y La Candeur salieron gritando.

—¡Señor Priski! ¡Señor Priski!

Pero se guardaron muy bien de volver con él; pues si le acusaban, podría él denunciarles como cómplices. ¡La Candeur prefería acusarle en su ausencia!... Y regresó afectando una gran desesperación por no haber encontrado al señor Priski.

—¡Ha desaparecido, se ha esfumado! ¡Es indudable que ese cofrecillo esconde algo malo!... ¡Es necesario que sepas, Rouletabille, que Priski nos perseguía desde esta mañana!...

—¿Y me lo dices ahora? ¿Por qué?

—Porque no quería inquietarte... me ofreció mil francos, que no he querido ni tocar —añadió el pobre La Candeur, ahogado por los remordimientos.

—A mí me quiso encargar de una comisión, que he rehusado cumplir.

—¿Qué comisión? —preguntó Rouletabille en el colmo de la inquietud.

—Entregar, a espaldas de usted, una carta a la señorita Vilitchkov. ¡Imagínese si le habré mandado a paseo! —confesó precipitadamente Vladimir, al ver a La Candeur dispuesto a cantar de plano.

Rouletabille, impacientado por aquellas lamentaciones, empujó a Vladimir y a La Candeur y abrió bruscamente el cofrecillo. ¡Estaba vacío! Lo levantó por uno de los lados, dejó al descubierto la santa Sofía, pidió un

alfiler qué le entregó La Candeur, quien siempre tenía previsión de ellos, lo hundió en la pupila de la santa, e hizo funcionar el resorte secreto^[7].

El cajoncito se abrió, y al igual que el cofrecillo, estaba vacío. Sin embargo, el reporter, metió la mano y extrajo del interior una carta. Rouletabille ni la miró:

—Aquí tiene su carta —dijo a Ivana entregándole la misiva—, la carta que estos señores se han negado a entregarle esta mañana... Y poniéndose de pie, añadió con voz sorda:

—¡El cofrecillo no era más que un pretexto; y Kasbeck, había adoptado todas las precauciones necesarias para que llegara a sus manos aunque el emisor no pudiera llegar hasta usted!...

Ivana abrió temblando la carta luego de leer la dirección: *A Ivana Hanom*, comenzó a leer.

Mientras tanto. La Candeur, parecía no saber donde meterse. Daba vueltas alrededor de Ivana de manera inquietante. Finalmente, fue a asegurarse del cierre de la ventana y empujó la puerta del pabellón.

—¿Pero qué te pasa? ¿Qué haces?

—He jurado velar por la señorita, y cierro las ventanas y empujo la puerta —balbuceó el buen gigante.

—¿Tienes miedo de que se escape volando?

—¿Sé, acaso, lo que puede pasar? ¿No ha dicho ese Priski maldito que en cuanto haya leído la carta se separaría de ti?

—¡Miserable! —rugió Rouletabille—. ¡Y por eso ha sido por lo que te has prestado a ser su cómplice!... ¡Ah! ¡Ahora comprendo tu actitud, tus reticencias, tus remordimientos!... ¡La Candeur, has dejado de ser mi amigo!... Como si no existieras... ¡Ya no te conozco!...

—¡Perdón! —imploró La Candeur, fuera de sí, cayendo desvanecido al suelo.

Ivana terminó con aquella escena patética. Con su eterna sonrisa desolada, entregó la carta a Rouletabille.

—¡Pero esta carta está en turco!... Vladimir, traduce.

Era una carta de Kasbeck que decía así:

«Señora: He sabido por el mismo Kara-Selim, la alta estima en que usted tiene su cofrecillo de familia, ya que, por recobrarlo, no ha vacilado usted en unirse al verdugo de su padre, de su madre y de su tío... Después de la desaparición de Kara-Selim, llegó a mis manos el precioso objeto y habiendo descubierto su secreto, se lo devuelvo vacío; pero debo advertirla que conservo en mi poder todos los papeles que se hallaban en el cajoncillo

secreto. Los guardo intactos, en sus sobres sellados, persuadido de que será para usted un gran placer el venir a buscarlos personalmente. Me permito indicarle, pues, que la espero en Dedeagatch, hasta el 27 de octubre, a más tardar.»

Al oír el contenido de la carta, lanzó Rouletabille una furiosa carcajada que hacía daño oírlo.

—¡Mal rayo! ¡Demasiado tarde! —gritó.

—Sí —contestó lacónicamente Ivana, retirándose a su habitación.

—¡Entonces, no se va! ¡Se pueden abrir puertas y ventanas! —exclamó gozosamente La Candeur—. ¿Me perdonas Rouletabille?

—¡No! —contestó éste.

XI

EN EL QUE ROULETABILLE RECIBE NOTICIAS DE SU PERIÓDICO

JOSE Rouletabille!... ¡Orden del general mayor Stanislawoff!...

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras en francés, saltaba de su caballo, a la puerta del pabellón, un oficial de estado mayor, y; saludaba a los jóvenes.

—¿Qué desea de mí, caballero?

—Acaba de llegar una orden del cuartel general, al mismo tiempo que un automóvil afecto al servicio del estado Mayor. El general Stanislawoff desea ver a usted inmediatamente y me ha dado orden de llevar a usted a su presencia, así como a la señorita Vilitchkov, si, como supongo, se halla con usted.

—Aquí está, y nos ponemos a disposición de usted para seguirle. ¿En dónde está el general? —preguntó Rouletabille.

—En Stara-Zagora.

—¡Pero no estamos allí! —observó Rouletabille.

—No; pero estaremos mañana, disponemos de un auto.

—Los caminos son abominables —objetó Vladimir.

—Si estuvieran en buen estajo, llegaríamos esta misma noche a Stara-Zagora... En fin, ya procuraremos llegar lo antes posible. Señores dentro de media hora —añadió— regresaré con el auto a buscarles. Sírvanse prevenir a la señorita Vilitchkov.

—Convenido —contestó Rouletabille, y llamó a la puerta de Ivana, mientras se alejaba el oficial.

—Adelante —dijo la voz de la joven.

Al entrar Rouletabille, la halló de pie, cerca de la puerta, apoyándose en la pared y con los ojos llenos de espanto.

—¡Dios mío! ¿Qué le pasa a usted?

—He oído... —contestó ella en un suspiro.

—¿Y es la prospectiva de encontrarse con el general lo que la pone en ese estado?

—¿Que quiere de mí?

—Lo ignoro; pero estimo que después de todo lo que usted ha hecho por su país no tiene usted que temer una entrevista con el general...

Ivana se envolvió en un gran abrigo y se sentó esperando el regreso del oficial. La joven tiritaba; Rouletabille le preguntó si tenía frío; pero Ivana no le contestó.

Cuando se oyó la bocina del auto se levantó bruscamente, como despertando sobresaltada y miró al oficial que entraba, con sus extraños ojos asustados.

El oficial se presentó y saludando a todos besó la mano a Ivana diciéndole que para todos los amagos de su familia, sería un gran placer volverla a ver en Stara-Zagora. Había muchos, citó nombres...

Ivana le oía más muerta que viva y Rouletabille tuvo que ofrecerle su brazo para subir al auto. Los tres jóvenes la siguieron.

Fue un viaje horrible que duró horas de interminable fatiga... Ivana no se quejaba. Al día siguiente, y después de exponerse a quedarse en el camino más de veinte veces y de ser detenidos a cada ínstate por interminables movimientos de tropas, llegaron a Stara-Zagora.

El auto se dirigió inmediatamente a la estación en la que el general tenía su tren, en el que dormía, con el fin estar siempre listo para dirigirse en el acto cualquier punto de la frontera, según lo exigieran los acontecimientos. Allí les dijeron que el general había salido ya. Debía estar en la ciudad, en casa del comerciante Anastas Arghelof, en la que con frecuencia celebraba consejo, con el general Savof y con el presidente de la Cámara, Daneff, quien representaba al poder civil ante el Estado Mayor General.

Pero les informaron que el general, se había marchado en auto con Daneff, dando orden de conducirlo ea dirección a Mustafá Pacha en donde el ejército búlgaro acababa de alcanzar una gran victoria.

Sin embargo pudieron ver al general Savof, que les dijo que el general sentía gran impaciencia por verles, rogándoles, en su nombre, que esperasen hasta su regreso en Stara-Zagora.

—General —dijo Rouletabille—, crea usted, que tengo tantos deseos de presentar mis respetos al general Stanislawoff, como prisa tiene él en vernos,

y lamento que no esté aquí pues tengo que pedirle un gran favor, el de que autorice mis telegramas para que salgan inmediatamente.

—Eso corre de mi cuenta —contestó amablemente el general Savof—. Sé que puedo confiar en usted. El general Stanislawoff no me ha ocultado nada *de lo mucho que a usted debemos*. Así pues, será un gran placer para mí el eliminar todas las formalidades de la censura. Deme usted todos sus papeles y los autorizare con mi sello.

—¡Gracias, general!

Rouletabille buscó a La Candeur; pero éste se había ido ya al correo, presuroso de recoger su correspondencia personal, según le informó Vladimir.

—General, voy a escribir unas líneas y dentro de inedia hora regresaré con mis papeles. Cuento con usted...

—Convenido —contestó el general Savof—. Mientras tanto, haré que prodiguen aquí a la señorita Vilitchkov los cuidados de que parece necesitar. ¡Le quedaremos muy reconocidos, general!

Rouletabille y Vladimir, se despidieron y se dirigieron al correo.

—¡Allí encontrarán a todos sus colegas! —les gritó el general.

Vladimir, saltó de gozo.

—¡Volveremos a ver a los colegas!... ¡Y a Marco el Valaco!... ¡Cuántas preguntas nos van a hacer!... ¡Me han dicho en casa de Anastas Arghelef, que están furiosos porque les tienen en un puño y nada pueden mandar a sus periódicos!...

—De todas maneras, tengo prisa por recibir noticias del mío —confesó, preocupado, Rouletabille.

Stara-Zagora, es una hermosa villa situada al pié de unas colinas. Sus largas calles desiguales, tienen todo él carácter de las del próximo Oriente. En sus cafés, al aire libre, bajo los emparrados pórticos, platican los naturales con esa placidez que no se ve más que en os países del sol.

—Creeríase uno a mil leguas de la guerra —dijo Vladimir—. Si esto es lo único que dejan ver a los corresponsales de la campaña de Tracia, comprendo su descontento...

En aquel momento vieron a un periodista, que conocieron por su brazal rojo. Estaba furioso.

—¡Nada! —les dijo—. No sabemos nada absolutamente. Se nos comunica un boletín de victoria seco como un garrotazo, y con él tenemos que llevar diariamente millares de palabras a los empleados de telégrafos, los que pierden la cabeza con sus tres míseros aparatos Morse... No disponen ni de

un Hugues... ¡Qué oficio el nuestro!... ¡Así maldecimos nosotros!... ¡Marco el Valaco es el único que está satisfecho!...

—¿Por qué? —preguntó Vladimir, quien, como sabemos, detestaba a Marco.

—¡Pues porque ha enviado informaciones sorprendentes a su periódico!

—¡No es posible! ¿Cómo se las ha arreglado?

—De eso no sabemos ni una palabra.

—¡Ya va siendo hora de que enviemos algo interesante a *La Época*, pues deben estar echando lumbre, máxime si los competidores han recibido crónicas tan extraordinarias!

Llegaron a la es ateta de correos. Los compañeros les acogieron con gritos de sorpresa y alegría. ¿Qué había sido de ellos? ¿Qué habían hecho desde hacía quince días? —les preguntaban. Los colegas se habían inquietado al principio; pero como no habían visto publicada ninguna información interesante de Rouletabille en los periódicos de París se habían tranquilizado. De nuevo oyó la frase:

—¡El único que ha sabido desenvolverse ha sido Marco el Valaco!

—¡Es un tipo extraordinario! ¡Lo que hemos tenido que oír, por su culpa, de nuestros directores!...

Rouletabille pidió su correo, y abrió primero, con prisa febril, las cartas que le venían de *La Época*. A su lectura palideció. Todos le miraban:

—No están contentos. ¿Eh?

—No, no están contentos; pero esto es increíble —dijo Rouletabille, y leyó en voz alta:

«Su silencio, es tanto más inexplicable, cuanto que no puede usted invocar la imposibilidad de enviar sus informaciones prometidas sobre su viaje a través del Istrandja-Dagh, ya que nuestro colega “La Nueva Prensa” pública unas de mayor interés, que ha elevado su tirada a cuatrocientos mil ejemplares. Estas informaciones, firmadas por Marco el Valaca, relatan hechos y acontecimientos que, sin ser Históricos, no dejan, por ello, de cautivar menos a los lectores, por su originalidad y por el marco, en que se desenvuelven, y que merecían retener la atención de usted. En una palabra, esto significa, no sólo un fracaso de su parte, si no que, también, un formidable éxito para nuestro colega; y para nosotros, la vergüenza y la desolación... Nuestro director no se consuela de ello y encarga a su redactor jefe, de expresarle a usted toda su sorpresa.»

—¡Pues se pone bueno! —le gritaron unos.

—¡También recibes lo tuyo! —añadieron otros.

Vladimir, terriblemente humillado, como si aquellos reproches le estuvieran personalmente destinados, se mordía los labios hasta hacerse sangre. Rouletabille, muy agitado se puso de pié.

—¿Parece, pues, que Marco el Valaco ha estado en el Istrandja-Dagh? — preguntó.

—¡Claro! —contestaron los otros—. No se inventa lo que él ha escrito... ¡Es demasiado vívido!... ¡Demasiado sorprendente!...

—¿Ha estado mucho tiempo fuera?

—¡Todo lo más ocho días. Pero bien se puede decir que no ha perdido el tiempo!...

—¿Tienen ustedes sus informaciones en «La Nueva Prensa»?»?

—Sí —le contestaron—; no tienes más que ir al hotel del León de Oro en el que todos nos hospedamos, allí las verás y podrás leerlas.

—¡Bien, bien!...

Rouletabille, daba lástima.

—Vamos, Vladimir. Pero ¿adónde está La Candeur?

—¡La Candeur está en el hotel del León de Oro; pues enseguida que le hablamos de las informaciones de Marco el Valaco ha querido leerlas!...

—¿Dónde está ese hotel?

—¡Vamos a acompañarle a él!

La cara desconcertada de Rouletabille les divertía demasiado para que le dejaran, y todos le acompañaron al hotel.

A la primera persona que vio Rouletabille al penetrar en el salón, fue a La Candeur. Estaba inclinado sobre un montón de periódicos, terminando, al parecer, de leer un artículo, con los ojos fuera de las órbitas y el rosero congestionado. Al ruido que hicieron los reporters, levantó los ojos y vio a Rouletabille, temiéndose, por un momento, que aquel gigante cayera al suelo víctima de una congestión.

—¡Ah! —murmuró.

Fue todo lo que pudo articular. Rouletabille se abalanzó sobre los periódicos y bien pronto pudo darse cuenta del crimen. ¡Eran sus artículos! ¡Los artículos de Rouletabille, firmados por Marco el Valaco!

—¡Cuando yo os decía que nuestro visitante nocturno era Marco el Valaco! —gritó Vladimir con acento de triunfo—. ¡El que nos rondaba, para robarnos nuestros artículos, era él!... ¡Marco es incapaz de escribir diez líneas... Figuraos si le conoceré; pero de todas maneras lo que pasa es muy duro!...

Rouletabille continuaba leyendo... Allí estaba Integra la primera parte de su viaje por el Isfrandja-Dagh, dictada por él a La Candeur. No faltaba ni un párrafo, ni un punto, ni una coma.

El reporter, lívido de rabia contenida, gritó a La Candeur:

—¡Enséñame la cartera!

Era la primera palabra que le dirigía desde la víspera. La Candeur abrió la cartera y dijo con voz de agonizante:

—¡No comprendo nada... todos los artículos están aquí!...

Y sacó los sobre numerados y fechados, conteniendo cada uno el artículo del día.

—¡Enséñame los artículos!

La Candeur, cada vez más tembloroso, sacó los artículos de sus sobres. ¡Papel en blanco! ¡Cuartillas en blanca! ¡En cuanto a los artículos de Rouletabille, habían pasado a los bolsillos de Marco el Valaco!...

—¡El muy bandido! —rugió Vladimir—. ¿Dónde está?...

¡Sí; que venga! —murmuró La Candeur crispando sus terribles falanges—. ¡Siento la necesidad de estrangularle!

—No debe estar lejos —le contestaron—, pues vive en este hotel.

Los colegas gozaban lo indecible con el incidente.

—¡Cómo! ¿Es posible? Tú, Rouletabille, dejarte engañar así...

Este les cerró la boca:

—Sí —dijo con frialdad—; sí; ¡y me vanaglorio de ello! ¡No quise creer que un hombre que se llama periodista, al que estrecháis la mano todos los días y al que tratáis como compañero, fuera un ladrón y un asesino!

Todos prorrumpieron en exclamaciones. Rouletabille les puso entonces al corriente, en pocas palabras, de los hechos. Marco el Valaco había seguido su pista en el Istrandja-Dagh, intrigado de verles tomar caminos tan misteriosos, cuando todos los corresponsales se quedaban en Sofía; había penetrado de noche en su tienda apoderándose de sus artículos, artículos que había enviado a París bajo su firma. ¡Había hecho algo peor aún! Para desembarazarse de la competencia del representante de *La Époque*, no había vacilado en denunciar a Rouletabille y a sus compañeros a las autoridades turcas como espías del general Stanislawoff, exponiéndoles a ser fusilados...

El reporter contó su arresto por el Agha. Cuando hubo terminado se elevó un concierto de maldiciones contra Marco el Valaco.

—¡Es un miserable, hay que vengarse! —gritaban unos.

—¡Hay que denunciarle! —amenazaban otros.

De pronto dijo Vladimir:

—¡Cuidado, aquí viene!

—Dejadme obrar a mi, pues a mi me corresponde el darle su merecido —dijo Rouletabille—. En cuanto a ti, La Candeur, ya no tienes «voz en el capítulo», por lo tanto ¡te ruego no te metas en nada!... ¡Mis asuntos ya no te incumben!...

Mientras decía esto, hacía desaparecer los números de «La Nueva Prensa» en la cartera, la que había retirado a La Candeur. El pobre daba realmente lástima.

Marco el Valaco penetró en el salón sin parecer sospechar nada. De pronto vio a Rouletabille y palideció; pero esforzándose en aparentar buen talante se acercó al reporter.

—¡Pero si es Rouletabille!... ¿Qué ha sido de usted? Todos estaban muy inquietos vuestra suerte...

Rouletabille le estrechó la mano con naturalidad.

—Eso es lo que me decían hace un momento —contestó—. Afortunadamente, nada nos ha ocurrido de desagradable. Hemos dado una vueltecita por el Istrandja-Dagh, y después de algunas aventuras sin importancia, hemos tenido la suerte de asistir a la toma de Kirk-Kilissé.

—¡Les felicito! —dijo Marco el Valaco, por cuya frente pasó una sombra—. ¡Ha debido ser una herniosa tornada! ¡He oído decir que la batalla ha sido encarnizada!

—¡Oh! ¡Terrible! En mi vida he contemplado nada comparable... ¡Se han batido en aquella ciudad, por espacio de veinticuatro horas, con una rabia y una desesperación por parte de unos, y un entusiasmo por parte de los otros que, en mi opinión, no han sido igualados en ninguna batalla moderna!

—¡Cuenta, cuéntanos todo eso! —rogaron los reporters—. Bien puedes darnos algunos detalles, pues eso no te quitará el honor de haber sido el primero en conocer la noticia.

—Nunca fui un mal compañero —dijo Rouletabille—. Jamás le he negado un favor a un camarada. Pues bien; sabed que las tropas de Mahmoud Mouktar pacha, se habían atrincherado fuer_ fomento detrás de las obras de defensa de Kirk-Kilissé, y que los búlgaros, se han visto obligados a sacrificar brigadas enteras para forzar los fuertes de Baklitza y Skopos... Esos fuertes fueron tomados después de una lucha terrible, que se reprodujo en las calles de Kirk-Kilissé. Los turcos se han defendido heroicamente, calle por calle, transformando cada casa en una pequeña fortaleza... Ha sido necesario tomar por asalto la casa del gobernador... Ha sido necesario...

Rouletabille siguió hablando de esta forma por espacio de quince minutos, imaginando una toma de Kirk-Kilissé que jamás había existido, diciendo todo lo contrario a la verdad de lo ocurrido. Daba los más precisos e insignificantes detalles sobre una batalla que inventaba por completo, haciendo mover regimientos que no habían tomado parte en los combates de Demir-Kapou y Petra, poniendo en boca de ciertos generales palabras heroicas, que más tarde debían hacerles reír, y que estaban destinadas a cubrir de ridículo al imbécil que las publicara. Aquello era magnífico, animado, y como vulgarmente se dice, vivido...

—¿Eh? Parece que está uno presenciándolo —decían sus colegas que tomaban notas con una rapidez justificada.

—¿Y has teleografiado todo eso?

Rouletabille, que había terminado su relato, miró a su alrededor y al constatar que Marco el Valaco se había marchado con sus preciosas notas sobre la toma de Kirk-Kilissé, les contestó:

—¡No, señores, no!... Yo no he teleografiado nada de eso... ¡Porque todo es falso! Porque nada de eso ha ocurrido... Guárdense, pues, de telegrafiar ni una sola palabra de estas tonterías, que por do menos llenarán tres columnas de la «Nueva Prensa», con la firma de Marco el Valaco. La verdad, que les recomiendo telegrafiar, que a su vez va a telegrafiar La Candeur, es la siguiente: *Kirk-Kilissé ha sido ocupada por las tropas búlgaras sin disparar un solo tiro. Los ejércitos del general Radko Dimitrieff, no han encontrado, a nadie en la ciudad, de la que habían huido los otomanos acometidos de un pánico de que, seguramente, no existen precedentes en la historia.*

Estupefactos, al, principio, no tardaron los corresponsales en comprender que Rouletabille acababa de vengarse de Marco el Valaco; ¡y de qué manera!, y aplaudieron aquella venganza de buena ley que no había conseguido robar et desaprensivo Marco.

—¡Es hombre al agua! —decía—. En adelante se le considerará como un embustero y como un timador... ¡Ya no será posible, en parte alguna, ningún periódico querrá admitirle! ¡Por fin nos vemos libres de él!

—Y ahora —dijo Rouletabille a La Candeur y Vladimir—, va a ser necesario que trabajemos de firme. ¿Queda alguna habitación libre en este hotel?

—¿Pero consientes en que siga trabajando contigo? —preguntó La Candeur.

—¡Claro que sí, so idiota! Pero ahora, se encargará de la cartera Vladimir. Es más crápula que tú; pero es menos tonto.

—¡Gracias! —contestó La Candeur.

Se les facilitó una habitación. Cinco minutos más tarde empezaba Rouletabille a dictar un artículo a Vladimir, mientras que enviaba a La Candeur al telégrafo a llevar un despacho sucinto sobre la toma de Kirk-Kilissé y luego a casa de Anastas Argheloff, para saber noticias del general Stanislawoff.

El artículo que para *La Época* dictaba, empezaba así.

«Nuestro colega “La Nueva Prensa”, ha publicado, con la firma de Marco el Valaco, una interesantísima serie de informaciones relatando el viaje de su enviado especial y de los secretarios de éste, al Istrandja-Dagh. Los lectores de “La Nueva Prensa” han lamentado que esa serie fuera interrumpida de pronto, sin que se les diera explicación alguna. ¡Que los lectores se consuelen!, pues en adelante, podrán leer en *La Época* la continuación de estas aventuras tan dramáticas de tres reporters en un país asolado por una guerra tan terrible. Sólo que, en lo sucesivo, estos artículos irán firmados por José Rouletabille, ya que nuestro enviado especial ha tomado sus precauciones, para que Marco el Valaco no se los robe esta segunda vez, como consiguió hacerlo la primera.»

Terminada esta «banderilla», Rouletabille entró de lleno en la tragedia que habían vivido en el país de Gaulow, y empezó a describir el majestuoso «Hotel de los Extranjeros»^[8] cuando La Candeur hizo su entrada. Este parecía muy inquieto.

—¿Y Stanislawoff? —preguntó Rouletabille.

—¡Ha vuelto! —contestó jadeante La Candeur—. Llegó a los pocos minutos de habernos ido nosotros.

—¡Pues vámonos corriendo! —ordenó Rouletabille.

—No te molestes; pues se ha vuelto a marchar.

—¿Qué se ha vuelto a marchar?

—Sí; se marchó en auto. Ha dejado el recado de que te recibirá esta tarde o esta noche, inmediatamente que regrese.

—¡Pero esto es un sainete! —gruñó el reporter—. ¡Me hace venir, porque tiene necesidad de hablarme, y en cuanto llego, se larga! ¡Si no tiene interés en verme; que me deje trabajar tranquilo! ¿En dónde estábamos, Vladimir?...

—Rouletabille —interrumpió La Candeur, que parecía cada vez más agitado—, el general no se ha marchado solo.

—¡Y a mi que me importa!...

—¡Se ha marchado con Ivana Vilitchkov!...

—¿Cómo?

—Te repito lo que me han dicho; la señorita Vilitchkov ya no está en casa de Anastas Arghelof.

—Entonces ¿se la ha llevado el general?... ¿Dónde? ¿Y por qué?...

—¡Pero si yo no se nada!...

Rouletabille salió de la habitación del hotel, corrió a casa de Anastas Arghelof, teniendo la suerte de hablar enseguida con el general Savof:

—¿Ivana Vilitchkov?

—¡Se ha marchado con el general Stanislawoff!...

Y como Savof vio trastornado al reporter se apresuró a tranquilizarle. El general no había hecho más que pasar y había tenido una corta entrevista con la señorita Vilitchkov, y cuando se despedía de ella, para las líneas avanzadas, Ivana, le había suplicado que la llevara con él... Sentía curiosidad por visitar el teatro de la guerra...

—¡Ver el teatro de la guerra; pero si acaba de regresar de él!

—Capricho de muchacha... Por otra parte, creo que el general deseaba hablar con ella... Tranquilícese usted, nada grave puede ocurrirle, pues el general la considera como su pupila y la quiere como a una hija.... Ya verá usted como la trae sana y salva antes de anochecer —añadió Savof sonriendo.

Rouletabille, un poco tranquilizado, regresó al hotel del León de Oro y continuó dictando artículos durante el resto del día.

XII

EN EL QUE ROULETABILLE SE DA CUENTA DE QUE AÚN NO HA TERMINADO CON EL COFRECILLO BIZANTINO

LA Candeur, iba, de tiempo en tiempo, a enterarse si habían regresado el general Stanislawoff e Ivana; pero ni durante el día, ni durante la noche, regresaron éstos, lo que sumió a Rouletabille en una gran inquietud. A la mañana siguiente tampoco regresaron, y a pesar de que se repetía constantemente: «Ivana está con el general, ningún peligro la amenaza», Rouletabille no podía tranquilizarse...

Para no pensar más en aquella ausencia que se prolongaba de una manera inexplicable, se entregó al trabajo encarnizadamente.

Mediado el día siguiente cuando los corresponsales se sentaban a la mesa redonda del León de Oro, subió de pronto hasta la habitación de Rouletabille un inmenso clamor compuesto de exclamaciones y gritos de rabia, y apareció La Candeur con el rostro arbolado, como le ocurría en los momentos de gran emoción.

—¡Rouletabille, Rouletabille!

—¿Qué pasa? ¿Es acaso Stanislawoff?

—No; es Marco el Valaco...

—¿Qué le ocurre?

—Pues que ha recibido un telegrama de felicitación, en el que, además, le doblan el sueldo y los gastos de representación, en recompensa de su relato de la toma de Kirk-Kilissé...

—¡Imposible!...

—¡Como te lo digo!... ¡Hay que ver como se regodea, y como se burla de nosotros la importancia que se da!...

—¡Maldición! ¡Hay para reventar! —rugió Vladimir.

—¡Está enseñando el telegrama a todo el mundo; pero no es eso lo peor!

—¿Aún hay más?

—Lo peor es que los demás están furiosos... Furiosos contra ti. Todos han recibido telegramas en los que los ponen de vuelta y media... ¡Hasta hay

algunos a quienes se les amenaza con destituirles porque han telegrafiado que Kirk-Kilissé ha sido lomada sin disparar un solo tiro, mientras que «La Nueva Prensa» da los mayores detalles sobre una espantosa carnicería!...

—¡Un telegrama para el señor Rouletabille! —anunció un criado.

Rouletabille, luego de abrirlo, leyó en voz alta:

Si está usted enfermo, hágase sustituir por Marco el Valaco. El relato de éste, sobre la toma de Kirk-Kilissé, es admirable... Firmado: El Redactor Jefe.

Estaba abrumado Rouletabille, cuando se abrió de nuevo la puerta de su habitación para dar paso a los corresponsales, los que a la vez, maldecían a Marco el Valaco, que tan interesantes informaciones había enviado, y a Rouletabille, que les había impedido hacer lo mismo.

—¡Pero si os repito que todo es falso! —arguyó Rouletabille.

—¿Y qué nos importa que sea falso? ¡Toma, lee! —y le dieron un telegrama del «Diario de las Once» a su enviado especial que decía:

«No le hemos enviada a Kirk-Kilissé, para que nos telegrafíe que nada ha pasado».

Y se marcharon blandiendo sus estilográficas y diciendo que en lo sucesivo no serían tan tontos, y que siempre harían que pasara algo.

Uno de los corresponsales llamó a parte a La Candeur y le preguntó al oído señalando a Rouletabille:

—Dime, La Candeur, ¿qué le pasa? ¡Parece que no le sienta muy bien la guerra Balkánica!

—Le pasa —dijo cobardemente La Candeur—, ¡le pasa que está enamorado!... ¡Ya comprenderás que así!...

—¡Tanto me dirás!... ¡Con mucho menos se embrutece cualquier pobre jovenzuelo!...

En aquel momento entró un oficial preguntando por Rouletabille:

—El general ha llegado y desea verle —le dijo.

—¡Inmediatamente! ¿Ha vuelto con la señorita Vilitchkov? —preguntó Rouletabille.

—No; no creo... Le he visto regresar, y no iba acompañado más mío por sus ayudantes.

—¡Admirable! —gritó La Candeur entusiasmado.

Rouletabille volvió hacia él su rostro descompuesto:

—¡Váyase usted, caballero! —dijo a La Candeur—. ¡Que yo no le vuelva a ver más en mi camino!... ¡Vámonos, Vladimir! —Y siguió al oficial, pálido como un muerto.

Vladimir dijo al pasar a La Candeur, que se había dejado caer en una silla:
—¡No te aflijas, amigo! ¡Te queda aún el recurso de ofrecer tus servicios a Marco el Valaco!

Diez minutos más tarde, se encontraba Rouletabille en presencia del general que no le regateó sus felicitaciones más calurosas por su campaña del Istrandja-Dagh. El reporter se inclinó:

—Perdone usted, general; pero estoy inquieto por la señorita Vilitchkov.

—¿Por qué? —preguntó Stanislawoff, con amable sonrisa, pues no ignoraba los sentimientos de Rouletabille por Ivana.

—Debo decirle, general, que la señorita Vilitchkov, rendida por las terribles aventuras que quizá haya contado a usted...

—Sí; va se... —interrumpió Stanislawoff.

—... Se halla en un estado moral muy delicado.

—¿Es verdad? Pues no me lo ha parecido.

—Está abatida...

—¡Abatida! ¡Vamos, hombre!... Yo la he hallado, por el contrario, pletórica de energía.

—Yo la he dejado abrumada por completo, así que me sorprendió sobremanera al decirme que había acompañado a usted a las líneas avanzadas, y mi inquietud ha subido de punto al saber que regresaba usted sin ella.

—La señorita Vilitchkov, se ha ausentado, en efecto, por algunos días —dijo el general, haciendo que Rouletabille tomará asiento—, pero no hay en ello motivo para que usted se inquiete. La misma Ivana, me ha dicho que estará de regreso, y que se reunirá conmigo en el lugar donde me encuentre, dentro de una semana, lo más tarde.

—¡Gracias por esas consoladoras palabras, general! Aunque esa ausencia me parece inexplicable...

—Yo se la explicaré a usted —dijo Stanislawoff—, puesto que, como sabe, no tengo secretos para usted.

—¡Oh! ¡General!...

—Pero, ante todo, debo decirle que mis deseos de verle a usted obedecían a que quería felicitarle. ¡El servicio que nos ha prestado usted no lo olvidaré jamás!...

Rouletabille estaba sobre ascuas. No había venido para que le hablaran de él, sino de Ivana.

—Gracias a usted, caballero —continuó Stanislawoff—, hemos podido obrar con entera seguridad; convencidos de que nuestros planes secretos de movilización y campana eran ignorados del adversario.

—Los hallamos intactos en el cajoncito secreto del cofrecillo bizantino —dijo Rouletabille, que sufría mil martirios y que enviaba mentalmente a todos los diablos, al cofrecillo bizantino.

Eso me dijo la señorita Vilitchkov, a la que hallé aquí a mi regreso, y me ha contado, además, en qué dramáticas circunstancias descubrió usted los pliegos sellados por el Estado Mayor.

—La señorita Vilitchkov ha debido decirle, igualmente, que no tuvimos tiempo de apoderarnos de ellos, y que tuvimos que cerrar precipitadamente el cajoncito en que estaban ocultos, sin que nadie sospechara su existencia.

—En efecto —dijo con voz grave el general—; me dijo eso, y además, que vio usted ayer el cofrecillo bizantino, que abrió el cajoncito secreto y que esta vez, pudo usted constatar la desaparición de los pliegos.

—Exacto; pero no nos hemos preocupado por ello, considerando que el cajoncito secreto había sido descubierto por sus enemigos demasiado tarde, ya que los planes de movilización que contenían son conocidos de todo el mundo por las victorias de vuestros ejércitos.

—Por desgracia, caballero —dijo el general en un tono que se hacía de más en más grave—, esos pliegos no contenían tan sólo nuestros planes de movilización y ataque...

—¿Qué contenían además, general? —preguntó Rouletabille más agitado y temeroso por el giro que iba tomando la conversación.

—Algunos de esos pliegos con tenían las indicaciones; más precisas sobre nuestro sistema de espionaje militar en Tracia, Macedonia y Constantinopla. Lo más grave es que el nombre y la dirección de los espías están escritos con todas sus letras y con la correspondiente clave que nos permite comunicar con ellos...

Rouletabille se había puesto de pie.

—¡Oh! —exclamó—. Ignorábamos eso...

—La apertura de esos pliegos por nuestros enemigos —continuó el general— significaría para nosotros, no solamente la necesidad de reconstruir sobre nuevas bases un nuevo sistema de espionaje, lo que nos ocasionaría bastantes dificultades en estos momentos, sino que también implicaría la muerte, la ejecución inmediata de unos veinte servidores abnegados que mantenemos en Constantinopla.

Aquella perspectiva no pareció inspirar a Rouletabille una gran desesperación. En aquel nuevo embrollo no seguía pensando más que en Ivana...

—¡General! ¿Qué le ha dicho la señorita Vilitchkov, cuando le hizo usted saber eso?

—Al principio, se mostró tan aterrada como yo, pero luego pareció recobrar su presencia de espíritu y me dijo que de ella dependía el que aquellos documentos volvieran a nuestro poder dentro de breves días, sin que el enemigo llegara a conocer su contenido. Ella sabía donde se encontraban aquellos documentos y no dudaba que se los devolverían intactos, si iba personalmente a buscarlos.

—¡Dios mío!... Eso es... Sí; eso es... ¡Oh! ¡Pero eso es espantoso, general! ¿Y qué hizo?

—Pues la señorita Vilitchkov se fue en busca de los documentos...

—¿Y le ha dicho que estaría de regreso antes de ocho días?

—Eso es; antes de ocho días.

—¡Nos los traerá, mi general!

—Entonces, ¿me ha mentado?

—No; puesto que usted recobrará los documentos y los espías se salvarán; pero ella, mi general ¡ella no volverá!...

—¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir?

—Ivana ha salido para Dedeagatch, ¿no es verdad?

—Sí; para Dedeagatch... Me pidió un auto y le hice dar el coche más resistente y ordené que la acompañaran tres prisioneros turcos, notables del Istrandja, que conocen a Kara Selim, el marido, según parece, de Ivana Vilitchkov, pues esta es ahora Ivana Hanoum, según ella misma me ha dicho...

—¡Exacto, mi general!...

—También me dijo que su marido ha muerto.

—Sí; mi general...

—Esos notables turcos me han prometido, a cambio de su libertad, proteger y conducir a Dedeagatch a su nueva correligionaria...

—¡General, le he dicho, y le repito, que usted recobrará los documentos; pero que jamás volverá a ver a la señorita Vilitchkov!

Aquella noticia, no era para trastornar un espíritu tan melódico y tan... patriota como el del general Stanislawoff. Prefería, y con mucho, recobrar los documentos secretos, que volver a ver a Ivana Vilitchkov, por muy encantadora que fuera. No obstante, la manifiesta desesperación del joven reporter, acabó por convencerle y le preguntó con acento riel más profundo interés, que razones, *team* para suponer que no volvería a ver a, su pupila.

—¡Por que a cambio de esos documentos, le han exigido su libertad, su honor y su vida!...

Y contó al general lo ocurrido el día anterior, y le repitió el contenido de la caria introducida en el cofrecillo por el señor Priski, mensajero de Kasbeck el circasiano...

—¡Oh, la noble joven! —exclamó el general.

—¡Mi general, es un acto de desesperación verdaderamente espantoso!...

—¡Es un sacrificio magnífico!...

—¡Qué hubiera sido inútil, de saberlo yo a Tiempo!... ¡Pero, ahora... ahora!... ¿Cuándo supone usted que llegará a Dedeagatch la señorita Vilitchkov?...

—Es probable que haya llegado ya, por lo menos, así lo creo.

—¡Todo ha terminado! —gimió el desgraciado reporter—. ¡Ya nada puedo hacer! —Y se dejó caer sollozando en una silla.

El general le acompañó hasta el umbral de su departamento y al llegar allí le dijo:

—Hace un momento afirmaba usted que, de haber sabido este asunto antes, hubiera evitado ese sacrificio... ¿Por qué medios? ¿Puede usted explicármelos?

—¡Oh! Yo no hubiera tenido más que decir a usted: mi general, vuestro servicio de espionaje tendrá que ser reconstituido, es cierto; pero la señorita Vilitchkov, su pupila, será salvada... ¡Vuestros agentes de Constantinopla, serán avisados por mí, que llegare a tiempo para hacerles escapar antes de que sus nombres sean; conocidos!... ¿En estas condiciones, no hubiera sido usted el primero en impedir el sacrificio de la señorita Vilitchkov?

—¡Cierto! —contestó el general—. ¡Y créame que lamento el haberle visto demasiado tarde!...

Dicho lo cual, y dirigidas algunas palabras de consuelo al pobre muchacho, le puso cortésmente en la puerta.

Ya en la calle, Rouletabille iba como un beodo, sostenido por Vladimir. Un oficial de Estado Mayor, le interpeló.

—Señor Rouletabille, estoy buscándole por, todas partes, pues tengo que entregarle una carta de parte de la señorita Vilitchkov.

—¿Cuándo se la ha entregado? —preguntó el reporter cuyas piernas temblaban.

—Ayer mañana, en este mismo sitio, antes de su marcha...

—¡Y ahora se acuerda usted de entregármela!

—Era el deseo, y aún la orden de la señorita Vilitchkov, de que esta carta no le fuera entregada a usted, hasta esta hora...

Rouletabille rasgó el sobre y leyó:

«¡Adiós para siempre, pequeño Zo! ¡Te amaba y sin embargo has dudado!»

SEGUNDA PARTE
LOS MISTERIOS DEL BÓSFORO

CAPITULO PRIMERO

EN EL QUE YA NO DUDA LA CANDEUR DE QUE
ROULETABILLE SE HAYA VUELTO LOCO

A DIÓS para siempre, pequeño Zo! ¡Te amaba, y sin embargo, has dudado!»

Lacónico era; pero bastaba para trastornar al reporter. Hasta el instante en que le fue dable leer las dos frases trazadas por mano de Ivana, había creído Rouletabille que el último acto de la joven había sido dictado por la desesperación en que le había sumido el terrible fin de Kara-Selim.

¿No había ella mostrado a partir de aquel trágico instante una absoluta indiferencia por la vida? ¿No había buscado, y ello ante las propias miradas del reporter, la muerte en más de veinte ocasiones?

¡Y he aquí que en aquel hundimiento, se le ofrecía de pronto la ocasión de hacer un postrer servicio a su patria, antes de desaparecer! Y esa ocasión la asumía con el mayor interés, quizá para desquitarse ante sus propios ojos.

Así se presentaban y explicaban las cosas ante el abrumado espíritu del reporter, hasta que leí trajeron y leyó aquella carta...

Ahora bien, ¡aquella carta le decía que Ivana le amaba a él, a Rouletabille!
¡Ella le amaba y él había dudado!

¡Una mujer que va a desaparecer para siempre, una mujer que va a penetrar en la tumba, esto es, en el harem de Abdul Hamid, esa mujer no miente! ¡Así, pues, Ivana le amaba!

¿Y ella había hecho eso?... ¿Por qué?... ¿Por qué?... ¿Por qué? ¿Por aquella desesperación?... Y si era a Rouletabille a quien amaba, ¿por qué aquella locura?

¡Para que Ivana hubiere podido pensar en hacer aquello, era necesario que el hecho brutal de su sacrificio, que no era más que la conclusión de su

desesperación, *hubiera sido precedido de un acontecimiento que hubiera herido su amor sin que Rouletabille lo sospechara!*...

Todo el problema residía allí. ¿Cómo y por qué había sido roto su amor? ¡Esto es lo que era necesario saber!

Seguro de ser amado, Rouletabille, comenzaba a razonar, a asir de nuevo la contera de la razón que su miseria moral le había hecho abandonar por completo.

Ahora se daba cuenta; desgraciado, herido en pleno corazón, no había sido, ni más ni menos, que un pobre hombre, qué al igual que los demás pobres hombres, no sirven para nada en cuanto que la mujer amada parece desviarse de ellos...

La certidumbre de ser amado ¿iba a devolverle su lucidez, su maravillosa facultad de comprensión que lo hizo famoso en el mundo entero?

Era necesario.

Entró en su casa como sumido en un sueño, comenzando ya a tantear en aquellas tinieblas.

Se encerró en su habitación, concediéndose dos horas para resolver el problema y estuvo en ella con la cabeza entre las manos hasta el anochecer.

Durante ese tiempo La Candeur rondaba y gimoteaba en torno de la casa. Un perro expulsado a puntapiés no es capaz de pasear ante la casa del amo un dolor tan lamentable como el de La Candeur, despedido por Rouletabille.

Había seguido de lejos a Rouletabille cuando éste había ido a ver al general, le siguió de más cerca cuando regresó al hotel; pero sin manifestar su presencia, limitándose a tender hacia él una mirada desconsolada que, por otra parte, no encontró más que indiferencia, pues Rouletabille ni le había visto...

Vladimir había bajado para la cena y quiso arrastrar a La Candeur hasta la mesa redonda, pero La Candeur habíale contestado ladrando no se sabe que frase de desesperación.

Por fin, La Candeur, se deslizó subrepticamente en la escalera, acostándose en la alfombra del cuarto de Rouletabille, ante la puerta cerrada, decidido a pasar la noche, y dejando oír de vez en cuando sordos aullidos que nada tenían de humano.

De pronto resonó un tan espantoso grito de dolor, lanzado por Rouletabille, que La Candeur, que había dado un salto al oírlo, derribó la puerta de un empujón, precipitándose en la habitación.

A la luz de una lámpara, vio a Rouletabille de pie, que desgarraba el pecho con sus uñas, como oprimido, la expresión del rostro, trágica, y los ojos

desmesuradamente abiertos, como si en ellos habitara el espanto. La Candeur, sollozando, abrió sus enormes brazos y recibió en ellos a Rouletabille.

—¿Qué pasa?... ¿Qué nasa?...

—*¡Pasa que Ivana me quiere!*... —gritó Rouletabille, llorando también y devolviendo su abrazo al buen gigante.

—¿Y por eso lloras? ¿Y gritas por eso?... ¡Pues si te ama, mi pequeño Rouletabille, si te ama, cástate con ella!...

—¡Ivana me quiere y estamos separados para siempre!... ¿Comprendes?... ¡Separados por una cosa espantosa!... ¡Espantosa!... ¡Espantosa!... ¡Ah! ¡La desgraciada!... ¡La desgraciada!... ¡Y desgraciado de mí!... ¡Todo ha terminado! ¡Y yo que la amaba!... ¡Sólo me resta morir!...

—¡Vamos, vamos! ¡Nada tic tonterías... nada de hablar de morir, o me enfado!... —rió el buen gigante—. Y quisiera saber por qué no os podéis casar, ¡caramba!... Supongo que no será por ese matrimonio con el turco; pues ese no vale...

—¡No; no es por eso por lo que nuestro casamiento es imposible, mi buen La Candeur! ¡Si no por que!... ¡Oh!... ¡Te digo que es espantoso!...

—¿Por qué?

—¡Porque ha muerto su marido!...

—¡Cómo! ¿Qué no puedes casarte con la mujer que amas *por que su marido ha muerto?*

Seguir oyendo era para La Candeur imposible. Dejó a Rouletabille sobre una silla y se fue a llorar silenciosamente a la sombra, sentado en el extremo de un canapé. «¡Mi pobre Rouletabille, se ha vuelto loco!...» al mismo tiempo sentía que las ganas del remordimiento se clavaban en él, razonando:

«Todo esto es por culpa mía. La razón de haberse vuelto loco lo motiva el que se haya marchado la señorita Vilitchkov, y si ésta se ha marchado es por culpa mía, que no advertí en seguida a Rouletabille de las malas intenciones de ese Priski maldito... Sin embargo, ése me había advertido. ¿No me había dicho: «usted no tendrá que ocuparse de nada, pues en cuanto Ivana lea la carta se marchará?»... ¡Pues bien, puedo estar contento, ya se ha marchado!...

Y golpeándose el pecho gemía:

—¡Yo tengo la culpa! ¡Yo soy el culpable!...

El mismo Rouletabille tuvo que apaciguarle.

—Pero en fin, no podemos estar así... Hay que intentar algo... —propuso La Candeur.

—¡Absolutamente nada! —repuso Rouletabille moviendo la cabeza—. Podría estar Ivana aquí, y nada adelantáramos. ¿Oyes? ¡Quizá me besara por última vez y yo no tendría más remedio que dejarla marchar!...

—¡Es horrible!...

—¡Sí, horrible!...

—¡Mi pobre Rouletabille!...

—¡Mi buen La Candeur!...

En aquel momento se presentó el intérprete y anunció a Rouletabille que estaba allí un fraile que deseaba hablar con el señor La Candeur.

—¡Un fraile! —exclamó este—. ¡Yo no conozco a ningún fraile!...

—Pues él dice que sí, que le conoce a usted...

—¿Cómo se llama ese fraile?

—Se lo he preguntado; pero me ha contestado textualmente que ya no tenía nombre, pues no quería servirse del que le daban los hombres, y que ignoraba aún el que le daría Dios...

—¡Yo quisiera que me dejaran en paz!...

—Dígale a ese capuchino —ordenó La Candeur con voz doliente— que vuelva cuando ya tenga un nombre...

Pero la puerta fue empujada suavemente y en el marco se dibujó la silueta de un fraile de airosa y alta figura, revestido del hábito de lusco paño, colgando de su cintura el cordón y tocado de su capucha, cayó ésta y La Candeur exclamó:

—¡El señor Priski!...

—Él mismo —contestó éste—, para servir a usted en lo que me sea posible, en este y en el otro mundo.

La Candeur, irritado, despidió al intérprete, cerró la puerta y dijo cruzándose de brazos:

—Si de mí dependiera sería en el otro, señor Priski, pues tengo unas ganas locas de enviarle inmediatamente a él a que expíe sus pecados.

—Pero na será antes de que entregue a usted los mil francos, que le debo —contestó el señor Priski.

—¡Es usted de una frescura extraordinaria! —gritó La Candeur, embarazado de pronto más de lo que pudiéramos imaginar—. ¡Demasiado sabe usted, señor Priski, que siempre me he negado a recibir su dinero!

—¡Como usted quiera —replicó el otro embolsándose el rollo de billetes que había sacado—, se los ofreceré a mis pobres!

Rouletabille salió en aquel momento de la obscuridad.

—¿Así, pues, entra usted en un convento, señor Priski? —le preguntó.

—Sí, señor —dijo el fraile retrocediendo un poco; pues no esperaba la presencia de Rouletabille ni había venido precisamente a ver a éste—. Sí, entro en un convento. ¡El sueño de toda mi vida ha sido ingresar en un buen convento!...

—¿Y en qué convenio?

—Pues, según creo, será en uno de los del monte Athos.

—¡Me han dicho que son muy hermosos!...

—¡Magníficos, caballero, magníficos!...

—¿Y ha sido por anunciarnos esto por lo que ha venido usted a Stara-Zagora?

—¡Ay, señor! En verdad que no podría asegurárselo...

—¿Y cuál es, entonces, la razón de su viaje, señor Priski?

—¡Dios mío, caballero, me violenta un poco decírselo! —y retrocedió un poco más.

Rouletabille se interpuso entre la puerta y aquel singular fraile.

—Sin embargo, no saldrá usted de aquí hasta que nos la diga; no porque yo sea muy curioso en estos momentos y conceda gran importancia a los acontecimientos de la vida; pero como siempre que hemos tenido que ver con usted, ha sido para algo desagradable, de ahí que tenga empeño, ahora, en saber a qué debemos el honor de su visita.

—Caballero, si se lo digo a usted, me va a juzgar muy «osado» y precisamente, porque hasta ahora, y sin querer, le he causado muchos sinsabores, es por lo que no quisiera causarle más...

—Señor Priski, si no habla usted lo haré encerrar en un calabozo por los soldados del general Stanislawoff, con el cual estoy en los mejores términos, y seguidamente le haré fusilar por agente de los turcos...

—Puesto que usted lo exige, le confesaré la verdad, que no puede ser más sencilla...

—Decía a usted hace un momento, que mi ilusión de siempre era entrar en un convento del monte Athos, al que en otros tiempos he conducido a muchos viajeros, en calidad de intérprete. Aunque era yo, en aquel entonces, muy joven, pude apreciar que únicamente allí se sabía verdaderamente vivir, preparándose a una hermosa muerte. Pero para ingresar en aquel convento, hace falta dinero, mucho dinero. Con este fin me dediqué a ahorrar; pero fui robado en la Karakoulé, durante la permanencia, que muy a pesar mío, me obligaron ustedes a hacer en los sótanos del torreón.

—Dejemos eso, señor Priski.

—Careciendo de dinero no podía, ¡ay de mí!, esperar entrar en el convento, por lo que me sentía desolado, cuando sucedió que durante los últimos acontecimientos y al llegar yo de Kirk-Kilissé, la víspera de la desbandada general, fui reconocido por el señor Kasbeck, el cual según creo, ya tuvo el honor de ser presentado a usted.

—Al grano, señor Priski, al grano...

Este señor me dijo: «¿Priski, quieres ganarte algún dinero?» Quisiera ganar mucho —le respondí. «Pues bien —me dijo— te daré tal suma si te encargas de una comisión, y fe daré otro tanto, si la realizas con éxito.» ¡Y vea usted qué milagro, señor Rouletabille, el total de ambas sumas equivalía exactamente a la que yo tenía necesidad pan- ingresar en el convento!... Vi en esto el dedo de la providencia y acepté el encargo del señor Kasbeck... Y aquí es donde comienza mi embarazo...

Recóbrese usted y pasemos por alto la historia de la carta que ya conozco —dijo Rouletabille.

—Debo decir a usted, caballero, que ignoraba el contenido de la carta...

—Sí, pero no ignorabas que enseguida que la recibiera la señorita Vilitchkov, ésta debía abandonarme...

—En efecto; sabía eso; pero no estaba seguro de ello. Tan inseguro era, que habiendo recibido la carta la señorita Vilitchkov en Kirk Killssé, siguió a ustedes hasta Stara-Zagora.

—Todo eso no me dice lo que has venido hacer aquí. ¡Bandido!...

—¡Caramba! Pues yo creía haberme hecho comprender... He venido para saber si la señorita Vilitchkov, que no le abandonó en Kirk Kilissé, lo había hecho en Stara-Zagora.

La Candeur, exasperado por tanto cinismo, levantó su formidable puño.

—¡A tu sitio, La Candeur! —ordenó Rouletabille. Y, volviéndose hacia el fraile, contestó:

—*¡Ivana me ha dejado*, señor Priski! Ya puede usted alegrarse...

—Caballero, crea usted que comprendo su pena —dijo el señor Priski—. Pero de otra parte me concederá usted, que después de haberme encargado de una comisión, que otro hubiera hecho de haber yo rehusado, no podía en modo alguno desinteresarme de ella y que es muy natural que venga hasta aquí para saber si he tenido éxito.

—¡Y si ha ganado usted la segunda parte de la suma que necesita!... ¡Sí, señor Priski, sí... Lo comprendo muy bien... Puede usted retirarse!...

—Y podré entrar en el convento...

—¡No sin cobrar antes la segunda parte de la suma, señor Priski!

—Caballero, voy a cobrarla inmediatamente...

—¡A Dedeagatch!... —dijo Rouletabille.

—En efecto, a Dedeagatch. ¿Pero cómo sabe usted?...

—¡Qué le importa, señor Priski! Váyase a Dedeagatch; pero dese prisa... Mi consejo es que no se retenga usted, pues me parece que el señor Kasbeck, no le esperará mucho tiempo en Dedeagatch.

—¿Por qué?...

—Sencillamente; porque el señor Kasbeck, le espera a usted menos en Dedeagatch que esperaba a la señorita Vilitchkov, y como es muy probable que ésta haya llegado esta noche a Dedeagatch, pudiera ocurrir muy bien que estén ambos preparándose para salir mañana por la mañana, sin esperar a usted.

—¡Dios mío! —gritó el fraile corriendo hacia la puerta.

—¡Tranquilícese usted! —añadió Rouletabille—. Pues si desde Dedeagatch se dirige usted al monte Athos, no dejará de encontrar en el camino al señor Kasbeck...

—¿Y adónde va el señor Kasbeck? Si me lo dice perdonaré a usted todo lo que me ha hecho sufrir —suspiró el fraile.

—Se lo diré, señor Priski, e igualmente le perdonaré todo que nos ha hecho penar, a condición de que, a su vez, me haga un pequeño favor...

—Hable usted, señor Rouletabille.

—Por lo que he visto tiene usted una gran habilidad para hacer llegar las cartas, señor Priski...

—¡Dios mío! Eso siempre ha sido un poco de mi oficio...

—¡Pues bien!; yo pediría a usted que entregara una a Ivana Hanoum...

—¡Oh! Caballero, delo usted por hecho. Puede usted contar conmigo —juró el fraile.

—Entonces, espere usted...

Rouletabille se aproximó a la mesa y escribió:

«Lo he comprendido todo, amor mío. ¡Perdóname! Tu pequeño Zo te dice adiós para siempre; pues no te sobrevivirá.»

No había terminado de escribir la última palabra de aquella despedida suprema, cuando estalló, tras él, un gran sollozo. Rouletabille se volvió; era Ta Candeur, que había leído la carta por encima de su espalda.

—¡Oh! ¡Rouletabille! ¡Di que no es verdad eso de que vos a morir! ¡Di que no es verdad!...

Rouletabille, conmovido por aquel fraternal dolor, casi tanto como del suyo propio, levantó con lentitud la cabeza, tendió la carta al señor Priski, y

estrechando la manaza del buen La Candeur, con ese gesto de duelo que con tanta frecuencia se ve en los entierros, le dijo:

—Dicen que no se muere de amor, *ya lo veremos...*

—¡Ay! ¡Dios mío! ¡Va a dejarse morir! —gimoteó La Candeur.

—¡Sobre todo, joven, no atente contra sus días, la religión lo prohíbe!... —dijo Priski, añadiendo con emoción.

—¡No hay nada como la religión!...

—¿Se está bien en su convento, señor Priski? —preguntó Rouletabille.

—¡Bien! ¡Ahora se va a meter n fraile! —gritó La Candeur.

—¿Qué si se está bien? —exclamó el señor Priski—. Es el paraíso en la tierra. Imagínese usted, en medio de maravillosos jardines, un vasto edificio, sencillo, bien aireado, con un amplio refectorio. El cocinero es excelente; hasta el punto de que hace los macarrones y el encebollado de liebre, con una habilidad extraordinaria. Finalmente, el superior tiene un rostro regocijado y las maneras afables que revelan un espíritu tranquilo y un estómago en excelente estado...

—He ahí un buen convento. Si tú ingresas, ingresaré contigo —dijo La Candeur.

—¿Y se necesita tanto dinero para ser admitido en ese monasterio? —preguntó Rouletabille suspirando.

—Caballero, ese monasterio es rico y sí aceptara a todos los pelagatos que en este país no desean más que hacerse frailes, no solamente acabaría con su riqueza, sino que también con su prestigio y renombre. Tienen ustedes que saber que vienen a visitarle desde el fin del mundo. Ha sido colocado bajo la elevada protección de un santo desenterrado no lejos de allí, y cuyos restos han sido envueltos en algodón. En los días de eran ceremonia, en los aniversarios del mártir, el algodón se vende que es un primor. Asistí, caballero, a una de esas ceremonias y yo, que hasta entonces fui un pagano, tuve el espíritu turbado. Aquello fue magnífico. Innumerables lámparas suspendidas de la bóveda, proyectaban sobre la nave luces multicolores. En una de sus alas, había un hermano limosnero que recogía las limosnas e inscribía en un registro los nombres de todos aquellos que encargaban una misa para un pariente muerto o enfermo. ¡Puedo asegurarle, caballero, que era aquella una casa muy bien atendida!...

—Tan bien atendida, señor Priski, que no echará usted de menos la Karakoulé —dijo Rouletabille de más en más sombrío y pensativo.

—Verdaderamente, no; ni al señor Kara, que tan brutal era a veces. ¡Ah! ¡Bien castigado está ahora, por su orgullo, el Pachá negro! ¡Dios ha sido

quien le ha precipitado! Hubiera debido desconfiar, pues está profetizado en los evangelios... ¡Él, tan orgulloso, es esclavo ahora del señor Atanasio!...

—¿Qué monserga es esa? —dijo Rouletabille—. ¡Kara-Selim, a quien llamamos por su verdadero nombre de cristiano Gaulow, no es el esclavo ni el amo de nadie, porque ha muerto!...

—Entonces no hará mucho —musitó el señor Priski—; pues yo le vi antes de ayer...

—¡Estás loco, o soñando! —protestó agitado el reporter—. ¡Kara-Selim ha muerto, muerto ante nuestros ojos, alcanzado por un terrible sablazo de Atanasio!... Así, pues, es imposible que le hayas visto vivo antes de ayer...

—Seguramente, está usted en un error, caballero —insistió dulcemente el señor Priski.

—Tan cierto estoy —dijo Rouletabille—, que mis camaradas podrán decirte, como yo, que vieron su gran corpachón, ya difunto, arrastrado varias veces por la plaza antes de que se lo llevaran los búlgaros...

—¡Pues bien, caballero! Quizá haya sido ese arrastre el que le haya resucitado, pues, insisto, que en la mañana de antes de ayer me encontré al señor Atanasio con su pequeña escolta en la ruta del Sur, y que parecían dirigirse a Lule-Burgas...

—Que hayas encontrado a Atanasio es posible —dijo Rouletabille, cuya agitación iba en aumento...—, pero no se trata de Atanasio que está vivo. Hablamos de Kara-Selim, que está muerto.

—De allí llegó con el señor Atanasio. Uno de sus jinetes, hábilmente interrogado por vuestro servidor dijo que buscaba a usted y a la señorita Vilitchkov. Yo hubiera podido darle algunos informes útiles; pero me di cuenta de que los soldados arrastraban tras ellos, atado a la espalda de un caballo, un cuerpo negro manchado de sangre y cuya vista me hizo lanzar un grito; pues había reconocido a Kara-Selim...

—¡Pero estaba muerto!... —insistió Rouletabille.

—¡No, caballero! ¡*Estaba vivo!*

Rouletabille saltó sobre el fraile.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—¡Tan seguro que le he hablado y que él me ha contestado!...

—¡Ten cuidado con lo que dices!... —gritó Rouletabille, sacudiendo a Priski por el cuello de su hábito—. ¡Por tu vida, no mientas; dinos la verdad!...

—¡Por la presente y por la futura, juro que he visto a Kara-Selim vivo, un poco estropeado; pero vivo!... Me ha contado que fue sorprendido por Atanasio y herido por éste en la espalda, de un terrible sablazo que lo derribó al suelo aturdido y que hubiera sido mortal, de no llevar bajo el jubón negro una cota de mallas... Apenas oí aquella confidencia huí como alma que lleva el diablo, temiendo que el señor Atanasio me reservara algún golpe igual... ¡Esta es la verdad, se lo juro!...

No había terminado el señor Priski de enunciar aquella verdad, cuando se sintió encerrado entre los brazos de Rouletabille, como en el más amistoso de los estuches.

—¡Caramba con el excelente señor Priski, que quiere hacerse fraile... Y que va al monte Athos!... ¡Devuélvame mi carta, señor Priski, devuélvamela!...

—Aquí la tiene usted, caballero; pero supongo que no dejará usted de decirme en donde puedo encontrar al señor Kasbeck...

—En Salónica, mi querido señor Priski. ¿Y sabes por qué ya no te encargo de entregar esta carta dirigida a Salónica? Pues porque nos vamos contigo... ¡En marcha, en marcha! ¡La Candeur, Vladimir! Nos marchamos... ¡Mi buen La Candeur, deja que te abrace!... ¡Estoy loco de alegría!...

—¿Pero qué pasa, santo Dios? —preguntó La Candeur idiotizado ante una tan repentina y alegre transformación.

—¡Pasa, que nada se ha perdido aún, y que ahora ya es posible mi casamiento con Ivana, *puesto que su marido vive!*

—¡Ah! ¿Sí?... ¡Bueno, bueno; pues también estoy yo contento!... —y La Candeur volvió el rostro para murmurar:

—¡Qué desgracia! ¡Una inteligencia tan hermosa!...

CAPITULO II

SIGUIENDO LAS MÁRGENES DEL MARITZA

HACIA el anochecer pusiéronse en camino nuestros jóvenes, acompañados del señor Priski. Aquella jornada había sido completamente consagrada al descanso por las tropas laureadas en persecución del ejército turco. Su frente se extendía desde Djeni-Mahalle, hasta Karakderé. La rapidez de su victoria les fatigaba ya, sin contar que solo poseían vagas indicaciones sobre la situación del enemigo, al que la caballería búlgara, laureada en su persecución en dirección de Baba-Eski, esto es, hacia el Sud, no había conseguido hallar.

Rouletabille y sus compañeros se aprovecharon del estado de cosas que había limpiado a toda la región del elemento otomano, para viajar con rapidez. Gracias a la carta del general que el reporter llevaba siempre consigo, la pequeña caravana pudo llegar en pocas horas a Demotika. Desde allí, no podían pensar en Lomar el tren para Dedeagatch, pues las márgenes del Maritza inferior estaban aún ocupadas por fuerzas turcas que venían precipitadamente de Macedonia, pasando constantemente, deseosas de atravesar el Sur de Tracia con la mayor rapidez, para reunirse en el norte de Rodosto, coa el grueso del ejército turco que se reorganizaba en las líneas de Lule-Burgas y Seraï.

La marcha de los reporters había sido tan precipitada, que Rouletabille no había tenido tiempo de pedir fondos a su periódico. ¡No había hecho más que entregar al correo sus crónicas y en marcha!

Contaba con la bien guarnecida bolsa del señor Priski y con que éste no se negaría a subvenir a los gastos de viaje.

En Demotika intentaron procurarse honradamente caballos.

Como es natural, no hallaron ni uno en venta, lo que fue una felicidad para la bolsa del señor Priski.

En estas tristes condiciones, Rouletabille dejó en libertad a Vladimir y Tondor, a quienes nada preocupaba, de que se apoderaran de aquello que no se les quería ceder de buen grado. A la sombra de las ruinas de un viejo castillo, habían descubierto cinco magníficos caballos que pastaban pacíficamente en una desierta explanada, mientras que en otra contigua, un reducido destacamento de vanguardia búlgara, esperaba en torno a un caldero la hora del rancho, oyendo las quejumbrosas notas de la balalaika.

Los caballos estaban ensillados y el asunto se resolvió con gran rapidez. Los reporters lanzaron sus caballos a todo galope, no deteniéndose hasta una hora después. Ya no tenían que temer a los búlgaros; pero sí a los turcos.

Rouletabille puso en orden sus papeles. Disimuló en un bolsillo secreto la carta del, general y sacó los famosos papeles hurtados en Kirk-Kilissé, firmados por Mouktar-Pacha y legalizados con su sello. Hedió lo cual y sintiéndose ya en regla, permitió respirar a los caballos.

Mientras seguían las márgenes del Maritza hablaba con el tenor Priski, pues Rouletabille no perdía ninguna ocasión de instruirse.

Así pues, en el momento en que intentaba aproximarse a aquella Salónica habitada por el sultán destronado, hacía dar detalles sobre la existencia de Abdul-Hamid, y no era tan sólo para hacer un buen artículo.

El señor Priski sabía cosas por Kasbeck, que era el único hombre, si hombre podemos llamarle, del antiguo partido que el nuevo gobierno toleraba cerca de Abdul-Hamid. Porque Kasbeck, al mismo tiempo que conservaba por su viejo amo sentimientos de abnegación a toda prueba, mantenía excelentes relaciones con el poder actual. Por él podían los ministros penetrar un poco en el pensamiento de Abdul-Hamid, y por él, igualmente, podían saber, cuando era necesario, lo que ocurría cada quince días y desmentir los falsos rumores que circulaban sobre la suerte del prisionero. Tan pronto era que lo habían, hecho asesinar, como que le sometían a las más terribles torturas, con el fin de conocer el lugar de Yildir-Klosk, en donde el exsultán había escondido sus inmensos tesoros. Entonces era cuando intervenía Kasbeck, diciendo:

—Salgo de ver a Abdul-Hamid; se conserva mejor que yo...

—¿Y es tan cruel como dicen, señor Priski?

—Quizá más de lo que dicen, a juzgar por las anécdotas que el señor Kasbeck contaba acerca de las fantasías y caprichos de su amo para amenizar las largas noches de la Karakoulé. Mire usted, horas antes de ser destronado cometió Abdul-Hamid un asesinato. Hizo traer a su presencia una de, sus circasianas, una de sus odaliscas favoritas, una niña; y fríamente, la mató a

tiros. Días antes asesinó a bastonazos a una niñita de seis años que, inocentemente, había tocado un revólver dejado por él sobre un mueble. Furioso, fuera de sí, y pretendiendo que la niña había querido asesinarle, la mató inmediatamente. Podía citar a usted cien casos como estos... ¡Bien se puede decir que no tiene un carácter muy dulce! —concluyó el señor Priski.

—¡Adelante, adelante; no dormirse! —gritó Rouletabille que sudaba la gota gorda.

Y acicateó de nuevo los caballos. Sin embargo, ajustó el paso de su caballo al del señor Priski.

—¿Y le dejan en libertad ahora de cometer tales horrores?

—¡Ah! Caballero, la cuestión del harem es muy delicada. Desde el momento que le han dejado su harem, por reducido que sea, puede hacer en él lo que le plazca. Esto es la ley del Profeta. Todo fiel tiene derecho de vida o muerte en su harem.

—¡Déle prisa a su caballo, señor Priski... A esto paso jamás llegaremos a Dedeagatch!... ¿Y dígame, tiene ahora muchas mujeres?

—Pues tiene diez; lo que no es mucho.

—¿Y cuál es su conducta en Salónica?

—A parte de algunos accesos de cólera del género de los que acabo de citarle, su conducta es correcta. Está muy vigilado en la villa Allatini; pero cuidado con la mayor solicitud. En la hora actual es, sin duda alguna, el hombre más feliz del imperio otomano, he aquí lo que nos decía el señor Kasbeck: «Olvidadizo y despreocupado, se pasea por sus vastos jardines fumando con deleite cigarrillos de tabaco fino, especialmente confeccionados para él. Establece minuciosamente con su cocinero el menú del día y saborea lentamente múltiples tazas de un exquisito y aromático café. Ningún otro cuidado le inquieta, si no es el de sus galantes conversaciones con las damas del harem. Todo lo que pasa fuera de los muros de la villa es ignorado por Abdul Hamid. Voluntariamente renuncia a saber los rumores exteriores. Si alguna vez tiene la fantasía de interrogar a los que a él se aproximan sobre acontecimientos políticos, no recibe más que respuestas vagas e imprecisas, pues se ha dado orden de callar.

—Según me han dicho —indicó Rouletabille—, Abdul-Hamid tenía la esperanza de recuperar el trono y que esa esperanza era alimentada por muchos de sus amigos que se agitan en Constantinopla, los que preparan en la sombra y a favor de los acontecimientos actuales, una revolución. ¿Es cierto?

—Eso, caballero, es ya política, y la política no incumbe a un pobre fraile como yo —repuso el señor Priski.

—No diga usted que es fraile en esta región peligrosa para los ortodoxos, señor Priski. ¡No basta con haberse quitado el hábito, si no que hay que tener también cuidado con lo que se habla!... Precisamente he aquí una patrulla turca a la que, seguramente, no podremos escapar...

Algunas balas vinieron en aquel momento a saludar a los reporters, los que se apresuraron a agitar sus pañuelos, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Francis, Francis!

Bien pronto se vienen rodeados y explicaron al jefe de la patrulla que eran corresponsales franceses agregados al Estado Mayor de Moutkar Pacha, que se habían visto obligados a huir, después de la derrota de Kirk-Kilissé. Como exhibían documentos que confirmaban sus palabras, fueron bastante bien tratados y conducidos ante un Kachef, que los envió a un kaimakan, que a su vez los envió a... Dedeagatch.

Escortados, pues, por turcos, habían podido llegar rápidamente al lugar que deseaban.

Aquel puertecito de Dedeagatch había visto desfilar más tropas en dos días que en cuarenta años. Obedecía esto al hecho de que Turquía había resuelto esperar al enemigo en las riberas de Karaagutch e infligirle una derrota que la vengara de la sorpresa de Kirk Kilissé. Si por una parte, pues, enviaba Constantinopla todas las tropas de que disponía, el Sur de Macedonia enviaba por Dedeagatch, las divisiones del litoral.

Era necesario apresurarse si no querían ser aislados de Constantinopla, pues circulaba el rumor de que se había visto la caballería enemiga en los alrededores de Rodosto.

Por otra parte, Dedeagatch no podía ya contar con sus comunicaciones marítimas, pues la flota griega bloqueaba el mar Egeo.

En cuanto llegaron a Dedeagatch, los reporters, el señor Priski y Tondor se separaron para buscar a Ivana y Kasbeck; pero bien pronto tuvieron la certidumbre de que habían marchado la víspera del Hotel del Mar Egeo, seguidos de una comitiva compuesta de algunos jinetes albaneses y que habían atravesado el campo en dirección a Salónica.

El ferrocarril no había sido aún cortado, pero iba a serlo muy pronto y mientras tanto se utilizaba exclusivamente en el transporte de tropas. Kasbeck no había podido tomarlo y Rouletabille tuvo alguna esperanza; pero bien pronto tuvo que darse cuenta de la imposibilidad de poderlo tomar y de poder seguir el camino tomado por Kasbeck. Esto, sin contar que Kasbeck tenía sobre Rouletabille una ventaja de treinta y seis horas y de que los reporters franceses serían detenidos a cada instante por todos los destacamentos

otomanos que hallaran en su camino. ¡No veían ya las innumerables triquiñuelas con que entorpecían su libertad, ya muy relativa!...

¡Mientras tanto, Kasbeck continuaba tranquilamente su ruta con Ivana, hacia el harem de la villa Allatini!

En los muelles del puerto, en donde le fue imposible hallar la más insignificante embarcación dispuesta a intentar la aventura, que significaba •el viaje a Salónica, Rouletabille se mordía los puños.

De pronto se volvió hacia La Candeur.

—¡Pronto, los caballos!

—¿Dónde vamos?

—¡A Constantinopla!...

—¿A Constantinopla? ¡Pero eso es volver la espalda a Salónica! ¿E Ivana?

—¡Mira —explicó rápidamente Rouletabille arrastrando a La Candeur—; puesto que no podemos ir al encuentro de Ivana, haremos que esta venga al nuestro!

—¿En Constantinopla?

—¡En Constantinopla!

—¡Pero tú te has vuelto loco!

—¡No! Escúchame y comprende... Ivana sigue a Kasbeck; Kasbeck corre tras Abdul-Hamid. Hago venir a este a Constantinopla a donde enseguida veremos llegar a Kasbeck y a Ivana... ¿Qué opinas de esto?

—¡Estupendo!... ¿Pero cómo te las vas a arreglar para llevar a Abdul-Hamid a Constantinopla?...

—Hay un medio seguro; hacerlo embarcar en un barco extranjero, inglés o alemán, que nada tienen que temer de los cruceros griegos.

—Querido Rouletabille, permíteme que te diga que el gobierno actual no tiene interés alguno en traer a la capital, a un sultán que ha conservado allí numerosos partidarios...

—Sí; pero menos interés tiene en dejarlo en Salónica, en donde puede ser proclamado de nuevo, sin que el gobierno central tenga medios para oponerse...

—Si el gobierno temiera algo de eso —insistió el tozudo La Candeur—, no esperaría a Rouletabille para traer al Sultán destronado al Bósforo... Opino que mientras sigan siendo dueños de la línea del Sud, no le moverán de Salónica...

—También opino lo mismo... Y por eso es por lo que hay que volar a Constantinopla y convencer al gobierno que hace mal en dejar al sultán en

Salónica, pues los próximos combates en la línea de Lule-Burgas pueden ser adversos a las armas turcas, siendo por esta causa importantísimo para Mahomet V tener al alcance de su mano a Abdul-Hamid, y esto sin pérdida de tiempo, para el caso que sus partidarios se hagan peligrosos...

—Te escucharán o no te escucharán —dijo La Candeur cuya simplicidad se resistía a penetrar en el complicado plan de Rouletabille.

—¡Me escucharán!

—¡Bah! ¿Y por que?

—¡Me escucharán en el momento que les diga que existe una conspiración para restaurar a Abdul-Hamid en su trono!

—¡No basta con decirlo, es necesario probarlo!...

—¡Lo probaré!

—¿De qué manera?

—Dando los nombres de los conjurados que han resuelto proclamar a Abdul-Hamid en la misma Salónica. ¡Ya veras si no se desde entonces el gobierno a traer a Abdul-Hamid a Constantinopla, y sin perder un día y una hora, ni un minuto! ¡Inmediatamente, quizá antes de que llegue Kasbeck a Salónica! ¡Solo que, por nuestra parte, no podemos perder ni un segundo!...

—¡Rouletabille, tú no harás eso!... ¡Tú no denunciarás a esas pobres gentes!...

—¡Ah! Aquí están Vladimir y Tondor —dijo Rouletabille—. Tondor, ¿dónde está el señor Priski?

—Está en el puerto, distribuyendo monedas de oro para obtener un salvoconducto para Salónica.

—Le toman el dinero pero le niegan el salvoconducto —dijo Vladimir.

—¿Los caballos?

—En el patio del hotel del Mar Egeo.

—¿También el del señor Priski?

—¡Están los cinco!...

—¡Tráelos enseguida!... ¡Tú, Vladimir, corriendo «al puesto» para que sean visados nuestros papeles por Alí bey, y dile que, accediendo a sus deseos, nos dirigimos a Constantinopla!

—Entendido —contestó Vladimir—. ¿Prevengo al mismo tiempo a Priski?

—¡De ninguna manera! ¡Deja al señor Priski que se vaya a Salónica, pues ninguna necesidad tenemos de él en Constantinopla!

—¡Bueno! ¿Y su caballo?

—Nos lo llevamos. Para los tiempos que corren, más vale llevar cinco caballos que cuatro... Se lo confío a Tondor... Dese prisa Vladimir; antes de un cuarto de hora es necesario que hayamos abandonado Dedeagatch...

Vladimir corrió «al puesto». Tondor se fue en busca de los caballos y Rouletabille se volvió hacia La Candeur, que gruñía con la cabeza baja y parecía disgustado:

—Tú, vuela al telégrafo y envía un despacho a París, comunicando que salimos para Constantinopla... ¿Pero que te pasa? ¡Vaya una cara!...

—Oye, Rouletabille, esto es una broma, ¿verdad? ¡Tú no vas a cometer una infamia semejante! En primer lugar no es cierto que conozcas el nombre de los conjurados.

—Sí, pequeño, y sus direcciones...

—¿Quién te las ha dado?

—El mismo Gaulow, que está metido en el asunto, y que tuvo el cuidado de anotar, con mucho orden, los nombres y direcciones dichas en un carnet de bolsillo que tuvo la torpeza de perder en Sofía, la noche que fue a asesinar al pobre general Vilitchkov... ¿Te vas enterando? ¿Sigues creyendo que se trata de una broma?...

—¡Rouletabille, si das esas direcciones irán al domicilio de los conjurados!

—¡Claro! Y hallarán, sin duda alguna, las pruebas de su conspiración...

—¡Pero esos desgraciados serán ahorcados!...

—¡Y que me importa eso, con tal de que se salve Ivana!...

La Candeur elevó sus formidables brazos al cielo y gritó:

—¡Claro! ¡Claro! ¡Claro!

—Dime, La Candeur, ¿prefieres acaso que se pierda Ivana y que yo me haga fraile como el señor Priski?... No, ¿verdad?... ¡Pues bien! Ponte un freno a todas esas jeremiadas y vete al telégrafo....

La Candeur se alejó sin seguir manifestando sus sentimientos humanitarios; pero gimiendo en voz baja, una vez más, sobre la desgracia que implica para un joven el hallar en su camino a una Ivana Vilitchkov.

Una hora más tarde, los tres reporters y Tondor iban por el camino de Constantinopla... Cabalgaban a todo galope. Tondor, detrás, conducía un caballo de refresco. En los alrededores de Rodosto se encontraron con una patrulla búlgara, que en vano trataron de evitar. Hubo necesidad de poner buena cara al contratiempo y dejarse conducir al puesto avanzado de Haijarboli, en donde un oficial examinó sus papeles, los documentos búlgaros y, como es natural, la carta del general Stanislawoff.

CAPITULO III

36-COLORADO PAR Y PASA

LEGARON a Haijarboli al anochecer. La aldea estaba ocupada por un destacamento de la vanguardia, cuyo jefe alojábase en casa del alcalde, que había huido. Los reporters fueron muy bien recibidos a causa de la carta del mayor-general, poniendo a disposición de ellos una habitación, dándoles, además, víveres, de los que tenían mucha necesidad. Así pues, Rouletabille, no se quejó del contratiempo. Los animales descansarían durante unas horas y La Candeur y Vladimir cesarían de gemir de hambre. El primero se encargó de aderezar una finísima sopa con los víveres del regimiento. Vladimir le ayudó en su tarea, mientras que Tondor se ocupaba de los caballos.

Mientras tanto, y siguiendo sus costumbres, Rouletabille estudiaba los lugares, pues esa misma noche debían abandonar las avanzadas búlgaras, sin avisar a nadie, y penetrar de nuevo en la zona turca.

A pesar de la doble documentación que llevaban, aquella operación no se realizaba nunca sin peligros y convenía adoptar precauciones...

Rouletabille salió, pues, de la habitación, que estaba situada en la planta baja y daba a un gran patio común, en donde la tropa acababa de cenar en torno a las hogueras. Dejó después aquel patio para ver a Tondor, el que, obedeciendo sus instrucciones, no había dejado los caballos en el patio, si no que los había atado a un árbol, detrás de la casa. Había allí campos desiertos y un profundo barranco, por el cual sería fácil deslizarse luego de realizar una rápida investigación sobre la disposición de los puestos avanzados.

Rouletabille se paseó durante una hora por aquellos lugares casi solitarios, regresando muy tranquilizado respecto a la realización de su proyecto de la noche. Al bordear los muros de la casa del alcalde, se halló frente a dos oficiales, que pronunciaron un nombre que le hizo estremecerse. Hablaban de Atanasio Khetew.

—¿Atanasio Khetew? —preguntó en francés—. ¿Hablaban ustedes de Atanasio Khetew?

—Sí, señor —contestó uno de los oficiales—, y hablábamos, precisamente, a causa de usted; que debe ser usted a quien él busca.

—¡Ciertamente, a mí es! —exclamó Rouletabille.

—Pues le satisfará encontrarle. Hace ya mucho tiempo que le busca... Sin embargo, no creíamos se tratara de usted, aunque nos haya hablado de reporters franceses, pues nos habían dicho que iba con usted una joven, la propia sobrina del general Vilitchkov, asesinado algunos días antes de la declaración de guerra.

—Efectivamente, se trata de nosotros —dijo Rouletabille—, y si esa joven no está aquí es porque nos ha dejado hace poco.

—Le han dicho a Atanasio Khetew que se batió en primera línea en Demir Kapou.

—Exacto —contestó el repórter.

—Y que después, persiguiendo al enemigo con la vanguardia del ejército, no había cesado de colocarse en las líneas avanzadas... Atanasio Khetew la busca constantemente en todo nuestro frente. En fin, usted podrá, de todas maneras, darle algunas noticias. Cuando regrese se alegrará mucho.

—¿Es que va a regresar aquí?

—Según creo, en las primeras horas de la madrugada... Pues se ha separado de nosotros para ir a Baba-Eski y regresar en seguida.

—¿Y están ustedes seguros de que va a regresar?

—Segurísimos, caballero, nos ha dejado su prisionero...

—¿Cómo? —dijo Rouletabille disimulando como pudo la súbita emoción que le había invadido—. ¿Qué prisionero?

—¡Oh! Un prisionero por el que parece tener un gran interés y por el cual tiene los mayores cuidados y del que no se separan ni una pulgada sus dos ordenanzas... Pero si desea usted verle, nada más fácil...

Y diciendo esto, el oficial condujo a Rouletabille, siempre por la parte trasera de la casa, ante un ventanillo guarnecido de dos barras de hierro colocadas en forma de cruz.

—Mire usted —le dijo.

Rouletabille se puso de puntillas y miró.

¡Era verdad! Rouletabille se mordió los puños para no gritar de alegría.

En un rincón, y atado de pies y manos, reconoció al pachá negro Gaulow, al que vigilaban dos centinelas.

Aquella habitación en que se hallaba Gaulow y los dos centinelas, era un especie de reducto que daba directamente al patio por una puerta entreabierta, en el umbral de la cual, se hallaban en cuclillas media docena de soldados jugando a las tabas, juego que hace furor en los Balkanes.

Rouletabille dejó su observatorio diciendo:

—¡Le conozco, es el famoso Gaulow, el antiguo dueño de la Karakoule! ¡Me explico el interés de Atanasio Khetew por él!

—Nos ha dicho que era la primera vez que le abandonaba; pero una orden del general Savof, comandante de la primera brigada de Caballería, le ordenaba presentarse inmediatamente en Baba-Eski.

—Caballeros, muchas gracias por todos esos informes —dijo Rouletabille saludando—, les pido permiso para retirarme, pues voy a cenar.

—Buen provecho, caballero.

Penetró en el patio y pudo, con gran satisfacción, constatar que la habitación en cuyo umbral jugaban a las tabas los soldados, y que correspondía a la ocupada por el prisionero, estaba adyacente a la que ellos ocupaban.

En el momento en que iba a empujar la puerta de ésta, oyó claramente estas palabras, pronunciadas por la me álica voz de Vladimir: «36, colorado, par y pasa.»

—¡Caramba! —exclamó—. Creeríase uno en Montecarlo, palabra de honor.

Y penetró en la habitación.

Allí encontró, esperándole, la mesa lista, una gran escudilla de humeante sopa, cuyo aroma acariciaba agradablemente las aletas de la nariz, y dos pasos más allá, cerca de la mesa, a La Candeur y Vladimir, que se habían levantado bruscamente al verle.

—¡Bueno, que! ¿Cenamos? —les preguntó Rouletabille—. También yo empiezo a tener hambre. ¿Pero qué es lo que estáis haciendo?

La Candeur acababa de dar vuelta con rapidez a un gran mapa, mientras que Vladimir miraba la hora en su reloj.

—¡Otra vez esa broma!^[9] —Dijo riendo Rouletabille que, decididamente, parecía aquella noche de excelente humor—. ¡Otra vez ese mapa, otra vez ese reloj!... ¡Pero si es el eterno mapa de Istrandja-Dagh! ¡Sin embargo, no pretenderéis que estáis estudiando el plan de operaciones en un mapa de Ístrandja-Dagh, cuando nos hallamos a pocos kilómetros de Tchorlou!...

—Rouletabille —dijo La Candeur, que parecía el más embarazado—, estábamos viendo el camino que llevamos recorrido...

—¡Vaya, hombre, vaya!...

Y Rouletabille, de un revés levantó el mapa... descubriendo sobre la mesa un montón de monedas de oro y plata. Se quedó deslumbrado, mientras que los dos compadres, consternados, no sabían qué continente adoptar.

—¡Caray, vaya unos pobrecitos!... —dijo Rouletabille.

Examinó el dorso del mapa en el que estaban trazados una cantidad de cuadritos, llevando cada uno un número, desde el 0 hasta el 36.

—¿Así, pues, jugáis a la ruleta?

—No nos queda otro recurso, ya que nos decomisas las barajas —suspiró La Candeur.

—¡Vladimir, dame el reloj!

Vladimir, que con tanta precipitación se había metido en el bolsillo el reloj, tuvo que sacarle... y Rouletabille observó que aquel reloj, en lugar de marcar la hora, tenía una aguja que daba vueltas alrededor de un cuadrante marcado con 36 números, deteniéndose en uno de ellos, según la presión que se ejercía sobre el resorte que ponía en marcha la aguja.

Aquella aguja se movía tan vertiginosamente, que era imposible saber con anticipación sobre qué número iba a detenerse.

—Ahora comprendo vuestra desmedida afición a la geografía —dijo Rouletabille—, afición que tanto me intrigaba en la Karakoule, como también la enfermiza necesidad de saber incesantemente la hora... ¿Hace mucho tiempo que tenéis este reloj? —preguntó metiéndomelo en el bolsillo.

—Caballero, es ese un reloj —remiso Vladimir— por el que siento un especial apego; pues me fue regalado, hace algunos años, por una persona que me es muy cara.

—¿Por la princesa?

—Precisamente, por la princesa... Fue ése su primer regalo... Me marchaba yo a Tomsk, a donde me dirigía con algunos colegas de la prensa moscovita, con el fin de esperar a los automóviles que habían emprendido el viaje de Pekín a París; esa excelente princesa temió que me aburriera durante el viaje y me regaló ese reloj-ruleta para que me divirtiera en el camino. Debe usted saber que ese reloj me ha traído siempre la buena suerte, y precisamente, cuando tenía necesidad de dinero. Así, en ocasión de ese viaje, cuando regresaba de Tomsk a París, ese reloj me proporcionó una de las primeras y mayores alegrías de mi vida. Cada vez que se pinchaba un neumático, invitaba a mis compañeros a seguirme a la cuneta de la carretera mientras reparaba el chauffeur la avería, y allí, en el respaldo de un mapa dividido con lápiz en pequeños cuadros, exactamente como hemos hecho con

éste, y mi reloj-ruleta en la manó, organizábamos una partidita. Había neumáticos que me producían 100 francios, otros 200 y otros que me dejaban casi limpio; pues había que perder alguna vez. Pero finalmente, al llegar a París, de neumático en neumático había logrado ganar fo bastante para comprarme un automóvil.

—Mis felicitaciones.

—Comprenderá usted, caballero, que ese reloj, al cual van vinculados tan caros recuerdos...

—Sí, sí; tiene para usted un gran valor... ¿Y ese dinero? ¿Todo ese dinero? Hay, por lo menos, mil francos —dijo Rouletabille, embolsándose todas las monedas—. ¿De dónde viene?... Yo creía que ya no tenían ustedes ni cinco céntimos.

—Caballero —dijo Vladimir palideciendo ante el gesto saqueador de Rouletabille—, son los mil francos del señor Priski.

—¡Pero usted me ha dicho que los había rechazado!

—¡Perdón! —interrumpió 1.ª Candeur—. Quien ha dicho eso he sido yo... Pero Vladimir los ha aceptado.

—En efecto; yo los he aceptado —corrigió Vladimir—; pero a continuación me negué a prestar el servicio que pedía.

—Sí, sí. Usted es un muchacho muy honrado. Ya me he dado cuenta en muchas ocasiones —replicó Rouletabille—. ¡Bueno, muchachos, ahora a cenar!

—Caballero —dijo Vladimir que había caído de pronto en la más profunda de las tristezas—, si tengo un gran apego a mi reloj, también lo tengo por ese dinero que aún no había perdido.

—Antes de perderlo —dijo Rouletabille sirviéndose la sopa—, será necesario ganarlo. Ese dinero es tan suyo como mío, pertenece al señor Priski, ya que se ha negado usted a servirle.

—Lo que honra a Vladimir —opinó La Candeur—. ¿Supongo que no devolverás ese dinero al señor Priski?

—No, no; tranquilízate... Ya tengo en qué emplearlo.

¿Qué vas ha hacer con él?

—Ya os Lo diré cuando lleguemos a los postres.

La cena fue triste, aunque Rouletabille mostrábase de mejor humor; pero no llegaba a desarrugar a los dos comensales.

—¡Oíd! —dijo de pronto Rouletabille—. ¡Os voy a devolver el dinero!...

—¡Ali! ¡Ah! —exclamaron los dos.

—Con la condición de que haréis lo que yo os diga...

—Cuenta coa nosotros...

—Os vais a jugar ese dinero...

—¡Viva Rouletabille!...

—Y lo vais a perder...

—¡Oh! ¡Oh!... ¿Es absolutamente necesario perderlo? —preguntaron ambos con mal gesto.

—Indispensable...

—¿Y contra quién vamos a perderlo?

—Vais a dejar libre la mesa inmediatamente y la colocaréis en el umbral de la puerta —explicó Rouletabille—. Sobre la mesa instalaréis vuestra ruleta, diciendo en alta voz que os ahogáis en esta habitación y que sentís la necesidad de respirar aire puro, dicho lo cual os, pondréis a jugar solos. Tiraréis todo vuestro oro, toda vuestra plata sobre la mesa... Ahí cerca hay soldados jugando a las tabas, los que vendrán a veros jugar a la ruleta, en seguida se mezclarán al juego y... os dejaréis ganar.

—¿Todo nuestro dinero?

—¡Todo vuestro dinero! Si les ganáis el suyo, no os dejarán marchar; mientras que sí os desbancan ya no se ocuparán de vosotros, pues se disputarán entre ellos vuestra puesta, y, aprovechando esto, nosotros tomaremos las de «Villadiego».

—¡Comprendido! —dijo La Candeur, que no sentía gran apego por aquel dinero que aún no había ganado a Vladimir.

—Sí, comprendido... ¡Pero cuesta caro! —observó melancólicamente Vladimir.

—No es muy caro, si consideramos lo que vamos a hacer mientras que ellos juegan; pues no se trata tan sólo de que escapemos nosotros, sino que vamos a libertar a un pobre prisionero que está en la habitación de al lado.

—¡Ah! ¡Ah! —exclamó La Candeur.

—¡Oh! Entonces es una cuestión humanitaria —expresó filosóficamente Vladimir.

—¿Y quién es ese prisionero? —preguntó La Candeur.

—¡Ese prisionero, señores, es, sencillamente, Gaulow!

—¡Gaulow! —exclamaron—. ¡El abominable Gaulow!...

—¡Él mismo!...

—¡El prisionero de Atanasio! —exclamó Vladimir.

—¡El marido de Ivana! —gruñó La Candeur.

—¡El verdugo del general Vilitchkov! —añadió Vladimir.

—¡Y es a ese miserable —continuó La Candeur—, a ese bandido que ha estado a punto de arrebatarte a la mujer que tú amas, después de haber asesinado al padre y a la madre y vender a su hermanita a quien tú quieres salvar!...

—¡Sacrificando mis mil francos! —gimió Vladimir.

—¡Menudo pillastre está tu «pobre prisionero»! —concluyó La Candeur. Siguió un silencio que interrumpió Rouletabille mientras se ponía de pie:

—Está bien; le libertaré yo solo.

Y recogiendo un cuchillo de la mesa, hizo ademán de marcharse.

—¡Vamos, vamos! —exclamó La Candeur interceptando la salida—. No pongas esa cara... ¡Ya sabes que haremos lo que tú quieras!

—¡Qué generoso es La Candeur!... ¡Bien se vé que el dinero no es suyo! —masculló. Vladimir.

—¿Qué dices, Vladimir?

—Digo, Rouletabille, que es muy duro abandonar mil levas a una gentuza que no sabrá gozar de ellas; pero que no se debe vacilar en hacerlo desde el momento que usted lo pide, ya que debe tener sus razones para ello...

—¡Cierto! —confirmó el reporter—. Se trata nada menos que de la felicidad de mi vida.

—Ya que es necesario libertar al marido para que seas feliz en tu matrimonio, libertémosle; ¡pero al diablo, si comprendo ni pizca! —dijo La Candeur.

—Ya comprenderás más tarde, La Candeur; coge ese cuchillo y sígueme.

Salieron y fueron a la par e posterior de la casa. Allí, Rouletabille, mostró a La Candeur el ventanillo y le dijo a su vez:

—¡Mira!

Cuando La Candeur hubo terminado de mirar, le preguntó:

—¿Qué has visto?

—Aunque no hay mucha claridad en ese tabuco, he visto, al resplandor de las hogueras del patio, sin posibilidad de error, a Gaulow.

—¿Sigue adosado a la muralla?

—Sí, muy cerca de la ventana; alargando el brazo por entre los barrotes podría clavarle con facilidad este cuchillo en pleno corazón y terminaba de una vez con él.

—¡Guárdate de ello, desgraciado! —dijo Rouletabille conmovido—. ¡Júrame que no tocarás ni un peto de su cabeza!

—¿Es que ese bandido es ahora tu amigo?

—¡Júrame lo que e pido!

—¡Lo juro! ¿Qué debo hacer?

—¡Vas a ver qué sencillo es! Empiezas a jugar con Vladimir, los otros vienen e intervienen en el juego... También juego yo. Entonces, abandonas tú el juego y te vienes aquí, y mientras nosotros hacemos la comedia en el otro lado, aprovechas el descuido de los centinelas y atraes las miradas del prisionero; le enseñas el cuchillo y le dirás, o harás comprender, que deseas cortar sus ligaduras. Al principio se sorprenderá; pero acabará por prestarse a la operación levantando los brazos, una vez éstos libres, él mismo cortará las cuerdas de las piernas y escapará por la ventanita.

—¿Pero, y los barrotes? —preguntó La Candeur.

—Si no hubiera barrotes para nada te necesitaba... Tú eres hombre capaz de arrancarlos de un tirón...

La Candeur aprisionó un barroto con su enorme puño, y tirando hacía sí comenzó a torcerlo.

—Siento que va cediendo —dijo.

—¡Pues bien, te dejo!... Es necesario que todo esté listo dentro de un cuarto de hora. Pasado éste, gritaré con todas mis tuerzas, de manera que me oigas desde aquí. *Treinta y seis, colorado, par y pasa*. Esto querrá decir que los guardianes están muy ocupados jugando o mirando ligar, y que, por lo tanto, puedes operar con entera confianza. Terminarás de arrancar el barroto, ayudas al prisionero a salir de ahí y le conduces bajo el árbol, en donde le esperará un caballo, que voy a kaeer ensillar inmediatamente por Tornlor. Tenemos uno de más, ya ves qué a propósito viene...

—¿Y después?...

—Pues bien, cuando nuestro hombre haya escapado a galope, vendrás a reunirme tranquilamente con nosotros en el patio, te pondrás a jugar, y lo demás déjalo de mi cuenta... ¿Comprendido?...

—¡Comprendido!... ¿Pero qué diablo...?

—¡*Treinta y seis, colorado, par y pasa!* No lo olvides.

—¡No! ¡No!...

Rouletabille, luego de haber dado estas instrucciones, se fue a hablar con Tondor, quien se puso en seguida, no solamente a ensillar el caballo del señor Priski, sino que también los otros. Después, Rouletabille, regresó al lado de La Candeur, el que, silenciosamente y con un sostenido esfuerzo, había casi conseguido arrancar los barrotes, sin que nadie, ni aun el mismo prisionero, se diera cuenta en el interior del tabuco.

Luego de felicitar a La Candeur, Rouletabille penetró con éste en el patio.

Vladimir había ya sacado la mesa, extendido el mapa y cogido su reloj-ruleta, cuando ambos aparecieron.

Al divisarles les propuso una partida. Rouletabille aceptó alegremente, tirando sobre la mesa todo el dinero y manifestando que iba a tener la banca.

Los soldados acudieron en seguida, y los dos guardianes que estaban en el interior del tabuco, salieron al umbral. El juego empezó. Transcurridos cinco minutos, al ver los suboficiales que la banca seguía perdiendo y que bastaba a Vladimir poner una moneda en un número, para ser cubierta efe oro por Rouletabille, que anunciaba los números qué quería, arriesgaron algunas levas y ganaron. Entonces, y de acuerdo con lo convenido, La Candeur desapareció. El oficial entró en el juego también, siendo, a su vez, afortunado. Empujábanse alrededor de la mesa; los dos guardianes habían salido por completo del tabuco. Habíanse subido a una gran piedra y no prestaban atención más que al juego.

Un cuarto de hora transcurrió así, pasado el cual, Rouletabille gritó de pronto:

—*¡Treinta y seis, colorado, par y pasa!...*

Estallaron gritos, exclamaciones, todo un tumulto, pues Vladimir, obedeciendo a un guiño de Rouletabille, había cargado el treinta y seis. ¡La banca había saltado! El oficial y los suboficiales aplaudían, secundándolos Vladimir y los soldados.

Rouletabille ordenó entonces a Vladimir que tomara a su vez la banca lo que hizo sin disimular su poco entusiasmo. Rouletabille conservaba en su mano la ruleta y anunciaba los números, de tal manera, que el oro de Vladimir iba a parar a los bolsillos del oficial y de los suboficiales, con reiterado aplauso de los soldados, a ordenes el anuncio de cada número, repetido en búlgaro por el oficial, colmaba de alegría.

Mientras tanto apareció La Candeur. Hizo un signo y Rouletabille comprendió que todo había terminado. El reporter lanzó un suspiro y temblé de alegría. Con una última jugada hizo perder todo a Vladimir, quien pagó las apuestas de malísima gana.

—¡Decididamente, no es un buen negocio la banca! —opinó alegremente el oficial.

—¡Bah! Eso depende —dijo La Candeur levantando la cabeza—. A veces basta un buen golpe para que la banca arramble con todo lo que haya en la mesa.

—¡Pues bien, coja usted la banca ahora!

Foro en aquel momento apareció Tondor, gritando furiosamente:

—¡Señor, señor, nos han robado un caballo!

—¿Que nos han robado un caballo? —preguntó Rouletabille dando muestras del peor humor—. ¡No basta, que nos ganen todo nuestro dinero, si no que también nos han de robar un caballo!

—Hay que ver eso —dijo el oficial.

—¿Cómo que hay que ver eso? ¡Naturalmente que habrá que verlo! —gritó Vladimir—. ¡Unos caballos que nos han costado un dineral!

Todos corrieron detrás de Tondor, que salía del patio, dando explicaciones. Llegó así hasta el árbol y contó, con gestos destinados a traducir su indignación, que habían abusado de su sueño para robar uno de los chico caballos que habían confiado a su vigilancia.

—En fin, señores, ese muchacho tiene razón —dijo Rouletabille—, ustedes nos han visto llegar con cinco caballos, y ya no hay más que cuatro. Me quejaré al mayor-general...

—Caballero —contestó el oficial—; cálmese usted. Voy a proceder a una investigación y le prometo que su caballo será hallado.

En aquel momento oyéronse los gritos de los guardianes por el ventanillo:

—¡El prisionero! ¡El prisionero! —gritaban.

El oficial se precipitó:

—¡Cómo! ¡El prisionero!...

Los soldados le enseñaron los barrotes arrancados y le explicaron como pudieron que, aprovechando que estaban de espaldas, el prisionero se había escapado... El oficial se reunió con Rouletabille.

—Caballero, ¿sabe usted quién ha cogido su caballo? Pues el prisionero de Atanasio Khetew, que acaba de escaparse; saltando sobre el primer caballo que ha hallado a su paso...

—¡El miserable! —gritó Rouletabille—. ¿Y qué dirección, habrá tomado?

—¡Oh! Sin duda alguna, la de Constantinopla. ¡Como usted comprenderá debe estar harto de los búlgaros! ¿Pero qué voy a decir a Atanasio Khetew cuando regrese dentro de poco?... ¡Y para colmo de desdichas, la consigna me impide moverme de aquí... El prisionero puede irse tranquilo!

—Caballero, no se inquiete usted —gritó Rouletabille—. Recobramos nuestro caballo y le traeremos aquí al prisionero. ¡A caballo, señores, a caballo!...

CAPITULO IV

CABALGATA EN LA NOCHE

ALTO sobre su caballo y partió al galope, seguido de Vladimir y Tondor. Cuando se dieron cuenta de que La Candeur no les seguía, habían andado ya dos kilómetros, persiguiendo a Gaulow, con una rapidez tan desenfrenada, que Vladimir no pudo contenerse y preguntó:

—¿Pero es que queremos realmente darle alcance?

¿Que si quiero alcanzarle? —exclamó Rouletabille—. ¡Ya lo creo!... Sólo que tendremos que esperar a La Candeur cinco minutos... ¿Qué puede estar haciendo ese animal?

Se detuvieron; pero Rouletabille parecía estar consumiéndose a fuego lento en su silla, de tal manera se movía y demostraba impaciencia.

Por fin se oyó un galope, y sobre la llanura, magníficamente iluminada por una de esas prodigiosas noches de Oriente, tan cantadas por los poetas, se dibujó la imponente figura de un jinete que a su paso hacía retemblar el suelo.

Era La Candeur, quien manifestó una ruidosa alegría al hallar a sus amigos y quiso expirar la causa de su retraso; pero Rouletabille no le dio tiempo.

—¡En marcha! ¡En marcha!

Y partió raudo como el viento.

—¡Pero, demonio! ¿Por qué corremos así? —preguntó La Candeur a Vladimir.

—Parece ser que quiere alcanzar a Gaulow.

—¿Cómo? ¿Estás loco?

—¡Quien está loco es él!... ¡Ha hecho lo imposible porque se evadiera y ahora que está en salvo quiere cogerlo!...

—Pero, ¿para qué?

—¿Lo sé yo acaso? ¡Pregúntaselo a él!

Precisamente Rouletabille acababa de detenerse bruscamente en el ángulo de dos caminos.

¿Cuál de los dos seguir? Indudablemente Gaulow habría dejado huellas de su paso, huellas que Rouletabille, aún de noche como era, hubiera sido muy capaz de encontrar; pero era necesario desmontar, detenerse a un serio estudio del terreno; en una palabra, perder un tiempo precioso, durante el cual, el otro corría, aumentando su ventaja. Rouletabille llamó a La Candeur.

—Nos has hecho perder tiempo; procura, en lo que le concierne, de ganarlo. Tomarás con Tondor el camino de la izquierda, mientras yo tomo el de la derecha con Vladimir.

—¿Dónde nos reunimos?

—Ante Tehorlou, por donde nos vemos obligados a pasar. Acude cerca de la línea del ferrocarril. Procura evitar el grueso del ejército turco que, según me ha dicho uno de los oficiales, se halla al Norte del lado de Sara... Por otra parte, este lado Sur me parece libre de obstáculos.

—¿Así pues, es cierto que perseguimos a Gaulow? —preguntó La Candeur.

—¡Naturalmente!... ¡Hay que cogerle, cueste lo que cueste!...

—Y si logro alcanzarle, ¿qué hago con él?

—¡Pues bien, lo matas! Pero sin compasión. ¿Eh?... ¡Te juro que si yo lo encuentro, no me fallará esta vez!... Está sin armas... Ni defenderse podrá... ¡Y, sobre todo, nada de falsos escrúpulos!... ¡Nada de generosidad!... ¡Mátale como a un asesino que es, aplástale corno a una alimaña venenosa, que de vivir será siempre temible!...

—¡Pero en fin, o yo estoy soñando —gritó La Candeur—, o tú deliras! Ayer renacías a la vida al saber que Gaulow no había muerto. Me dices que tu casamiento con Ivana era imposible si su marido *no* vivía. ¡Hace un momento me hacías jurar que no le tocaría un pelo de la ropa, y ahora quieres que le mate!...

—Sí, si en algo me estimas, haz eso por mí...

En el colmo de la estupefacción, La Candeur continuó:

—¡Corres a su alcance luego de haberle prestado un caballo para huir!...

Pero Rouletabille ya no le oía. Había hecho un signo a Vladimir y ya se habían lanzado a todo galope por uno de los caminos que van de Hatjarboli a Tehorlou...

Ante este último punto tuvieron que detenerse; no habían visto a Gaulow; habían llegado en las proximidades de la línea férrea abandonada, a un punto en el que desembocáis las tres carreteras e iban a tropezarse con las

vanguardias turcas, cuyo «¡Quién vive!» oían en la noche, que comenzaba a poblarse de sombras mil... Del lado de Sarai, un reflector escrutaba las tinieblas. Era allí, entre Bunarhinar, Lule-Burgas, Sarai y Tehorlou, en aquel vasto cuadrilátero sumido en el silencio, en donde se preparaba el choque formidable en el que, en una batalla de cuatro días, iba a decidirse la suerte de la Turquía europea...

Rouletabille y Vladimir habían desmontado y disimulado tras un seto, desde donde podían vigilar el camino.

—Si La Candeur no le ha dado alcance, Gaulow se ha salvado una vez más —dijo Rouletabille—. ¡En ese caso, bien puede vanagloriarse de su buena suerte!...

—¡Ya lo creo! —exclamó Vladimir—. ¡Como que estará tan admirado como yo al verse libertado por nosotros!...

—Óigame, Vladimir, hay cosas que yo no puedo explicar; pero, por lo menos, es indispensable que comprenda usted una, la de que es absolutamente necesario que guarde silencio respecto a la manera cómo ha escapado Gaulow. ¿Puedo contar con usted?

—¡Completamente! De otra parte, no es este un acontecimiento del que pueda alabarme, ni del que guardaré un recuerdo muy agradable —añadió Vladimir, que seguía pensando en sus mil francos.

Rouletabille hizo como el que no entendía y dijo:

—Quisiera que llegara La Candeur; así aprovecharíamos lo que queda de noche para ganar camino hacia el Sur y evitar así la soldadesca. Remontando por Tehatalja, llegaríamos mañana a Constantinopla.

—¿Qué hay que hacer en Constantinopla?

—Recoger mi correspondencia —contestó con vaguedad Rouletabille—, y luego regresaremos al campo de batalla.

—¡Escuche, oigo un galope! —dijo Vladimir.

—¡Dos; son dos galopes! —rectificó Rouletabille—. ¡Ellos son!

Efectivamente, dos minutos más tarde llegaban La Candeur y Tondor. Rouletabille estaba de nueva a caballo.

—¿Nadie? —preguntó de lejos Rouletabille.

—¡Sí, le hemos visto! —contestó La Candeur que parecía sofocado.

—¿Y qué?...

—Pues... ya te contaré eso luego. ¡Lo que ha pasado ha sido terrible!...

—¿No le has matado?

—¡No!... ¡Pero he matado a otro!...

—¿A quién?

—¡A Atanasio Khetew!

—¡Qué has matado a Atanasio! —gritó Rouletabille estremeciéndose.

—¡Pues bien, sí; he matado a Atanasio! Es horrible, ¿verdad?

—¿Pero, cómo has hecho una cosa semejante?...

—Mira, ya te explicaré eso más tarde —dijo palpitante La Candeur—. ¡Hasta que no esté entre los turcos no tendré tranquilidad!... ¿Comprendes? ¡He matado a un oficial búlgaro!... ¡Larguémonos!...

—¡Sí, sí, larguémonos! —repitió Rouletabille—. ¡Oh! ¡Esto es espantoso!...

—¡Más que espantoso; es extraordinario! —dijo La Candeur.

Y partieron, reventando sus caballos. Hasta pasado un largo rato no amenguaron el paso de las cabalgaduras; cuando ya divisaron las alturas de Tehatalja. Rouletabille se volvió entonces hacia La Candeur:

—Ahora, cuéntame lo que ha pasado... ¡Has encontrado a Atanasio y lo has confundido con Gaulow!...

—¡No! ¡No!... ¡Es mucho más extraordinario que todo eso... Y te confieso que si esto dura un poco más, también yo voy a volverme loco!...

—¡Pero, cuenta, hombre cuenta!...

—Avanzábamos por la carretera Tondor y yo... Nos decíamos, que bien tú, o nosotros, acabaríamos por echarle el guante a Gaulow, ya que Tondor había tenido el cuidado de darle el peor caballo; cuando de pronto, divisamos al mismo Gaulow delante de nosotros, en un punto en el que desemboca un barranco...

—¡Ah! —exclamó Rouletabille.

—¡Ganábamos terreno!... A cada instante se volvía hacia nosotros... Ya nos faltaba poco... Cuando de pronto oímos, detrás de nosotros, el ruido de un galope... A nuestra vez nos volvemos, y la noche es tan clara que nos permite reconocer a Atanasio... A Atanasio que llegaba con la velocidad de un rayo... Venía, sin duda alguna, de Haijjarboli, en donde le habrían notificado la evasión de su prisionero, tras el cual corría, igual que nosotros...

Al verle, le gritó para tranquilizarle:

—¡Ya es nuestro! ¡Ya es nuestro!

Y de nuevo piqué con ambas espuelas; pero Gaulow, con supremo esfuerzo, había ganado algún terreno. Recordé entonces que me habías dicho que le matara como a un perro o como a una víbora antes que dejarle escapar. Saqué mi revólver y grité a Atanasio:

—¡No tema!... ¡Ya no se nos escapará más!...

Y disparé contra Gaulow.

Pero en el mismo instante llegaba Atanasio, y en lugar de lanzarse sobre Gaulow, como yo esperaba, cayó sobre mi con terribles sablazos...

Afortunadamente, mi caballo se desvió, de lo contrario me corta por la mitad... ¿No es verdad, Tondor?

—¡Oh! Por un instante le creí a usted perdido.

—¿Y entonces?...

—¡Ah! Entonces, la cosa ha sido rápida, ¿sabes? Yo no quería que me abriera en canal... Tanto más cuanto que juzgaba aquella agresión injustificada... ¡Cómo! ¿Un hombre a quien le hago el favor de correr tras su prisionero y que me lo agradece a sablazos? Le contesté con mi revólver; y si me di cuenta de que había fallado a Gaulow, también me la pude dar de que había acertado a Atanasio. ¡Ah! Vaciló en seguida sobre su montura y cayó al camino como un fardo; hizo así: ¡plaf!

—¡Plaf! —repitió Tondor.

Visto lo cual, Tondor y yo nos apeamos, pues ya no podíamos pensar en capturar a flauíow, que había desaparecido a campo traviesa... Nos inclinamos sobre Atanasio para saber lo que de él era... ¡Pues bien; estaba muerto!...

—¡Muerto! —repitió Tondor.

—¡Todavía estoy lívido!

—¿Estás seguro de que ha muerto? —preguntó Rouletabille pensativo.

¡Qué si estoy seguro! Ausculté su corazón y ya no latía. Es indudable orne está muerto; pero él se lo ha buscado... ¿Estás muy incomodado conmigo, di?

—Óyeme —dijo Rouletabille—, todo esto es espantoso... y, la verdad, yo hubiera preferido que mataras a Gaulow.

—Amigo mío, hice lo que pude...

—Sí, no lo dudo —reanudó Rouletabille, que en el fondo parecía mucho más preocupado que dolido—; pero no habrá que hablar...

—Me callaré, si eso te puede dar gusto; pero en lo que a mí respecta, no tendré vergüenza alguna en confesar que he matado de un tiro a un señor que quería dividirme de un sablazo... ¡Vaya un señor grosero!...

Vladmir, que nada había dicho aún, dio su opinión:

—Ese hombre no tiene más que lo que ha merecido.

Después de estas palabras, ya nadie se volvió a ocupar de Atanasio.

CAPITULO V

CUESTIONES FINANCIERAS

MIENTRAS que Rouletabille estaba silencioso, Vladimir hizo un gran elogio de Constantinopla, que conocía a fondo y cuyo encantador aspecto elogió.

—¿Hay alguna buena cervecería? —preguntó La Candeur.

—¡Excelentes!... ¡En Constantinopla se encuentra lo que se quiera!...

—No pido tanto —replicó La Candeur—; ¡con tal de que se pueda tener un buen bifeck con patatas y un *buendoble!*...

—¡Lo malo es que no hay con qué pagarlo! —dijo Rouletabille, que se acordaba de pronto, en el momento de entrar en la capital, que no disponían ni de un céntimo.

—¡No es dinero lo que falta! —dijo La Candeur con aire desenvuelto.

—Claro; pero hasta que el periódico nos lo envíe, no sé cómo nos las vamos a arreglar; pues nos hace falta en seguida, para enviar los telegramas.

—No te preocupes por eso —reanudó La Candeur—. Tengo dos mil francos.

—¿Qué tienes dos mil francos?

—¡Ya comprendo!... —gritó alegremente Vladimir—. Los habrá cogido del bolsillo de Atanasio.

—¡Oh! —exclamó Rouletabille deteniendo su caballo—. ¡Eso no es posible!...

—¡Ese eslavo me repugna! —dijo La Candeur volviéndole la espalda a Vladimir.

—Pero, en resumidas cuentas, ¿de qué son esos dos mil francos? —preguntó Rouletabille.

—Son los dos mil francos del señor Priski.

—¡Los dos mil iraníes del señor Priski! ¿Qué nuevo cuento es ese?

—¡La exacta verdad!... ¿Recuerdas que en Kirk-Kilissé el señor Priski le dio mil francos a Vladimir, que yo no quise admitir?...

—Sí; pero esos mil francos los ha perdido Viadimir en Haijjarboli.

—Espérate. ¿Recuerdas aún que en Stara-Zagora, el señor Priski, me quiso dar los otros mil francos que nos debía?

—Perfectamente; pero los rechazaste honradamente.

—Cierto... Y por otra parte, el señor Priski no volvió a insistir; pero cuando le vi al día siguiente le dije:

«Señor Priski, le he rechazado los mil francos porque estaba entendido que yo no los cobraría... ¡Pero Vladimir cuenta con ellos, méталos, pues, en un sobre y yo los entregaré personalmente a Vladimir!...

El señor Priski, que es un hombre honrado y que no quería faltar a su palabra en vísperas de ingresar en el convento, me contestó:

—Cosa prometida, cosa debida: ¡Aquí los tiene!

Metí el sobre en mi bolsillo, prometiéndome dar aquel dinero a Vladimir en la primera ocasión; no me di mucha prisa, sabiendo lo gastador que es... Pero esta noche, como Vladimir había perdido iodo su dinero con aquellos búlgaros y parecía muy desconsolado, saqué de mi bolsillo el sobre para entregárselo. Sólo que en aquel instante llegó Tondor y sobrevino todo aquel tumulto... Vladimir les siguió fuera del patio... Las tres cuartas partes de los jugadores se habían dispersado, mientras que el oficial acababa de gritarme: «Tome usted la banca ahora»... Aquel desafío llegaba en el preciso instante en que me hacía las más tristes reflexiones sobre la necesidad de dejar a los búlgaros un dinero que tan bien hubiera espado en nuestro bolsillos. Así, pues, no pude resistir al deseo de ganarlo todo, y así sucedió... El oficial regresó después de haberos marchado y la partida se reanudó. ¡Y con los mil francos de Vladimir, he vuelto a recuperar los mil que habíamos perdido!

—¡Hurra! —gritó Vladimir.

—Esto explica el motivo de tu tardanza, La Candeur —dijo Rouletabille, que también se hallaba satisfecho.

—¡Justamente!... —replicó La Candeur.

—¡No has empleado mucho tiempo en ganarles ese dinero!...

—¡Los búlgaros se habían, emperrado con el cuadro del 22!... Pero con este reloj sé muy bien de qué manera hay que operar para que no salga el cuadro del 22...

—¡Las dos cocotas! —dijo Vladimir.

—¡Es la primera vez que esas señoras me traen la buena suerte! —contestó La Candeur.

CAPITULO VI

EN CONSTANTINOPLA

A QUELLA tarde, a la hora del te, no se hablaba más que de la terrible derrota de los turcos en los salones de la embajada de Francia, en donde, con su habitual atractivo, la embajadora y el embajador acogían a algunos representantes de la prensa francesa. Reunión íntima aquella, en la que se cambiaban las últimas noticias del día.

En un rincón se oía atentamente a Rouletabille, que había llegado días antes a Constantinopla inesperadamente y que halló el medio de salir para asistir al formidable duelo. Había regresado en medio de un desastre sin precedentes. Relataba cómo durante los cuatro días de batalla, estuvo encerrado Abdullah-Pachá, generalísimo del ejército turco, en una casita de Sakiskeui, en donde había establecido su cuartel general. Allí lo halló Rouletabille por una casualidad. El generalísimo se moría, literalmente, de hambre y sus ayudantes arañaban con sus uñas la tierra de un estéril jardincillo, con el fin de extraer raíces de maíz que hacían desliar y cocer con un poco de harina. ¡Aquello era todo lo que tenía que comer el general en jefe de un ejército de 175.000 hombres!...

Rouletabille había dado a Abdullah-Pachá algunas latas de conserva de que se hallaba provisto y durante tres días fue el reporter quien había alimentado al general en jefe.

—¡Sí; pero en cambio estaba usted en primera línea para saber noticias! —le hizo observar uno de los secretarios.

—No lo crea usted —replicó Rouletabille—. Ese pobre general era el último que no sabía nada... No tenía ni telégrafo, ni teléfono de campaña, ni aeroplanos, ni nada... Los caminos estaban tan malos que ni de correos disponía. ¡He sido yo quien, a costa de mil dificultades, le dio la noticia de la derrota de sus tropas en los alrededores de Turkbey!

—En fin, que asistimos a la ruina de Turquía... —le dijo un colega.

—¡Oh! La ruina... ¡Mucho decir es!... Si quisieran defender Tehataldja... —contestó Rouletabille.

—En ludo caso, vamos a asistir a una revolución —replicó el periodista.

—Corre el rumor de que Abdul-Hamid tiene probabilidades de subir al trono —añadió otro.

El embajador se aproximó a Rouletabille y le dijo:

—Le felicito a usted. Acabo de recibir un telegrama que se refiere a sus interesantes crónicas.

Rouletabille enrojeció de placer.

—¿Pero, cómo se las arregla usted para enviarlas? Si no es indiscreción preguntárselo —le preguntó un reporter.

—De ninguna manera. Tengo a mi servicio un transilvano llamado Tondor, muchacho muy listo, que las lleva a Rumanía... De esta manera me evito muchos retrasos e inconvenientes.

En aquel momento entró La Candeur, quien, al inventar besar la mano de la embajadora, como había visto hacer a Rouletabille, se enredó el pie en una alfombra y estuvo a punto de caer; pero, afortunadamente, se cogió fuertemente a la mano del embajador, aproximándose luego, todo ruborizado por su torpeza, a su jefe y le entregó un pliego.

—¿Ha venido Tondor?

—Sí.

¿Permiten ustedes, señores? ¡Noticias de París!...

Era una carta de su director.

Rouletabille leyó con disimulada alegría los elogios de que estaba llena. *La Época* había triunfado en el asunto de Marco el Valaco... Y todos los lectores de *La Nueva Prensa*, que se habían interesado desde los primeros artículos de aquel extraño corresponsal, habían ido a buscar la continuación en el periódico rival bajo la firma de Rouletabille. Se había conocido, al fin, la verdad sobre la toma de Kirk-Kilissé, y el director de *La Época* escribía al reporter: «Continúe usted, amigo mío, y no engañe nunca con falsas informaciones. Eso hay que dejarlo a los periodistas de ocasión y a Marco el Valaco.»

—¿Qué dicen de París? —preguntó el intérprete.

—Dicen que los búlgaros estarán en Constantinopla antes de ocho días y que celebrarán el domingo próximo la misa en Santa Sofía.

—¡He ahí la obra de los jóvenes turcos! —dijo uno.

—¡Y de los alemanes! —añadió otro.

—¿Saben ustedes que se espera de un momento a otro a Abdul-Hamid? —dijo un oficial de marina aproximándose—. Hemos recibido a bordo del *Gambetta* un inalámbrico, comunicándonos que el ex sultán y su harem habían embarcado en Salónica a bordo del vigía alemán *Lorelei*... Y que este ha puesto inmediatamente proa hacia los Dardanelos.

Rouletabille tomó a La Candeur aparte:

—¿Está Vladimir en su puesto?

Acabo de verle... Nada de nuevo.

Un periodista dijo:

—El gobierno ha obrado con prontitud. Ya saben ustedes que por nada del mundo quería volver a ver a Abdul-Hamid en el Bósforo; pero le han denunciado una conspiración que estaba a punto de estallar en Salónica, y entonces es cuando se ha decidido a dar órdenes.

—¿Se ha detenido a los conspiradores? —preguntó un secretario.

—Otra pequeña sesión de horca para distraernos —bromeó un joven agregado, imberbe aún.

—¡Qué horror! —exclamó la embajadora.

La Candeur, palidísimo, miraba a Rouletabille, quien rosado y jovial no parecía importunado por los remordimientos.

Pero el oficial de marina añadió:

—Tranquilícese usted, señora; los patíbulos holgarán por esta vez... El gobierno, en efecto, ha encontrado las pruebas de la conspiración en las casas de los conspiradores; pero estos habían huido...

—¿Está usted seguro?

—Completamente. Sé que pudieron ganar Trebizonda por vía marítima, desde donde han tomado un vapor con destino a Odesa. ¡Por una milagrosa coincidencia, al mismo tiempo que eran delatados se les advertía de la delación!

La Candeur respiró ruidosamente. Rouletabille sonreía.

—Estoy seguro —dijo el intérprete—, de que Abdul-Hamid no debe tener un gran interés en recuperar el trono en estos momentos, si sabe lo que pasa.

—¡Pero, cómo no lo sabe!

—Pues bien; habrá que ver su cara, si ya de nuevo sultán, le dicen que quizá va a perder Constantinopla y Yildia-Kiosk...

—Y la cámara del tesoro —añadió riendo el intérprete.

—¡Ah! Sí, la lamosa cámara del tesoro —repitieron a coro todos los presentes.

—Pero, en fin, ¿ha existido realmente? —preguntó la embajadora.

—¡Existe! —contestó el intérprete—. De esto no cabe duda alguna... Y no soy solo en creerlo.

—¿Quién más cree en su existencia?

—¡El gobierno actual, que ha hecho lo imposible por descubrirla y que no lo ha conseguido!...

—¡No es posible!

—Ya saben ustedes que los jóvenes turcos lo revolvieron todo en Yildis-Kiosk, al día siguiente de la revolución.

—Sí, y no encontraron nada...

—Que no encontraron nada... Que no encontraron nada... Eso no ha terminado aún... De todas maneras, algo se ha sabido, y a mí me ha enterado Zekkybey, el ministro del Interior, que tampoco creía en la cámara del tesoro...

—¿Y qué han logrado saber? —preguntó Rouletabille a quien aquella conversación parecía interesar grandemente.

—Gracias a un hábil espionaje, ejercido cerca de una ex cadina de Yildis-Kiosk, han sabido...

—Apuesto que se refiere a Canendé Hanoum —interrumpió el joven agregado—. ¡Qué de absurdos se le atribuyen! ¡Han puesto en su boca tantas tonterías sobre la antigua corte del sultán caído, que no sale de su casa, e incluso, según dicen, ha decidido cerrar su puerta a todas sus amigas!...

—Se trata, en efecto, de Canendé Hanoum... Se le atribuyen tantas cosas porque se sabe que está muy bien informada. Ha tenido el don de saber envejecer y la habilidad de continuar hasta el fin en el favor de Abdul-Harrid, que con preferencia se confiaba a ella. En fin, les cuento lo que me han contado. ¡Canendé Hanoum tiene la seguridad de que existe una cámara del tesoro!

—¿La ha visto ella?

—No, ella no la ha visto.

—Siempre la misma historia.

—Pero parece ser que ha visto al sultán ir a ella con frecuencia... Y para ir, tenía que pasar siempre por el corredor de Durdane, y por él volvía a pasar cuando regresaba...

—¿Y entonces? —preguntó curiosa la embajadora.

—Entonces, buscaron por lodo el corredor y no hallaron nada... He aquí por qué Zekkybey es tan escéptico.

—¿En dónde terminaba ese corredor? —preguntó el primer secretario.

—Iba a dar a un kiosco cerrado, transformado en jardín de invierno, en el que todo lo han puesto patas arriba, sin encontrar nada; pero si siguen buscando...

—A mí —dijo el oficial de marina—, me han contado ¡otra cosa... Un día que me deslizaba en calque por las aguas del Bósforo, no lejos de las ruinas de Tcheragan, atrajo mi atención una especie de pontón amarrado al costado de la estación de los barcos de vapor. Sobre este pontón, había una cabaña de la que salían buzos... Pregunté a qué clase de trabajos se entregaban aquellos hombres, y uno de los caidgis me dijo que el gobierno había ordenado un estudio del terreno submarino para la edificación de una «escala», destinada a servir de estación modelo para los barcos de vapor. Como esto pasaba, precisamente, enfrente del jardín del sultán, y se hablaba mucho en aquellos días de la famosa «cámara del tesoro», dije riendo: «Quizá busquen la cámara del tesoro en el fondo del Bósforo!...» Había dicho yo aquello como una humorada, sin concederle, importancia alguna, cuando Mohammed Mahmoud Effendi, con quien paseaba aquel día, dijo: «¡Quién sabe!» Y se puso a mirar atentamente lo que en el pontón pasaba. Había ordenado a los caidgis que se detuvieran; pero inmediatamente se nos acercó un caique, en el que se hallaba un comisaria, rogándonos que nos alebramos. Entonces Mohammed Mahmoud Effendi me dijo:

—¡Tome! ¡Tome! ¡He ahí una cosa rara!... ¿Acaso será verdad lo que ha dicho Canendé Hanoum?

—¿Y qué es lo que ha dicho? —le pregunté.

—Se atribuye a ella la indicación de que si quería hallar la cámara del tesoro, había que buscarla en el Bósforo; pues el sultán no le había ocultado que nada temía por la cámara, ya que podía inundarla con un gesto; de esto saca la conclusión Canendé Hanoum, que dicha cámara comunicaba con el Bósforo.

—¡Vaya una historia, por cuatro buzos! —dijo Rouletabille.

—¿Los ha contado usted? —preguntó sonriendo el oficial.

Rouletabille enrojeció.

—¿Por qué no?... Los he visto como Todo el mundo... Siempre me distrae el ver a los buzos descender al fondo del mar... Y confieso a ustedes, que hubiera dado con gusto algunas piastras por ocupar el lugar de uno de ellos...

—¡Ah! ¿También usted quisiera descubrir la cámara del tesoro?

—¡Yo! ¡De ninguna manera!... Pero me imagino que debe ser una cosa muy curiosa hallar el fondo submarino del Bósforo... ¡Con cuantos recuerdos

se debe tropezar a cada paso! ¡Piensen si no, en las innumerables pueblos que, desde el comienzo de la historia, han pasado y repasado su estrecho y de lo que han debido dejar caer a su paso!

—¡Sí —opinó La Candeur con suficiencia—; qué depósito de inmundicia!

—¡Qué tumba, mejor dicho!... —rectificó el intérprete—. ¡Debe estar lleno de cadáveres!... Pero esos buzos no deben ver gran cosa...

—Eso es lo que le engaña —dijo el oficial de marina—. Los he visto lo bastante para asegurar a usted que están perfectamente equipados, y que gozan del último confort moderno, si me atrevo a expresarme así. Además, tienen libertad de movimientos, sin estar, como antaño, retenidos por esos cables y esos tubos de caucho que hacía de ellos unos prisioneros...

—¿Pero, entonces, capitán, cómo hacen para respirar? —preguntó el primer secretario.

—Respiran gracias a un depósito de hierro batido en el que han almacenado el aire bajo una presión fortísima. Este depósito, se fija a la espalda por medio de unos tirantes. De su interior, el aire, mantenido por un mecanismo de fuelle, no puede escaparse, sino a su tensión normal. Dos tubos, uno aspirador y otro respirador, parten del depósito, terminando en una esfera de cobre guarnecida de lentes de cristal, que va fija al cuello del buzo...

Este lleva, además, en su cinturón, un aparatito de alumbrado eléctrico de lo más sencillo y cómodo, y que proyecta en el agua una luz blanquecina, muy suficiente para ver a una distancia de quince metros.

—¡Ah! ¡Eso debe ser maravilloso! —exclamó Rouletabille con acento entusiasta y cándido a la vez.

—¡Lo que debe ser, es espantoso! —dijo el joven agregado—. ¿Qué se verá allí, si pensamos en todos los desgraciados y desgraciadas que los sultanes han hecho arrojar al Bósforo, metidos en un saco de cuero y con una piedra alada a Los pies?

—¡Quiere usted callarse!

—¡Bah! Eso es la historia... Los sacos, ahora, deben estar podridos y puede que no queden más que los cuerpos, los esqueletos, que deben flotar entre dos aguas, sujetos por los pies... Qué ejército de espectros submarinos... ¡Decididamente, no seré yo quien intente tal viaje, pues no debe ser muy divertido!

En aquel momento hizo su aparición un nuevo personaje. Al verle, exclamaron todos:

—¡Kermoree; pero se os creía en Salónica!...

—¡De allí llego en este momento; y de qué manera!... ¡Con Abdul-Hamid!...

—¿Cómo?

—No hallé otro medio para reunirme con ustedes y he tomado pasaje en el *Lorelei*, el aviso alemán que os trae a Abdul-Hamid...

—¡Abdul-Hamid en Constantinopla! —gritó Rouletabille—. Señora, señor embajador, excúsenme; la necesidad del reportaje... Tengo que enviar un telegrama a mi periódico.

CAPITULO VII

EL LORELEI

UN minuto después estaba en la calle con La Candeur, y ambos echaron a correr en dirección al gran puente, que atravesaron. Pasado el Cuerno de Oro, deslizaronse a través de las calles de Estambul; pero a cada instante se veían detenidos por verdaderas muchedumbres de refugiados. La circulación se hacía imposible. Había interminables filas de carros tirados por bueyes, en los que se acostaban mujeres y niños en medio de sus cofres y ropas. Todos aquellos desgraciados, huyendo del azote de la guerra, habían abandonado sus pueblos y caído sobre Constantinopla. Acostábanse al aire libre, en plena calle, en las plazas, en el interior de las mezquitas. Rouletabille y La Candeur consiguieron llegar, sin embargo, a la punta del Saraï, no lejos de la línea férrea, y allí penetraron en una casucha, a cuya puerta les esperaba Tondor.

—¿Y Vladimir? —preguntó Rouletabille.

—Se ha marchado en su caique apenas estuvo a la vista el vigía alemán, al que ha seguido. Ha dicho que se reúnan con él en la escala de Dolma-Bagtché...

—¡Perfectamente! —dijo Rouletabille visiblemente satisfecho.

Y después de dirigir una oleada sobre la vista nocturna del Bósforo, en donde se encendían los fuegos reglamentarios del vigía, mientras que se deslizaban las luces de los caiques yendo y viniendo de la costa de Asia a la de Europa, ordenó a La Candeur y Tondor que le siguieran, y los tres volvieron a tomar el camino de Galata.

Rouletabille estaba pensativo y no prestaba atención alguna a lo que a su alrededor pasaba. Al remontar la calle de Pera, no le ofuscaron el son de las orquestas, la alegría de las terrazas de los cafés, las luces de los teatros y cafés cantantes y las de los establecimientos, y todo el movimiento indiferente de aquella ciudad cosmopolita, capital de un imperio que, sin embarco, acababa

de ser herido en el corazón. No pensaba más que en una cosa, no repetía más que una cosa: ¿Será ya Ivana la presa de Abdul-Hamid? No lo creía; pensaba haber obrado a tiempo asumiendo la responsabilidad de denunciar la conspiración, y esperaba que Abdul-Hamid habría abandonado Salónica antes de reunirse con Kasbeck e Ivana.

La Candeur, que tenía sed, hubiera querido detenerse en una cervecería; pero Rouletabille le empujó violentamente y al llegar al extremo del cuartel de artillería, le obligó a tomar rápidamente el camino que conducía a Dolma-Bagtché. Cuando llegaron a la escala se oyeron llamar desde un caique. Era Vladimir.

—¿Qué hay? —interrogó Rouletabille saltando al fondo del caique.

Vladimir señaló la enorme sombra de un navío en rada.

—El *Lorelei* —dijo.

—¿Y está...?

Estaba palpitante, sin ocultar su angustia.

—Sí —dijo Vladimir—, le he visto.

—¿Has visto a Kasbeck? —volvió a preguntar Rouletabille con voz ronca.

—Sí, ha desembarcado del *Lorelei*.

—¿Solo?...

—Sí, ha desembarcado solo...

—¡Dios mío! —gimió el reporter ocultando la cabeza entre las manos.

Para él era aquello lo peor... La catástrofe... Y para ella... «¡La pobre niña, la pobre niña!...» No pudo decir más que eso, y lloró. Ya no cabía duda: Kasbeck había llegado a tiempo a Salónica para «llevar» a Ivana a Abdul-Hamid, y después de haber hecho aquel hermoso regalo al sultán destronado, había desembarcado solo del *Lorelei*, abandonando a Ivana a las fantasías del amo.

Tondor, Vladimir y La Candeur callaban, rodeando a Rouletabille.

Por fin, éste levantó la cabeza.

—¿Dónde está Kasbeck?

Vladimir señaló de nuevo al vigía alemán.

—Pero tú no me has dicho que le viste desembarcar...

—Sí, solo, en un caique; pero ha regresado a bordo.

—¿Te vio a ti?

—¡No!

—¿Has conseguido saber algo?

—Lo que todo el mundo sabe: que dentro de unas horas desembarcarán a Abdul-Hamid y su séquito y que lo van a encerrar con su harem en el palacio

de Beylerbey, en la costa de Asia.

Abdul-Hamid lleva con él once mujeres.

—¡Exacto! ¡Exacto!... ¡No tenía más que diez, conocemos la undécima!...

—Once mujeres, dos eunucos y su último hijo recién nacido.

—¡Hay que ver a Kasbeck!... Es preciso que hable con Kasbeck — declaró Rouletabille con nueva energía.

—Si llega un momento antes le hubiera visto descender por esta escala.

—¿Qué ha ido a hacer en Pera? ¿Le has seguido?

—¡Ya lo creo! En seguida de saltar a tierra, se fue en dirección de la plaza de Top-Hané. Antes de llegar a ella se detuvo en una callejuela, penetrando en una casa de aspecto antiguo y más cerrada que una fortaleza. Esfuvo allí unos cinco minutos, regresando luego y dando orden a sus caidgis de conducirlo al *Lorelei*.

—¿Reconocerías la casa en donde él entró?

—Sí... Por otra parte está habitada por una personal muy conocida... He tenido tiempo de informarme.

—¿Por quién?... ¡Habla!...

—Por Canendé Hanoum....

—¡Gracias! —dijo Rouletabille estrechando la mano de Vladimir—. ¡Quizá no esté todo perdido! En todo caso, debemos obrar como si aún pudiéramos salvarla... ¡Y aun a despecho de la suerte que haya cabido a la desgraciada, hay que arrancarla de allí! ¿No es verdad, amigos míos? ¿Queréis intentar conmigo el último esfuerzo?

—¡Rouletabille —dijeron ambos—, te somos adictos hasta la muerte!

—¡La salvaremos!... ¡La salvaremos!... ¡Quizá no sea tarde aún esta noche... y yo quiero triunfar esta noche!...

—Sin embargo, supongo que no te pasarás otra soche en Yildis-Kiosk — protestó La Candeur.

—¡La última, La Candeur..., y fe juro que esta noche triunfaremos!...

La Candeur movía la cabeza.

—Sabes bien que lo hemos visto todo, que lo hemos visitado todo... Todo. ¿A qué insistir? ¡Tantos tesoros hay en Yildis-Kiosk, como en mi bolsillo!... Si quieres intentar algo, sería mejor que arriesgáramos un golpe del lado del *Lorelei* o del palacio Beylerbey...

—¡Sería una locura! —repuso Rouletabille—. ¡Figúrate si habrá tropas alrededor de Abdul-Hamid, y si tanto él como su harem van a ser custodiados! ¿Raptar una mujer en el momento de desembarcar? Caerían

sobre nosotros todos los caidgis en rada... ¡Una locura!... ¡Sí, sí, volvamos a Yildis-Kiosk!... ¡Te aseguro que triunfo esta noche!... ¡Que yo descubra esta noche los tesoros de Abdul-Hamid y ya veremos si no nos devuelve a Ivana!...

Vladimir levantó a su vez la cabeza:

—¡Pienso como La Candeur!... ¡Lo hemos visto y tocado todo!...

—¡Eso es lo que os engaña —dijo Rouletabille—, no lo hemos tocado todo!

Y el reporter saltó al último escalón. La Candeur descendió a su vez.

Y Vladimir se disponía a seguirle.

—No —dijo Rouletabille—, usted, Vladimir, quédese aquí... O mejor dicho, no. Váyase ante la casa de Canendé Hanoum... Vigílela, pues Kasbeck volverá, con seguridad, y no es probable que vuelva por esta escala, por consiguiente, es inútil esperarle aquí... No le pierda de vista...

Dijo y arrastró a La Candeur por el dédalo de callejuelas oscuras que conducían hacia Yildis-Kiosk. Sin embargo, a La Candeur le sorprendió el ver a Rouletabille oblicuar a la derecha y alcanzar la orilla, cerca de las ruinas de Tcheragan.

Aquel lugar estaba desierto y tenebroso.

La Candeur se dejó guiar hasta el agua que chapoteó a sus pies.

Preguntábase a dónde quería llegar Rouletabille; pero en la sombra vio a éste inclinarse hacia una barquichuela amarrada a una estaca y que la atraía hacia sí. Hizo subir a La Candeur y empuñó los remos, luego de haber desatado la amarra.

CAPITULO VIII

EL BÓSFORO DE NOCHE

PASARON silenciosamente ante las ruinas y los jardines de Yildis y, bordeando la orilla, se deslizaron hacia Orta-Keui.

Antes de llegar a la estación de los barcos de vapor, se detuvieron en la sombra Opaca de un pilotaje que soportaba viejas casuchas que parecían abandonadas.

Allí esperaron.

El Bósforo quedábase de más en más silencioso y desierto. Todo movimiento cesa temprano sobre aquellas tranquilas aguas; las luces de los barcos estaban ahora inmóviles, como si fueran estrellas; el viento helado del mar del Norte, en el silencio de las cosas, dejaba oír su lúgubre ulular.

Siguiendo la mirada de Rouletabille, vio La Candeur que se fijaba con obstinación sobre una especie de pontón que flotaba a unas sesenta brazas de allí, retenido por amarras y anclas.

Así transcurrió un cuarto de hora.

—¿No has oído nada? —preguntó quedamente Rouletabille.

La Candeur contestó con un signo negativo.

—¡Es raro! Me había parecido percibir un ruido que venía del pontón.

—Pues yo nada he oído.

—Bueno, vámonos.

Y Rouletabille empuñó los remos, aproximándose al pontón con infinitas precauciones, evitando el chapoteo del agua que hubiera podido traicionares; pero el pontón parecía desierto.

Abordaron, amarraron la barca y treparon.

Cuando estuvo La Candeur sobre el pontón, se puso a andar a gatas, imitando a Rouletabille. Sobre aquel pontón había una cabaña a la que

abordaron por detrás, del lado opuesto a la puerta, llegando así hasta una ventana que, con gran sorpresa de Rouletabille, estaba entreabierta.

La luna se mostró en aquel instante y los dos jóvenes se aplastaron contra el pontón con movimiento instintivo. Por fin, Rouletabille pudo llegar hasta la ventana y, levantándose silenciosamente, miró al interior de la cabaña.

Casi al instante se dejó caer, lanzando un suspiro, en los brazos de La Candeur.

Asustado éste, miró a su vez.

—¡Oh! —exclamó—. Gaulow.

—¿Es él, verdad? —preguntó Rouletabille.

—¡Oh! Sin posibilidad de error...

Rouletabille recordó entonces la conversación sorprendida en la Karakoulé, entre Kasbeck y Gaulow. Kasbeck quería hacer confesar a Gaulow que éste había ido a buscar la «cámara del tesoro» del lado de las ruinas de Tcheregan..., y Gaulow lo había negado...^[10] Rouletabille tenía ahora la prueba, no solamente de que Kasbeck había dicho la verdad, sino de que Gaulow seguía buscando...

En cuanto a La Candeur, le vino a la memoria todo lo que habían contado en la embajada sobre los buzos, pues estaban allí, en su mismo pontón... y acababan de sorprender a Gaulow en una de las dos habitaciones de la cabaña, en el momento de revestirse el pesado uniforme de aquellos obreros submarinos...

Se arrastraron a lo largo de la cabaña y siguieron esperando...

Minutos más tarde se abrió la puerta y con pasos lentos, pisando como una estatua de piedra, avanzaba un hombre prudentemente, en la sombra de la cabaña, levantando con dificultad unas botas que parecían sujetas al pontón, dirigiéndose a una escala adosada contra éste y que se hundía en el Bósforo.

El hombre penetró en el agua, llevando con él una especie de azadón que había sujetado a su cintura. De tramo en tramo, iba hundiéndose. Bien pronto no se le vio más que el tronco; luego, ya no se vio más que la enorme bola de cobre que encerraba su cabeza y ésta, al fin, desapareció...

Rouletabille había sujetado a La Candeur que había querido precipitarse sobre el monstruo, cuando el ligero burbujeo que se había producido al penetrar el hombre en el agua se hubo colmado, y recobrado el líquido su inmovilidad, Rouletabille se llegó hasta la escala y allí puso su oreja sobre uno de los montantes. Así esperó cinco minutos.

—¿Por qué no has querido...? —preguntó La Candeur con voz sorda.

—Porque una lucha podría atraer la atención y nunca hemos tenido tanta necesidad de silencio —dijo Rouletabille—. Por otra parte, se hubiera podido defender con el azadón.

Mientras decía esto, desataba las cuerdas que sujetaban la escala al pontón. Cuando estuvo desatada, ayudado por La Candeur, la tiraron al agua y, al verla llover, la abandonaron a merced de la corriente.

—Tienes razón —dijo La Candeur—. Esto es mejor. ¡Habrás que ver su cara sumergida en el agua, cuando no encuentre la escala!... ¡Uno más, del que ya no oiremos hablar!

—¡Y ahora, vivo, manos a la obra!

—¿Qué hay que hacer?

—¡Sígueme!

Penetraron ambos en la cabaña, cuya puerta no tuvieron más que empujar. Una vez en ella, entraron en la primera habitación, en la que había amontonadas bombas, tubos, cuerdas y una máquina y depósitos de aire comprimido, tal como los había descrito el oficial de marina en la embajada de Francia.

En la segunda habitación había trajes de buzo, esferas de cobre, lamparitas eléctricas, todos los elementos, en fin, necesarios para las investigaciones que el gobierno había ordenado hacer en el Bósforo. Llegada la noche, se encerraba todo aquello en la cabaña.

Rouletabille pudo darse cuenta en seguida que ciertos depósitos estaban llenos de aire, listos para funcionar, y entregó a La Candeur dos de ellos y cuatro botas de plomo, cargando él con dos cascos, dos trajes y dos picos, hecho lo cual, ambos reporters volvieron a la barca.

—¿A dónde vamos con esto? —preguntaba La Candeur—. ¡Vaya un lío!

—Espérate, y sígueme de prisa.

—¿Es que también nosotros vamos a descender al fondo del Bósforo?

—¡Cá!... Hace ya mucho que el gobierno busca en él durante el día y Gaulow durante la noche... Como ves, ninguno de los dos ha conseguido nada... ¡El Bósforo es muy grande!... Y ahora, cállate, ni una palabra más...

—Entonces, si no son para descender al Bósforo, es que te llevas esos chismes como recuerdo...

—Te he dicho que te calles...

Abordaron en la orilla de Orta-Keui, en donde desembarcaron, y cargados con sus curiosos bultos, se deslizaron en los jardines del ex sultán. No podían temer encontrar e con alguien en aquel desierto barrio, ni en los jardines en aquella hora de la noche. Penetraron en ellos saltando sin vacilar un muro,

aunque la obscuridad era profunda, pues la luna habíase ocultado de nuevo tras los nubarrones que sobre el Mármara se habían acumulado viniendo del Norte.

Los jóvenes parecían conocer perfectamente el camino, que, sin duda alguna, habíanle frecuentado mucho en las noches precedentes.

La ruta a seguir por entre los jardines, era larga; pero los reporters no se detuvieron a soñar en aquellos lugares históricos, que tantas y tan horribles cosas contemplaron...

Los palacios y jardines de Yildis-Kiosk, ocupaban las cimas y declives de las colinas de Bechnick-Tach y Orta-Keui, así como los valles intermedios; aquello es inmenso. Allí, prisionero voluntario, vivió Abdul-Hamid durante treinta y dos años, rodeado de un pueblo de cortesanos, espías y parásitos. Según cuentan, de Yildis-Kiosk salían todas las noches condenados a muerte, al destierro y a la deportación.

Allí fueron ordenadas y organizadas las espantosas vísperas armenias, y, finalmente, en Yildis fue donde Abdul-Hamid firmó, en 26 de abril de 1908, su caída, y tuvo que abandonar, llorando como un niño, los tesoros, que se hallaron en parte... Y que todavía siguen buscando...

Luego de franquear el altísimo muro del jardín interior, ayudándose de las numerosas desprendiciones, que conocían como si las hubieran causado ellos mismos, La Candeur y Rouletabille hallaron el famoso «río interior», cuya creación costó sumas fabulosas, y en el cual gustaba pasearse Abdul-Hamid en canoa automóvil, acompañado de sus sultanas favoritas.

¡Cuántos fantasmas se podían evocar en aquellas orillas, antaño sagradas y profanadas ahora por el infiel!

Pero nuestros jóvenes no estaban allí para evocar a los muertos... ¡Intentábase salvar a una viva y venían a buscar su rescate!...

CAPITULO IX

EN EL QUE LA CANDEUR LAMENTA AMARGAMENTE
POSEER UNA CABEZA TAN GRANDE

NO lejos del río artificial, había un grupo de construcciones que antiguamente comunicaban misteriosamente con el harem por un largo subterráneo. En aquel grupo existían dos kioskos, unidos entre sí por un corredor llamado el «corredor de Durdané».

En uno de ellos, gustaba Abdul-Hamir permanecer; pues desde aquel lugar, que era muy elevado, podía, con la ayuda de un completísimo juego de anteojos de, larga vista y telescopios, contemplar, con todo detalle, Estambul y la costa asiática, y sorprender a veces, las idas y venidas de sus oficiales, a quienes gustaba mortificar; el otro kiosko estaba transformado en jardín de invierno.

Rouletabille y La Candeur penetraron en el corredor de Durdané por un postigo, cuando se hallaron en aquel largo y oscuro pasadizo, se dirigieron a tientas al jardín de invierno. Allí, la obscuridad era menos densa, pues la poca claridad que flotaba en la noche exterior, penetraba en aquella vasta pieza por altas ventanas, en forma de ojiva, que se abrían en el muro, y por grandes huecos practicados en el techo... Árboles, de los que emanaban las más raras esencias, tendían hacia los jóvenes los nudosos brazos de sus ramas. Pero ni Rouletabille ni La Candeur, parecían medrosos.

Rouletabille había conducido a La Candeur hasta el borde de un vasto estanque, sobre cuyas aguas flotaban nenúfares.

—Oye, supongo que no volveremos a empezar —dijo La Candeur.

¡Ah! ¡Cómo parecían conocer el corredor de Durdané y las sinuosidades del jardín de invierno!... ¡Habían visitado todos sus rincones, palpado todas sus arboledas, contado todas sus flores, tanteado todo su suelo!...

—¡No hay rincón que no hayamos reconocido!... ¡Sí, hay una cosa que no hemos tocado!

—¿Cuál?

Rouletabille mostró un reflejo en la oscuridad.

—¿El qué?... Nada veo...

—¡Eso!...

—¡El agua!...

—¡Sí, el agua!... Y si realmente el corredor de Durdané conduce a la cámara del tesoro, el camino es el agua, puesto que, en efecto, lo hemos visto todo, visitado todo... Excepto el estanque.

—¡Ah! ¡Ahora comprendo! —exclamó La Candeur.

—Si Canendé Hanoum está en lo cierto, aún hay esperanzas —dijo Rouletabille—. ¡Pero «vistámonos»!

—¿Pero vamos a descender al estanque?

—Entonces, ¿para que te he hecho traer esas escafandras?

—¿Pero crees tú que, cada vez que Abdul-Hamid visitaba sus tesoros, se vestía de buzo?

—¡Idiota!...

—¡Qué amable!...

—Te vuelvo a repetir que si el corredor de Durdané conduce a la cámara del tesoro, la puerta de esa cámara debe estar allí, puesto que no la hemos hallado en parte alguna... Ahora se me revela Abdul-Hamid, que es el hombre más desconfiado de su tiempo, imaginando esa puerta en el fondo del estanque.

Naturalmente que desde el momento que establecía esa puerta en el fondo del estanque, era con la facilidad de poder vaciar éste y llenarle a voluntad. ¿De qué manera? ¿Valiéndose de qué sistema secreto?... ¡Nada sé!... Si ha sido hecho como me lo imagino, ha debido hacerse al mismo tiempo que el río artificial, en el que iría a desaguar el estanque.

—¿Pero, tú no conoces el sistema? —objetó La Candeur.

—¡No, ni perderé el tiempo en buscarlo!... ¡Descenderé al fondo, ya que dispongo de una escafandra!

—Y yo de ¡otra!

—¡Pues bien! Obremos rápidamente... Toma sujétame el depósito de aire a la espalda con los tirantes; pero sólidamente, ¿eh?

—¿Y si encuentras una puerta, qué piensas hacer en el agua? —preguntó La Candeur mientras fijaba el depósito en la espalda de Rouletabille.

—¡Pues, sencillamente, procurar abrirla!...

—No creo que sea una tarea fácil.

—¡Ya lo veremos! ¡Encontremos primero la puerta! ¡Si yo te dijera que espero mucho de esta expedición!... El sistema del río artificial, del estanque, del jardín de invierno y de la comunicación de la cámara del tesoro con el Bósforo, ha debido realizarse simultáneamente... Si ha inundado sus tesoros, sea con el agua del río artificial, sea con la del Bósforo, la puerta quizá no haya sido cerrada en el fondo. Todo esto puede, o debe, comunicarse juntamente. ¿Quién sabe?... Este kiosco, este río y los trabajos subterráneos lindando con el Bósforo, han sido ejecutados de la manera más audaz, y cuentan en secreto que todos los arquitectos de esa obra, así como los maestros de obras, los albañiles y sus familias, fueron ahorcados o desaparecieron para siempre... ¿Estás listo?

—¡Maldita sea! —gruñó La Candeur—, ¡la cabeza no entra en el casco!

Era verdad; la enorme cabeza del gigante no entraba en el círculo que se fijaba en los hombros del traje impermeable.

—Está bien —dijo Rouletabille—, descenderé solo.

La Candeur gruñó, lloró, gimió, maldijo al país; se retorció los brazos; pero tuvo que terminar de equipar a Rouletabille, que se impacientaba, pues tenía prisa en saber si iba a realizarse su hipótesis.

Finalmente, Rouletabille hizo funcionar el fuelle del aire...

Respirábase muy bien en su casco; hizo surgir la chispa eléctrica de su linternita. Estaba listo.

Empujado por La Candeur, que desfallecía de angustia, avanzó sobre sus pesadas botas de plomo hasta el borde del estanque, que ocupaba el centro del jardín de invierno.

—¡Aquí fe espero! —dijo La Candeur, como si el reporter pudiera oírle.

Rouletabille descendió lentamente los primeros tramos de mármol del estanque, apoyándose en el pico de hierro de que se había provisto. Tanteando con el pie, lentamente, buscaba, rodeando cada tramo bajo el agua...

De pronto, ceso en su paseo circular...

Había hallado una escalera recta y rápida, que conducía al fondo de la inmensa pila... Entonces descendió, descendió...

Su casco fue visible por un momento sobre el agua, luego, bajo ella..., no hubo después más que una luz, un resplandor vago que se extendía en la onda agitada.

Luego desapareció la luz y ya nada se movió.

La Candeur cayó de rodillas, sollozando.

CAPITULO X

EL RESCATE

R OULETABILLE pudo tocar pronto el fondo del estanque. En cuanto sintió bajo sus botas de plomo un terreno ancho y sólido, comenzó a moverle más fácilmente.

Veía con bastante claridad. El agua, en torno suyo, tenía un pálido resplandor lechoso. Examinó minuciosamente los muros de piedra, pasando revista a sus juntas, palpando con sus guantes la pared o apoyando en ella el pico.

De pronto, resonó una exclamación en el interior de la esfera de cobre que, como un enorme casco, cubría su cabeza... ¡Ante él, allí, a su derecha, se abría en la muralla circular un corredor!

La existencia de aquel corredor, aunque desembocara directamente en el estanque, no debía, ciertamente haber sido sospechada ni aun por aquellos que hubieran tenido ocasión de ver la inmensa pila vacía de su líquido. Y esto, a causa de su puerta, que ordinariamente debía estar cerrada. Esta puerta, ahora abierta, presentábase de, perfil, habiendo girado sobre un gozne central, en torno del cual giraba como sobre un eje, al igual que una puerta de esclusa.

Tal como se presentaba ante él, Rouletabille podía pasar a derecha o izquierda; dio la vuelta en torno de la puerta, dándose cuenta exacta de su funcionamiento, de la manera cómo giraba sobre su centro; pero sin poder descubrir el sistema que la movía desde el exterior, y fuera del agua.

Imaginó, casi con en era seguridad, que la puerta, o las puertas —pues podían existir otras como ésta—, permitiendo la inundación del subterráneo que conducía al tesoro, habían sido abiertas con tal precipitación en el último momento por Abdul-Hamid en persona, que éste no tuvo tiempo, una vez inundados los subterráneos, de hacer funcionar de nuevo el sistema de ce; re,

pues de lo contrario la puerta, girando de nuevo, se hubiera incrustado en el muro, confundiendo con él.

Rouletabille pudo ver que, en efecto, la puerta que tenía ante él era de bronce por un lado, pero por el que debía cerrarse sobre el estanque estaba recubierto de placas de mármol.

Más emocionado de lo que aquí podemos expresar, pues comenzaba a estar persuadido que había descubierto al fin el misterio del corredor de Durdane y que iba a penetrar bien pronto en la cámara del tesoro, Rouletabille se deslizó a lo largo de la puerta y avanzó por el pasillo.

El agua cedía blandamente a su empuje; servíase del pico como de un bastón. Dentro del agua, sus pesadas botas de plomo cesaban de ser un estorbo a su marcha.

Dentro de la esfera de cobre respiraba holgadamente, calculando, llevando las cosas al extremo, por el peso del depósito y la presión del aire que escapaba, que podía contar con dos horas, por lo menos, de buena atmósfera.

Si su corazón latía con fuertes laidos en su pecho, no era debido a malestar físico, sino a alegría moral, ante la idea de que iba a alcanzar el fin, al que desde hacía cuarenta y ocho horas había desesperado llegar...

De pronto dejó de ver el muro del corredor... Ya no vio más que agua..., agua por todos lados. Estaba en el centro de aquel glauco reflejo; el agua..., y eso era todo...

Avanzó..., siguió avanzando... y después se detuvo... No seguía y en o más que agua. Comenzó a asustarse... ¿En dónde se hallaba?

Pensó que al salir del corredor había entrado en una vasta sala, cuyas paredes no podía distinguir, y, para encontrarlas, modificó su marcha.

Se dirigió hacia su izquierda, formando así, con la línea seguida por él hasta en onces, un ángulo recto. Anduvo diez pasos... veinte... ¡Nada!... ¡Aquella sala subterránea debía ser inmensa!

Por fin, la claridad de la lámpara fue a brillar débilmente sobre una pared de mármol... Se aproximó a la pared, cuyo dibujo de las juntas podía seguir ahora.

Era un hermoso mármol verde, tan bello como el de las columnas de Santa Sofía y que, como el de éstas, había, quizá, sido arrancado del templo del Sol, en Heliópolis.

La riqueza de aquellas desnudas paredes le pareció a Rouletabille de buen augurio, y caminó a lo largo de ellas, deslizando sus manos.

Tan cerca del muro, la luz eléctrica alumbraba perfectamente las tosas, y el reporter las palpaba una a una, preguntándole a cada una si iba a ser ella la

que le en regara el secreto. Si no sería ésta, o aquella, la que escondía el tesoro inagotable.

Procuraba descubrir cualquier anomalía en las juntas, algún defecto en el cimentado, cualquier detalle que le pudiera poner sobre la pista.

Pero las losas sucedían a las losas, y bajo el pico, que las golpeaba, guardaban la misma inmovilidad, la misma inmutabilidad...

Rouletabille empezaba a desesperar...

¿Acaso aquel inaudito descubrimiento de los subterráneos inundados, iría a reducirse tan sólo a un paseo bajo el agua? ¿Volvería con las manos, vacías..., sin haber visto nada, sin haber adivinado nada sobre el precioso escondite?

Y lie aquí que, a su derecha, ábrese un nuevo corredor..., un largo pasadizo opalino, que alargaba ante él su camino de misterio.

Vaciló ante aquel nuevo problema... y acabó por resolver no abandonar aquella sala hasta no conocerla por entero..., hasta no haberla recorrido palmo a palmo, hasta no haber terminado de palpar y golpear sus muros.

Pasó, pues, ante el corredor y halló de nuevo la pared de la sala..., y luego un ángulo.

Estuvo unos cinco minutos examinando aquel ángulo, ñero el muro seguía en su impasible uniformidad...

El sufrimiento de Rouletabille era grande, y bajo su carapacho submarino se estremecía; no porque tuviera frío, pues se había acostumbrado a aquella sensación de frescura que en un principio le invadió; pero su corazón se helaba al pensar que, una vez llegado a la cámara del tesoro, tuviera que abandonarla sin haber descubierto nada.

Habiendo hallado la puerta del estanque abierta, y atribuyendo a confusión de Habdul-Hamid el motivo de aquel descuido, creyó por un momento que también hallaría en la cámara del tesoro alguna prueba de aquella huida rápida..., algún cofre entreabierto.

Pero en aquella sala no había nada; nada más que muros, aquellos eternos muros verdes...

¿Estaba, por otra parte, seguro de hallarse en la cámara del tesoro? ¿No estaría al final de alguno de aquellos corredores que desembocaban en la sala que atravesaba en aquellos instantes?

¡Toma!... ¡Otro corredor!... Pasa de largo, halla de nuevo la pared...; párecele que, marchando así, vuelve sobre su pasos, describiendo un vasto rectángulo...

De pronto lanzó una exclamación...

—¡A su derecha, allí, allí!...

¡Una iluminación, mil luces que se encienden de pronto!... Un incendio bajo la claridad de la lámpara...; un foco de luz radiosa...; un centelleo deslumbrador en la eventración de la muralla...

Rouletabille, fascinado, avanzó.

¡Ya no cabía duda! ¡He allí el escondite de los tesoros!

Estos han rodado hasta las losas, sobre las que él marcha, y siente cómo sus sucias de plomo aplastan piedras preciosas.

Una gran placa de mármol verde, en forma de puerta, se ha plegado a medias contra la muralla, y aparece el cofre mágico.

Rouletabille avanza la mano... Deja deslizar el pico a sus pies... y ambas manos se sumergen en aquellas riquezas... ¡Joyas, collares, perlas, diademas, diamantes en cantidad tal que se pueden remover con pala!...

¡Y Rouletabille los remueve, los levanta, los deja caer!... ¡Hunde su brazo, no se cansa de palpar, de tocar, de dejar, de coger y volver a dejar aquellas maravillas que valen millones! ¡Millones!... ¡Y dentro de su casco llora, ríe, se ahoga, delira!...

—¡Ivana, Ivana! —suspira.

Tiene que apoyarse en la pared para no caer, pues siente que tiemblan sus piernas y que no tiene fuerzas para conservar su equilibrio en el elemento líquido que le aprisiona. Colgándose a ella, empuja la puerta de mármol verde... ¡Oh, milagro!; tras de aquella puerta hay otra abierta..., y otra..., y otra..., y otra más... En aquella parte del muro no han sido cerradas las placas de mármol. El amo, en su espantosa fuga, rio ha tenido tiempo... y es muy posible que las otras paredes, que las otras placas encierren millones..., ¡millones!...

Rouletabille evocó en su imaginación en desorden, aquella escena suprema en que Habdul-Hamid, sintiendo llegada su última hora de soberanía, y quizá su muerte próxima, ha querido ver por última vez, antes de partir y quizá de morir, todas aquellas riquezas acumuladas desde hacía años... Por última vez ha querido recrear su mirada ya que no podía llevar sus tesoros consigo, y ha descendido una última vez por el corredor de Durdané y la inmensa piscina hasta la cámara del tesoro..., y ha abierto las puertas de mármol verde...; pero no ha tenido tiempo de cerrarlas todas...

Pero no tuvo tiempo de cerrarlas todas...; ¡espoleado por el miedo, ha huido! ¡Ha subido con el tiempo justo para inundar tras él todas sus joyas y todos sus millones..., pues no son sólo alhajas lo que allí hay amontonadas, sino que hay oro! ¡Oro! ¡En cantidad suficiente para comprar todas las

conciencias y pagar todos los crímenes!... ¡Lo suficiente para recobrar, quizá, el imperio un día!...

Para Rouletabille, todo aquello todo representa más que una cosa; una cosa por la que daría todo aquel oro, y aquellas perlas, y aquellos rubíes y las esmeraldas y los zafiros; una cosa por la que daría todas las diademas de la tierra; ¡el rescate de Ivana!

«¡El rescate! ¡El rescate!»

Cuando» repetía aquellas palabras con delirio, tuvo un movimiento brusco, pues acababa de tropezar con el pico que había dejado deslizar a sus pies; al volverse, su lamparilla eléctrica chocó contra una de las entrabiertas placas de mármol y se hizo añicos.

Inmediatamente, toda aquella magia se apagó y se vio, de pronto, sumido en el seno de las más profundas tinieblas.

CAPITULO XI

BAJO EL AGUA Y EN LA NOCHE

SERÍA difícil poder explicar lo que pasó en aquel momento en el alma de Rouletabille.

A1 principio no comprendió.

¡Toda aquella obscuridad después de una claridad tal! ¿Por qué?

¿Por qué desaparecían todos aquellos tesoros en el preciso instante de tocarlos?

¿Sería él juguete de algún maléfico genio que en el país de las Mil noches y una noche, se divertía en hacer pasar ante sus ojos ilusorias visiones?

Tal fue su primer pensamiento: la inexistencia de todo aquello.

Pero, como con un gesto espontáneo continuaba tocando en la noche aquellas riquezas que la noche parecía querer robarle, comprendió que no había soñado.

El muro estaba allí bajo su mano, y también los agujeros en él, y las joyas, y el oro, y las puertas de mármol, contra las cuales tropezaba.

Su mano, entonces, descendió hasta su cintura, tocando el aparatito eléctrico roto.

Era aquél un accidente muy natural, de cuya importancia no se dio cuenta al principio; pero que, sin embargo, le hizo estremecerse, pues su situación hacíase terrible en el fondo de aquel agua y en el fondo de aquella noche.

Sin embargo, no concibió de pronto la posibilidad de una catástrofe. Reaccionó contra el miedo, llamando en su auxilio toda su inteligencia, toda su lucidez. En resumen, no se hallaba perdido en el centro de una cosa desconocida. Estaba en una sala cuyo camino conocía.

No tenía más que volver sobre sus pasos...; eso era todo, siguiendo exactamente el muro, sin perder la cabeza. Para llegar hasta allí, había contado los corredores que precedían al del estanque. Se apoyó en el muro y

con el pie buscó el pico, que podía serle útil. Su pierna tropezó con el mango de madera, que flotaba entre dos aguas. Lo cogió, empezando entonces su marcha a la inversa.

¡Ah!, he aquí el primer corredor.

Allí abandonó el muro, y orientando cuidadosamente sus botas de plomo, avanzó con los brazos extendidos.

Bien pronto se felicitó de haber alcanzado el otro ángulo del muro, al otro lado de la entrada del corredor... Y continuó, bordeando el muro, su marcha a tientas.

He aquí el segundo corredor... Avanza... Sigue avanzando...

¡Y he aquí el tercero!...

De pronto se detiene, y una angustia indecible le estruja el corazón... ¡Piensa que no hay ninguna razón para que aquel corredor sea el bueno!...

En efecto, al salir del corredor del estanque ha entrado directamente en la sala de los tesoros hasta su centro, oblicuando luego a la izquierda hasta que halló el muro; ¿pero quién le dice a él que entre aquella parte del muro que él alcanzó y el corredor de en rada, no pudiera haber otra entrada, existir otros corredores? ¿Debe seguir éste? ¿Debe evitarlo?... Si le sigue, ¿no hallará a su extremo un nuevo laberinto y la muerte? Si, por el contrario, lo evita, ¿no se expone a dejar a su espalda la única salida posible, que quizá ya no vuelva a hallar?

Vacilación terrible, y luego, resolución enérgica.

Camina... Avanza en las líquidas negruras... Se hunde en el corredor..., se detiene...

Tienta con el pie el agua a su alrededor, esperando hallar la puerta que, retenida por su gozne central, se abre en medio del corredor, sobre un plano paralelo a los muros..., mas nada toca..., nada más que el muro, que una de sus manos no abandona...; y Rouletabille se desliza a lo largo del muro...

Y de pronto, la mano tiembla... Un ángulo..., una nueva sala... ¿Es, acaso, el estanque?

¡No!, pues de serlo, hubiera hallado da puerta...; pero quizá haya pasado por ella sin tocarla... Se vuelve, oblicua ligeramente a su derecha..., deja el muro..., vuelve sobre sus pasos...

Ahora tiene prisa en volver a la cámara del tesoro, pues hay que salir de aquel corredor, que conduce no sabe él donde...

¡El ángulo de un muro!... ¡Dios mío, comienza a perderse!... Sin embargo, él creía haber vuelto sobre sus pasos... Si se había equivocado

esperaba, al menos, hallar el corredor bueno, una i vez estuviera de nuevo en la sala del tesoro...

¡Avanza..., sube, encuéntrase con ángulos... y ya no sabe filada!

No, ya no sabe sí está en una sala cuyos ángulos toca, o si entra en un corredor, o si sale de él...

¡No sabe ya nada!... ¡Nada!

Sabe tan sólo que no está en la pila del jardín de invierno, pues, de estar, sus manos resbalarían sobre piedras circulares, y éstas son planas... Quiere tener la certeza absoluta de que se hallaren un corredor. Para ello, abandona el muro en que está apoyado, para ir enfrente... ¡Avanza..., avanza y... nada!

Sus manos ya no tocan nada, y vuelve sobre sus pasos. ¡Pero ya no encuentra el muro!

Los oídos comienzan a zumbarle furiosamente. ¿Es la falta de aire, que comienza a hacerse sentir? ¿O la locura, que llega con sus cascabeles?...

CAPITULO XII

CONTINUACIÓN DEL DRAMA EN EL AGUA Y EN LA NOCHE

Y A no es una diadema lo que ve, ni una fuente luminosa en la cabeza de una enana, sino una inmensa sombra de hombre rodeada de un círculo de claridad glauca.

Al principio cree Rouletabille que es su sombra, su reflejo, pues la sombra tiene su misma forma; la cabeza está tocada con aquel casco, con aquella enorme esfera de cobre que reposa sobre los hombros del buzo.

Y el otro tiene en su mano, al igual que Rouletabille, un pico...

Sin embargo, Rouletabille está inmóvil, y la sombra y la luz se mueven...

Rouletabille que se ha erguido, queda..., y la sombra se inclina...

Los brazos de Rouletabille permanecen pegados al cuerpo y los de la sombra se extienden con gesto de sorpresa o de miedo...

¡Y ante la sombra, en la muralla, hay maravillosos reflejos!...

Y he aquí que, de pronto, Rouletabille renace, respira, piensa, se da cuenta, recuerda:

—¡Gaulow!

¡Tiene ante sí a Gaulow, que acaba de descubrir los tesoros de Abdul-Hamid!...

¡Entonces es la salvación! ¡La salvación si Gaulow no le ve!...

Puesto que a Rouletabille le es imposible encontrar el camino del jardín de invierno en aquel acuático laberinto, seguirá a Gaulow y saldrá por el Bósforo, ya que Gaulow ha venido por el Bósforo...

Y Rouletabille bendice su suerte, que hace un momento, en el pontón, le ha detenido en el instante en que estaba a punto, tanto o quizá más que La Candeur, de abalanzarse sobre Gaulow y suprimirlo en el momento de aparecérselo éste, casi prisionero dentro de su vestimenta de buzo...

Rouletabille piensa que va a morir... asfixiado, envuelto en aquella noche, en el fondo de aquel agua...

¡Ah!, ¡y cómo anhelaba encontrar un muro!...; ¡tan sólo una piedra en que apoyarse..., para queje ligase a alguna cosa!... ¡Parecíale que, de hallarla, se sentiría menos perdido! Es horrible estar así, en la nada líquida y lóbrega...

¡Sus piernas se doblan...; siente que va a caer..., a extenderse para siempre!

¡Va a morir..., en aquella tumba llena de millones, por él violada y... que le retiene!

Si en sus oídos resuenan extraños sonos, sus ojos, en aquel momento supremo, como ocurre a veces en la noche que crean los párpados cerrados, hácenle ver de pronto siniestros fulgores..., círculos luminosos que bailan la danza de los millones..., la danza de los tesoros de Abdul-Hamid...

Sueño magnífico en el umbral de la muerte...

Antes de exhalar el postrer suspiro, aquellos tesoros que vino a buscar en el fondo de la tierra y del agua, tienen la coquetería macabra de brillar una vez más...; sí..., hay allá lejos irradiaciones de joyas...

¡Así, aquel circuido de luz lechosa no puede ser más que una de las diademas que ha osado tocar hace un momento, y que viene a danzar a su alrededor, como si estuviere en la frente de una reina invisible que danzara y que fuera enana!...

Pues el círculo de luz avanza a poca altura.

Y he aquí, que la visión se agranda... Aquella diadema es ahora grande, como una rueda en cuyo cubo estuviere incrustado un diamante de luces cegadoras...

De pronto, aquel diamante cesó de brillar.

¡Ahora quien le salva es Gaulow!

Sin embargo, Rouletabille sigue, pensando que si la presencia de Gaulow le salva a él, a Rouletabille, en cambio no es nada conveniente para Ivana... Gaulow conoce ahora el lugar de los tesoros, y, por lo tanto, queda muy comprometido el rescate de Ivana...

Entonces surgió en el espíritu del reporter esta conclusión clarísima: «¡Es necesario que Gaulow me salve, sin que se dé cuenta, y... que desaparezca!»

Con infinitas precauciones, Rouletabille se alejó del centro luminoso y esperó...

El hombre se había puesto de rodillas ante uno de aquellos tesoros maravillosos y sacaba a manos llenas, llenando de diamantes, un saco que llevaba consigo.

Cuando estuvo lleno se incorporó, empuñó su pico y, después de cerrar las losas de mármol, como si temiera la inoportuna visita de algún curioso al fondo de aquella caja de caudales submarina, se marchó en dirección opuesta a la que había venido Rouletabille.

El reporter avanzó detrás de él. Ajustaba su paso al de Gaulow, teniendo cuidado de conservar las distancias.

De pronto, en la claridad lechosa que rodeaba a Gaulow, vio ante éste el perfil de una puerta de bronce, igual a la hallada por Rouletabille a la salida del estanque.

No dudó que habían llegado al Bósforo, tanto más cuanto que Gaulow, al avanzar hacia aquella puerta, hizo un ademán como para hacerla girar.

Rouletabille hizo entonces un brusco movimiento de avance. ¿Iba a escapársele Gaulow? ¿Iba a encerrarle en aquella tumba acuática?

Aquel movimiento, ¿descubrió a Rouletabille?

El caso es que Gaulow desvió su atención de la puerta, y, pasados unos instantes de; inmovilidad, dio algunos pasos en el corredor, al encuentro de Rouletabille.

Retrocedió éste, pero Gaulow avanzó más, levantando el pico.

Los dos, adversarios se quedaron inmóviles de nuevo, mirándose a través del grueso lente de su casco, con el pico levantado...

Comprendían que uno de los dos debía quedar allí, y que después de descubrir un tal secreto, sobraba uno en la tierra y en el fondo de las aguas.

El hombre, alto y fuerte, juzgó, que Rouletabille, pequeño, delgado y de apariencia ruin bajo su enorme casco, sería para él una presa fácil, y avanzó con la relativa rapidez que le permitía su pesado equipo.

Rouletabille, a su vez, retrocedió. Quería emplear la astucia y pensaba que obtendría una gran ventaja saliendo del círculo de luz. Huyó, pues, si podemos llamar fuga a aquel difícil retroceso en aquel agua, que jamás le pareció tan pesada de remover, y dejó caer de sus manos el pico, como si se le escapara por descuido.

El otro se precipitó sobre aquella tarma y la recogió, contento sin duda de un acontecimiento que disminuía las probabilidades de su adversario.

Mientras tanto, y aprovechando de que Gaulow se bajaba para recoger su pico, Rouletabille se deslizó al suelo, arrimándose al muro.

Gaulow continuó su camino, buscándole.

Cuando Gaulow pasó ante él, Rouletabille se levantó quedamente, y cuando el hombre, que se había detenido, preguntábase dónde estaba su

adversario, se lanzó a su espalda, y con ambas manos le arrancó los dos tubos de aspiración y respiración.

Al empuje de Rouletabille, el hombre vaciló en un principio, recobrando luego su aplomo; pero, de pronto, se llevó las manos al casco. Entonces asistió Rouletabille a algo horrible, a la asfixia de aquel corpachón que hacía gestos desordenados para aliviarse del formidable peso que gravitaba sobre sus hombros..., y que luchaba contra el abrazo mortal del agua.

Tendió por última vez sus manos hacia Rouletabille y cayó de súbito rodando por el suelo, se llevó las manos al pecho, tuvo algunos estertores y luego quedó rígido. Estaba muerto.

Por un verdadero milagro, la linterna eléctrica que pendía de su cintura no se había roto. Rouletabille la cogió, y ya armado con aquella bendita luz, recogió el saco de diamantes y se dirigió precipitadamente hacia la puerta, sin detenerse a contemplar su víctima.

La puerta obedeció fácilmente al empuje del reporter, pues recibió una presión igual; de todos lados además de la suya.

Giró sobre sus goznes y el reporter con ella, y cuando se cerró, ya estaba afuera, en el Bósforo.

Rouletabille pudo darse cuenta de las dificultades que Gaulow había tenido que vencer antes de hallar aquella puerta, pues estaba casi toda cubierta de algas y ajustada entre dos muros, uno de los cuales avanzaba hasta casi ocultar el otro.

El reporter salió de aquel atolladero y se encontró en el mismo seno del Bósforo. No perdió el tiempo en buscar los vestigios de las civilizaciones desaparecidas.

A lo largo de la orilla buscó una rampa natural, que no tardó en hallar... y luego una escalera, y tuvo la suerte de encontrar un tramo, uno de los muchos que en aquellos parajes había, un tramo que subió y que fue seguido de otros.

Y así, poco a poco, emergió del nivel del estrecho, desatornilló, no sin esfuerzo, la esfera, respirando el helado aire de fuera con indecible alegría.

Pudo darse cuenta que se hallaba muy cerca de las ruinas de Tcheregan, y pensó entonces en La Candeur, que seguía esperándole en el jardín de invierno y que debía estar desesperado.

Se alivió de su vestido impermeable, lo recogió, liándolo junto a los demás utensilios y el saco, y tomó el camino que había hecho con La Candeur.

Al pie del muro que tenía que franquear y bajo unas piedras, dejó su impedimenta.

Por fin llegó a los corredores de Durdané, y al aproximarse al jardín de invierno comenzó a oír un inusitado chapoteo. Un minuto después se encontraba en los brazos de La Candeur, el cual le había creído muerto, y el que, por sexta vez, acababa de sumergirse en el estanque en busca de su jefe y amigo.

Renunciamos a describir la estupefacción y la desordenada alegría del bueno La Candeur...

—Es curioso —le decía a Rouletabille cuando se hubo repuesto de su emoción y recuperado la palabra—. Eres tú quien se ha paseado bajo el agua y quien se ha mojado soy yo...

CAPITULO XIII

EN EL QUE ROULETABILLE VUELVE A ENCONTRAR A
IVANA Y CAMBIA CON ELLA ALGUNAS EXPLICACIONES

DÍAS más tarde, la emoción de Rouletabille era grande al levantar el aldabón de bronce de una viejísima puerta, en una de esas antiquísimas callejuelas lindantes con la plaza Top-Hane.

Las ventanas de aquella vivienda, cuyo aspecto era poco atrayente, estaban guarnecidas de barrotes de hierro y de una doble celosía de madera, tal como se ven en los más sombríos palacetes de Galata o Estambul, del otro lado del Cuerno de Oro.

Las celosías de las modernas construcciones que escalan las pendientes de Pera tienen un aspecto más coquetón, más lozano, casi atrayente, y parecen dispuestas a retozar en el misterio confiado a su vigilancia.

Después de lanzar una ojeada sobre aquella fortaleza, cuya sombría silueta destacaba sobre la blancura de la nieve recién caída, Rouletabille dio tres golpes con el aldabón y esperó.

¡Dios mío! ¡Cuán triste, silenciosa y desierta estaba aquella calleja bajo su níveo manto! Los inviernos son duros y helados en Constantinopla. Rouletabille, que no había tenido tiempo de comprar un abrigo, tiritaba.

Por fin la puerta se abrió y apareció un gran diablo de cavas, galoneado y dorado por los cuadros costados, que esperó a que el joven se nombrara. Se hizo repetir su nombre dos veces, después de lo cual le rogó que entrara.

El reporter ordenó al cochero de la carretela que le había traído que esperara y penetró en la prehistórica vivienda.

El cavas le introdujo en un salón, y rogándole tomara asiento en el diván que daba vuelta a la pieza, desapareció.

Dos minutos después acudió un negro gigantesco, llevando sobre una bandeja de plata tazas de café y diminutas compoteras de cristal, conteniendo

confituras de rosas, y desapareció a su vez.

Transcurrieron cinco minutos, al cabo de los cuales apareció un viejo tocado con verde turbante, era un anciano curvado por los años, cuya barba blanca parecía querer barrer el tapiz.

Después de saludar gravemente a Rouletabille, se sentó y comenzó a disponer el refrigerio. Mientras lo preparaba, no cesaba de hablar con dulce volubilidad, con acento infantil. Sólo que, como hablaba el turco, y Rouletabille no lo comprendía, no le contestó.

Rouletabille gustaba las confituras con impaciencia, mirando a cada instante la puerta por donde había entrado el anciano; pero fue otra puerta la que se abrió: un eunuco enorme, levantando un tapiz, dio paso a un negro fantasma.

¿Qué acontecimiento prodigioso ocurría para que aquel fantasma negro, que era una mujer, franqueara las puertas del selamlik, exclusivamente reservado a los hombres, sobre todo en las antiguas casas como esta, habitadas por turcos de verde turbante?

Era imposible distinguir el menor rasgo de aquella mujer; debía llevar un triple velo sobre su fúnebre *tchartchaf*, con el que se abrigan todas las grandes damas turcas en la actualidad para salir a la calle, y que no deja, como dejaba el *yasmak* de pasados tiempos, la posibilidad de descubrir la frente y esplendor de la mirada.

Verdad es que, con la mayor frecuencia, bajo aquel *tchartchaf*; las modernas turcas van vestidas a la última moda de París y con una elegancia que viene directamente de la calle de la Paix.

—«¿Canendé Hanoum?» —preguntó Rouletabille, inclinándose tres veces, pues se hallaba ante una princesa que se había encerrado en aquel desierto rincón para consolarse de no haber dado hijos al ex sultán y llevar en privado un régimen desaparecido.

Canendé Hanoum, que hablaba el francés como toda turca de calidad, le presentó a su tío, el viejo hirco de verde turbante, antiguo general de división, que había adquirido alguna gloria en Plevna. El general, con un gesto, rogó al reporter que se sentara.

Rouletabille presentó a la princesa un pliego cerrado, sobre el que se limitó a pasear su mirada diciendo:

—Ya sé, Kasbeck me ha prevenido; pero estoy esperándole.

Al oír esto, Rouletabille se turbó ligeramente; pero dominando rápidamente su emoción, preguntó:

—¿No le dice en esa carta, según creo, que no debe esperarle si no está aquí a las cinco?...

—Sí, sí; en efecto, estamos de acuerdo, caballero; pero no son más que las cuatro.

Dicho lo cual habló al joven de otras cosas; conversó sobre todo de la guerra, y de la reciente derrota de los búlgaros al atacar las líneas de Tchataldja. Mostraba por ello una gran alegría y consideraba aquel primer éxito como el presagio de una revancha definitiva.

Rouletabille, que conocía las amistades y opiniones de la princesa, aseguró que no se hubieran producido tantas catástrofes si Abdul-Hamid hubiera continuado en el trono.

—¡Volverá a él! —exclamó ella.

Sé puso de pie y dio con gesto noble su mano a besar al reporter.

—Perdón, señora, ¿sabe usted si la señorita Vilitchkov ha recibido mi carta, que envié por mediación de Kasbeck?...

—Sí, señor —le contestó Canendé Hanomn—. Dígame, ¿estará usted mucho tiempo en Constantinopla?

—¡Ah! Señora, como, según dicen, el fin de la guerra está próximo, *pensamos* dejar Constantinopla lo más pronto posible... —contestó con ímpetu Rouletabille.

—Bien... bien...

La noticia de aquella partida próxima pareció encantar a la princesa, la que después de dirigir un ligero saludo con la cabeza envuelta de velos negros, se marchó por la misma puerta, dejándole otra vez con el viejo turco, quien volvió a atiborrarle de confituras, pasteles, café, sin cesar de charlar como lina cotorra.

Finalmente, el anciano turco se levantó a su vez, le saludó y le dejó solo.

Rouletabille consultó su reloj. Marcaba las cuatro y media. Sin duda pensaba que el tiempo corría poco, pues no pudo retener un movimiento de impaciencia. Lanzó un suspiro, se metió el reloj en el bolsillo, levantó la cabeza y... vaciló de alegría: *¡Ivana estaba ante él!*

Una Ivana elegantemente vestida a la última moda de París, una Ivana lista para salir, tocada de su sombrero y cubierta de su abrigo de pieles, sin «feradje», sin «yasmak», sin «tchartchaf», una Ivana libre de todas las turquerías, sin nada de oriental, a excepción de sus grandes ojos de fuego que miraban a Rouletabille a través del velillo.

—¡Ah! ¡Mi pequeño Zo, mi pequeño Zo! *¿Has comprendido, pues?... ¿Has comprendido, pues?... ¡Qué alegría ha sido para mí tu carta!*

¡Tuvieron un tan espontáneo movimiento para lanzarse uno en brazos de otro! Pero se contuvieron, porque, de pronto, creyeron oír toser y porque temieron ver aparecer al anciano turco de verde turbante o algún espantoso fantasma negro...

Sin duda alguna es aban aún vigilados, y había en alguna parte ojos encargados de espiar sus menores gestos. No obstante, Rouletabille cogió entre las suyas las manos de su bienamada, comiéndoselas a besos, mientras Ivana no cesaba de repetir:

—¡Oh, pequeño Zo, pequeño Zo! ¿Has comprendido? ¿Has comprendido?...

Estaba muy pálida, y Rouletabille la vio desfallecer. Murmuró:

—¡Salgamos de aquí! ¡Oh! ¡Saldamos inmediatamente!...

—No podemos salir antes de las cinco, pobrecita mía... Le suplico que esté tranquila hasta entonces... Venga, siéntese aquí, a mi lado hablaremos bajito, nos diremos cosas que nadie oirá. Seamos, por fin, como dos enamorados que sé hacen confidencias; así, deme sus manos...

—¡Es que quisiera estar tan lejos de todo esto, mi pequeño Zo!... ¡Tan lejos!...

—Nos marcharemos, Ivana, un poco de paciencia...

—Pero, ¿por qué esperar hasta las cinco?

—Es la hora fijada por Kasbeck... Le ha dicho a Canendé Hanoum que estaría aquí a las cinco...

—¡Con qué aire preocupado dice usted eso, pequeño Zo!... ¡Dios mío! ¿Habrá surgido algún contratiempo?...

—¡No! ¡No! ¡Tranquilícese!... ¡Saldremos de aquí a las cinco!...

—¡Ah! ¡Si tú supieras, pequeño Zo!... —pues tan pronto le hablaba con extraña solemnidad como con una deliciosa infantilidad—, ¡si tú supieras cuán largos me han parecido los días! ¡Cuán largos!... Desde que Kasbeck me entregó tu carta, no sabía dónde estabas, ni por qué, ya que me decías que estaba todo arreglado, no venías a buscarme en seguida...

—Ignorábamos que estuvieras en casa de Canendé Hanoum... siempre hemos creído, y Kasbeck me lo ha asegurado hasta el último momento, que te hallabas en Beylerbey y que desembarcaste del *Lorelei* al mismo tiempo que Abdul-Hamid.

—Ha mentido. Al día siguiente de la llegada del *Lorelei* vinieron a buscarme a bordo dos mujeres y me condujeron aquí, en donde Canendé Hanoum estaba encargada de educarme; ¿me comprendes pequeño Zo?, encargada de hacer de mí una odalisca digna de ser presentada al ex sultán...

—¡Oh! ¡Ivana!...

—Lo que había de terrible es que aquellas mujeres no eran malas... Eran, por el contrario, buenísimas, estaban llenas de atenciones para mí, cuidándome constantemente, ungiéndome de horribles perfumes y queriendo enseñarme a bailar... Era delicioso y horrible aquello...

—¡Ah! ¡Si yo hubiera sabido que estabas aquí!... ¡Te hubiéramos libertado en seguida... ya hubiéramos encontrado el medio, ya!... pero Kasbeck me mentía... Y pensar que hemos perdido el tiempo en vigilarle, siguiéndole por todas partes, mientras que tú, acompañada de esas mujeres, anónimas sombras las tres... fantasmas negros... llegabas aquí, a casa de Canendé Hanoum... Seguramente que Vladimir te ha visto bajar del coche con tus compañeras... ¿Pero cómo sospechar que fueras tú, envuelta en aquellos velos negros, si no te acompañaba Kasbeck?... ¡En fin, ya pasó todo! ¡No pensemos más que en nuestra felicidad, mi pequeña Ivana!

—¿Kasbeck te ha devuelto todos los papeles del cajoncito secreto? Supongo que te los habrá entregado intactos.

—Sí, todos... ha sido necesario comprobar, ya supondrás... Esto ha exigido algún tiempo... Por Otra parte, Kasbeck quería adoptar sus precauciones respecto a los tesoros antes de entregarte a mí... Se comprende... ¡Ese eunuco es un comerciante extraordinario!...

—¡Todos ellos lo son, pequeño Zo! ¡Y qué comercio!...

Ivana suspiró de nuevo.

—¡Cuándo nos marcharemos!

—Oye, Ivana, lo que he pensado. Puesto que la guerra va a terminarse, como ya te lo he escrito, ya se habla de un armisticio después de la acción de Tchatalaja, he pensado que nos podíamos ir a París.

—¡Sí! ¡Sí, pequeño Zo!... ¡Sí!... ¡Sí!... ¡París!

Temblaba de felicidad al evocar París, la Escuela de Medicina, la Facultad, el Hospital, en donde hallaría de nuevo a sus camaradas y sus trabajos.

—¡Nos casaremos en París! —afirmó Rouletabille.

—¡El general Stanislawoff se opondrá! Ya verás como quiere que se celebre la boda en Sofía.

—¡El general hará lo que yo quiera, no puede negarme nada! —dijo el reporter.

—¡Mejor!... ¡mejor!... ¡Oh! ¡Si... prefiero París!... —murmuró Ivanna acurrucándose contra él.

—Comprenderás que, tanto tú como yo, necesitamos olvidar muchas cosas. Es necesario poner un poco de Occidente entre nuestra felicidad y el pasado... En Francia, amada mía, estaremos completamente tranquilos. Sí, me parece que en Francia, y sólo en Francia, es donde podremos amarnos normalmente, sin choques, sin aventuras, después de un honesto matrimonio en una honesta alcaldía.

—¡Tienes razón, tienes razón, pequeño Zo!...

Y se apretó contra él, buscando un refugio, pensando que ya nadie vendría a buscarla... ni Kasbeck para su abominable comercio, puesto que ya estaba pagado, ¡y de que manera!... Ni Gaulow, ni Atanasio, puesto que ambos habían muerto...

—¿Estás seguro de que ha muerto?

—¿Quién? ¿Atanasio?... Sí, sí, ¡Oh! ¡Su muerte es segura, pobre muchacho!

—¡Tienes razón en compadecerle! ¡Me quería mucho!...

—¡Demonio, ya lo creo que te quería!...

—Me era muy adicto...

—Sin duda alguna; pero no estés triste por su muerte —dijo Rouletabille, levantando la cabeza—, pues, de haber vivido, el pobre muchacho hubiera sufrido mucho.

—¡Sí hubiera sufrido!... ¡sobre todo ahora que nada te debo, ya *que quien ha matado a Gaulow has sido tú!*... ¡Ah!, ¡pequeño Zo, pequeño Zo!... Cuando leí lo que me escribías... que Gaulow no había sido muerto de mano de Atanasio, allá, en aquella plazuela espantosa de aquel terrible pueblecito del Istrandja... y que había podido escapar, y que habías sido tú quien le había matado en el fondo de la cámara de los tesoros... ¡ay, pequeño Zo!... lloré y recé a Dios cómo cuando era pequeñita... Era para mí tan terrible el entregarme a ese Atanasio, que siempre me ha inspirado miedo, a quien no amaba, a quien nunca amé... Y sin embargo, pequeño Zo, no hubiera podido negarme: *habíale jurado una vez que sería su mujer el día que me entregara la cabeza de Gaulow!* ¡y yo creía que había matado a Gaulow!... ¡cuando lo supe, ya no quedaba para mí otro recurso que morir!... y estaba dispuesta a morir... y me hubiera matado sin remisión en Stara-Zagora, en donde temía que viniera Atanasio con la cabeza de Gaulow, si el mayor-general no me hubiera hablado del cofrecillo bizantino y de lo que contenía... Comprendí que mi vida, ya sacrificada, podía servir para* algo; pero, ¡mi pequeño Zo, lo que yo sufrí al verte sufrir!...

—¿Por qué no confiarte a mí?

—¡Ni a ti, ni a nadie! ¡Estaba terriblemente avergonzada de mí misma!... ¡Era tan horrible lo que yo había hecho!... Hay cosas que una mujer como yo no confiesa a los demás, porque le da vergüenza confesárselas a ella misma... ¿Podía yo decirte que deseaba la muerte del leal soldado que Atanasio era y la salvación de aquel enemigo de mi patria, de aquel asesino de mis padres, que se llamaba Gaulow?... ¿Y que entre ambos no había vacilado? ¿Ni que, con perfidia y traídoramente, había prestado mi ayuda a la evasión del miserable, en el momento en que surgía el ejército búlgaro y que temía la llegada de Atanasio reclamando el precio de su victoria?... ¿Podía decirte que cuando Gaulow se disponía a huir, utilizando los medios por mí facilitados... Podía decirte que el Katerdji-baschi, que había acudido, pagó con su vida al luchar con el bandido?... ¡No! ¡No! ¡Guardaba toda aquella vergüenza en el fondo de mi ser, y jamás te hubiera hablado de ello, si tú no me hubieras adivinado! Finalmente, ¿para que confesarle todas estas cosas horribles, después cíe haber creído ver sucumbir a Gaulow bajo los golpes de Atanasio? ¿No había terminado todo para mí? ¿Mis explicaciones hubieran podido acaso evitar lo inevitable? ¿Por qué deshonrarme ante tus ojos como lo estaba, como lo estoy ante los míos? ¡Si yo te dijera que aun en este momento en que te confieso todo esto tengo vergüenza de mi misma, pequeño Zo!

—¡Cuánto me amabas! —suspiró Rouletabille, arodillándose ante Ivana.

—¡Y sin embargo, dudaste!

—¡Perdóname. Ivana! ¡Perdóname... Sí, el miserable soy yo, por no haberte, adivinado antes, ángel querido!... Pero ya me doy cuenta de que el amor es así, y que se complace en cegarnos cuando más necesidad tenemos de ver claror. Si yo hubiera sido un simple espectador, si hubiera estado en lugar de La Candeur o de Vladimir, te hubiera adivinado en seguida... ¡Pero te amaba y estaba celoso!... Esto significaba que, a causa de aquellos celos horribles, que eran un insulto a nuestro amor, me había transformado en el más estúpido de los hombres... ¡De esta manera se vengaba el amor por no haberte puesto desde un principio por encima de toda sospecha, a-despecho de la apariencia acusadora de tus actos, o de tus gestos, o de to rostro, o de tus palabras!... Debiera haberme dicho lo que no me dije hasta que recibí tu carta de adiós en Stara-Zagora: ¡Me ama... me ama por encima de todo!... ¡Pues bien! ¡Intentemos con esto explicar lo inexplicable!... ¡y hubiera comprendido en seguida, *relacionándolo con ese amor* que precisamente por él te hacías la cómplice ocasional del abominable Gaulow! ¡Hubiera comprendido lo que comprendí en Stara-Zagora, en el curso de aquella noche de dolor y de lágrimas que siguió a tu huida, *hubiera comprendido que,*

puesto que perseguías a Gaulow, después de haber facilitado su fuga, y ello con el propósito de matarle, era porque no querías la muerte de Gaulow de manos de Atanasio!... ¡Explicación lógica y la única posible de tu conducta, Ivana, como también de la de Atanasio, quien se ocupa de asegurarse de Gaulow antes de salvarte a ti, Ivana!... Era, pues, que te habías prometido a él si te vengaba de Gaulow; ¡pero sólo bajo esa condición!... ¡He aquí lo que comprendí en Stara-Zagora!... ¡He aquí por qué, después de comprenderlo, fui presa de una desesperación sin límites, pues creyendo, como tú misma, en la muerte de Gaulow por mano de Atanasio, creía al mismo tiempo en la muerte de nuestro amor!... ¡Comprenderás, pues, mi alegría, alegría que no pude describirte en mi carta, cuando supe que Gaulow vivía!... ¡Era, pues, factible el arrancárselo a Atanasio y darle la libertad necesaria para que inmediatamente pudiéramos capturarlo a nuestra vez y ejecutar una venganza que de él nos hubiera libertado, sin que Atanasio tuviera el derecho de reclamar el premio!... Entonces hice como tú... El crimen que habías cometido con Atanasio, haciendo escapar a Gaulow una primera vez, lo repetí yo una segunda, y con mis camaradas, recomencé tras Gaulow, evadido gracias a mi ayuda, aquella persecución hasta la muerte... ¡Desgraciadamente, se nos escapó y fue Atanasio quien halló la muerte!...

—¡Esto es horrible! —exclamó Ivana estremeciéndose—. ¡Ha muerto... no debemos regocijarnos por esa muerte, pues nos traería desgracia!... ¡Dime cómo murió!...

—Ya te lo lie explicado extensamente en mi carta —dijo Rouletabille, mintiendo con gran sangre fría—. Cayó ante nosotros acribillado a balazos por una banda de turcos que se dispersaron al vernos. Acudimos ya tarde, y sólo pudimos constatar su muerte...

—¡Esto es lo terrible!... —dijo Ivana—. Seguramente murió al perseguir a su prisionero, y somos nosotros los responsables de su muerte...

—No lo creo —opinó Rouletabille con creciente desvergüenza—, y quisiera tranquilizarte completamente en ese extremo. Atanasio no debía saber que su prisionero se había escapado. Fue sorprendido por los turcos a su regreso al campamento. ¡Esta es la verdad! ¡Es superfluo, pues, que te crees inútiles remordimientos! Por otra parte, aquí, entre nosotros, por muy primo tuyo que fuera, debo decirte que ese Atanasio no merece, en verdad, ser llorado... Era un valiente soldado... de acuerdo; pero que no pensaba más que en su promesa... Tu misma persona, Ivana, no le era preciosa más que en el grado que podía esperar reivindicarte.

—¿Cómo, amigo mío?

—¡Oh! ¡Hubiera preferido saberte muerta antes que viva y presa de él!... Si no, fíjate" ¡en la Karakoulé, todos sus actos demuestran que se cuidaba menos de salvarte que de él mismo, esto es, de su triunfo, llevándote a Gaulow!... ¡Antes que de ti se preocupa de Gaulow... No penetra en el harem más que para herir a Gaulow, para llevarse a Gaulow, para poner en seguridad a Gaulow... y después regresa para salvarte!... ¡después, pero demasiado tarde, puesto que yo ya había pasado por allí antes que él!

—¡Pues es verdad, pequeño Zo, absolutamente cierto lo que cuentas!...

—¡Cómo que si es verdad!... hasta el punto de que hoy, cuando le analizo de cerca, hallo que su conducta es abominable...

—¡Cierto, era poco generoso! —concedió Ivana.

—¡Poco generoso! Di mejor que ese fulano te tenía cogida por tu inconsiderada promesa...

—¡Oh! ¡Zo!... ¡No hables así de ese desgraciado muchacho!...

—¿Por qué? ¡Vamos a ver!... ¿Le amabas acaso?... ¿Le habías tú dicho que le amabas?...

—¡Eso, nunca!

—¡Y Atanasio sabía muy bien que tú no le querías!

—Por lo menos, podía sospecharlo.

—¿Sospecharlo sólo?... ¡Pero si tenía la seguridad de que tú y yo nos amábamos! ¡De ahí su prisa por lanzar esa cabeza entre nosotros!... Sabía que tú no eras mujer capaz de incumplir una palabra empeñada, y quería, a cambio de aquella cabeza, poseerte contra tu voluntad; esto es, a pesar de tu amor por otro... Así, pues, no te lo ocultaré por más tiempo: ¡tu Atanasio me repugna!...

Aquella declaración pareció producir un excelente efecto sobre Ivana.

—¡Dios mío!... puesto que no hemos intervenido para nada en su muerte, lo que me acabas de decir, pequeño Zo, me constela un poco de haberle engañado y haberle sustraído un prisionero que le era tan caro como yo misma... —dijo Ivana.

CAPITULO XIV

LA ÚLTIMA AVENTURA DEL SEÑOR KASBECK

BRAVO! —exclamó Rouletabille—, queda convenido, pues, que no me hablarás más de Atanasio, ¿no?

—¡Ni de Atanasio, de Gaulow, ni de Kasbeck, ni de nadie!...

—¡Ay! —suspiró Rouletabille—. Me temo que tengamos que hablar nuevamente del tal Kasbeck.

—¿Por qué?

—¡Vas a verlo!

Y se puso de pie, luego de depositar un casto beso en la frente de su prometida.

—Ya son las cinco... —dijo en voz alta. Y repitió—: Ya son las cinco... ya son las cinco —esta vez en voz bastante alta.

Se levantó entonces el tapiz y el eunuco que ya vimos antes entreabrió la puerta ante el negro fantasma de Canandé Hanoum. La princesa avanzó y dijo con frialdad a Rouletabille:

—Debo esperar a Kasbeck.

—En la carta que le he entregado —contestó Rouletabille con voz firme— se dice que aunque Kasbeck no esté aquí a las cinco, debe usted dejarnos salir...

—Exacto —repuso Canandé Hanoum—, pero antes de ayer me dijo Kasbeck que no hiciera nada de definitivo hasta verle a él. Por otra parte, no hay razón alguna para que no venga...

—Señora, es muy probable que venga, y yo creo que vendrá. Pero usted no ignora que Kasbeck ha adoptado algunas precauciones contra mí: podía, en efecto, temer que después de haber tomado posesión de la señorita Vilitchkov, revelara yo al Gobierno o a cualquier otro el secreto del tesoro... durante algunos días, ha sacado mucho... *Todo lo que ha podido coger ya lo ha*

traído aquí, me consta... Pero voy a decirle a usted una cosa: yo no soy menos prudente que Kasbeck y podía temer que luego de haberse apoderado del tesoro se quedara también con Ivana... Así, pues, me las he arreglado de forma para que, sucediera lo que sucediere —incluso si Kasbeck no venía hoy a las cinco— pudiera salir yo de aquí acompañado de la señorita Vilitchkov, que debía ser traída a esta casa (yo ignoraba que lo estuviera ya). Señora, si dentro de diez minutos no he salido de aquí, todo se ha perdido para ustedes, pues he dejado una carta a mis amigos, que la llevarán al ■Gobierno. Yo sé que hallarán aquí, además de Ivana y mi persona, los preciosos objetos a que aludía hace un momento, y a los que tiene usted gran estima, y sobre el origen de los cuales habré puesto yo en antecedentes al Gobierno. Señora, comprenda, pues, que hay que dejarnos salir sin escándalo, de lo contrario, puede usted tener la seguridad de que nos vendrá un socorro inmediato y que todo esto hará mucho ruido. Déjenos usted marchar, y tenga la seguridad de que el desdén que he mostrado por todas esas riquezas significa la mayor garantía de que sabré guardar el secreto de lo que ya han cogido ustedes y de lo que les falta por coger... Le quedan aún cinco minutos para reflexionar...

Canendé Hanoum desapareció.

Los jóvenes ya no volverían a ver su fúnebre tchartchaf... No habían transcurrido cinco minutos, cuando apareció el negro en su busca, el que los entregó al cavas, acompañándoles hasta la puerta de la calle, que abrió, saludándoles con gran civilidad.

Saltaron dentro del coche, cuyos caballos, tomando un gran trote, se dirigieron hacia Pera.

—¡Por fin!... ¡por fin! ¡Por fin!... —suspiró Ivana, dejando caer su hermosa cabeza sobre el hombro de Rouletabille.

Este le dijo:

—¡Kasbeck no podía venir, porque Kasbeck ha muerto!...

—¿Cómo dices?

—Óyeme con atención. Después de descubrir la cámara de los tesoros no he vuelto a descender a ella más que una vez con Kasbeck y luego de haber tomado grandes precauciones para hallar nuestro camino de regreso. Las noches sucesivas, Kasbeck ha bajado solo; pero, temiendo algún accidente, exigí que Canendé Hanoum estuviera avisada de que debía entregar tu amada persona entre mis manos hoy, a las cinco de la tarde, sin lo cual, amenacé con revelarlo todo... Ayer mismo, previendo un contratiempo funesto, hice escribir una carta a Kasbeck, que he entregado hoy a Canendé Hanoum. Por otra parte, Kasbeck comprendía muy bien mis temores y no opuso dificultad

alguna en darme aquel «seguro», que yo mismo le dicté, pues estaba persuadido que lo único que me interesaba eras tú... Como comprenderás, esto es la pura verdad, ya que yo no me lie guardado ni una partícula de esos tesoros... El primer saco de alhajas que saqué se lo entregué a Kasbeck al siguiente día, para probarle la realidad de mis investigaciones y de mi descubrimiento. ¡Esas riquezas no me pertenecen! ¡Pertenecen a los crímenes que las han acumulado! De haberme quedado con cualquiera cosa estaba persuadido que nos acarrearía la desgracia... Después de haberles sido fatal a Abdul-Hamid y a Gaulow; ¡acaban de causarle la muerte a Kasbeck!...

Anoche esperamos La Candeur y yo en el estanque el regreso de Kasbeck; pero fue inútil. Cansado de esperarle, me vestí de buzo y descendí al fondo de la pila. Una vez en el fondo comprobé que la pila estaba cerrada y la puerta tan herméticamente ajustada que se hubiera podido jurar que tal puerta no existía... ¡Kasbeck estaba encerrado en la cámara del tesoro, y había; debido encerrarse él mismo, sin saberlo!... Como comprenderás, Abdul-Hamid debía tener un sistema de cierre en el interior, como lo tenía al exterior, pues debía encerrarse cuando estaba allí, para que nadie le molestara... Kasbeck ha debido, sin duda alguna, hacer funcionar por un azar ese sistema de cierre, quizá tocando la puerta, que pivotea fácilmente sobre sus goznes. Kasbeck no ha sabido abrir aquella puerta... De manera que, al igual de Gaulow, ha quedado sepultado allí con su secreto, entre los millones que todavía quedan... ¿Pero, qué te pasa, Ivana? ¿No dices nada? ¡Tu silencio me asusta!...

—En efecto, amigo mío, tantas muertes en torno a nuestra felicidad me espantan... ¡De todas esas muertes *que son necesarias* a nuestra felicidad! ¡Sí, sí, pequeño Zo, huyamos! ¡Regresemos a París! ¡Mientras esté en esta ciudad de las mil noches y una noche, seguiré temiendo la aparición de esas sombras! ¡Quién me puede asegurar que en el momento más inesperado no se me aparecerán al volver de una esquina, o en el umbral de la casa adonde me conduces! ¡Quién me dice que no me tenderán su mano para bajar del coche!...

—¡Mi pobrecita Ivana, tú deliras! ¡Las sombras de los muertos, ahogados en el fondo de las aguas, no volverán a este mundo!

—¡Quién sabe! ¡Quién sabe! ¡Vámonos!...

CAPITULO XV

EN EL QUE ROULETABILLE E IVANA TIENEN
ALGUNAS RAZONES PARA CREER QUE SE ACERCAN
POR FIN A LA FELICIDAD

LOS corresponsales de guerra habían regresado desde Sofía, Belgrado y Constantinopla. Creíase terminada la gran lucha balcánica. Algunos días más tarde de la toma de Andrinópolis se celebró el casamiento de Rouletabille e Ivana Vilitchkov.

Todavía se recuerda de qué solemnidad y esplendor fueron rodeadas las ceremonias de aquella unión excepcional.

La dirección de *La Época* había convocado para aquel día a todo lo que en París destaca en el mundo del arte, de las letras y de la política. Los amigos de Rouletabille, conocidos o anónimos, los que habían estado mezclados directamente a las extraordinarias aventuras de su increíble existencia, y los que sencillamente se habían hecho por la universal simpatía que se desprendía de sus actos públicos en el curso de los acontecimientos que han ocupado a Europa y al resto del mundo, habían tenido empeño en llevar sus felicitaciones a los jóvenes esposos. Esto da idea de lo difícil que fue organizar el servicio de orden, mandado por el prefecto de Policía en persona.

No describiremos los momentos oficiales, cuyos menores; detalles relataron las crónicas mundanas durante ocho días.

La colonia extranjera, en especial la rusa y balcánica, envió regalos que no fueron los menos admirados en un equipo, a la riqueza del cual habían querido colaborar personajes cuyos nombres son célebres, después de la publicación, del *Misterio del Cuarto Amarillo*, *El perfume de la Dama de Negro* y de *Rouletabille en el Palacio del Zar*.

Era primer testigo de Rouletabille el director de *La Época* y el segundo Saint-Clair, que fue el primero en recoger las primeras cuartillas al reporter. El director de *La Época* se hizo el intérprete del general sentir, al final de un

lunch dado en uno de los Relaces de los Campos Elíseos, en donde la gente se apretujaba, deseando a los esposos un poco de felicidad y tranquilidad, después de tantas sonadas tribulaciones...

¡Tranquilidad! Rouletabille e Ivana no deseaban otra cosa, y si de ellos dependiera, no hubieran molestado a tanta gente; pero, como dijo el otro, es uno esclavo de su gloria. Y Rouletabille, que en aquel memorable día; no hubiera querido tener a su lado más que a su madre, retenida en Norteamérica por los asuntos del señor Darzac, y algunos amigos íntimos, como La Candeur, tuvo que sufrir la tiranía de su temprano renombre. Ni aun terminado el *lunch* pudieron marcharse los esposos. La Asociación de reporters parisinos ofrecía una cena a los novios en un gran restaurant de Bellevue, y Rouletabille contaba entre ellos a demasiados camaradas para sustraerse a tan amable requerimiento. Se convino, sin embargo, que dejarían en libertad a los recién casados a las nueve, lo más tarde, de marcharse a la inglesa. Les esperaba un auto a la puerta para realizar una excursión, cuyo itinerario tuvieron buen cuidado en ocultar.

Así, pues, a las siete en punto llegaron a Bellevue; habían pedido permiso para ir vestidos en traje de viaje, y exigido que aquella cena estuviera desprovista de toda ceremonia. Sin embargo, la mayoría de los colegas se habían empeñado, para mejor honrarles, en lucir el uniforme de gran gala, o sea el frac, y colgadas de él todas las condecoraciones.

—No te enfades —le dijo La Candeur que se había colgado su Mérito Agrícola y que recibió a los jóvenes esposos en el umbral del vestíbulo, con toda la gracia de un regocijado *maître d’hotel*—. No fe enfades, están todos tan contentos...

La Candeur ofreció el brazo a la novia y la condujo al salón, en donde se hallaba preparada una mesa soberbia.

Cuando Rouletabille se disponía a seguirles, un gran ruido de caballos arrastrando un coche le hizo volver la cabeza, y no pudo contener una exclamación al reconocer en el cochero, cuya librea azul galoneada y sombrero con escarapela dorada producían un gran efecto, a Tondor, el afortunado Tondor, que parecía haber llegado al colmo de sus aspiraciones. ¿No había sido siempre el sueño dorado del simpático transilvano el arrastrar una carroza y conducir con largas riendas impetuosos caballos? Su desprecio por el auto era tan completo que nunca se pudo conseguir que aprendiera a manejar un mecanismo que hallaba de una fealdad deshonrosa y que, según decía, «estallaba» con la mayor frecuencia y que jamás «piafaba»...

Rouletabille se aproximó al umbral con curiosidad, descoso de saber a quién pertenecía tan grandioso tren.

¡Cuál no sería su estupefacción viendo bajar de él, después que el lacayo se hubo precipitado en abrir la portezuela, a Vladimir, a Vladimir Petrovich de Kiew!...

Disponíase a ir a estrecharle la mano, cuando vio que Vladimir ofrecía la suya a una vieja dama desfachatada, de cabellos de estopa y que recordaba haber visto en Sofía en las circunstancias tragicómicas que habían inaugurado sus aventuras.

Era, sencillamente, la princesa propietaria del célebre abrigo de pieles, que avanzaba del brazo de Vladimir triunfante.

—¡Rouletabille —gritó Vladimir, mostrándole con orgullo a aquella vieja mona cubierta de alhajas—, permítame que le presente a mi prometida!...

Rouletabille se mordió los labios para no reírse y felicitó calurosamente a los futuros esposos... Pero cuando la princesa hubo hecho su entrada en el salón, retuvo a Vladimir para hacerle presente su sorpresa; pero el joven eslavo no le dejó hablar:

—¡Es la única solución que se me ha presentado pura *salvar nuestro honor!* —dijo con la mayor seriedad—, ¡casarme con esa vieja cacatúa! ¡Pero, qué no haré yo por usted, Rouletabille!...

—¿Cómo?... ¿Cómo?... De manera, ¿que por mi causa te casas con esa vieja?

—¡Naturalmente! ¡*Y por salvar nuestro honor!*

—Oye, oye: no seas grosero, y deja a mi honor en paz... ¿puedes decirme que relación puede haber entre tu matrimonio y mi honor?

—En seguida: ¡esa vieja ha venido a reclamarme sus cuarenta y tres mil francos!...

—¿Eh?

—¡Sí, hombre, sí... los cuarenta y tres mil francos del abrigo de pieles!

—¡Ahora recuerdo; pero ese asunto no me afecta!... No fui yo quien llevó su abrigo a «peñaranda»...

—No; pero fue usted quien le dio el dinero al agha.

—Cierto; pero ese dinero se lo cogí yo a La Candeur, y no a la princesa.

—Precisamente por eso, cuando ésta me lo reclamó, a quien primero hablé fue a La Candeur, quien me dijo: «Te prohíbo que le digas ni una palabra a Rouletabille, que tiene que ocuparse de otras cosas y no de esa vieja chiva —añadiendo luego—: Si insiste, pues te casas con ella, y que nos deje tranquilos.»

—Eso está muy bien —aprobó Rouletabille.

—Entonces, ¿no me desprecia usted?

—¡De ninguna manera!

—Comprenderá usted, Rouletabille, que sería muy duro para mí el que me despreciara usted, ya que, en definitiva, por usted es por quien sacrifico mi juventud y mi belleza.

—Vladimir, es usted un buen muchacho... ¿Es muy rica la princesa?

—¡Ah! ¡Señor!... Me reconocerá ante notario la suma de un millón...

—¡Demonio! ¡Un millón!

—Ni un céntimo menos; es lo que le he dicho: o eso, o no hay casamiento...

—Tiene usted razón, Vladimir: Con un millón ya no depende uno de nadie y podrá usted devolverle su abrigo de pieles.

—Ya había pensado en ello; así no podrá reprocharme nada...

—¿Qué edad tiene? —preguntó Rouletabille con alguna timidez.

—A ver si lo adivina...

—Pues, unos cincuenta años —contestó Rouletabille, que quiso ser amable.

—¡No ha acertado usted, ni con mucho!... ¡Demonio! ¡Cincuenta años!... ¡Si la princesa tuviera cincuenta años, lo hubiera pensado mucho *antes de sacrificarme!*... —exclamó Vladimir.

—Entonces, ¿no llega a esa edad?

—¡Cada vez se aleja usted más, Rouletabille!... ¡tiene sesenta y dos! —confesó con júbilo Vladimir—. ¡He querido cerciorarme viendo la partida de bautismo... Tiene sesenta y dos años... Es admirable!...

—¿Y quizá alguna afección cardíaca? —preguntó Rouletabille, que había comprendido al fin y que, un poco asqueado, quería cambiar de conversación. Ya se marchaba, cuando Vladimir le interpeló.

—Óigame, Rouletabille... tengo que hacerle una proposición... Dentro de un año, dos, a lo sumo... esa vieja ya no vivirá...

—¡Demonio! ¡Supongo que no pensará usted asesinarla!...

—No, hombre, no. Ha sido el doctor quien se lo dijo delante de mí una noche que había ella abusado del vodka...

—Pero, ¿cómo? ¿Es que se emborracha?

—¡Sino fuera más que eso!... ¡Además fuma! ¡Fuma!

—¿Cigarrillos?... Eso no es grave...

—¡En pipa, Rouletabille, en pipa!...

—¡En pipa!...

—¡Y de opio, Rouletabille!... ¡Y cómo abusa!...

—¡Ah! Entonces no le queda mucho de vida...

—¡Pues bien! Me ha nombrado su heredero... y me decido a fundar un periódico... ¿Quiere usted ser mi segundo?

Rouletabille no contestó; pero Vladimir vio que le contemplaba de cierta manera... con unos ojos que sin duda alguna apuntaban a sus partes posteriores, y con mucha prudencia, recordando cierto ademán que le humillara un poco, y no queriendo que Tondor, con todo su esplendor, tuviera que encargarse de él, retrocedió lentamente de espaldas...

—¡Qué tipo! —sonrió Rouletabille.

Y fue a reunirse con Ivana, que le esperaba con impaciencia.

CAPITULO XVI

EN EL QUE LA CANDEUR OPINA QUE EL
MUNDO ES PEQUEÑO

LA cena fue de las más alegres. Rouletabille, muy enamorado, parecía sin embargo bastante melancólico, lanzando de cuando en cuando una mirada a Ivana, la que disimuladamente, consultaba la hora en el gran reloj colocado sobre la chimenea... Cuándo sus miradas se encontraban, se sonreían dulcemente y se comprendían: ¡qué felicidad el encontrarse solos dentro de poco!... En aquel auto que les llevaría lejos de todo y de todos, lejos de aquellos recuerdos aún candentes que La Candeur con su buen humor, un poco rudo, evocaba valientemente, sin pensar que hacía sufrir a sus amigos cuando pronunciaba los nombres de Gaulow y Atanasio. Pero La Candeur y Vladimir no paraban... De un extremo a otro cambiaban los episodios: ¿Te acuerdas? ¿Y el torreón? ¿Y cuando nada teníamos que comer? ¿Y cuando al pobre Modesto se le ocurrió hacer una ensalada de capuchinas?...

—¡De tal manera nos apretaba el hambre, que nos hubiéramos tragado la escalera, *porque era de caracol!*...

Se terminó al fin la cena. Hubo algunos brindis, pasando luego a otro salón en el que se servían el café y los licores. Rouletabille se había reunido con Ivana.

—Un poco de paciencia —le dijo—, y yo te juro que dentro de diez minutos nos marchamos a la inglesa. Voy a ver si está el auto ahí.

Se separó de ella y, haciendo un signo a La Candeur, se deslizó en el vestíbulo. No habían dado dos pasos en él cuando tropezaron con un individuo cuya vista les hizo lanzar una exclamación.

Ante ellos, enfundado en una levita de portero de hotel, con la galoneada gorra en la mano e inclinado en una actitud de las más correctas, ¡se hallaba el

señor Priski!

Los dos jóvenes se quedaron petrificados ante aquella inesperada aparición. ¿Qué hacía Priski en el hotel de Bellevue? ¿Por que increíble azar el mayordomo de la Karakoulé acude tan oportunamente para saludar a Rouletabille en un día como aquel?

La presencia del señor Priski recordaba a ambas horas tan difíciles, que no podían considerarla sin una emoción que lindaba con la angustia; sin contar que cada aparición de Priski coincidía con un acontecimiento desgraciado para ellos. Era como un enviado del destino, como un lúgubre mensajero, a despecho de sus almibaradas palabras y de su eterna sonrisa, anunciadora de catástrofes.

Rouletabille había palidecido intensamente y fue La Candeur el primero en recobrar la sangre fría y preguntar al señor Priski por qué estaba allí y qué era lo que deseaba.

—¿Lo que hago aquí? —contestó el señor Priski con una expresión bonachona—. ¿Lo que deseo? ¡Pues presentar a usted mis respetos y mis votos por su felicidad, mi querido señor Rouletabille! Crea usted que lamento mucho no haber podido asistir a la ceremonia de esta mañana; pero el patrón me ha enviado a varios recados; acabo de regresar y me alegro haberme apresurado, ya que, según veo, está usted a punto de marcharse... Él chauffer está llenando el depósito de gasolina y me ha dicho que estará listo dentro de diez minutos...

—¡Perdón! —dejó oír la temblorosa voz de Rouletabille—. Perdón, señor Priski, ¿pero ya no es usted fraile en el monte Athos?

—¡Ay de mí!, jamás lo fui, sí, esa felicidad me fue negada. Debo confesar a usted que desde que me abandonaron tan bruscamente en Dedeagath, no he sido muy afortunado...

No pude encontrar mi caballo, y como me prohibieron utilizar el tren, ya podrán ustedes imaginar todas las dificultades que tuve que vencer para llegar a Salónica, A mi llegada allí me entero que el señor Kasbeck había embarcado para Constantinopla con el sultán destronado. Como yo no podía ingresar en el convento sin la suma que había prometido entregarme, esperé la ocasión para reunirme con él en Constantinopla, ocasión que no se presentó hasta tres semanas más tarde, por intermedio de un intérprete amigo mío y que acababa de ser contratado por el comandante de un barco vigía austrohúngaro, que dejaba Salónica con rumbo al Bósforo.

—Todo eso no nos explica cómo se encuentra usted en París — interrumpió Rouletabille, impacientado.

—Caballero, es sencillísimo. En Constantinopla no pude hallar al señor Kasbeck. Se le había visto allí; pero había desaparecido de pronto, sin que nadie supiera cómo ni dónde...

—¿Y entonces?

—Entonces procuré colocarme en Constantinopla; pero inútilmente.

—¡Claro! —resumió La Candeur, que asistía con pena a la angustia de Rouletabille—. Claro, en estos momentos nada se puede hacer en eso país... El señor Priski se dio cuenta de ello y ha venido a colocarse en París...

—¡Sencillamente! —dijo el señor Priski.

—Todo esto es naturalísimo —añadió La Candeur, volviéndose hacia Rouletabille—, y haces mal en excitarte de tal manera; pero, ¡Santo Dios! ¡Y qué pequeño es el mundo!... ¿Y está usted satisfecho con su nuevo destino, señor Priski?

—No estoy descontento, señor de Rothschild... no estoy descontento... Claro que no es del mismo género que el del *Hotel de los Extranjeros*; pero, de todas maneras, no falta que hacer. A propósito del *Hotel de los Extranjeros*, ¿saben a quién he vuelto a ver en Constantinopla?

—No; pero nos da lo mismo —dijo La Candeur, llevándose a Rouletabille.

Pero Priski continuó:

—¡He visto a Kara-Selim!...

Rouletabille y La Candeur se detuvieron como heridos por el rayo...

La Candeur volvió la cabeza y le dijo:

—¿Que tú has visto a Gaulow?... ¿Tú?... ¡Tú bromeas!...

Extraordinariamente halagado al verse tuteado por el señor de Rothschild, Priski avanzó con el rostro resplandeciente:

—¡He vuelto a ver a Kara-Selim como le veo a usted en este instante, caballero!... ¡y en excelente estado de salud, a fe mía!... ¡Ah! ¡Esta vez no volverán a decirme que le han visto ustedes muerto!... Por otra parte, no me ha ocultado que fueron ustedes quienes le arrancaron de las manos del cruel Atanasio Khetew, y debo decirles que todavía no ha salido de su sorpresa...

—Tú no has podido ver a Kara-Selim, si es verdad que saliste de Salónica tres semanas después de la marcha de Kasbeck, esto es, si has llegado a Constantinopla cuando ya nos habíamos marchado... —dijo Rouletabille, más pálido que nunca.

—¡Caramba! Tan verdad es que le he visto, que hasta quiso tomarme a su servicio... pues se hallaba bastante fastidiado de verse separado de todos sus servidores. En Constantinopla no se había encontrado más que con Stefo, el

Dálmata, ya casi curado de sus heridas; pero fue para perderle casi en seguida... y a fe mía, que fue en una aventura bastante sombría, que conseguí hacerme contar y que, por cierto, me disuadió de volver a entrar al servicio de Kara-Selim... Tratábase de ciertas investigaciones en el fondo del *Bósforo*... a realizar en el mayor secreto... Tratábase también de endosarse un aparato feísimo, que me dio miedo, y que Kara-Selim acababa de recibir de Londres... una especie de escafandra... ya ve usted qué oficio me proponía. «No tienes por qué tener miedo —decíame Kara-Selim—, yo descenderé siempre contigo debajo del agua... te prohíbo incluso que vayas solo; por querer pasearse sin mí en el fondo del Bósforo ha muerto Stefo el Dálmata, y ya nadie le ha vuelto a ver...»

El señor Priski no continuó, pues se dio cuenta de que Rouletabille estaba intensamente pálido, y creyó que el joven iba a desmayarse...

—¡Pronto! ¡Una botella de agua! —mandó La Candeur.

El señor Priski se precipitó en su busca.

—Haz un esfuerzo y anímate, estás pálido como un muerto. Si tu mujer te ve en ese estado se va a asustar...

—¡Gaulow vive! —dijo Rouletabille en un suspiro.

—Yo creo que Priski nos ha querido contar un cuento para hacernos reír... ¡a veces es muy bromista ese prójimo!...

—¡No! ¡No! ¡Dice la verdad... los detalles no pueden ser más precisos!... Por otra parte, ¿cómo sabía la evasión de Gaulow si no se la ha contado él mismo?

—Tienes razón; pero entonces tú no le has matado...

—¡He matado a un hombre que estaba en una escafandra y yo he creído que era Gaulow porque vimos a éste descender metido en una escafandra momentos antes! Otro había descendido, sin duda alguna, antes que él, a quien no vimos, y que, al igual que nosotros, vigilaba a Gaulow. Y a ese otro es al que yo encontré...

—¡Stefo el Dálmata!... —exclamó La Candeur.

¡Sin duda alguna era él, ya has oído lo que ha dicho Priski!... ¡Lo que ocurre es espantoso!... ¡Sobre todo, que nada sepa Ivana!...

En aquel momento todos reclamaban a Rouletabille, y éste tuvo que penetrar en el salón. Ivana se dio cuenta del lamentable estado en que se hallaba.

La Candeur dijo rápidamente a su amigo:

—¡Sobre todo, cálmate!... ¿Qué puede importarte ahora Gaulow?... ¡No será porque se haya casado con ella en la Karakoulé!...

—¡Te quieres callar!...

—¡Qué caramba!... ¡Un matrimonio en esas condiciones no es válido... máxime tratándose de un matrimonio musulmán!

—¿Qué pasa? —preguntó Ivana con inquietud.

—Nada, querida mía —murmuró Rouletabille—. Hace tanto calor en este salón... me admira que 1# soportes mejor que yo.

—Son tan amables estas gentes... Te quieren como a un hermano, pequeño Zo.

—También yo les quiero, no creas... pero ¿qué es eso? —preguntó el repórter viendo a un grupo que se dirigía hacia una mesa en actitud bastante misteriosa...

Desde que había visto y escuchado al señor Priski todo era para él motivo de nueva emoción... En el fondo del salón había una docena de jóvenes que parecían llevar algo, y de boca en boca circulaba una frase: ¡Una sorpresa!... ¡Una sorpresa!...

—¿Qué sorpresa?

Rouletabille no gustaba mucho de las sorpresas, e iba a inquirir lo que pasaba, seguido de Ivana, cuando acudió La Candeur con los brazos en alto:

—¡Es extraordinario!... —exclamó—. ¡*El cofrecillo bizantino!*!...

—¡El cofrecillo bizantino! —gritó Ivana—. ¿Es posible? —y batió palmas alegremente—. En efecto, es una sorpresa... ¡pero una sorpresa agradable!... ¿Has sido tú, pequeño Zo, quien me la ha reservado?

—¡No! —contestó Rouletabille, cuya vista pareció nublarse—. No, Ivana, no he sido yo quien te ha preparado esa sorpresa... —Y avanzó resueltamente, dominando el miedo que le invadía, sin que pudiera conocer la causa, pero previendo intuitivamente una catástrofe...

La Candeur se dio cuenta de aquella turbación.

—No te asustes —le dijo—, sin duda alguna, es cosa de Priski, que ha querido hacerte su regalo de boda... Recuerda que dejamos el cofrecillo en Kirk-Kilissé, en el momento de nuestra precipitada marcha... No hay, pues, que asustarse... He abierto el cofrecillo y está lleno de flores.

—¡Ah! —murmuró Rouletabille, que recobró algún aliento—, tienes razón, debe ser cosa de Priski.

—¡Claro! —dijo La Candeur—. Venga usted, señora —continuó, llevándose a Ivana—, es un amigo desconocido que le envía el cofrecillo bizantino lleno de flores magníficas...

Se adelantaron los tres y se hallaron ante el cofrecillo, que habían colocado sobre la mesa, listaba ya destapado y las magníficas flores blancas

de que estaba lleno embalsamaban el ambiente.

—¡Cuántas hay!... —dijo La Candeur—. ¡Pero cuántas hay!...

—¡Y qué hermosas son! —dijo Ivana, cogiéndolas a puñados y hundiendo sus brazos en la perfumada blancura—. ¡Calla! —dijo de pronto—, estoy tocando algo... ¿qué es lo que hay?

Y retiró vivamente la mano.

—¡Cómo! ¿Qué hay? —preguntó Rouletabille.

Pero ya La Candeur había metido la mano en el cofrecillo y retiraba una soberbia bolsa, como las que se ven en las confiterías por Navidad.

—¡Bombones!... —gritó—. ¡Bombones de casa Boissière!...

Ya iba a desanudar los cordones de la bolsa, cuando Ivana se la pidió. La Candeur se la entregó e Ivana hundió la mano, que retiró en seguida, lanzando un terrible grito.

Oyéronse entonces horribles clamores en el salón.

¡En los dedos de Ivana se había enredado una cabellera... y sacudía aquella cabellera, sin poderse deshacer de ella!... ¡Y la cabellera salió entera de la bolsa, y detrás la cabeza!... ¡una cabeza inmunda, sangrienta, de cuello en piltrafas y con los vidriosos ojos desmesuradamente abiertos ante el general espanto!...

—¡La cabeza de Gaulow! —aulló La Candeur.

—¡La cabeza de Gaulow! —dijo Vladimir en un murmullo.

—¡La cabeza de Gaulow! —articuló Rouletabille en un estertor.

—¡La cabeza de Gaulow! —repitió la desfallecida voz de Ivana...

Y los cuatro cayeron desmayados en los brazos de sus más próximos amigos... mientras que las damas, lanzando gritos delirantes, huían.

CAPITULO XVII

LAS ALEGRÍAS DE LA BODA, INTERRUMPIDAS

LA Candeur y Vladimir, un tanto repuestos de su terrible emoción, hacían sufrir un serio interrogatorio a Priski y al groom, en la vivienda del portero.

Rouletabille se había quedado al lado de Ivana, que no había recobrado el sentido.

El señor Priski, bajo los efectos del terrible zarandeo con que le había obsequiado La Candeur, y muy sorprendido de haber salido vivo de entre sus terribles puños, procuraba, en lo posible, por medio de sus contestaciones, no provocar nuevamente la cólera del buen gigante.

Decía todo lo que sabia. Era él, en efecto, quien había traído de Kirk-Kilissé el cofrecillo bizantino, abandonado por Rouletabille e Ivana en la confusión de su precipitada salida para Stanislawoff.

Nombrado portero mayor del hotel de Bellevue, el señor Priski había utilizado aquella preciosa valija, como un cofrecillo particular en el que encerraba los objetos que le confiaban los viajeros, y más de uno de los que en su vivienda habían entrado habían admirado el antiquísimo trabajo y las curiosas pinturas del famoso cofrecillo bizantino; más de uno, también, había querido comprárselo; pero nadie había ofrecido bastante hasta aquel día en que precisamente lo había vendido.

Aquella venta se había realizado en condiciones bastante particulares, por intermedio del groom, que sustituía a Priski, enviado a varios recados por el patrón.

Hacia las dos de la tarde, llegaron en auto dos señores correctamente vestidos que se informaron de el groom respecto a la cena ofrecida por los reporter; a José Rouletabille. El groom les dio todos los detalles sobre la hora

y el servicio, e incluso les hizo visitar los salones en donde iba a celebrarse la fiesta.

Al salir, y en el momento que se disponían, a marchar, penetraron en la vivienda del portero con objeto de cepillarse, viendo allí el cofrecillo bizantino.

Mostraron una gran sorpresa al hallar aquél objeto allí explicándoles el groom que era un cofrecillo búlgaro traído de Sofía por el portero que era de aquellas tierras.

Propusieron comprarlo enseguida, y el groom les contestó que el portero quería por él quinientos francos.

—Aquí los tiene usted —dijo uno de los señores—; pero lo quiero enseguida, porque precisamente lo voy a utilizar para prepararle una sorpresa a nuestro, amigo Rouletabille.

En vista de esto, el groom, que sabía donde se hallaba Priski, le había telefoneado, contestando éste que se podían llevar inmediatamente el cofrecillo, siempre y filando entregaran los quinientos francos...

Coincidieron en tal forma en sus contestaciones, Priski y el groom Que, La Candeur y Vladimir no dudaron de lo dicho por el primero.

—Es una lástima que lio estuviera Priski —dijo Vladimir. De haber estado, quizá podría decirnos quiénes eran esos hombres... ¡De la de Atanasio me acuerdo yo perfectamente!

—¡Atanasio! —exclamó La Candeur—. ¡Estás loco, Vladimir! ¡Lo mató con mis propias manos y no creo que ese resucite!...

—¡Qué quieres que te liga!... —dijo Vladimir—. ¡Yo no lo he visto muerto y todo eso huele tanto a Atanasio!... Si Atanasio no perteneciese a este mundo, ¿quién iba a tener la delicadeza de enviarnos la cabeza de Gaulow, *la cabeza de Gaulow que debía ser el precio del casamiento de Atanasio con i vana Vilitchkov?*...

Los dos reporters estaban ya al corriente de las particularidades del casamiento de Rouletabille y éste había tenido ocasión de explicarle después de abandonar Constantinopla, lo que era muy oscuro para ellos... Sabían ya por qué había seguido constantemente Atanasio a Gaulow, y por qué éste había sido libertado por Rouletabille... ¡Por eso, Vladimir estaba menos tranquilo que La Candeur, ya que él no había visto muerto a Atanasio!... Insistía cerca del groom para que le hiciera una descripción lo más completa posible de los viajeros; pero los datos que daba eran tan confusos, que nada se pudo sacar en limpio.

El groom había tomado a los visitantes por periodistas, amigos de Rouletabille. Sin embargo, una cosa le había intrigado: *y era que aquellos dos hombres, uno de los cuales, parecía muy agitado, expresaban con frecuencia el disgusto de haber sufrido durante el viaje un retraso de algunas horas, a causa de una avería de la que hablaban con rabia! ¡Lo que parecían lamentar, más que todo, era el no haber llegado antes a la boda!*

—¿Lo ves? —dijo Vladimir, llevándose a La Candeur...—. ¿Lo ves? ¡Ya no hay duda!... ¡Nos las habernos con Atanasio!... ¡Atanasio quería llegar con *fa cabeza antes del matrimonio para impedir que éste se verificase!*...

—¡Me estás poniendo malo con tu Atanasio!... —replicó La Candeur, que le había tomado apego a su muerto.

Pero Rouletabille, cuyo rostro deshecho causaba pena, apareció en esto. Se había arrancado de los brazos de Ivana para venir a interrogar a Priski. Ambos reporters le repitieron todo lo que sabían.

Rouletabille fue de la opinión de Vladimir: ¡Se las habían con Atanasio! Era inútil perder el tiempo. Atanasio había llegado con retraso: *pero a pesar de eso, no había dejado de enviar la cabeza de Gaulow.*

—¿Qué estaría tramando ahora?...

—¡Había que huir! ¡Huir sin perder un minuto!

Ivana, que se había brutalmente libertado de los cuidados que le prodigaban las damas, acudió a su vez; pero Rouletabille había hecho un signo a los dos reporters y ambos protestaron, cuando la joven nombró a Atanasio:

—¡Atanasio estaba muerto!... ¡Y bien muerto!

Desgraciadamente, en aquel momento crítico, La Candeur, para tranquilizar del todo a la *señora de Rouletabille*, tuvo la torpeza de añadir:

—¡Yo lo sé mejor que nadie, señora!... ¡Como que le maté yo!...

Ivana miró a La Candeur como una loca y, sin decir palabra, se acurrucó tiritando contra Rouletabille, quien hubiera abofeteado a La Candeur, de disponer tiempo para ello; pero estimó que era más urgente tomar a Ivana en sus brazos y llevarla al automóvil, que arrancó inmediatamente, saludado por los obsequiosos gestos del señor Priski y por las protestas de felicidad de La Candeur y Vladimir... El automóvil partió a toda velocidad, envuelto en la noche, con rumbo a un país desconocido, en donde los recién casados esperaban no volver a encontrar a Atanasio.

Mientras tanto, su sombra les perseguía y no dejaban de pensar en él.

CAPITULO XVIII

NOCHE DE BODAS EN LA COSTA AZUL

EN el automóvil que les llevaba, Ivana expresaba su terror con frases palpitantes y entrecortadas, en donde dominaba el remordimiento de un crimen cometido por La Candeur, esto es, por ella...

Rouletabille le Labia mentido: no habían sido los turcos quienes habían matado a Atanasio, sino ellos, ellos, sus hermanos, y ella, su camarada de armas... En vano le explicaba su pequeño Zo que Atanasio había comenzado el ataque, y que La Candeur no había hecho más que defenderse...

Ivana le contestaba invariablemente que habían sido ellos, ellos, Rouletabille y ella, Ivana, quienes por manos de La Candeur, habían asesinado a Atanasio... Una infamia tal, les acarrearía la desgracia... Y su matrimonio estaba maldito, puesto que la venganza del muerto comenzaba, de lo que se habían encargado, con toda evidencia, dos amigos del muerto... ¡Y le castañeaban los dientes al evocar la cabeza... la horrible cabeza que había sacado del cofrecillo bizantino!

Rouletabille la acariciaba, intentando reconfortarla, enternecerla, esperando que las lágrimas la hubieran aliviado y, agotando todos los recursos de su dialéctica para derrumbar aquel monumento de espanto levantado por Ivana en el umbral de su felicidad...

Se atrevía a afirmar con incomparable audacia, que aquella cabeza había sido enviada por algún amigo de la familia Vilitchkov, sabiendo con qué alegría recibiría Ivana, el día de su boda, la prueba de que sus desgraciados padres habían sido vengados... Regalo de esta naturaleza, eran corrientes en Bulgaria...

—Y yo te digo —contestaba ella, sin que cesara aquél terrible temblor que le había invadido ante la cabeza de Gaulow—, yo te digo que ese Atanasio

que nos persigue desde más allá de su tumba... A menos, a menos, que Atanasio no haya muerto...

—Ya has oído a La Candeur, Ivana... Tondor le acompañaba... Los dos vieron su cadáver acribillado a balazos...

—¡Acribillado a balazos!... ¡es horrible!... ¡pero por otra parte, eso se dice... eso se cree!... ¡a balazos!... ¡En esta guerra se han visto cuerpos atravesados por cincuenta balazos, que se les ha creído cincuenta veces muertos, y han seguido viviendo!... ¡y siguen viviendo!... ¡Atanasio no ha muerto y *va a venir a reclamarme!* Pero tú me guardarás, ¿verdad, mi pequeño Zo, que me guardarás?...

Y estalló en sollozos, mientras que sus nerviosos brazos estrechaban al pobre joven, cuyo rostro se inundó de lágrimas. Esto la calmó, y quizá la salvó de la locura, en el mismo instante en que el auto se detenía en la estación de Lyon.

—¿Pero dónde vamos? —preguntó ella entre lágrimas.

—A un lugar donde estaremos solos, muy solos.

—¡Oh! ¡Sí, sí!...

—Mientras nos creen desarrollando fantásticas velocidades por todas las carreteras de Francia, estaremos ocultos en un paraíso... ¿Quieres, Ivana?...

—¡Oh! ¡Si, sí!...

Y salió del auto. El chauffer y el auto debían continuar, corriendo por las carreteras, mientras que los dos jóvenes estaban en el tren, que debía dejarles en Menton a la mañana siguiente.

Se habían medido o casualmente en un rápido, en donde no pudieron hallar más que dos asientos de primera, ya que tanto las camas como los sillones habían sido reservados por anticipado. Pero se hallaban contentos entre la multitud anónima, entre aquellos honrados viajeros que les miraban sin hostilidad. Ivana, agotada, no tardó en dormirse con la cabeza apoyada en el hombro de su joven esposo.

Rouletabille condujo a Ivana cerca de Menton, en la encantadora costa de Gáran, en aquellos jardines habitados en la época de la *Dama enlutada* por los misteriosos huéspedes del príncipe Galitch. Había allí una «villa» rodeada de colgantes jardines y terrazas floridas; una villa de balcones embalsamados de aromas que el príncipe, con quien Rouletabille había hecho las paces en ocasión de su viaje a Rusia, había puesto a disposición del matrimonio, entregando las llaves a Rouletabille días antes de efectuarse la boda.

—Estarán allí como en su propia casa —le había dicho—, y mejor que en parte alguna, porque nadie les importunara. Los criados, buenas gentes de allí,

duermen en ausencia mía fuera de la propiedad, no yendo a ella hasta las nueve de la mañana, pero que se alejarán a un signo de usted. Es el verdadero paraíso para Adán y Eva, no rehúse usted.

Rouletabille había aceptado, habiendo podido apreciar en otros tiempos el esplendor de aquel jardín de las Hespérides de las márgenes del Azur, a pocos pasos de la frontera italiana y del castillo de Hércules... ¡Tierra que evocaba en él tantos recuerdos... tierra en la que había conocido a su madre y en donde iba a amar a su joven esposa!...

Un espléndido sol iluminaba los jardines de Babilonia cuando entraron los jóvenes. El jardinero se presentó en seguida; pero, ya advertido, desapareció en cuanto se lo indicaron. Durante el resto del día paseáronse por aquellos lugares de encanto, en aquellas maravillosas soledades, que poblaron de besos.

El príncipe Galitch había hecho preparar todo para la llegada de ambos esposos, y no tuvieron más que abrir un armario para hallar una merienda, con la que se sostuvieron hasta el anochecer.

Sobrevino luego la noche, una noche de mágica claridad lunar, que cautivó a Rouletabille. Enlazó a Ivana por el talle y quiso arrastrarla hacia los rayos de luna...

—¡Ven! ¡Ven a pasearnos bajo los rayos de la luna!...

Pero si el jardín no le había inspirado miedo bajo el esplendor diurno, retrocedió ante él estremecida en cuanto le vio bañado por la fría claridad del astro nocturno.

Desvió los ojos ante las extrañas actitudes de los árboles como ante otros tantos fantasmas, y todos sus terrores volvieron a apoderarse de ella.

—¡Cierra bien la puerta... cierra todas las puertas... y todas las ventanas, todo! ¡Todo!... *para que él no venga* —le dijo.

Él la riñó, recordándole que le había prometido ser razonable y no pensar más en él.

—¡Ya no vendrá más si dejas de pensar en él!

Ivana no le contestó y fue a refugiarse en el fondo de una gran habitación del primer piso, cuyas luces encendió, lo que la tranquilizó un tanto. Cuando Rouletabille se reunió con ella la halló redeada de antorchas.

—¡Qué iluminación! —le dijo sonriendo.

—¿Has cerrado bien todo?...

—Sí, mi pobre Ivana; pero ¿qué temes? Te aseguro que no tendremos nada que temer jamás, mientras sigamos amándonos...

Y la besó con mayor ternura que nunca. Se ruborizó Ivana entonces y, desprendiéndose temblorosa de sus manos, fue a esconder su rubor en otra habitación más oscura. Pero cuando Rouletabille la buscaba en la sombra oyó un sordo gemido y la vio de pronto adosada a una ventana, con el rostro desencajado por un indescriptible terror, iluminado por la luna.

—¡Ivana!...

—¡Allí!... ¡allí!... —le susurró al oído—. ¡Él! ¡Él!...

Y se alejó espantada de la ventana. Acudió Rouletabille y desde la ventana sólo vio un gran claro, en el centro del cual había un banco de piedra.

—¡Pero si no hay nada, Ivana! Nada más que el banco de piedra... Ven pronto, te lo suplico... Ven a ver el banco de piedra...

A Ivana le castañeaban los dientes.

—Te digo que le he visto; le he reconocido... Miraba en dirección a la habitación en donde he encendido tantas antorchas... ¡Te repito que era él... él o su fantasma!...

No obstante, accedió a acercarse a la ventana, apoyada en su brazo. Esperaba, como él, haber sido víctima de una alucinación... volvió a mirar nada vio... nada más que el banco de piedra...

—Ya lo ves, amor mío, ya ves que no hay nada...

—Se ha marchado; pero quizá vuelva...

—Es tu cerebro excitado quien le hace venir, Ivana...

—Después de todo, es posible que tengas razón; pero no quiero permanecer en la obscuridad —dijo Ivana.

Temblaba de tal manera que la llevó hasta la habitación iluminada, y al querer cerrar su boca besándola, le separó ella dulcemente para hablarle de Atanasio... Rouletabille estaba consternado...

Decíale Ivana que no temía a las fantasmas; pero había que temer a Atanasio con vida.

—¿Qué harías, tú, pequeño Zo, si él viniera aquí vivo? ¿Si realmente volviera al banco de piedra?

—¡Iría a preguntarle lo que quería de nosotros! —contestó Rouletabille.

Movida por siniestro presentimiento, volvió Ivana a la ventana de la habitación oscura, desde la que se veía el banco de piedra, bañado por la luz. ¡Y volvió a lanzar el grito de antes!...

—¡Él! ¡Él!... ¡ven, ven!... ¡es él!...

Corrió a su lado y ambos se abrazaron, se apretaron... los dos le veían, le reconocían... ¡Atanasio estaba en el banco de piedra, en pétrea inmovilidad!

El sudor manaba en heladas gotas de sus frentes, habitadas por la locura.

—¡Es una alucinación!... —balbuceó Rouletabille no se mueve... ¿le ves acaso moverse?... eso nada tiene que ver con un hombre... es una imagen de nuestro cerebro... ¡Ivana! Tenemos demasiado miedo... siempre el mismo miedo... y tenemos la misma alucinación...

—¡Mira! —le dijo ella con voz lejana—, ha levantado la cabeza...

—¡Sí, sí, lo he visto!... ¡Ah! ¡Es él!...

—¡Ya ves como era él!...

Rouletabille, seguro de que ya no se las había con una pesadilla, se había recobrado y fue en busca de un revólver que, a escondidas de Ivana, había metido en un cajón, y lo amartilló.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Ivana, impresionada por su resolución, casi tan resuelta como él.

—Ya te lo dije: voy a preguntarle lo que quiere...

—¡Voy contigo!

—Sí quieres... Mejor es que no nos separemos, pase lo que pase...

—¡Separarnos, nunca! —y tan valiente como él, le cogió una mano. Descendieron así la escalera y, silenciosa y quedamente, empujaron el cerrojo de la puerta, que se hallaba precisamente frente al claro del banco de piedra, y con un mismo gesto, ambos, abrieron aquella puerta.

CAPITULO XIX

ÚLTIMO CAPÍTULO EN EL QUE SE DEMUESTRA QUE
UNO Y UNO HACEN UNO

Y A no había nadie en el banco de piedra.
Rouletabille, entonces, llamó fuertemente:

—¡Atanasio!

E Ivana también llamó:

—¡Atan...! —pero su voz se ahogó.

Tan sólo un eco lejano respondió a sus llamadas; pero ellos querían ser fuertes y, siempre cogido de la mano, avanzaron hasta el banco de piedra; dieron vuelta a su alrededor, oyeron por un instante el rumor de las ranas y la hojarasca, después Rouletabille dijo:

—¡Es el viento!...

Ivana repitió en voz baja: ¡Es el viento! Y regresaron a la villa, volviendo la cabeza a cada paso; pero nada pasaba, más que un leve rumor de hojas agitadas por el viento...

Una vez la puerta cerrada, ganaron la habitación del primer piso, volvieron a la ventana, y de nuevo lanzaron su grito de miedo... ¡Atanasio había vuelto al banco de piedra!...

Ivana fue dominada por un espanto indomable, y gritó como una loca, como una verdadera demente.

—¡Huyamos! ¡Huyamos! ¡No permanezcamos aquí!

Y aquel grito de locura lo encontró Rouletabille perfectamente razonable. ¡Cierto, lo mejor era marcharse!... Que aquel Atanasio fuera un ser vivo o la sombra de su imaginación delirante, era necesario irse, marcharse...

—¡Sí, sí... vámonos!

—¡Pero en seguida!...

—¡En seguida! Nos mearemos en el primer hotel que encontremos...

—¡Sí, sí!... —dijo ella—. Un hotel con viajeros, con viajeros que nos defenderán contra él... contra Atanasio... ¡Ah! ¡Estaba escrito que me perseguiría siempre!... *¡porque pronuncié aquella frase referente a aquella cabeza!*... Desde la infancia no cesa de perseguirme, y me llevará con él a la tumba...

—No, ten la seguridad de que no —dijo resueltamente Rouletabille—. ¡Es un miserable y no le tendré ninguna piedad!... ¡Vamos... vámonos!...

Volvieron a abrir la puerta con infinitas precauciones; pero ya no hallaron a Atanasio en él, banco de piedra... al llegar a él ya no le llamaron, porque, sin duda alguna, el eco de sus voces en, la noche les infundía pavor. Tomaron la avenida que conducía, bajando de terraza en terraza, hasta la puerta que daba al boulevard Marítimo...

Iban ahora más deprisa... casi corrían, cogidos de la mano. Corrían ya al divisar la puerta... creían ya llegar a ella cuando Ivana lanzó un grito penetrante.

Su frente acababa de chocar con algo que se balanceaba.

Y ambos, Rouletabille e Ivana, retrocedieron, dejando escapar una exclamación de horror.

¡La cosa que se balanceaba era Atanasio ahorcado! ¡Atanasio, cuyo rostro espantoso sacaba la lengua a la luna!

Volvieron sobre sus pasos corriendo, corriendo, corriendo... y no se detuvieron hasta el banco de piedra, sobre el que se dejaron caer...

—¡Estamos locos —dijo al fin Rouletabille—, estamos locos de correr así!... Ya no queda duda alguna... los dos liemos visto a Atanasio en este banco de piedra, que ha dejado para ir a aflorar... No hay, pues, motivo para huir así... ¡Ese hombre ha juzgado que ya te ha torturado bastante, Ivana mía, y se ha castigado él mismo! ¡Que Dios le perdone!...

—¿Hay otra puerta para salir de la finca? —preguntó Ivana.

—Sí —contestó Rouletabille, que conocía bien los lugares—, sí, hay otra puerta que da al boulevard de Garavan.

—¡Pues bien, vámonos por esa puerta!... —propuso Ivana, poniéndose de pie—. ¡No vamos a pasar la noche aquí, con ese ahorcado!

—¡Vámonos! —contestó Rouletabille.

Y volviéndose a coger de la mano fuéronse para el otro lado opuesto de la propiedad, hacia la puerta del boulevard Garavan; pero cuando ya casi llegaban a ella, retrocedieron los dos ante *la cosa formidable*, e Ivana cayó de rodillas, aullando como una bestia, como una verdadera bestia...

¡También ante aquella puerta se hollaba colgado Atanasio!

Rouletabille, cuyo cerebro, por muy solido que fuera, comenzaba a desvariar, no vio más que a Ivana de rodillas, presa de la locura, y cogiéndola entre sus brazos, mientras seguía aullando, se la llevó lejos del *segundo cadáver de Atanasio*, lejos de aquellas puertas ante las cuales había colgado Atanasio sus cadáveres...

Y la encerró en la villa, en una habitación en donde se parapetó contra el espanto del exterior, amononando los muebles contra las puertas y echando las cortinas sobre el jardín abominable... Y pasó toda la noche prodigándola sus cuidados...

Ivana acabó por dormirse... y también él se durmió, abandonándose extenuado, cansado de luchar, entre los misteriosos brazos de la muerte que levantaba ante ellos, para que no se evadieran de ella, tantos cadáveres para un solo hombre.

Cuando Rouletabille despertó descorrió las cortinas...

Los jardines de Babilonia resplandecían bajo un sol ardiente. Ya no había misterio alguno a su alrededor... nada más que la vida y la belleza...

Ivana se despertó también, ante la maravillosa claridad del día.

Ambos intentaron recordar las pesadillas que los había lanzado al fondo de aquella habitación como bestias acosadas...

Y recordaron todo, y aun riéndose de ellos mismos, decidieron, un poco pálidos, abandonar aquella villa mágica.

Y la abandonaron en seguida... No estaban muy animosos al llegar a la puerta del boulevard Marítimo, en donde vieron el *primer cadáver de Atanasio*; pero recobraron un tanto su aplomo *al constatar que aquel cadáver no estaba allí*.

—Mira, amado mío —dijo Ivana—. Es una tontería lo que voy a decirle; pero no, estaré tranquila hasta que me convenza de que tampoco existe el segundo cadáver...

Cedió a aquel ruego, que juzgaba muy natural y que, por otra parte, respondía a sus propias preocupaciones... Al igual que ante la puerta del Marítimo, tampoco en la de Garavan había cadáver alguno...

—¡Uf! —respiró Ivana.

—¡Uf! —respiró Rouletabille.

—A pesar de todo, alquila un auto —dijo Ivana—. Quiero dejar, esta región inmediatamente... Cuando llegue la noche comenzará de nuevo a invadirme el miedo...

La condujo al hotel de los Ingleses, y ya la dejaba para ocuparse de alquilar un auto, cuando precisamente vio un magnífico cuarenta, caballos:

que se detenía ante él y del que descendió... ¡La Candeur!

—¿Qué haces aquí?

—Sube... tengo que hablarte —le contestó La Candeur.

Y cuando estuvo en el coche continuó:

—Este auto es para ti... Lárgate adonde quieras con tu mujer; pero no permanezcas aquí, e impide a tu mujer durante, algún tiempo que lea los periódicos; *así nada sospechará.*

Rouletabille le miraba sin comprender nada.

—¿Pero por qué estás aquí? ¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que Ivana no debe sospechar?

La Candeur, que parecía muy excitado, contó rápidamente.

—Cuando salisteis de Bellevue os seguí en auto. Pensaba que Atanasio había sobrevivido a sus heridas y que estaba a vuestro alrededor espiándoos... *¡y no me equivocaba!...*

—¿Cómo? —exclamó Rouletabille, saltando sobre los cojines del auto.

—Sí, os sigue los pasos...

—Entonces, ¿es verdad que no ha muerto?

—¡No! Porque ahora ya ha muerto...

—¿Pero no dices que nos sigue?

—¡Claro... cuando os seguía no estaba muerto; pero ahora si... se ha matado esta noche!...

—¡Ah!... —exclamó Rouletabille—. ¿Esta noche?

—Sí, en los jardines de Babilonia. ¡Se ha ahorcado!

—¡Santo Dios! —y Rouletahille abrió desmesuradamente los ojos.

... ¡Así, pues, los dos cadáveres para un soto hombre no, eran una pesadilla!... pensaba o apenas se atrevía a pensar; pero lo pensaba a pesar de lodo, ya que no podía pensar de otra manera... ¡Los había visto... y tocado! ¿Entonces?... ¡Santo Dios! Y hundió la cabeza entre las manos, desconcertado.

—*¡Explícate!* —díjole con voz ronca a La Candeur—. ¡Yo por primera vez renuncio!...

—¿A qué renuncias? —preguntó La Candeur, que no comprendía nada ante la trágica expresión de Rouletabille.

—¡Habla!... ¡Cuéntame!... ¡Date prisa!... ¡Me siento morir!...

—¡Pues no hay motivo!... Óyeme: Como te decía, os seguí. En los andenes de la estación de Lyon encontré en seguida a nuestro hombre... pero había llegado con retraso para tomar vuestro tren, y se metió en el rápido que sale diez minutos más tarde... Como puedes figurarle, no le perdí de vista...

También yo subí al tren... Debía saber dónde ibais, estar informado sobre vuestro «destino», pues estaba muy tranquilo. Yo le observaba. ¡Su aspecto no era nada tranquilizador... debía estar tramando alguna mala partida!... Yo no le perdía de vista; pero precisamente al llegar a Mentón desapareció... Hubo un poco de confusión en el subterráneo de salida... Cuando salí del corredor y desemboqué en la plaza, ya no estaba... Pregunté a los cocheros si le habían visto... Les di sus señas... Nada pude saber; pero entonces se me ocurrió que tú e Ivana habríais pasado menos desapercibidos, y así fue como pude saber por un cochero que os habíais hecho conducir a los jardines de Babilonia de Garavan... No tenía necesidad de saber más... Velé por vosotros, sin que os dierais cuenta, toda la tarde y el anochecer... Estaba contento, Atanasio no daba señales de vida... Esperaba que habría perdido vuestra pista... No quería molestaros... fastidiaros... Decíame: mañana prevendré a Rouletabille y se largarán...

... Pero llegó la noche... ¡Oh! ¡Yo velaba por vosotros como un perro de presa!... pero, ¿sabes?, dispuesto a morder... Penetré en el jardín por la puertecilla de Garavan, que no tuve más que empujar... Daba una vuelta por la finca, y si Atanasio llega a caer en mis manos, figúrate... ¡Pero, de pronto, imagínate que me encuentro con él!... Pero, ¿sabes?, ya no tenía yo necesidad de darle el pasaporte... Óyeme, Rouletabille, no te pregunto si te doy una buena noticia... ¡En todo caso, nosotros no nos hemos metido en nada! ¿No es cierto? ¡Pero hombre, no te pongas así!... ¡Me miras de un modo!... ¡Ya nada tienes que temer de Atanasio!... Es muy probable que vuestro casamiento le haya hecho perder la cabeza; el caso es, que esta noche se ha ahorcado en los jardines de la villa... ¡Ah! Palabra de honor; ha ocurrido tal y como te lo digo... Figúrate el efecto que me ha causado el verle con la lengua fuera, precisamente frente a la puerta que da al boulevard Marítimo... ¡Pues bien, créeme si quieres; pero no le he compadecido, la verdad, no!... ya continuación pensé en vosotros... Sabía que habíais entrado por aquella puerta, y me dije: «No quiero que se encuentren con un ahorcado —¡y sobre todo ese!— al día siguiente de su noche de bodas... ¡a la señora de Rouletabille le causaría una enfermedad!...» y entonces, pues, mira, fui a avisar al juez, le expliqué de lo que se trataba y le rogué que procediera a la información sin ruido alguno, y que ordenara el levantamiento del cadáver de manera que no os dierais cuenta de nada... Cuando el juez supo que se trataba de ti hizo lo que yo quise... Me dijo que él se entendería con el procurador para que no turbaran vuestro despertar nupcial... Sólo que/tenéis que largaros en seguida... Ésta noche los periódicos contarán la historia... Los

magistrados querrán interrogaros cuando sepan que habéis pasado la noche en la villa... Y en estos momentos, tu mujer no está para esas impresiones.

Rouletabille escuchaba a La Candeur... le escuchaba... le escuchaba...

Entonces, era verdad... la abominable pesadilla... el ahorcado... no habían soñado...

—¡La Candeur!... ¡La Candeur!...

—¡Rouletabille!

—¡También yo he visto al ahorcado!...

—¡No!...

—¡Sí! Y también Ivana le ha visto... ¡sólo que nosotros hemos sido menos valientes que tú! ¡Nosotros hemos huido!...

—¡Qué caray! ¡Lo comprendo muy bien, pues el espectáculo no era nada agradable!...

—Huimos, La Candeur... y nos dejamos caer en un banco, y cuando recobramos algunas fuerzas, quisimos escapar de la villa por la puerta de Garavan... —aquí Rouletabille vaciló; pero luego, de pronto, con voz ronca, lanzó esta frase:

—*¿Pero cómo se explica que volviéramos a encontrar allí a Atanasio colgado?*

La Candeur, al oír aquella pregunta, se turbó un poco, tosió, pareció vacilar, acabando por decir...

—Pues muy sencillo... hubiera preferido no decirte nada; pero entre nosotros ya veo que no hay medio de ocultar nada. Cuando vi al ahorcado ignoraba que acabarais de verle vosotros, y antes de ir en busca del juez, para evitar que le vierais, le descolgué en seguida; quería sacarlo de la finca, y lo cargué a la espalda...

Y como La Candeur se detuvo, presa de cierta emoción que no intentaba disimular, Rouletabille exclamó:

—¡Sigue, te escucho!... ¡Sigue, hombre!... ¡Durante ese tiempo Ivana y yo habíamos caído casi deshechos en el banco de piedra!... y cuando quisimos huir por la puerta de Garavan...

—¡Sí, sí!... —dijo La Candeur agitado—. Comprendo bien lo que pasó... *es una mala pata el haceros ver por dos veces un ahorcado que yo quería ocultaros.*

—¿Pero qué ha pasado?

—Pues bien, lo siguiente. Mientras yo transportaba a Atanasio, y al llegar ante la puerta de Garavan, la única que estaba abierta y por la que forzosamente tenía que salir, figúrate que me pareció notar que Atanasio

Khetew se había movido sobre mi espalda... ¡muchacho! La sangre se me heló en las venas... pensé en todos los contratiempos que ibais a sufrir si el ahorcado seguía viviendo... recordé que me había querido dividir de un sablazo... Y, sobre todo, Rouletabille, te quiero tanto que... *¡que te volví a ahorcar!*

F I N